EL RUMOR DE LOS HUESOS

A.G. SLATTER

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
Nota de la autora y agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Miren O'Malley se quedó huérfana de pequeña y creció con sus abuelos en una finca aislada y decadente, Edén del Trasgo. Hace tiempo, su familia prosperó gracias al pacto que cerró con el mar: seguridad para sus barcos a cambio de un hijo de cada generación. Sin embargo, han pasado muchos años sin que la familia pueda cumplir con su parte del acuerdo y, como consecuencia, su fortuna se ha visto afectada.

Cuando el abuelo de Miren fallece, su abuela planea recuperar su antigua gloria, aunque a costa de la libertad de su nieta. Tras encontrar pruebas de que tal vez sus padres sigan vivos, Miren se embarca en un traicionero viaje hacia Aguasnegras, la finca que sus padres levantaron cuando huyeron de Edén del Trasgo.

El rumor de los huesos es un relato irresistible de secretos familiares, oscuros misterios, magia, brujas y criaturas salidas de los mitos y de los mares. Una fascinante historia sobre mujeres fuertes y hombres que pretenden controlarlas.

«Fascinante y hermoso; este es el inquietante cuento de hadas gótico que has estado esperando.» Christopher Golden, autor de Ararat, best seller del *New York Times*.

Para personas que lean a Naomi Novik y Katherine Arden.

EL RUMOR DE LOS HUESOS

A. G. SLATTER

minotauro

A Betty y Peter, mis padres y mecenas de las artes,
o al menos de la mía.

1

¿Ves esa casa a poca distancia de los acantilados de granito de Cabeza de Trasgo? ¿A poca distancia del promontorio donde una vez se alzaba una iglesia? Es una casa como los dioses mandan. Lleva aquí mucho tiempo (desde antes que construyeran la iglesia), y hoy en día es más castillo que casa. Tal vez «mansión fortificada» sea un término más adecuado, una aglomeración de edificios de varias épocas: el más antiguo es la torre cuadrada desde la que la familia ganó bastante dinero como para mejorar sus circunstancias. Cuatro plantas, un desván y una bodega, en cuyo centro puedes encontrar un pozo ancho y profundo. Puede que creas que está pensado para abastecer a la casa en caso de asedio, pero el líquido es salado y, a medio camino, por debajo del nivel del agua, puedes ver (si entornas con fuerza los ojos a la luz de un candil) el patrón entrecruzado de una reja que impide que nada entre o salga. Siempre ha estado vedado a los niños de la casa por un muro muy alto, tan alto que no hay chiquillo que pudiera siquiera caer dentro por accidente.

La piedra de la torre —a veces gris, a veces dorada e incluso blanca en función de la época del año, el momento del día o el sol que reciba— está cubierta por una hiedra de un verde inusualmente brillante, tanto en invierno como en verano. A izquierda y derecha se extienden dos alas que se añadieron más tarde, con alcobas y habitaciones para alojar a una familia que no paraba de crecer. Nadie sabe a ciencia

cierta la edad de los establos, pero están hechos una ruina, quizá señal de la reciente decadencia de la fortuna.

Las paredes tienen incrustaciones de cristal transparente y de color, de la época en que los O'Malley podían permitirse lo mejor de lo mejor. Dejan entrar la luz, pero también el frío, así que las chimeneas de la casa son ciclópeas, lo bastante grandes como para que quepa un hombre de pie o para asar un buey. Sin embargo, ahora mismo lo más normal es que estén apagadas y que las alas de habitaciones estén solo ocupadas por el polvo y los recuerdos; solo hay tres alcobas habitadas, y una de las habitaciones del desván.

La construyeron cerca de los acantilados, pero no demasiado, porque los primeros O'Malley eran muy sabios; sabían lo voraz que puede llegar a ser el mar, que incluso es capaz de comerse las rocas si se le presenta la oportunidad, así que hay vastas extensiones de hierba bordeadas por un muro de una altura media para impedir que los más arrojados —o los más estúpidos— caigan al otro lado. Desde la escalinata de la puerta de hierro de la torre (con formas y grabados que parecen cuerdas y nudos marineros), podrás ver de frente el mar; si giras un poco hacia la derecha divisarás el rompeolas en la distancia, tan engañosamente diminuto desde aquí. Hay también un camino que serpentea sobre sí mismo, un recorrido sencillo hasta la playa de guijarros que se extiende hasta formar una media luna. En uno de sus extremos hubo una cueva marina (cuyo colapso ya nadie recuerda), sierva de las mareas en la que no habrías querido encontrarte en determinados momentos. Un lugar al que acudían los incautos en busca de tesoros, cuando abundaban los rumores que afirmaban que los O'Malley hacían contrabando, habían caído en la piratería, ocultaban sus ganancias ilícitas allí hasta que podían transportarlas sin peligros a otras partes y las intercambiaban por oro para llenar las ya rebosantes arcas de la familia.

Los O'Malley llevaban allí muchísimo tiempo y lo cierto es que nadie sabe dónde estuvieron antes. Igual que

tampoco nadie recuerda ningún momento en que no vivieran allí o no se hablara de ellos. No es casual que nadie se refiera a ninguna época como «antes de los O'Malley»; la suya es una historia difusa, gracias en parte a sus propios esfuerzos. Algunos relatos locales afirmaban que aparecieron en la vanguardia del ejército de algún señor o señora, otros que surgieron de las abadías durante los años más combativos e intensos de la Iglesia, tal vez uno que se dirigiera a la ciudad de Lodellan o hubiera partido de allí, cuando sus monarcas luchaban por tierra y riquezas. Quizá fueran soldados, o tal vez simplemente acompañaran al ejército como civiles o con la intención de recoger todo lo que pudieran cuando nadie los viera, hasta que reunieron lo bastante como para granjearse una reputación.

De lo que sí se habla es que eran inusualmente altos incluso en una tierra en la que los asaltantes patilargos del otro lado del océano habían repartido a conciencia su semilla. Eran de pelo y ojos oscuros, aunque de una piel tan pálida que en ocasiones corría el rumor de que los O'Malley no salían durante el día, pero no era cierto.

Tomaron las tierras de Cabeza de Trasgo y allí construyeron su torre, a la que llamaron Edén del Trasgo; apenas tardaron en prosperar. Se hicieron con más tierras y consiguieron aparceros que las trabajaran para ellos. Siempre había plata en sus arcas, aunque jamás le contaron a nadie de dónde provenía la más pura y brillante. A continuación, construyeron barcos y empezaron a comerciar, y luego construyeron más barcos y siguieron comerciando más, aventurándose más lejos. Se enriquecieron a costa de los mares y todo el mundo había oído decir que los O'Malley no se perdían en el agua: sus galeones y carabelas, sus barcas y bergantines, no se hundían. Sus hijas e hijos no se ahogaban (salvo que ese fuera su sino), puesto que nadaban como focas, algo que aprendían a hacer desde su primer aliento, sus primeros pasos, sus primeras brazadas. Eran reservados, y raramente se desposaban con personas que no formaran parte de sus extensas familias. Criaban como conejos, pero el núcleo

seguía afianzado en torno a una estirpe limitada; los que presumían del apellido O'Malley eran más orgullosos que el resto.

Apenas prestaban atención a la opinión de la Iglesia y sus príncipes, y eso ya bastaba para diferenciarles de las otras familias de alta alcurnia, y los convertía en objeto de incomodidades y rumores. Y, con todo, conservaron su posición y su poder manteniendo las apariencias de una cierta devoción. No eran estúpidos ni temerosos. Se ganaban amistades en las altas esferas, sembraban favores y recogían el fruto, y reunían secretos y mentiras de los fondos más bajos posibles. ¡Ah, qué gran cosecha! Los O'Malley conocían la ubicación de todos los cadáveres inoportunos que se habían enterrado, a veces simplemente porque ellos habían sido los artífices de dicha inhumación. Pagaban sus deudas, se aseguraban de recibir lo que les debían y les dejaban claro a todas las personas con las que negociaban que les acabarían devolviendo lo que les debían, de una forma u otra.

Eran cuidadosos y astutos.

Incluso los perros de Dios acababan viéndose, en algún u otro momento, en deuda con ellos. A veces un eclesiástico de renombre requería un favor que solo los O'Malley podían proporcionarle, y así, con la cabeza gacha, acudía a ellos. Siempre bajo el amparo de la noche, por supuesto, en un carruaje cerrado sin adornos que pudieran delatarlo, por una de las carreteras más desangeladas que partían de Breakwater hasta la finca de Edén del Trasgo. Cogía aire antes de bajar del vehículo, y otra vez al alzar la vista hacia las altas vidrieras iluminadas desde dentro para que pareciera que el interior de la torre estuviera en llamas. Se aferraba al crucifijo que le colgaba de la cintura por miedo a que, al cruzar el umbral, se encontrara en un lugar mucho más diabólico de lo que esperaba.

Hace muchos años que ese tipo de hombres los visitan. Pero a ese tipo de hombres no les gusta nada deberle favores a nadie —y mucho menos si son mujeres, y hubo un tiempo en que las riendas de la familia O'Malley estuvieron

en manos femeninas—, y eran esos mismos sacerdotes los que ofrecían toda suerte de excusas, amenazas y coacciones para evitar dichas obligaciones. Ninguna funcionaba, y los hermanos acababan siempre sometiéndose, sin excepción: un arzobispo o cualquier otro ilustre clérigo se veía destituido y obligado a seguir con su vida como un mendigo cualquiera, y la sonrisa en los labios de la matriarca era ancha y carmesí.

Era el tipo de pérdida —un ultraje— que no habían olvidado en cien años, y era improbable que llegaran a perdonarla. Pues la memoria de la Iglesia era larga e insomne, y con cada generación, al menos uno de sus hijos había intentado que la familia pagara por lo que había hecho. Poco importaba que los O'Malley le hubieran proporcionado un hijo a la iglesia hasta donde alcanzaba la memoria, que hubieran pagado más de lo que los diezmos requerían y apoyado varios hospicios de la ciudad. E incluso tenían un banco a su nombre en la catedral de Breakwater, donde se sentaban todos los domingos siempre que se alojaban en la mansión que poseían en uno de los distritos más lujosos de la ciudad. Ahí, apenas podían reprimir el aburrimiento que les producían los servicios, pero mantenían las formas.

No, los insultos a la Iglesia jamás se olvidaban ni perdonaban, y generaciones de hombres píos habían dedicado una buena parte de sus vidas a condenar el pasado, presente y futuro de los O'Malley. Habían sido muchos los esfuerzos y la energía que habían consagrado a maldecir el nombre, a correr la voz sobre el origen de su prosperidad y a pergeñar planes para arrebatársela. Muchas fueron las cabezas que negaron entre lamentos que las piras y los atizadores sirvieran para exigir conformidad en este asunto en concreto; las redes tejidas por el clan eran demasiado sólidas como para evadirse o socavarse.

Y no eran solo los miembros más devotos de la sociedad de Breakwater los que se oponían a los habitantes de Cabeza de Trasgo. Aquellos que aceptaban la caridad de los O'Malley o hacían tratos de buena fe con ellos se

encontraban a menudo con que el coste era mucho mayor de lo que jamás habrían imaginado. Algunos lo pagaban de buena voluntad y se los recompensaba por su lealtad; aquellos que se quejaban o resistían, recibían lo que se merecían. Con el paso del tiempo, los posibles socios se lo pensaban dos veces antes de formar parte de los negocios de los O'Malley, y los más cínicos se contaban los dedos dos veces después de cerrar un trato con un apretón de manos, solo para asegurarse de que los conservaban todos. Aquellos que se casaban con alguno de los miembros de las ramas secundarias o del tronco principal de la familia lo hacían por su cuenta y riesgo. No eran pocos los maridos y las mujeres que se habían considerado indignos de su confianza o, simplemente, inconvenientes cuando la pasión se había agotado, y de los que se habían deshecho con discreción.

Había algo extraño en los O'Malley: no sentían el mismo miedo que sus congéneres. Tal vez depositaran su fe en otra parte. Hay quien afirmaba que los O'Malley tenían demasiada agua salada en las venas como para ser bondadosos o temerosos de Dios, o, en general, una presencia positiva. Pero era algo que no podría llegar a demostrarse jamás.

Sus negocios eran discretos, pero los malos actos siempre dejaban ecos y manchas a su paso. Los O'Malley llevaban tanto tiempo allí que los pecados se habían ido acumulando año tras año, década tras década, siglo tras siglo. Vida tras vida, muerte tras muerte.

La familia era sencillamente demasiado influyente como para que pudiera destruirse así como así, pero, por lo visto, se habían acabado buscando la ruina sin ayuda ni intervenciones de la Iglesia o sus semejantes.

Lo primero que flaqueó fue el linaje —aunque ellos eran los únicos que lo sabían— y sus fortunas no tardaron en correr la misma suerte. Cada vez nacían menos niños de los verdaderos O'Malley, pero durante un tiempo ni siquiera le prestaron atención, o tan solo la justa y necesaria, puesto que no parecía más que una breve irregularidad. Además, las ramas familiares seguían

multiplicándose y prosperando económicamente.

Más tarde, sus barcos comenzaron a hundirse o a ser tomados por los piratas; luego le llegó el turno a las inversiones, aparentemente astutas, que no tardaron en demostrarse imprudentes. La gran flota acabó reducida a un puñado de barcos mercantes que emprendían travesías intermitentes a través de los mares. Casi toda su riqueza se había ido desangrando, cada vez más rápido, hasta que pocas generaciones más tarde, lo único que quedaba era el magnífico disparate que llamaban hogar en Cabeza de Trasgo. Corrían rumores de joyas, plata y gemas enterradas bajo los ondulantes prados —nadie podía creerse que lo hubieran perdido todo—, pero los O'Malley tenían demasiadas deudas, muy poco capital y se les estaba agotando hasta la mismísima sangre…

Y así fue como la familia se depreció de varias maneras. Incapaces de pagar a sus acreedores e inversores, incapaces de entregarle al mar lo que le debían y con muy pocos secretos ajenos que usar como moneda de cambio, los O'Malley estaban, al fin, al borde de la extinción.

La finca solía estar cuidadosamente atendida por un ejército de jardineros y guardeses, pero ahora solo queda el vetusto Malachi —respirando a duras penas y con tendencia a tirarse regularmente pestilentes ventosidades— para encargarse del cuidado de las cosas. Todos los jardines cercados están desbordados; al entrar en ellos, corres el riesgo de rasgarte las mangas y las faldas con espinas y ramas que han crecido y ganado demasiada fuerza, y las puertas están trancadas por la maleza. Todas menos una, la que utiliza la anciana —la última O'Malley verdadera— cuando busca un poco de aire fresco y soledad. En la casa, Maura, la hermana de Malachi —algo más joven que él y menos dada a las flatulencias—, hace lo que puede para mantener a raya el polvo y la descomposición, pero está sola, artrítica, cansada y enfadada; es una batalla perdida, pero ella sigue con su magia y rituales de las hierbas para asegurarse de que el jardín de la cocina continúa produciendo verduras y el huerto de árboles, fruta. Hay dos

caballos viejos para arrastrar una calesa desvencijada y que, con cuidado, pueden cabalgarse; tres vacas, casi todas a punto de dejar de dar leche, y varios pollos cuyas vidas parece que serán más bien cortas si no empiezan a tomarse sus deberes con un poco más de seriedad. Los humildes rituales de Maura han conseguido alargar sus años productivos, pero incluso la magia tiene un límite. Tiempo atrás, había toda una legión de aparceros a los que podían recurrir para trabajar los campos, pero ahora apenas queda un puñado y la tierra lleva yerma mucho tiempo. La gran casa se derrumba y hace una década que las ciclópeas puertas de hierro de la entrada no se cierran por miedo a que cualquier movimiento las arranque de sus oxidados goznes.

La familia cuenta solo con una hija soltera, cuyo apellido ni siquiera es O'Malley, puesto que su madre cometió múltiples pecados al ser hija única, mujer, obstinarse en la perversidad de adoptar el apellido del marido y luego morir sin dar a luz a más criaturas. Y lo que es aún peor: el marido ni siquiera era del linaje de los O'Malley —ni una gota—, así que la sangre de la hija había vuelto a diluirse. Tiene dieciocho años esta muchacha, ya es toda una mujer, a fin de cuentas, criada casi por completo aislada del mundo, a la que habían enseñado a sacar adelante una casa, como si aquella no fuera una ruina que estuviera a punto de venirse abajo, con una familia moribunda (reducida de nuevo por una muerte reciente), sin fortunas ni perspectivas en el horizonte.

Hay, no obstante, una anciana con planes y conspiraciones que lleva mucho tiempo gestando; y luego está el mar, que acabará exigiendo lo que se le debe, pase lo que pase; y hay secretos y mentiras que jamás permanecen enterrados para siempre.

2

—¿Sabes una cosa, Miren? Era un marido espantoso —suspira mi abuela.

Estamos contemplando cómo bajan el ataúd (un lecho de muerte en el que se ha invertido una gran suma de dinero con el único objetivo de que se quede bajo tierra; cerraduras y bisagras de oro, interior de seda acolchada y relleno de lavanda, que calma a los muertos, y juntas selladas con un adhesivo sobrenatural sobre el que han cantado varios hechizos), cada vez más abajo, y venga a bajar, hasta la cripta que hay bajo el suelo de la capilla. Los portadores han atravesado el laberinto pintado del sendero del peregrino que decora el pasillo hasta llegar al gran espacio vacío y oscuro que hay frente al altar. Han levantado las losas para poder dejar a mi abuelo Óisín en lo que podemos llamar su lugar de descanso. Algunas de las baldosas del mosaico —sirenas, barcos y cosas con alas que, en la penumbra, podrían asemejarse a ángeles— se han roto. Alguien (Malachi) ha pecado de descuido. Espero que la abuela no se dé cuenta, aunque no estaría de más. Alguien (Malachi) acabará afrontando lo que ha pasado, ya sea hoy o mañana; o quizá más adelante, si la abuela ha decidido reservarse el pecado para un momento en que el impacto y el alboroto sean mayores.

Nadie se ha preocupado de encender las velas de la araña de madera que cuelga sobre nuestras cabezas —otro descuido—, pero la luz del día baña de color el lugar a

través de las vidrieras abovedadas. Con todo, los ojos aún se tienen que acostumbrar a la penumbra, y sigo esperando que alguien tropiece con algo, con lo que sea, probablemente con sus propios pies. Hace frío, para variar; es lo que tiene estar rodeados de fría piedra. Me llega un aroma a mar y moho por debajo de las bocanadas de incienso. Rodeó a mi abuela con el brazo porque está tiritando, pero puede que se deba a su avanzada edad; noto los músculos debajo del vestido, ejercitados tras años nadando a diario en el mar. No se olvida ni una sola mañana: nadó el día que mi abuelo murió y ha nadado hoy, el día en que lo ponemos bajo tierra. Aoife O'Malley me mira de reojo y apenas tolera el gesto —somos casi igual de altas y la edad no la ha encorvado lo más mínimo—, pero no muevo el brazo, tanto por incordiarla como para entrar en calor, por poco que sea. Además, notó los ojos de todos los familiares posados sobre nosotras y, por arisca que sea mi abuela, quiero protegerla de aquellos que piensen que los años la han debilitado y convertido en una presa fácil.

El sacerdote llega a regañadientes para despedirse del viejo y entona sus oraciones, aunque a mí me suenan a divagaciones. Hubo una vez en que nos habríamos asegurado un obispo de Breakwater, como mínimo; también habría aceptado a regañadientes, no nos vamos a engañar, pero nuestra familia era mucho más valiosa y no se habrían atrevido a negárnoslo. Pero ahora… Un perro de Dios de baja estofa con medias lunas negras bajo las uñas, olor a alcohol y a tierra y una delicada capa de caspa en los hombros, como si el invierno se hubiera adelantado. Farfulla sus oraciones como si temiera que el dios que ha elegido pudiera castigarlo por haber asistido al oficio, por poner a Óisín O'Malley bajo tierra, como si buscara su aprobación. Aunque tampoco es que queden ya demasiados hombres de Dios entre los que elegir en Breakwater, independientemente de tu estatus.

—Era un marido espantoso, ¿sabes? —repite Aoife, como si chocheara, pero a estas alturas sé que lo mejor es asentir.

Lo de mi abuela es pura fachada: la anciana indefensa que acaba de quedarse viuda. Viuda de un marido espantoso, sí, pero sin perder la oportunidad de recordar a los que puedan oírla que lo echará espantosamente de menos, porque, a pesar de todo, es una buena mujer. Ante la adversidad marital, ella, Aoife O'Malley, hizo todo lo posible por ser una esposa tierna, cariñosa, considerada y respetuosa.

Y eso es precisamente lo que no fue. Aunque, como digo, no soy lo bastante necia como para contradecirla delante de los demás. Por mucho que podamos reñir cuando estamos a solas, le soy leal en público, pase lo que pase. Todos estos parientes de las ramas secundarias de la familia han hecho acto de presencia para ver qué pueden sacar de la muerte del viejo. Y no son O'Malley de verdad, de los puros; el linaje se ha mezclado y combinado, como en mi caso, a raíz de matrimonios con hombres y mujeres que no eran de la familia. La sangre se ha diluido. Aunque, sinceramente, y por mucho que le duela a mi abuela, el cruce era imprescindible. ¿Cuántas veces puede doblarse sobre sí mismo un linaje antes de dar como resultado un monstruo? Sabe Dios que no sería la primera vez, y que Malachi me ha susurrado que en las profundidades de la tierra hay ataúdes con formas extrañas, ocultando secretos que nadie más querría guardar.

Pero Aoife es una O'Malley por partida doble: nació O'Malley y se casó con uno. Es una O'Malley pura, de doble sangre, el omega. El resto somos seres inferiores, vástagos con un flujo en las venas tan diluido que apenas importa. Pero yo crecí en esta casa y soy la nieta de Aoife; estoy un peldaño por encima de los demás.

Sin embargo, ella es la última del linaje puro.

El clérigo retoma los balbuceos mientras los primos más fuertes le siguen, cargando con el ataúd de caoba en el que descansa Óisín (de una longitud especial para poder adaptarse a su altura, algo que se ha añadido al coste) de camino a las profundidades. Veo la espalda firme y los hombros anchos de Aidan Fitzpatrick bajo el abrigo, y un

pelo tan rubio y reluciente que incluso es posible verlo en la oscuridad mientras descienden. Finn O'Hara va a su lado, y la diferencia de altura provoca que el paso sea algo torpe. Pienso en Óisín inclinándose dentro de la caja, presionando el forro acolchado, aunque nunca lo sabrá. Detrás de ellos van los gemelos Monaghan, Darah y Thomas; y, en la parte trasera, dos primos tan lejanos que ni siquiera me acuerdo de sus nombres. Al menos tienen pinta de O'Malley. Los otros son rubios o pelirrojos, con la piel cetrina o llena de pecas, algo que los delata. O los delataba, porque ahora mismo los O'Malley puro son minoría.

Aoife y yo somos las únicas personas sentadas en el primer banco, aunque haya espacio más que de sobra en la parte trasera de la humilde capilla. Nadie se ha atrevido a sentarse a nuestro lado, ni siquiera en el banco que hay al otro lado del pasillo. No sé si han querido evitar acercarse a Aoife, o si nadie ha querido estar demasiado cerca del ataúd de Óisín por si al viejo le diera por levantarse y mandar a todo el mundo a su casa a gritos; probablemente se deba a una combinación alquímica de las dos.

¿Yo? No tienen razones para evitarme; no hay nada en mí que pueda darles miedo.

Creo que, en general, la gente ha venido para asegurarse de que Óisín se ha muerto de verdad, y eso es algo que puede hacerse desde una distancia prudencial. Conozco muy bien sus errores, pero echaré muchísimo de menos a mi abuelo. Me enseñó todo lo que sé sobre el mar y su carácter, sobre barcos, negocios y todas las supersticiones que han heredado los marineros. No soy una ilusa: si hubiera tenido hermanos, o si mi madre hubiera tenido hermanos, difícilmente habría recibido la educación que me ofrecieron. Por desgracia, lejos quedan los días en que el poder de las mujeres O'Malley era incuestionable. Aoife es una criatura inusual, una fuerza de la naturaleza; mi abuela, una persona a la que no podría interesarle menos que los demás le digan lo que tiene que hacer, pero incluso ella ha tenido que agachar la cabeza y ceder de vez en cuando.

Creo que, algunos días, Óisín se sentía solo y apreciaba mi compañía, tanto en su estudio como en los viajes que hacía al rompeolas para inspeccionar las embarcaciones y el cargamento. Le gustaba llevarme a comer a su club favorito y hacerme preguntas sobre las mareas, los nudos y las rutas de comercio. Ojo, que si me equivocaba ya podía prepararme para una buena, y acababa yéndome de allí teniendo muy claro que era una total y absoluta decepción. Pero, después de las primeras broncas, entendí que lo que tenía que hacer era no equivocarme. En el bolsillo noto el peso de su daga y el mango con engastes de madreperla, el que me dio antes de acostarse por última vez.

—Era un marido espantoso —suspira Aoife de nuevo, ahora más alto por si alguna de las personas de la parte trasera de la capilla no la ha oído.

La tercera vez es un sortilegio: lo ha convertido en un hecho que divulgarán allá donde vayan todas las personas cuyos oídos alcance aquella afirmación. Aoife O'Malley siempre ha creído que la verdad es lo que ella designe como tal.

Esta vez sí respondo.

—Sí, abuela.

Siento una punzada de deslealtad, pero Aoife es la persona con la que toca vivir a partir de ahora. Me he quedado sin protección, aunque la protección no fuera más que producto del deseo de Óisín por enfrentarse a su mujer.

Los portadores parecen llevar muchísimo tiempo ahí abajo, y ya ni siquiera se oyen los quejidos rítmicos de las oraciones del perro de Dios. Aguzó los oídos, atenta al sonido de las botas sobre los escalones, o al de la madera sobre la piedra mientras introducen el ataúd en uno de los nichos, tal vez alguna que otra tos producida por el aire viciado de una tumba que hace quince años que no se abre, desde que mi madre murió por unas fiebres, apenas una semana después de mi padre.

Aguzó aún más los oídos, y sigo sin oír nada. Intento evitarlo, pero la ausencia hace que el corazón me lata con fuerza. Me imagino que todo el mundo lo oye, pero Aoife

no se gira hacia mí, no hace gesto alguno. ¿Qué estará pasando ahí abajo? ¿Habrán bajado demasiado? ¿Habrán cambiado las escaleras? ¿Habrá aumentado el número de escalones, la profundidad? ¿Les estarán dando la bienvenida a mis primos a un lugar inexplicablemente cálido? Por inercia, me llevó la mano a la pendiente de la garganta y noto la gruesa tela de mi vestido de cuello alto y el cálido bulto de metal que hay debajo: el collar de plata con la campana de a bordo grabada con lo que podrían ser vieiras o escamas. Aoife también lleva uno, y dice que mi madre también lo tenía. Como todos los primogénitos.

«Escucha, escucha, escucha…»

La delicada cabeza de Aoife se gira hacia mí y me mira a través del grueso velo de encaje. Me doy cuenta de que le he estado apretando los hombros. Me aparto y fuerzo una sonrisa a través de mi propio velo, que no es tan grueso como el suyo; a fin de cuentas, tengo menos que ocultar.

¡Pasos, por fin! Como si hubieran estado esperando a que me relajara. Los primeros emergen de dos en dos; ¿están más pálidos que cuando han entrado? ¿No está Darah algo mareado? Thomas está resollando, ¿habrá soltado al fin el aire después de haber estado conteniendo el aliento mientras estaban abajo? El único que parece indiferente es Aidan: tenían un trabajo que hacer y se ha encargado de cumplir con su parte. Nada más.

Tiene la altura de la familia, pero es lo único. Pelo rubio y ralo, ojos azules y, debajo de la carísima levita hecha a medida (solo los verdaderos O'Malley se han visto castigados con aquella vergonzosa pobreza), está luchando contra el sobrepeso. A sus treinta y tantos años, solo será capaz de contenerlo si mantiene la actividad física diaria: montar a caballo, el boxeo, los paseos por las colinas, recorrer las cubiertas de los barcos que posee. Mira a Aoife, pero no a mí; aunque, de nuevo, raramente me dice algo más allá del «hola» o el «adiós» reglamentarios, como si siguiera siendo una cría, la prima pequeña, casi invisible, por suerte. Estoy acostumbrada y no me importa. Intercambian un gesto de cabeza y él vuelve a la segunda

fila de bancos, donde lo espera su hermana Brigid, una examiga mía, con sus ojos pálidos, sus delicados rizos y su frágil barbilla. Me imagino sintiendo el calor de su mirada en la nuca, pero es posible que no sean más que fantasías mías. Los otros se reparten por la parte trasera de la capilla.

El sacerdote entona una última bendición y nos insta a que marchemos en paz. Aoife no tiene tiempo que perder; avanzamos por el pasillo a pago ligero, algo que debería reconsiderar teniendo en cuenta su apariencia de frágil viuda doliente. Le aprieto el brazo y capta el mensaje al instante. Reduce el ritmo y sus pasos se vuelven más pequeños, más lentos, muy distintos de esas largas zancadas que dejarían en ridículo a hombres con la mitad de su edad.

Nos siguen los familiares y el resto de los asistentes. Echo un vistazo por encima del hombro y los observo a través del encaje negro, caminando tras nuestra estela como olas bien entrenadas, como si temieran que nos pudiéramos escapar si no salen corriendo tras nosotras.

—Nos queda solo una última prueba —murmura Aoife.

—Sí, abuela —contesto, pero estoy pensando: «¿Y luego qué? ¿Cómo seguimos adelante? ¿Cómo volvemos a nuestros bordados y a la lectura, controlando a las tres familias de aparceros y a Maura y Malachi, atendiendo el jardín de hierbas y poniendo a prueba sus propiedades, cabalgando esas reliquias de caballos, caminando por la orilla del mar, apañándonoslas un día tras otro? ¿Cómo?».

Y debo admitir que también me baila por la mente la idea de que ahora solo falta Aoife, y que cuando se vaya podría marcharme de Edén del Trasgo y dejar atrás todas las obligaciones de aquel lugar y el nombre O'Malley.

* * *

—Miren, cariño, ¿cómo está nuestra queridísima Aoife? ¿Lo lleva bien? —me pregunta la tía Florence Walsh, que en realidad no es más que otra prima, pero es tan vieja que es fácil llamarla «tía».

Es una persona baja y oronda, pero la grasa le ha esquivado el rostro, así que está arrugada y tiene los

pómulos hundidos. Vestida toda de negro, parece una ciruela pasa coronada por un cabello plateado con el aspecto suave de una nube. Por experiencia puedo decir que nada más lejos de la realidad: se lo toqué cuando era pequeña, esperando que fuera como algodón de azúcar, pero me encontré con una cosa áspera, seca e hirsuta. Me pasé días con la sensación de tener fragmentos clavados en los dedos, y me llevé un bofetón por mi atrevimiento que jamás olvidaré.

—Está muy bien, tía. Gracias por preguntar, eres muy amable.

Nada más lejos de la realidad. La arpía es varios años más joven que Aoife, pero parece mayor. Creo que en su cabeza se ha montado una carrera para ver quién sobrevive a la otra; me pregunto cuántas personas más habrán hecho sus propias apuestas. Yo sé por quién apostaría, si tuviera dinero.

—Se adapta a todo, esta Aoife; seguro que sobrevive a lo que la vida le eche encima.

La tía Florence alarga el brazo y me toca los pequeños volantes de la manga, como si estuviera valorando su calidad. Este vestido es viejo, verdea ya por los años y ni siquiera es mío, sino de mi madre, creo, y fue el que llevó al funeral de sus abuelos. Sospecho que perteneció a dos o tres O'Malley más antes que ella. El estilo es arcaico, pero lo único que importa es que es negro; Maura le cogió un poco la cintura, puesto que soy más esbelta que Isolde. Por un momento, valoro la posibilidad de darle un manotazo para apartar de mí aquellas patas de araña, una venganza pospuesta demasiado tiempo, pero probablemente le rompería los huesos. No puedo negar que no me tiente.

—Y con recursos. ¡Mira todo esto!

Hace un gesto hacia el banquete de comida y bebidas que han preparado en el gran salón en el que antiguamente celebrábamos bailes, cuando aún podíamos permitirnos esa clase de entretenimientos. Los muros están ocupados por aparadores y las mesas forman una hilera en el centro; todas están cargadas de provisiones. Todo (bueno, al menos

en esta sala) lo han limpiado, pulido y ordenado las cuatro doncellas que Aidan Fitzpatrick nos ha «prestado» en un inusual gesto de atención a sus deberes para el último oficio por mi abuelo. Tanto Aoife como yo nos hemos acostumbrado a una capa general de polvo la mayor parte del tiempo, y mi abuela incluso ha aceptado que Maura ya es demasiado vieja para hacer algo más que pasar un trapo con desgana por las superficies que tiene más a mano. Los ojos azul hielo de Florence se le iluminan cuando contesta:

—Es toda una sorpresa, teniendo en cuenta lo apretado que tiene el bolsillo.

—Mi abuela puede ser muy persuasiva cuando se lo propone, tía, como tú y el tío Silas bien sabréis.

Se rumoreaba que al marido de Florence, muerto hace tiempo y llorado por muy poca gente, le habían convencido para que soltara una parte importante de su patrimonio poco antes de su muerte, y jamás se lo habían devuelto; Aoife también le había convencido de que añadiera al testamento la condonación de la deuda. Y corrían muchos otros rumores sobre la facilidad que tenía ella para manipularlo. Aoife tiene recursos, tal como ha apuntado Florrie. Y muy poca piedad.

Mi tía tuerce el gesto; la expresión benigna que tantos esfuerzos le cuesta mantener no puede resistirse a la maldad que lleva dentro y que lucha por salir a la superficie como una gran criatura marina. Un fugaz destello. No le tengo miedo, pero durante un instante me tiemblan las piernas, quizá porque en ese momento Florece me ha recordado a Aoife. No en las facciones, no, sino en las malas intenciones.

—Llevas su sangre, eso está claro —comenta, y suena como una maldición. Esboza una sonrisa—. Me alegro de que esté bien. Cuídate, Miren.

La tía Florence se aleja lentamente, y yo la observo mientras se abre paso por la multitud de cuerpos vestidos de negro. Se detiene aquí y allá para decir algo, para tocar a alguien. Algunas personas se apartan; otras se acercan.

La muchedumbre parece haberse reducido, aunque

dudo que sea porque alguien se haya marchado; de todas formas, los que tengan pensado volver a Breakwater antes de que caiga la noche deberían irse pronto. Habrá familiares rondando por la casa, obviamente, extendiéndose como telarañas de ala en ala para ver qué encuentran. No siempre tienen la oportunidad de visitarla, y mucho menos hoy día; con el paso de los años, han ido recibiendo menos invitaciones para cenar. Con suerte, no robarán nada; y no porque necesiten robar, sino porque así pueden alardear del recuerdo en el futuro. Les va a costar horrores encontrar algo de valor; ni siquiera se ha conservado la numerosa colección de objetos de plata —jarrones, bustos, platos, cubiertos, manijas, jarras, cálices y demás—, vendidos a lo largo de las décadas para pagar las facturas. El único que ha ido llamando con una cierta regularidad ha sido Aidan Fitzpatrick, para preguntar por la salud de Aoife y Óisín y comprobar si necesitaban algo; pero, hasta donde yo sé, nunca les ha proporcionado nada significativo. Lo justo para mantener a raya a los agentes de impuestos, pero no lo suficiente como para rescatarles.

Para rescatarnos.

Florence desaparece de mi vista y yo vuelvo a centrarme en el festín. ¿Cuántos acreedores atraerá todo esto a nuestra puerta? ¿Cómo ha podido convencer Aoife a nadie para que le extiendan el crédito? Las dos sabemos que no sobrará nada cuando se lea el testamento de Óisín. Con suerte conservaremos la casa, pero tendremos que vender los últimos barcos para cubrir lo que se debe.

Por no mencionar los impuestos de sucesión.

Antes habríamos sabido a cuánto ascenderían, qué porción, pero ya no hay consejo que lo decida. Ya han pasado cuatro años desde que una mujer llegó a Breakwater y tomó el mando. La congregación de hombres que la habían gobernado habían ido muriendo poco a poco, por motivos naturales o por accidente —o eso decían—, y aquellos que quedaban se conformaban con beneficiarse del nuevo orden de Bethany Lawrence. Tiene los dedos sobre el pulso de la ciudad, y es capaz de acelerarlo o detenerlo por

completo allí donde ejerce presión. Las historias que oímos de los buhoneros que viajan a lo largo y ancho de estas tierras afirman que tiene a la Reina de los Ladrones cubriéndole la espalda (sensato), y que recauda impuestos, sobornos y diezmos con la misma firmeza que la Iglesia y el Estado en su momento (según las malas lenguas, también tiene al arzobispo comiendo de su mano, y acepta cualquier migaja que le pueda lanzar). Ojo, que también dicen que la ciudad está limpia y bien gestionada. ¿Qué podría llegar a exigirnos? Corren rumores de que las familias ricas de Breakwater han acabado proporcionándole bien dinero o bien favores cuando hay una herencia en el horizonte, y a veces ambas cosas. Me parece el tipo de acuerdo que los O'Malley podrían haber llegado a pactar, pero no es una de nosotros. Ni Aoife ni Óisín han tenido contacto con ella, y ella tampoco se ha dirigido a ellos en persona o a través de intermediarios; una clara muestra de lo insignificantes que somos ahora es que ni siquiera los depredadores nos prestan atención. O tal vez, y solo tal vez, aún conservemos parte de nuestra reputación, ecos de un pasado que disuade incluso a los poderosos.

Tal vez nunca lleguemos a saber de ella. Tal vez nuestra pobreza sea tan extrema, tan conocida, que a nadie se le ocurriría exigirnos nada. De ilusión también se vive.

—Señora, ¿sacamos más salmón?

Una de las doncellas prestadas se me acerca por detrás. Yo niego con la cabeza

—No, que encima se animarán a quedarse más rato.

La muchacha sacude la cabeza, hace una reverencia y se marcha. Pronto habrán desaparecido todos estos familiares que han acudido a ver lo que encuentran, no a ofrecer consuelo en tiempos de necesidad, sino tan solo a celebrar que no son ellos los que han acabado bajo tierra.

Me acuerdo cuando me sentaba junto a Óisín pocos días antes de que llegara la parca. No había ninguna mujer pálida y lastimera en la ventana, ni tampoco arreció una tormenta cuando murió; eso solo ocurre cuando fallece una mujer, aunque nadie sabe por qué, o al menos no lo dicen.

Recuerdo a mi abuelo volviéndose un chiquillo asustado, encogido sobre sí mismo en el enorme colchón donde nuestras matriarcas y patriarcas han dado a luz, dormido y muerto. Lo recuerdo llorando porque nadie lamentaría su muerte, un deseo repentino, la necesidad de unos afectos a los que él nunca había sido demasiado proclive. Y me pregunté por eso, por el hecho de que anhelara no la absolución de sus pecados, que seguramente deben estar numerados en un libro muy grande, sino amor.

Sí, pronto todos se habrán marchado y nos quedaremos a solas Aoife y yo, deambulando por Edén del Trasgo mientras se descompone a nuestro alrededor, y Maura y Malachi con un pie en la tumba. Y, aun así, no veo el momento de que la puerta se cierre a sus espaldas; por mucho que lo intente, no soy capaz de imaginarme cómo evolucionará mi vida a lo largo de las próximas semanas y meses. Será como capear un temporal, supongo, aunque extrañamente calmado: «Tú agárrate —solía decir Óisín, y ahora todavía oigo su voz—. Agárrate a lo más sólido que tengas a mano». El mantra de un lobo de mar. Era lo que me repetía siempre que Aoife me llevaba a nadar al mar.

Y, de repente, tomo conciencia del agujero que tengo en el estómago: echaré de menos al viejo. Aprieto los puños, me los hundo en la barriga y parpadeo para contener las lágrimas mientras subo los escalones, veinte, treinta, hasta llegar a los ventanales del extremo opuesto del salón de baile. Si tengo alguna certeza es que ni el amor ni el odio son emociones simples.

Algunos primos intentan hablarme, pero paso por su lado como si no les hubiera oído y acaban desapareciendo. Finalmente me planto delante de la hilera de cristales con forma de rombo y miro al exterior.

El descuidado jardín brilla con un verde intensísimo y se extiende en delicadas ondas hasta las colinas. El cielo y el mar están grises; la ilusión óptica hace que parezcan estar cosidos el uno al otro, en un edredón de retales cuyas costuras apenas son visibles. Es como si el horizonte hubiera desaparecido; ¿qué pasaría si no existiera esa línea?

La línea hacia la que todos nos dirigimos, conscientes de que jamás la alcanzaremos, pero atraídos hacia ella como un ave marina que sigue las rutas migratorias año tras año, vida tras vida.

Imagino el rumor de las olas porque no soy capaz de oírlas por encima del murmullo de voces, el tintineo de las delicadas tacitas de porcelana, el ruido de la gente masticando, los golpes secos de las botas sobre el suelo de mármol. Pero sé que acometen y se retiran con la constancia de los latidos del corazón, entre el silencio y el sonido que producen al romper contra los guijarros de la playa. El mero pensamiento me ayuda a calmarme, algo que no deja de ser curioso, teniendo en cuenta que cuando era muy pequeña me aterraba aquel ruido. «Todas las aguas del mundo confluyen, Miren —solía decirme Aoife—. ¿Qué sentido tiene que les tengas miedo?»

Era algo que, obviamente, ni me ayudaba ni me consolaba cuando me enseñaba a nadar lanzándome hacia el gélido mar. Así fue como aprendí, en contra de mi voluntad; no dejaba de tirarme al agua por inclemente que fuera el tiempo o lo mucho que yo llorara. Me arrojaba desde las rocas que emergían del agua (cerca de la cueva derrumbada) y yo me hundía. Las primeras veces, me rescataba; las siguientes, me abandonaba a mi suerte. Dejaba que cayera a plomo durante tanto tiempo que yo creía que me ahogaría, y me daba cuenta de que la única forma de sobrevivir era salvarme con las largas brazadas y poderosas patadas a las que recurría la propia Aoife. Llevo años preguntándome si me habría dejado morir al final… o si de haber esperado un segundo más se habría lanzado al agua a por mí y sacado de entre las olas sus esperanzas y futuro en forma de una cría de tres años aterrorizada que no paraba de toser y de escupir.

«Agárrate a lo más sólido que tengas a mano», decía Óisín, pero tardé mucho tiempo en comprender que lo que quería decir era que solo podía confiar en mí misma: era lo único sólido en aquel airado mar.

No sé cuánto tiempo paso mirando por la ventana, pero

dejo de ensoñar al divisar dos figuras caminando por la hierba. Por la dirección que siguen deben de haber entrado por la puerta trasera, y se dirigen al lugar en el que una vez hubo fugazmente una iglesia. Una va ataviada con un largo vestido negro de luto y el viento le sacude el velo, que ella se recoloca con irritación y le vuela por detrás como si de un ala se tratara.

—¿De qué estarán hablando?

No me he dado cuenta de que Brigid se me había acercado. Es una mujer achaparrada de rizos rubios y ojos gris pálido, pero tiene una voz preciosa y canta cuando se lo piden. Nadie le ha pedido que cantara para la despedida de Óisín. De hecho, no ha cantado nadie.

Miro de reojo a mi prima. Tiene las mejillas sonrosadas, como si estuviera molesta o avergonzada, o hubiera tenido que reunir todo el coraje posible para hablarme o temiera que no le respondiera. No somos amigas. Ya no, pero lo fuimos. Cuando Óisín aún dirigía la oficina de Breakwater, antes de que se la vendiera a Aidan, yo solía visitarlo con Brigid. Y a veces también venía a Edén del Trasgo y jugábamos. En aquel momento, poco importaba que no fuera una «verdadera» O'Malley; yo ignoraba el desprecio que expresaba Aoife por las ramas inferiores. Así estuvimos varios años, y yo la consideraba mi mejor amiga. Pero cuando te van alimentando con las migajas del rencor y el orgullo, cuando pierdes la confianza en alguien…

—No lo sé —contesto y, porque al menos a mí no me avergüenza lo más mínimo, añado—: Puede que de un préstamo.

—Sabes que esta casa se caerá, ¿verdad?

No hay malicia en su voz, sino más bien tristeza, como si hablara de una mascota vieja que está a punto de morir.

—Ya lo sé.

Y luego contemplamos a las dos figuras del exterior en silencio. Aoife es casi tan alta como Aidan; habla con avidez, gesticulando con las manos. Veo su expresión: astuta, cauta, hambrienta e inteligente. Y Aidan, que la

escucha con atención, se parece un poco a ella. Cuando él abre la boca, las facciones componen a una criatura distinta, el hijo de una sangre diluida, y luego ambos rostros se pierden de vista al cambiar de dirección y dirigirse hacia el horizonte invisible, hacia el viento que arrastra consigo el aliento de una tormenta.

3

La biblioteca tiene un techo altísimo que una vez estuvo pintado con escenas de nuestras glorias marítimas, pero ahora, en su mayor parte, las obras de arte están ocultas por telarañas y hollín, y llevan así desde que tengo memoria. Algún que otro rostro se asoma por aquí y por allá, una extremidad, una nube de tormenta, la vela de un barco, la cola de un monstruo marino; pero, por lo general, lo que hay allí arriba deja espacio para la imaginación. Cuando era pequeña, evitaba mirar al techo por miedo a conjurar una pesadilla a partir de aquellos elementos. Por aquel entonces pensaba que no podía haber nada peor que un mal sueño. Tres de las paredes están cubiertas por estanterías hasta los topes de libros, y la cuarta es prácticamente una única ventana, tapada por unas polvorientas y gruesas cortinas rojas para mantener a raya la noche y los peores días de frío.

Aoife lleva una bata bordada de un granate oscurísimo y el pelo recogido en un moño alto, sedoso, plateado, sin retazos de la oscuridad de su juventud; tiene un vaso de *whisky* con limón junto al codo y está sentada en uno de los sillones raídos, con la mirada clavada en las llamas del hogar. No hace mucho que ha dejado escapar un suspiro que he reconocido como un gesto de resignación, una señal de que a partir de aquí debemos seguir adelante. Pero ¿hacia dónde?

Yo sigo con el vestido del funeral; me he pasado la

tarde despidiéndome de los invitados, y luego he ayudado a Maura a limpiar el desastre porque Aidan se ha llevado las doncellas prestadas a casa. Luego hemos llenado tres cestas con todos los restos de comida que hemos encontrado y he ido a las tres casas arrendadas a entregarlas. Hay más comida de la que nosotras podemos asumir, y así al menos alguien podrá beneficiarse de la muerte de Óisín. Los Kelly y los Byrne me han dado las gracias; la viuda O'Meara ha aceptado lo que le he llevado, pero me ha dirigido la misma mirada de siempre, y yo me he apresurado a marcharme, como siempre.

Me acerco a una de las estanterías y extraigo un libro embutido entre historias familiares y unos tomos de derecho marítimo que mi abuelo quería más que a cualquier cosa de carne y hueso. Hay muchos volúmenes con la M dorada en el lomo que hace referencia a «Murcianus»: *Las historias menos conocidas de Murcianus*, *Criaturas mágicas de Murcianus*, *Lugares extraños de Murcianus*, *Canciones de la noche de Murcianus*, *Libro de cuentos de Murcianus*. Hay incluso uno de *Magia de Murcianus*, pero es una versión incompleta; el original se perdió siglos atrás durante el saqueo de la ciudadela de Confín de Cwen, o eso dicen.

Pero el que cojo es distinto, lo noto pesado en los brazos, y lo sostengo casi como un escudo cuando me aproximo a Aoife. Dibujo con los dedos el relieve de la portada, ya apenas visible. Sé que faltan páginas del principio, y que lo único que queda son diminutos jirones de papel como los bordes de las alas de una mariposa. Siempre ha estado así, y Aoife afirma que no sabe qué había en esas páginas; que la historia, la primera historia, ya no existía ni siquiera cuando ella era pequeña, y que no guarda ningún recuerdo al respecto.

—¿Puedes leerme un poco? —le pregunto sin demasiadas esperanzas, porque tengo dieciocho años y porque hace muchísimo tiempo que mi abuela no me lee nada.

Maura, a quien acudía a buscar consuelo de niña,

nunca me ha leído nada, pero solía contarme cuentos de hadas. Sus relatos cantarines hablaban de niños secuestrados y llevados a lugares ocultos; de mujeres convertidas en aves e insectos; de relojes de alma y magia oscura; de muchachos que a veces caminaban erguidos y otras a cuatro patas; de muchachas a las que les cambiaba el rostro, les salían cuernos y se alejaban bailando de sus vidas anteriores; de novias robadas por bandidos, y de héroes vencidos por la maldición de una mujer. También me hablaba de otros lugares: de Lodellan y Frondacre, de Tinteria y de Vega del Bell, y de sitios extraños como Caldera, en las Tierras Sombrías, donde reinan los Lores Sanguijuela.

Aoife, cuando estaba de humor, me leía el libro en el que varias generaciones de nuestra familia habían escrito historias que podían ser falsedades, pero que también podían ser verdad. Escritas por diferentes manos, algunas más difíciles de descifrar que otras, que yo, de niña, me tomaba como si fuera palabra divina.

Quizá también recuerde a mi madre leyéndome aquel volumen negro, con las páginas amarillentas, descoloridas por la tinta y los años, con huellas dactilares de los muertos y dibujitos en los márgenes para animarlos o dañarlos. Quizá recuerde una voz más dulce que la de Aoife, más amable, casi como una carcajada, cuyas historias eran menos aterradoras para que las pesadillas no me despertaran y, en cambio, me quedara dormida, acunada por los brazos de los recuerdos de mis ancestros. Pero quizá sean imaginaciones mías. Quizá Isolde no sea más que un pensamiento que tuve una vez y que jamás llegará a ser nada más. Pero quizá, y solo quizá, la voz de mi madre ha dejado un rastro en mis sueños. De mi padre, Liam, no tengo ni la sombra de un recuerdo; lo único que me ha contado Aoife sobre él es que era una persona «inadecuada», y alguna que otra palabra más, ninguna elogiosa.

Es posible que otras familias tengan historias de maldiciones, muchachos de hielo y damas de blanco, pero

nosotros tenemos dioses antiguos, habitantes del mar y monstruos. De pequeña, jamás dudé de que aquellas historias fueran ciertas. Ahora, que ya no soy tan niña, no lo tengo tan claro.

Pero esta noche, por alguna razón que se me escapa, necesito volver a oír estas historias y, por otra razón que se me escapa, mi abuela se siente magnánima y asiente. Le dejo el libro en el regazo; las puntas del sillón hacen que parezca un trono con las alas de un murciélago. Me acurruco en la *chaise longue* de terciopelo verde que hay frente a ella, apoyo la cabeza en un cojín y siento el calor del fuego recorriéndome el cuerpo, consciente de que, para cuando acabe la noche, hará demasiado calor, pero no podría importarme menos. No pido ningún relato en particular. Lo importante es la forma de contarlo.

Por un instante, hay paz.

Y luego Aoife comienza, con una voz que recuerda ligeramente a la de una anciana, a leer algo que hace años que no oigo.

En la casa había tres niños: la primogénita, y la que debía heredar; el mediano, un chiquillo para la Iglesia, y la última, otra niña que, de cumplir con su propósito, le daría un disgusto a su madre. La familia había estado discutiendo, pero el orden debía respetarse; no dependía de ellos seleccionar y elegir, les recordó el bisabuelo de los niños.

No había alternativa posible: debían pagar el tributo, quisieran o no.

Y así fue como la madre de los niños bajó la mirada y agachó la cabeza. Se pasaba el día y la noche sentada en la habitación con la bebé de cabello cobrizo en los brazos, como si quisiera aprovechar todos los momentos posibles con ella mientras pudiera. Cuando el resto de la familia dejara de observarla suspicaz, cuando se sintiera libre de su mirada… Porque ¿quién sería capaz de oponerse al patriarcado? Bajo el mando de las mujeres O'Malley, había mucho más que dar y tomar, una mayor flexibilidad con las reglas y los límites; sin embargo, durante su mandato, el bisabuelo había tensado las

riendas que mantenían a raya a sus mujeres. Parecía que no moriría jamás, y aquellos de su sangre comenzaron a desear su caída. Y su bisnieta, la madre de la criatura en cuestión, estaba harta, harta de doblar la espalda e hincar la rodilla, de ceder en asuntos importantes y triviales, sin saber en el fondo cuándo ocurría, y la rebeldía ardía en su interior.

Y así fue cómo el día antes de que tuviera que despedirse de su pequeña, envió a la mayor y al mediano al mar.

—Tomad el sendero —les dijo— que conduce hasta la playa. Id con cuidado de no resbalar. Hay una cueva en el extremo más alejado de la cala. ¡Id a verla, os encantará! Y podéis jugar allí, y quizá encontréis algún tesoro, mis niños.

Los abrigó a conciencia, pues el día era gris y frío. La mayor, Aislin, sabía que no debía llevarle la contraria a su madre, pero su entusiasmo se vio templado por sus instintos. El muchacho, Connor, estaba más entusiasmado que su hermana, y menos preocupado, y la niña no dijo nada que pudiera bajarle los ánimos. Sabía que aquella excursión era importante por la tensión que percibió en el cuerpo de su madre, por la mirada oscura y penetrante de sus ojos, por cómo apretaba los labios con tanta fuerza que hasta perdieron el color. Aislin asintió y se llevó a su hermano de la mano.

Mientras le ajustaba a la mayor el collar de la campana plateada alrededor del cuello, añadió:

—Pero que no os vea nadie. Será como un juego. ¡Tenéis que ser listos! ¡Y silenciosos y astutos! ¿Podréis, mis ratoncitos?

Y así fue como Gráinne mandó a aquellos niños a la playa de guijarros. Los mandó por los caminos secretos que todos los jóvenes de la casa conocían y que los adultos solían olvidar: los interminables pasillos oscuros que solo pisaba el servicio, y en contadas ocasiones. Correteaban por galerías no habitadas más que por el polvo, pues su hogar siempre había sido más grande de lo necesario y se habían levantado anexos por prestigio y por despertar envidias, no para albergar más cuerpos. Dejaron atrás retratos familiares cuyos ojos, negros como nubes de tormenta, les observaban al pasar, con cejas aparentemente a punto de levantarse. Dejaron atrás armas que habían acumulado polvo y óxido, que no se habían levantado de las paredes presas de la

furia desde hacía muchos años; también dejaron atrás jarrones de plata y bustos sobre pedestales, pesados y lujosos tapices que representaban escenas de la historia de la familia, con imágenes del mar, siempre el mar, y barcos sobre él, porque eso era lo que había facilitado las fortunas de los O'Malley.

Entraron a hurtadillas por la puerta de la biblioteca, dejaron atrás el sillón donde su bisabuelo pasaba los días dormitando cuando no estaba clamando pronunciamientos sobre sus destinos; atrás quedó el despacho en el que su padre y hermanos dedicaban los días a contar y recontar el oro y la plata que generaba el imperio mercantil de los O'Malley, planeando y pergeñando estrategias para ganar más; la estancia donde su bisabuela, su abuela y sus tías pasaban los días cosiendo y conspirando, que es lo que hacen los mujeres cuando se las obliga a estar de brazos cruzados.

No fue hasta que cruzaron las vastas cocinas subterráneas cuando el sigilo de los niños se fue al traste. Una única pinche los vio de lejos, una muchacha escuálida y curiosa, y los siguió. Los siguió a una distancia prudencial, pero vaya si los siguió. A través del huerto, y luego los jardines, árboles y matorrales, lechos de flores, más allá de los pozos ornamentales y centrados, más allá del capricho que construyeron el año anterior para que pareciera un pequeño barco, porque el bisabuelo estaba obsesionado con ese tipo de cosas. Tenía frío, puesto que no había tenido tiempo de ponerse un abrigo, pero los siguió de todos modos, mientras los labios le cogían un tono azulado y los dedos se le entumecían hasta el punto de que tuvo que frotárselos entre ellos y hundirlos en las axilas para evitar que se le agarrotaran por completo. Los siguió hasta que llegaron al borde del acantilado, al lugar en el que comienza el serpenteante sendero.

Los niños O'Malley no temían ni a la lluvia ni a los cielos grises, ni tampoco temían al mar, pues habían aprendido a nadar casi antes de que supieran andar. Pero sentían respeto por la tierra, les resultaba en cierto modo traicionero que a veces cediera sin previo aviso, después de haberles prometido tanta solidez. Y por eso los niños tomaron el camino hacia la cala de guijarros con inquietud.

Sin embargo, al llegar a la playa, volvieron a pisar con convicción: cerca del agua, se sentían más seguros. A sus espaldas, la doncella se esforzaba por no tropezar ni hacer ningún ruido que pudiera delatar su presencia, pero a aquellas alturas ya estaban en su objetivo y tenían toda su atención puesta en ello.

Y así fue como los niños llegaron al fin a la cueva marina, tallada en las profundidades de las oscuras capas de basalto. Había bajamar, puesto que Gráinne había estado atenta a la hora en la que había mandado a sus hijos a la playa; la entrada seguía siendo diminuta, poco más que un agujero en la roca, como si una mano poderosa hubiera levantado la roca dibujando una curva como si de un trozo de tela se tratara. Aislin se arrodilló y, tras vacilar unos instantes —no era miedo, no, no podía llamarse así, sino más bien una cautela meditada—, gateó hacia el interior, seguida de cerca por su hermano, que no sufría de tales reparos.

Y la doncella esperó, pues no se atrevía a seguirlos, y sintió que, por alguna razón, había tomado una mala decisión al entregarse a su curiosidad.

Era oscuro el espacio por el que se arrastraron, húmedo, estrecho y con olor a todas las cosas muertas que el mar había reclamado y no había permitido que se marcharan. Justo cuando parecía que estarían reptando por toda la eternidad, cuando Aislin estaba segura de que la oscuridad los asfixiaría, una tenue luz apareció más adelante y una voz les recorrió el cuerpo. Una voz tan dulce que les atrajo e hizo que Aislin se olvidara de que incluso se había planteado dar media vuelta. Era evidente que allí había un tesoro, tal como su madre les había prometido.

Cuando Aislin y Connor pudieron ponerse de nuevo en pie, se encontraron en lo que definitivamente era una cueva, aunque no habría podido aventurar cuánto habían avanzado; Aislin tenía la sensación de que el camino había comenzado a descender en algún punto. Habían entrado en una zona grandísima, el doble de grande que el salón de la mansión; dos tercios estaban ocupados por unas aguas oscuras, y el último por una arena tan fina que las botas se les hundían. La única

fuente de luz eran las algas que crecían en las paredes, que resplandecían con un tenue brillo turquesa, y hacían que sus rostros parecieran enfermizos e iluminaban a la criatura que seguía cantando mientras flotaba a medio cubrir en el oscuro líquido.

La parte inferior de la mujer no era visible, pero Aislin percibió movimiento en el agua, un desplazamiento del fluido provocado por la presión de algo poderoso, cautivador, argénteo, como el indicio o el sabor de la verdad. La criatura, una mujer sin duda, tenía hombros anchos y pechos grandes, con largos mechones de cabello azabache y perlas trenzadas. Pero Aislin no podía reprimir la sospecha de que la mujer —la cosa— era mucho más grande de cualquier persona que hubiera visto, incluso viniendo de una familia alta. Tenía la boca ancha y llena de dientes afilados, la nariz algo achatada, las narinas un poco elevadas, los ojos grandes y negros, sin la parte blanca, pero veía con claridad a los niños, puesto que sonreía con esa boca ancha y les animaba a acercarse. La cosa —ella— dejó de cantar y los dulces ecos caían de un techo tan alto que se perdía entre las sombras, caían y goteaban hasta formar ondas en la superficie del estanque.

Aislin pensó que jamás había visto nada más extraño o hermoso, pero se quedó inmóvil, con la sensación de que el cascabel de plata de su collar vibraba sobre su piel; Gráinne sabía que la chiquilla era cauta. Connor —ah, ¿quién sabía qué le rondaría la cabeza al muchacho?— dio los pasos necesarios para llegar a estar al alcance de la criatura.

La nereida no parecía mirar al chico, sino que seguía con la vista clavada en Aislin, y la muchacha vio en sus ojos, o creyó ver, algo frío y astuto, casi admirable, con una pizca de desprecio. Admiración, pues la muchacha era lo bastante lista como para mantenerse al margen; desprecio, pues la muchacha no dijo nada para alejar a su hermano de la criatura.

La bestia tenía escamas en los brazos, según percibió Aislin en ese momento, y los alargó mucho para agarrar a Connor y arrastrarlo al agua. Las uñas eran más que uñas, garras más bien, y la cosa no tenía el más mínimo interés por calmar al chico; las garras se hundían más y más, tan rápido que Connor

apenas pensó en gritar durante un instante. Y luego sí gritó, y cuando lo hizo parecía que no fuera a parar jamás; y los muros que hasta hace poco habían resonado con el canto de una sirena reverberaban ahora con los últimos quejidos de Connor.

Aislin recobró la conciencia en un abrir y cerrar de ojos, se tiró al suelo de rodillas y se arrastró por el túnel, que se iba inundando más y más a medida que la marea subía, y le parecía más empinado que cuando habían descendido. Mientras reptaba, riachuelos de agua se precipitaban sobre ella al tiempo que dejaba atrás la extraña luz de la cueva marina y se agitaba presa del pánico hacia los últimos retazos de la luz exterior.

Y ahí termina la historia. Ninguno de los cuentos de este libro terminan con las palabras «y vivieron felices y comieron perdices».

—¿Es cierta, abuela?

Aoife sonríe y su rostro se transforma, no sé si para bien o para mal, aunque debo decir que la veo más hermosa y joven cuando sonríe.

—¿Es cierta la historia, abuela? ¿Hay alguna que lo sea?

Aoife se encoge de hombros.

—Sabes que una vez existió una Aislin.

Sé dónde está el retrato de Aislin en la galería principal del piso de arriba. Se parece a mí, aunque sea una mujer de mediana edad; el collar con la campana de a bordo de plata le cuelga del cuello. O todos nos parecemos a ella, supongo. Y ella, a su vez, se parece a todos los que vinieron antes, con su cabello oscuro, los ojos aún más oscuros y una piel extrañamente luminosa, como si la luna viviera un poquito dentro de nosotros. Sé que no hay ninguna imagen de su hermano Connor allí y, a pesar de la lápida que hay engastada en el muro sur de la capilla, me apostaría lo que fuera a que detrás no hay huesos reposando. Pero Connor debería haber vivido, y el bebé…

Hay un retrato suyo, de la hermana menor, Róisín: tiene dieciocho años y lleva los hábitos de monja. Solo los O'Malley saben que no deberían haberla bautizado, porque

su destino era entregarla al mar —es más difícil perder algo que has llamado por su nombre, que has poseído— y su nacimiento no debería haberse registrado, porque su propósito era otro. Y también sé que no hay retrato de mi madre (me pregunto si Aoife lo quemó), porque Isolde ofendió de algún modo a sus padres antes de morir; Maura y Malachi me han dicho que me parezco a ella, pero tengo mis dudas.

—¿Y qué pasa con la doncella, abuela? ¿Con la criada? Desaparece del cuento.

—La gente desaparece constantemente; tal vez se fugó con las hadas. —Aoife esboza una sonrisa de oreja a oreja, pero tiene la mirada fría, así como el tono—. No seas infantil, Miren. Ya deberías haber superado estas cosas, estos relatos.

—Y, entonces, ¿por qué guardas el libro, abuela? —le pregunto, y sus manos, con sus largos dedos, como una tracería de venas azules, se retuercen en torno a la cubierta antes de que pueda contenerse.

—Los cuentos forman parte de la historia, sean ciertos o no —contesta.

Y, de nuevo, aparece esa belleza, y me quedo absorta al pensar en cómo debió ser; no me sorprende que ni Silas ni la mitad de los hombres de Breakwater fueran incapaces de decirle que no. Hay un indicio de que bajo su apariencia nunca ha sido demasiado benevolente. Yo lo sé bien; me ha criado ella. Me pregunto, como siempre, si con mi madre fue más benevolente, cuando Isolde era pequeña.

Y quiero a mi abuela, y no solo por deber, pero Aoife O'Malley (una O'Malley pura, la hija de primos hermanos, casada con un primo hermano) nunca ha sido lo que se dice amable. Ni siquiera a medida que envejece he visto que se esté ablandando, tan solo una ligera lentitud en sus movimientos. Aoife es una mujer inteligente pero poco paciente, así que ha habido veces en que yo la he sacado de quicio, y lo he pagado cuando ha sacado a relucir su temperamento.

—¿Qué has estado hablando con Aidan esta tarde? —le

pregunto al fin.

Ella se encoge de hombros, como restándole importancia.

—Que iremos a visitarle en unos días, cuando se lea el testamento. Podríamos pasar la noche en vez de ir todo el día con prisas para volver antes de que anochezca. No estaría mal, ¿no te parece? Pasar el día en la ciudad.

No está mal si tienes el dinero suficiente para gastártelo en divertimentos, en una buena comida o en un espectáculo escandaloso. Quizá tenga la esperanza de que Aidan abra su monedero por pura lástima. Pero Aoife nunca ha sido una ingenua ni alguien que crea en falsas promesas.

—Vete a la cama, Miren. Ha sido un día muy largo.

Me desvisto al llegar a mi habitación, con sus armarios casi vacíos, un escritorio, un tocador con un espejo picado por los años, una cama con dosel y una diminuta esquina con una bañera. Me quito el corsé y examino las marcas que me han dejado en el torso las ballenas, hundo los dedos en los surcos de la piel, y luego los deslizo hasta encontrar la cicatriz que tengo justo encima de la cadera derecha (hay otras cicatrices, pero esas las evito, no las busco). Inflamada y aún rosada a pesar de los años. Una marca a fuego, en el fondo, aunque los detalles más pequeños se han ido perdiendo a medida que ha ido sanando: una sirena con dos rostros y dos colas. La misma figura que adorna el escudo de la familia, la misma imagen que ahora no es más que una huella en relieve sobre la portada de nuestro libro de cuentos terribles, puesto que el papel de plata hace mucho que desapareció.

Y sueño esta noche con las madres que eligen a uno sus hijos, que deciden a cuál quieren menos, y lo envían al vacío.

4

Pasan tres días hasta que me veo con fuerzas de entrar en el estudio de Óisín. Me quedo inmóvil en el umbral, cesto de mimbre en mano, examinando la estancia. No quiero estar ahí, pero Aoife me ha pedido unos libros de cuentas para llevárselos a Aidan Fitzpatrick y que les eche un vistazo. No tengo claro el porqué; a fin de cuentas, solo sirven para confirmar lo que ya es *vox populi*: estamos en la ruina. La habitación huele a mi abuela, y eso me reconforta en cierto modo; papeles viejos que han acabado enmoheciendo y el tabaco de oporto en la pipa de espuma de mar roja y dorada con forma de calamar gigante que descansa sobre la repisa desde donde solía tirar la ceniza. (Creo que se la daré a Malachi; alguien debería aprovecharla y disfrutarla.) No se ha encendido el fuego y hace frío, y las cortinas están corridas y no dejan entrar el sol. El aire no está limpio, sino cargado.

La mesa es negra, de ébano, salvo por los engastes de madreperla de los lados, aunque en este caso son escenas agrestes, no marítimas: centauros y doncellas exquisitamente detallados. De niña, me sentaba en el suelo y seguía los patrones, me contaba cuentos. Se me permitía jugar a los pies de Óisín siempre que estuviera callada.

Y callada estaba, por eso supongo que decidió que podía enseñarme. Comenzó con los barcos: cómo reconocerlos, cuáles eran los más rápidos de nuestra flota (una de las prioridades era dejar atrás a los piratas, puesto

que nuestros días de bandolerismo quedaban ya muy lejos), cuáles eran los mejores según el tipo de carga y su arqueo, y por cuánto podría venderse. Cómo calcular el tiempo de llegada para que siempre hubiera uno de nuestros bergantines o carabelas anclado frente a Cabeza de Trasgo durante la noche; cómo enviar un bote salvavidas hacia la costa de madrugada con cualquier objeto especialmente valioso para ocultarlo en la bodega de la torre (porque tampoco éramos tan honestos como para haber dejado el contrabando). Luego, a la mañana siguiente, el barco amarraría en el puerto de Breakwater, cerca de la Puerta de los Dolientes, donde hombres y mujeres esperaban y lloraban a sus seres queridos perdidos en el mar. A continuación, los agentes de impuestos marítimos embarcaban a buscar su tajada de la mercancía que tanto nos había costado obtener. Mi abuelo me enseñó a poner un precio a los productos exóticos que transportábamos: a telas y gemas; vinos, brandies y whiskies; a la madera y los metales que demandaban los artesanos; a los juguetes y armas, a los animales que pedían los ricachones como mascotas o alimento… Y a calcular los sobornos, a valorar por cuánto sería capaz de vender su alma un hombre; aunque, hasta el momento, no he encontrado el momento de poner a prueba esa habilidad.

En un mundo mejor, habría puesto en práctica esos conocimientos, pero ya entonces estábamos en decadencia. Y así fue como me enseñó cosas antiguas, del pasado, y me ofreció una información que apenas me serviría de algo.

El estudio es una habitación pequeña, la más pequeña, diría, de este enorme lugar. Está en la segunda planta de la torre central. No hay más que un escritorio enorme con su silla, además de un sillón completamente tapizado sobre la alfombra junto a la lumbre, y unas estanterías de pared; es austero, sin duda. También hay polvo sobre todas las superficies, un testimonio de lo poco que le gustaba a Óisín que nadie entrara allí. No me imagino a Maura cambiando ya de hábitos; esta habitación se descompondrá como todas las demás.

Me pregunto cómo he podido evitar el lugar en el que él pasaba la mayor parte de las horas en casa: esta habitación. También pienso que Óisín pasó los primeros años en las oficinas junto al puerto de Breakwater, pero cuando las cerraron (porque ¿quién necesita algo así cuando lo único que tienes que gestionar son dos exiguos barcos?) y vendieron la mansión de la ciudad a Aidan (los fondos se usaron para seguir subsistiendo un poco más en Edén del Trasgo), se retiró a este diminuto espacio. Aquí pasaba los días, encorvado sobre los libros de cuentas y los que trataban sobre las leyes marítimas, que hurtaba de la biblioteca y conservaba hasta que Aoife percibía los huecos en las estanterías y montaba un buen alboroto hasta que se los devolvía; la biblioteca eran los dominios de ella. Uno de los campos de batalla de mis abuelos. Uno de muchos.

A veces caminaba por los jardines (con cuidado de evitar el que estaba vallado y que Aoife había reclamado como propio), deformándose al ritmo de los rosales y los tejos, pero creo que llevaba años sin bajar por la trocha que conducía a la playa. A diferencia de su mujer, él había dejado de nadar. No se veía con fuerzas de volver, no con la artritis que lo corroía por dentro. Por lo general, comía con Aoife y conmigo en el pequeño salón, y luego se retiraba a su alcoba en la tercera planta de la torre. Hubo un tiempo en que compartieron habitación, y debían sentir una cierta pasión, supongo, puesto que concibieron a una hija. O quizá la alcoba fuera simplemente otra batalla que Óisín había perdido o a la que había renunciado.

Dejo la cesta de mimbre sobre la mesa y corro las cortinas para que entre algo de luz, que inunda la madriguera. Motas de polvo danzan por el aire como copos de nieve. Sobre la chimenea cuelga el cuadro de un barco, el Proa de la Garza, el primero de Óisín: construido según sus órdenes, capitaneado por él mismo durante tres años, perdido en una tormenta el primer año que mi abuela pasó en tierra. Le cedió el timón a un primo, Fergus, el padre de Aidan; al enterarse de su muerte, Oona, la esposa de Fergus, murió en el acto. Gotas de agua caen sobre el lienzo desde

algún punto del techo. Habrá reventado una tubería; creo que un baño en el piso de arriba. Que no se me olvide comentárselo a Malachi.

Parece que el barco esté en el ojo de una tormenta, que se esté hundiendo. Las librerías están justo a su izquierda, y llego a ver los lomos añil de los libros de cuentas. Cruzo la habitación en seis pasos, y apoyo la mano sobre el primer ejemplar que me han pedido. Está pegado al vecino, así que tiro con fuerza, deseando que la humedad del techo no se haya filtrado a otras partes. Finalmente se separa con el extraño ruido que produce una cosa cuando parece que se desprende de otra. El cuero está pegajoso, pero seco, sin humedad. Pesa mucho —como todos los libros de esta casa—, y lo dejo en la cesta. El segundo es más fácil, y sigue al primero. El tercero pesa todavía más, y a punto estoy de tirarlo al suelo. La cubierta trasera se abre y un delgado fajo de papeles cae sobre la alfombra maltrecha que hay frente a la chimenea.

Sin cuidado, y casi sin mirar, pongo el libro con sus compañeros y busco lo que ha caído. Resulta ser un paquete de sobres; los hojeo y cuento. Tres. Papeles de varias calidades. Están unidos con un lazo de terciopelo negro. ¿Cuánto tiempo hará que mi abuelo los guardaba? La caligrafía de la dirección es fluida y elegante, de letras perfectamente formadas, y no la reconozco, así que no pueden ser cartas de amor de Aoife de tiempos mejores. Todas dirigidas a Óisín, sin remitente, pero los sellos carmesí de la parte trasera están rotos y han desaparecido algunos fragmentos que me impiden distinguir qué imagen pudo grabarse cuando el lacre estaba caliente y era maleable.

No estaban ocultas, no del todo. No las había guardado en un cajón bajo llave. Óisín conocía lo suficiente a Aoife como para saber que habría ido directamente al cajón cerrado de su escritorio. Que no sentía el más mínimo interés por aquellos libros, porque ya conocía lo precaria que era su situación financiera —¡era pura casualidad que quisiera dárselos a Aidan!—, así que aquel era el mejor

lugar para esconderlos.

Estoy a punto de deshacer el lazo y comprobar los años que tienen aquellas cartas, y de quién son, cuando oigo unos pasos en el pasillo. Me lo guardo todo en el bolsillo y lo hundo todo lo que puedo, oyendo como se arruga y cruje el papel. Las escondo porque eso es lo que hizo Óisín. Las escondo porque yo no tengo secretos en esta casa. Las escondo porque no tengo escrúpulos a la hora de robar los que él ha dejado tras su muerte. No se me da nada bien airear los secretos ajenos.

Maura aparece en el pasillo con los ojos avellana bordeados de rojo, los largos cabellos grises recogidos en una gruesa coleta que le cuelga por encima de un hombro y le desciende hasta la cintura, y un delantal blanco prístino por falta de trabajo encima de un vetusto vestido negro que creo que perteneció a Aoife. Lo llevó al funeral, y parece que está decidida a seguir dentro todo lo posible. Maura le tenía cariño a Óisín, y lo estará llorando mucho tiempo. Si hubiera sido Aoife la que hubiera acabado bajo tierra, tal vez habría andado con un cierto brío; son de una edad, crecieron juntas y nunca han sido amigas. Maura y Malachi eran niños de la finca, de la época en que teníamos muchos más aparceros que ahora. Su padre tenía una deuda con el padre de Aoife que no podía pagar, así que envió a sus hijos mayores a que sirvieran en la casa. Eran libres, según me contó mi abuela, de ir a visitar a sus padres —por lo visto, los O'Malley no eran completos monstruos—, pero a los pocos meses, Maura y Malachi dejaron de molestarse.

—Su excelencia te está llamando —me informa Maura con una voz sorprendentemente dulce. No parece la voz de una anciana—. Gritándote, de hecho.

Da la impresión de no haber matado jamás una mosca, pero lleva demasiado tiempo con Aoife como para andarse con recatos.

—Estoy haciendo lo que me ha pedido —respondo, y señalo la cesta.

Procuro alejar la otra mano del bolsillo, aunque tengo la sensación de que los papeles están echando humo y que

Maura los descubrirá.

Sin embargo, no parece verlo. Sonríe y dice:

—No lo bastante rápido. Date prisa. El carruaje de los Fitzpatrick ya ha llegado y tu abuela no ve el momento de marcharse.

Lo dice con un tono que deja patente lo que opina de aquel gran gesto. Nosotras tenemos nuestro propio medio de transporte, pero está hecho un absoluto desastre. El de Aidan, al contrario, es lujoso, nuevo y está bien conservado, con empleados vestidos con el uniforme de los Fitzpatrick: pantalones de tela escocesa color crema, levitas azul cielo con botones de plata y elegantes sombreros de copa alta negros. Tiene el escudo de armas de los O'Malley en las puertas, algo a lo que en teoría no tiene derecho, pero ¿quién va a prohibirle que exponga una sirena plateada de dos rostros y dos colas?

—Pasaréis dos noches en Breakwater. Te he preparado una maleta; la tienes en la puerta principal.

—Disfruta del descanso —le digo, y sonrío.

Recojo la cesta y me dispongo a marcharme. Al pasar por delante de ella, se inclina sobre mí y me da un beso en la frente, y capto su aroma: edad, duelo y un vestido mohoso. No me aparto ni hago ademán de contener la respiración. Lo único que deseo es que no sufriera tanto por un hombre que no la ha tratado bien; sé que Óisín y ella a veces compartían el lecho. Hay tumbas pequeñas en uno de los jardines donde a lo largo de los años se han enterrado los hijos de los sirvientes (no en la capilla con los O'Malley, aunque más de uno podría reclamar su derecho a la sangre de la familia). Y Maura cuida más de una de esas tumbas diminutas, y las visita todos los domingos.

Me da un suave empujón.

—Date prisa si no quieres que a su excelencia le dé un ataque de nervios.

Me doy prisa.

5

La carretera que conecta Breakwater con Cabeza de Trasgo está llena de baches, pero Aoife, acomodada en una esquina, consigue quedarse dormida un minuto después de despedirse de Maura y Malachi, una clara señal de que espera una noche larga y quiere estar fresca y alerta. Eso sí: tiene ojeras y creo que la piel le cuelga un poco, como si hubiera tirado la toalla. Las comisuras de la boca se le tuercen hacia abajo y ronca con suavidad.

Envidio su capacidad para dormirse con tanta facilidad y contemplo las marismas por la ventana de camino a la ciudad. La carretera se construyó a una cierta altura, pero aun así desaparece como consecuencia de los peores temporales que a veces azotan la zona. Que no es el caso; de momento no se espera ninguna tormenta aterradora. Los juncos crecen altos y verdísimos, salpicados por el púrpura de las flores de la lavanda de mar, meciéndose bajo la brisa como bailarines. Con tanta sal, son lo único que crece tan cerca del mar. Solo algo muy resistente e inusual puede medrar en un entorno así. Hubo una época en que las mujeres de la zona las recogían y las golpeaban hasta convertirlas en fibras con las que luego hacían tejidos y prendas de ropa. Hubo una vez en que los O'Malley vestían con esas ropas, antes de que llegara el dinero y la seda fuera asequible. Con el tiempo, la familia incluso rechazaba que los sirvientes vistieran ropa de mar, y regalaron a todos los habitantes de Cabeza de Trasgo —a todos los aparceros

y sirvientes— prendas de tejidos de verdad; ni siquiera los más pobres de los nuestros tendrían el aspecto de un campesino. Ah, fue bueno mientras duró.

A veces, una figura hinchada emerge de las briznas de hierba, grisácea, con las venas verde oscuro que le recorren la piel y transportan sangre muerta. No son fantasmas, sino algo más pesado, entes aún corpóreos: los aparecidos. Los que no han hallado descanso. Normalmente viven en los cementerios y tienden trampas a los incautos, o eso dice Maura, pero estos… se ahogaron; se vieron arrastrados hasta la costa y, contra todo pronóstico, despertaron. No yerran, sino que permanecen cerca de donde recuperaron la conciencia, puesto que sus mentes ya no funcionan como deberían, por suerte; ¿qué harían si pudieran encontrar el camino a casa y aterrorizaran a las personas que los quisieron en vida? Los perros de Dios afirman que ya no tienen alma pero, en ese caso, ¿qué es lo que los está animando?

No les tengo miedo. No persiguen carros ni caballos (sienten rechazo por las bestias, y Malachi me contó que, siendo joven, había visto un caballo de tiro desmembrar a un aparecido), y solo te atacan si eres tú quien se acerca a ellos, o pasas por encima en un descuido, si te tienen a su alcance. Pero pueden llegar a atacarte, y soy lo bastante cauta como para evitar deambular por las marismas. A veces me pregunto si habrá algún O'Malley entre ellos.

Son criaturas lastimeras, ciertamente, pero el cochero debe haberlos visto también, pues oigo el chasquido de las riendas y una orden sofocada a los caballos, y, de repente, salimos volando. Las hierbas se funden, las nubes se mueven a tal velocidad que parece que la tierra esté dando vueltas como una peonza, y no bajamos el ritmo hasta que llegamos al bosque.

Aquí, los árboles se ciernen sobre nosotros y se encuentran sobre la carretera hasta tapar el cielo. Creo que aquí hay mucho más que temer que en las marismas: bandidos y ladrones de novias; lobos que caminan a cuatro patas y a dos; troles que emergen de lugares oscuros;

muchachos de ojos amarillos, colas de vaca y espaldas vacías; mujeres ciervo con astas que danzan; osos durante el día que por la noche se convierten en otra cosa, trasgos nacidos de la sombra y el rencor que te siguen a casa y empiezan por robarte el sueño. Con todo, parece que el cochero se siente más seguro aquí; quizá sea por la presencia de los dos hombres armados hasta los dientes del asiento trasero o el fornido joven que porta una porra y va sentado a su lado. O tal vez simplemente no conozca lo suficiente el bosque como para tenerle miedo al no haber crecido con los cuentos de Maura sobre todas las cosas que pueden ir a por ti en cuanto el sol se oculta.

Me llevo la mano al bolsillo, pensando en el delgado fajo de cartas, y luego recuerdo que lo he dejado en casa, escondido debajo del colchón de mi cama. El espacio vacío se me antoja una vieja herida, pero reconozco que no es más que una curiosidad insatisfecha.

Al cabo de un rato, y ante mi sorpresa, yo también caigo dormida.

* * *

—Cinco vestidos —anuncia Aoife en un tono que claramente manifiesta que no tolerará oposición alguna. Pero no soy capaz de contenerme.

—Pero, abuela —empiezo, y luego bajo la voz hasta casi un susurro para que no me oiga ninguno de los presentes en aquella carísima *boutique* de modista—, el precio.

La prima Brigid, que está sentada en una de las preciosas sillas rosas dándole sorbos a un tokay de saúco, me atraviesa con la mirada para recordarme que ya debería haber aprendido a no contradecirla. Ella ni siquiera creció con Aoife y sabe que no debe llevarle la contraria. Pienso en todas las monedas —monedas contantes y sonantes, monedas de oro enteras, ni siquiera partidas y divididas en otras más pequeñas— que se quedarán aquí a cambio de unos perifollos.

Sin embargo, Aoife se limita a levantar una elegante

ceja y darme unos golpecitos en la mano.

Tan pronto como hemos llegado a la casa de cinco plantas —un edificio estrecho construido con más altura y profundidad que anchura, aunque en un barrio excelente—, hemos vuelto a salir por la puerta y a montarnos en el carruaje para irnos de compras, acompañadas por Brigid. Nuestras maletas se las ha llevado un ejército de sirvientes demasiado grande para nuestras precarias posesiones y las han subido a las habitaciones del tercero o del cuarto piso.

Aoife ya ha elegido tres de los vestidos expuestos en los maniquíes de costura hechos de madera tallada para los clientes que van con prisa; están prácticamente terminados, y los dedos rápidos de las aprendizas pueden entallarlos y ajustarlos en un abrir y cerrar de ojos en cuanto reciben la orden de la modista mientras una se toma un té o va a una de las peluquerías cercanas. No hay ninguno que sea negro, ni siquiera gris o de ese tono de lila que podría llegar a confundirse con un vestido de luto si hay poca luz: gris esmeralda, azul pavo real, amarillo amanecer. Óisín no lleva en el hoyo ni una semana y Aoife ya está comprando esos vestidos para *mí*.

—Y ahora…

Mi abuela habla alargando las palabras y se dirige a la modista, *madame* Franziska, una mujer enjuta de cabello rojo, cardado hasta casi la mitad de su altura, pero ataviada con un exquisito vestido turquesa de satén cambiante con falda larga y chaqueta entallada de mangas cortadas. Lleva una blusa blanca debajo de la chaqueta en la que veo pliegues y un recatado cuello de encaje, cerrado por una moneda de oro como botón, la cabeza de una diosa cuidadosamente colocada para que mire hacia una dirección concreta, como si fuera importante para la mismísima existencia de la *madame*. El modelo es caro y hermoso, e incluso las aprendizas van mejor vestidas que yo. Debería callarme y dejar que Aoife me comprara esos vestidos. Debería dejar que fuera ella la que se preocupara de dónde íbamos a sacar el dinero. Debería dejarla ser la adulta de la familia. Debería conformarme con tener algo

bonito, nuevo y mío para variar, y no ropa de segunda mano y secretos ajenos. Mío.

—Ahora necesitamos algo para el teatro de esta noche.

La modista sonríe, chasquea los dedos y una de las aprendizas se esfuma como si supiera exactamente lo que su señora quiere. Y sí, es posible que lo sepa, es posible que lleven tanto tiempo trabajando juntas que puedan comunicarse sin palabras. O tal vez sea en sí mismo un teatro, algo que han acordado como reacción estándar cuando alguien con demasiado dinero y poco sentido común entra desde la calle.

Miro de nuevo a Brigid, pero ella pronto nos guiará hasta los emporios del calzado, donde compraremos zapatos delicados y bolsos de noche a juego. Luego continuaremos en las joyerías a por unos pendientes nuevos para mí, un collar, brazalete, broche y anillos para Aoife, y todo lo que ella quiera, imagino. Mi abuela no tiene ni mucho menos los mismos remilgos que yo a la hora de gastar dinero como si cayera de los árboles.

Pero, de momento, esto.

La aprendiza regresa a toda prisa. Las tres son idénticas y no sabría distinguirlas, puesto que además llevan uniformes a juego. Tal vez con tiempo y esfuerzo podría llegar a distinguir que los ojos de una están algo más inclinados que los de las otras dos, que hay una que tiene una peca con forma de estrella en la mejilla y que la tercera está algo más rolliza que sus hermanas, pero eso no va a pasar. Además, el vestido me ha dejado sin palabras.

Es rojo y negro, de encaje y seda, con perlas y azabaches cosidos en flores; es estilizado, con una falda de cola de sirena, largas mangas ajustadas, espalda alta y cuello de pico. Es exquisito y escandaloso, y lo quiero y lo detesto, pero lo primero supera a lo segundo.

—Abuela… —digo, pero apenas es un suspiro.

—Pruébatelo. —Aoife le dirige una mirada firme a la modista—. Necesitaremos que nos lo entreguen esta tarde.

La modista asiente y el pelo se le sacude peligrosamente, como si estuviera a punto de venirse abajo

en cualquier momento. Vuelve a chasquear los dedos —y esta vez me fijo en sus uñas, pintadas de dorado y decoradas con perlas minúsculas y piedras relucientes— y las tres aprendizas me despojan de mi viejo vestido negro. Somos las únicas clientas de la tienda; han echado el pestillo de la puerta y han corrido las cortinas: una clara señal de que ha entrado alguien más importante que cualquiera de los transeúntes, y que está extrayendo de su monedero grandes cantidades de dinero.

Y el vestido me va bien.

Me va tan bien que los detalles de encaje parecen tatuajes sobre mi propia piel. Una vez, de niña, pasamos por delante del puerto y vi a las mujeres que había en las esquinas de la calle, esperando clientes; una de ellas tenía los brazos, el pecho y el cuello cubiertos de pequeñas obras de arte. Coloridas y extrañas, algo que yo no había visto jamás, tan fascinante, tan… provocativo. Creo que ahora me parezco a ella, pero Aoife se limita a asentir, como si ese fuera el efecto deseado. Brigid tiene el rostro petrificado en una expresión de desdén. No tengo claro si está pensando lo mismo que yo o está resentida porque sabe que no podría embutirse en un vestido así ni aunque quisiera: le falta altura y no se mueve por los entornos adecuados.

—No… —empiezo a decir, pero Aoife me interrumpe.

—Yo lo veo bien, no hace falta ajustarlo. Nos lo llevamos ya. —Sonríe y añade—: Envíe la factura al señor Fitzpatrick.

La modista vuelve a asentir, como si ya hubiera previsto aquello. Y Brigid fulmina a mi abuela con la mirada, y creo que hay que ser muy insensata para dejar que la vieja vea lo que tiene en la cabeza y el corazón.

—Venga, vámonos. Todavía nos quedan algunos recados y tenemos que descansar para esta noche.

Y volvemos a subir al carruaje, y recuerdo que Aoife ha dicho cinco vestidos, pero solo nos hemos llevado cuatro. Estoy a punto de abrir la boca, pero luego pienso que quizá ya hemos gastado demasiado y que a Aidan no le hará ninguna gracia. Me quedo callada.

* * *

Estoy tumbada en la cama con el vestido negro y rojo y la mirada clavada en el techo, procurando no vomitar. Tampoco es que haya comido demasiado en el restaurante; el vestido no me lo permitía. Sigo con el peinado alto de rizos meticulosos que ha creado la dama de compañía de Brigid, con hilos de azabache entrelazados, y noto todas y cada una de las horquillas de cobre que me han puesto. Si cayera en un estanque, me iría directamente al fondo solo por lo que pesan.

También noto las marcas de los dedos que me ha dejado Aidan en la muñeca derecha, como un brazalete que no he pedido y del que, sin embargo, jamás me podré deshacer.

Me pregunto si todo esto habría ocurrido si Óisín no hubiera muerto. ¿Me habría protegido, o era algo que siempre ha estado planeado? ¿Me habría hecho sentar a su lado y me lo habría explicado, igual que durante sus lecciones sobre derecho marítimo? ¿Me habría ayudado a entenderlo, habría conseguido que quisiera ayudar a la familia? ¿Me habría hecho verlo como un deber más?

El fuego de la lumbre centellea y titila, proyectando sombras por toda la habitación, por los muros y las cortinas que cuelgan de la cama, pero apenas lo percibo, porque lo único que veo es esta noche repetida una y otra vez en mi cabeza.

6

El Teatro Paragon tiene un restaurante en el sótano sin mesas a la vista, sino en «cabinas» cerradas a lo largo de los muros formando un círculo, cada una con puerta independiente para una mayor intimidad. Disponen del espacio justo para una mesa y cuatro sillas, y un camarero delgado. Es difícil conseguir una reserva, además de ser caras y exclusivas, y la comida está hábilmente dispuesta para entrar por la vista, aunque le falte algo de gusto; no es horrenda, sino más bien insípida, y supongo que se salvan por eso.

Aoife y Brigid nos acompañan: Aoife con un magnífico vestido púrpura con unas flamantes amatistas, Brigid con aspecto de niña pequeña con un vestidito de seda rosa que la deja en ridículo. Ojalá Aoife hubiera sido más generosa y le hubiera aconsejado al respecto; deseo, aunque solo sea un instante, que aún fuéramos amigas y le hubiera podido decir algo sin ofenderla. Pero Aoife no es generosa salvo que pueda sacar algo de provecho, y cree que Brigid no tiene nada que ofrecer. Y yo me acuerdo a la perfección de lo que me hizo mi prima.

—¿Te gusta la colcha de la cama? —pregunta Brigid con voz queda, montadas en el carruaje.

—Ay, sí. Es preciosa.

—La cosí yo —responde con una sonrisa.

—Es un trabajo muy fino —contesto, sin comprender a qué viene ese repentino cumplido.

—Es para ti, un regalo. Llévatela a casa cuando vuelvas a Edén del Trasgo.

—Claro, por supuesto. Muchas gracias.

Durante la cena, me siento al lado de Aidan (levita de terciopelo azul, chaleco bordado, pantalones de seda negra y unos zapatos pulidos hasta la obsesión con hebillas de oro), quien habla por lo general con mi abuela, de vez en cuando con su hermana y en absoluto conmigo hasta que acabamos de comer y llega el momento de acomodarnos en los asientos del palco para disfrutar del espectáculo. Luego se pone de pie, me aparta la silla y me ofrece el brazo con una sonrisa (me resulta extraño ver una muestra de afecto así dirigida a mí).

—¿Vamos? —me dice, como si fuera la idea más atractiva del mundo.

Yo vacilo, puesto que es de justicia que acompañe a Aoife; es la mayor, la más importante, pero mi abuela percibe mi indecisión y me dirige un breve gesto de cabeza («Venga, chiquilla, no seas tonta»), y soy lo bastante sensata como para no cuestionarla. Así que poso la mano sobre el brazo que me ha ofrecido, noto la suavidad de la tela bajo los dedos (he decidido no ponerme guantes porque me cubrirían las largas mangas de encaje y arruinarían el efecto) y el músculo bajo la tela. Me siento demasiado próxima a él y me quedo sin aliento.

En cuanto nos marchamos del restaurante, subimos el breve tramo de escaleras hasta el vestíbulo, una mezcla magistral de colores crema y dorados, estatuas y lámparas de araña, hombres con trajes carmesíes que comprueban las entradas y dirigen a los visitantes hacia las puertas correctas y mujeres con vestidos ébano de talle bajo con pesadas bandejas llenas de bebidas en copas de cristal. Cruzamos el espacio abierto en dirección a la escalinata principal.

—Míralos, Brigid, ¿no te parece que hacen buena pareja? —oigo a Aoife preguntar, y la miro por encima del hombro; tengo algo atascado en la garganta, un pánico informe. Aoife va cogida del brazo de mi prima y la está

reteniendo para que Aidan y yo podamos adelantarnos un poco mientras atravesamos la lujosa alfombra roja. Atraemos las miradas del resto de los espectadores: curiosas, especulativas, críticas. («¡Míralos en público con lo que poco que hace del funeral! ¡Y con ese vestido!») Hay quien directamente nos fulmina con la mirada. Veo nuestro reflejo en las paredes espejadas mientras subimos por las escaleras, y sí hacemos buena pareja; altos y atractivos, sobresaliendo por encima de los demás. Me fijo en mi propia imagen: es la primera vez que visto así, jamás me había puesto maquillaje, pero ha sido la misma Aoife quien se ha encargado de pintar mis facciones inteligentemente, sin propasarse, con el único objetivo de realzar lo que ya había. Llevo unos pesados pendientes de diamantes y rubíes que me rozan el cuello, pulseras de diamantes y azabache en ambas muñecas… Todo financiado con el dinero de Aidan.

Me han dicho que soy guapa mi abuela y Óisín, Maura, los aparceros… pero al haber crecido sola y prácticamente aislada, no ha habido nada ni nadie que lo confirmara, así que, en el fondo, es difícil saber qué significa. Pero aquí, ahora, con otras personas observándonos, con todas esas miradas de hombres y mujeres clavadas en mí… Por fin sé que «guapa» significaba «visible», por mucho que desee que la realidad fuera distinta. Por un momento, presa del pánico, siento el impulso de limpiarme el maquillaje del rostro, de borrarme de la existencia, de que no haya más ojos posados sobre mí intentando atravesarme, divinizarme, conocerme, arrancarme una parte de mí y llevársela con ellos.

Pero luego respiro hondo, levanto la barbilla y echo atrás los hombros. Soy la nieta de Aoife O'Malley y eso significa algo, aunque solo sea que estoy orgullosa y que tengo el aspecto de quien piensa que todo el mundo está por debajo. Aceptaré cualquier armadura que se me ofrezca.

Aidan me acompaña hasta la butaca y luego se dispone a ayudar a Aoife y Brigid. Muestra un gesto estoico,

molesto. Tal vez sería distinto si fuéramos amigos. Tal vez las cosas serían diferentes. Tal vez podría acudir a ella en busca de ayuda.

Pero ¿ayuda para qué? ¿Porque es la primera vez que su hermano me presta atención? ¿Porque es la primera vez que visito este teatro y las miradas se posan sobre mí como bocas lamiéndome la piel? ¿Porque lo único que siento es el corazón martilleándome en el pecho y tengo la sensación de que me está sacudiendo las costillas? Soy consciente de que estoy desvariando.

Otra respiración honda. Una camarera entra en nuestro cubículo y nos ofrece copas de champán con fresas flotando en el líquido. Le doy un sorbo demasiado largo. Es la segunda copa que me tomo (me han servido otra durante la cena) y se me sube a la cabeza muy rápido. Estoy acostumbrada a los *whiskeys* con limón en compañía de Óisín y Aoife, pero esta bebida es distinta, fuerte a su manera. Aidan se ha sentado a mi lado y no me mira, pero yo me siento observada y levanto la vista.

En el lado opuesto, en otro de los palcos sometido al ambiente enrarecido del teatro, se sienta una mujer rubia de facciones delicadas y ojos rasgados como los de un gato, ataviada con un vestido verde con un talle mucho más escandaloso que el mío y el cabello decorado con una profusa mezcla de rizos y gemas. En una manga, enfundada en un guante blanco, sostiene una copa de champán y en la otra, la boquilla de una pipa exótica, de las de vidrio tintado que burbujean y expulsan el humo con la forma de un pequeño dragón de intrincadas formas. Me está mirando a mí, a Aidan, en una mirada larga y reflexiva; no hay amistad en sus ojos, solo valoración, como si yo fuera un premio que quisiera vender.

A mi lado, los labios de Brigid apenas se mueven cuando me susurra:

—Bethany Lawrence.

Nuestra Reina de Ladrones. Es la primera vez que la veo. Parece más joven de lo que creía. A su lado hay un apuesto joven de cabellos densos y rojizos; viste con

elegancia y se muestra muy solícito con ella. A pesar de no conocer su función, puedo deducir su posición en el séquito de la reina. Pero no parece vulgar, no parece contratado. ¿Tal vez sea algo más?

Antes de que mi mente pueda profundizar en la idea, percibo el olor a humo de las velas apagadas y el ruido de la audiencia remite al recibir la señal. Las cortinas que ocultan el escenario se separan con un susurro hasta mostrar a una única mujer de pie sobre las polvorientas tablas. Lleva un vestido argénteo como la luna y tiene el pelo negro como la noche, cayéndole por la espalda como una mancha de aceite. A esta distancia, parece alta.

Despega los labios y empieza a cantar. No entiendo el idioma, pero me parece hermoso mientras me baña los oídos. Tiene una voz celestial, y me inclino hacia delante en la butaca como para estar más cerca de las notas; como si, de alguna manera, pudieran tocarme. Maura me cantaba cuando era niña, pero hace muchos años que no soy capaz de convencerla para que vuelva a hacerlo; las nanas se han vuelto tan exiguas como los cuentos que me contaba Aoife antes de dormir. Podría leer y cantar por mi cuenta, pero hay algo mágico en las canciones y las historias que te ofrecen otros, algo único.

Siento que la melodía de esa mujer es un regalo, a pesar de que no entienda sus palabras.

Advierto, al cabo de un rato, que no se mueve por el escenario. Sí se gira a izquierda y derecha, alargando las manos en gestos simples y repetitivos. Hay una cierta rigidez en ella; en un primer momento, pienso que evita moverse porque lleva unos tacones demasiado altos como para arriesgarse a andar, pero luego adivino las uniones de codos, cuello, hombros y muñecas. Me inclino un poco más, casi hasta sobrepasar la barandilla, para poder examinarla entrecerrando los ojos, más y más. No es un gesto elegante, y estoy echando a perder el efecto del maquillaje de Aoife y el peinado de la doncella de Brigid, y el vestido cada vez me constriñe más, pero no puedo resistirme.

¡Ahí! De las comisuras de la boca caen hilos que

descienden hasta la barbilla, visibles cuando abre los labios para emitir sonidos. Los movimientos torpes, la repetición: ¡es una autómata! Ahora veo que los patrones plateados que le recorren los brazos desnudos no son tatuajes, sino tal vez decoraciones, o una parte de su funcionamiento.

Percibo un movimiento a mi lado, un aliento cálido en la oreja, y a Aidan susurrándome.

—¿Te gusta? —me pregunta, con una extraña voz entrecortada que no soy capaz de comprender.

Apenas aparto los ojos de ella para responder:

—Mucho. Jamás había visto algo así.

Aidan no añade nada más; se limita a recostarse en la butaca con una sonrisa de suficiencia en los labios. Yo vuelvo a centrar la atención en el mecanismo que hay sobre el escenario. Continúa cantando, y no sabría decir si es una canción que cuenta una historia de amor o una tragedia, o bien un himno militar. Tal vez cante a las tres; tal vez esa sea la única opción posible.

Cuando termina, me colma una sensación de abandono. Vuelven a correr las cortinas para llevársela sin que el público vea cómo la cargan en un carro como si fuera una máquina más, no una obra de arte. Tengo una caja de música en casa que perteneció a mi madre, o eso me han dicho. Recuerdo que hace tiempo reproducía algunas melodías, pero ya hace mucho que lo único que emite es un tañido triste y quejumbroso. Lo que sentí la primera vez que la melodía empezó a agonizar es lo mismo que siento ahora. La mirada de Brigid y la mía se cruzan durante un instante y compartimos algo maravilloso; acto seguido, su rostro se demuda al recordar que no le genero más que rechazo.

El resto del espectáculo es bastante ordinario, o al menos así me lo parece. Hay malabarismos y bailes, muchachas que suben por cuerdas que parecen no estar ancladas a ningún lugar, cuatro piezas breves y un bufón que cuenta chistes obscenos que consiguen hacer resoplar a Aoife.

La autómata no vuelve a aparecer.

Pero cuando el espectáculo termina y abandonamos el palco, Aidan no nos guía hacia la salida, sino a lo largo de un oscuro pasillo oculto tras una cortina. Bajamos por unas escaleras serpenteantes, dejamos atrás muros de los que cuelgan sogas y pesados sacos, cadenas y garfios, y otros objetos que no reconozco. Está tenuemente iluminado, hasta que por fin llegamos a la parte trasera del escenario y nos deslumbra la radiante luz de cientos de velas, ahora que ya no es necesaria la magia para encantar a la audiencia. Los bastidores son un hervidero de gente que va de un lado a otro, levantando esto y soltando aquello, tan cargados de maquillaje que a esta distancia resulta algo ridículo; los vestidos que a lo lejos parecían tan magníficos están en realidad comidos por las polillas y cayéndose a trozos. Nadie nos dirige la palabra. Los presentes miran de reojo a Aidan, pero él no saluda a nadie, y nos guía hacia una de las esquinas, donde un tramo de escaleras de caracol estrechas desciende hacia la planta de abajo.

Hemos llegado al sótano del teatro. No me giro para mirar a Aoife y Brigid, que vienen detrás de mí; tampoco presto atención a los murmullos de Brigid. Sigo la ancha espalda de Aidan a paso ligero para mantener el ritmo de sus largas zancadas, aunque tengamos una altura parecida. Está entusiasmado, avanzando como el sabueso que ha captado un rastro. Finalmente llegamos a una puerta que Aidan abre como si estuviera en todo su derecho, antes de agarrarme de la mano y arrastrarme con él hacia dentro.

La autómata descansa en el centro de una habitación pequeña y atestada pero bien equipada, el vestidor de una primera dama, sin duda: una *chaise-longue* de un rosa intenso para solazarse, un tocador con espejo y velas para iluminar delicadamente el rostro, perchas con vestidos llenos de lentejuelas y cristales. Pero *ella* está ladeada, mientras un hombrecillo con un traje marrón, medio oculto bajo sus faldas, la toquetea como un pervertido. Empieza a maldecir, a pelearse con las voluminosas enaguas, dándoles manotazos como si fuera un ave agresiva revoloteándole la cabeza. Poco después se libera, ve a Aidan, y su actitud

cambia por completo.

—¡Señor Fitzpatrick! Qué alegría verle.

Pero a su rostro, más bien plano, le está costando encontrar la expresión correcta. Es más joven que Aidan, poco mayor que yo, y tiene una mirada amable. Creo que su sonrisa podría ser bonita en otras circunstancias.

—Ellingham, a mi prima le ha fascinado tu autómata. He pensado que quizá le divertiría echarle un vistazo de cerca.

—Por supuesto, señor, faltaría más. Para la familia, todo esfuerzo es poco. —Se pone en pie, suelta la herramienta que estaba utilizando y se limpia las manos—. Señorita Fitzpatrick…

—Señorita O'Malley —lo corrige Brigid antes de que yo pueda intervenir. Su voz es como una flecha.

Estrictamente hablando, debería ser Elliott, pero Aoife siempre ha insistido en que opte por O'Malley.

—Ah, mis disculpas, señorita O'Malley. Acérquese, que mi Delphine no muerde.

Suelta una carcajada como si no fuera la primera vez que cuenta esa broma.

—¿Está… bien? —pregunto, señalando el ángulo de la autómata y los servicios que él le estaba proporcionando.

El tipo sonríe.

—La falda se le ha enganchado con la articulación de la cadera. Los chavales tienen que ir con más cuidado cuando la transportan, eso es todo.

Me aproximo a la autómata y contemplo su rostro. No hay animación alguna en sus facciones, y desde aquí percibo los lugares en que la porcelana pintada de las mejillas y la frente ha empezado a desconcharse; alrededor de los ojos de vidrio negro apenas quedan pestañas, aunque las cejas son oscuras y firmes. Hay pequeños desconchones en el rojo de los labios; la peluca de la cabeza está algo descolocada, debido a la inclinación del cuerpo necesaria para arreglar lo que aquel hombrecillo crea que le ocurre. No la ha enderezado; está tristemente ladeada, como algo roto.

—¿Cómo… funciona? —le pregunto.

Alargo un brazo para tocarle el vestido. El toque del paño es desagradable, y el color plateado no es más que pintura en aerosol; me recuerda al pelo de la tía Florrie, aunque quizá no tan áspero. Las cuentas son baratas y reflejan la luz con avaricia. Atuso con delicadeza la tela para taparla, ofrecerle una dignidad que ella no puede reclamar por sí sola.

—Dándole cuerda, señorita. Tiene un punto en la espalda donde se mete la llave.

—¿La construyó usted?

Le rozo el rostro, los labios y las mejillas con los dedos. La porcelana está fría. Le han dado forma con unos pechos grandes y una cintura estrecha; una parte de mí siente el impulso de mirar qué hay bajo las faldas, pero me parece improcedente.

—¡Ni mucho menos, Miren! —interviene Aidan, a pesar de estar bastante lejos, observándonos—. La encontró durante sus viajes.

Ellingham asiente, y se acerca a mí.

—Lleva mucho tiempo conmigo. En otras épocas, existían fabricantes de juguetes que creaban muñecas con pequeños fragmentos de alma. Ahora ya es imposible verlas. Creo que en algún momento pudo ser algo parecido, o casi.

—¿Tiene alma?

Él se encoge de hombros.

—No que yo sepa, pero vaya usted a saber. ¿Quién sabe lo que hace por la noche cuando duermo? —Sonríe—. A veces me despierto y pienso: «¡Hoy es la noche en que la descubriré bailando!». De momento no ha pasado, pero no me rindo.

Me guiña un ojo, y tengo la sensación de quizá me guste un poco.

—¿Y el idioma en el que canta?

Paso los dedos por las marcas argénteas de los brazos, y le cojo la mano. La tiene más fría que el rostro.

—La voz se la debió dar quienquiera que la creara,

señorita. Y ese idioma… No sé de dónde proviene, y supongo que jamás lo sabré. —Sonríe—. Viajamos mucho, señorita, y en cada nueva ciudad me pregunto si oiré algo que se le parezca y tal vez descubra su historia.

—¿No ha habido suerte de momento?

—No, señorita. Pero se nos acaba el tiempo en Breakwater y en unos pocos días volveremos a marcharnos, así que…

Esboza una sonrisa amable y sincera.

—Gracias —digo, y no sé si le estoy hablando a la autómata o al hombrecillo.

Noto la mano de Delphine temblando, tiritando, convulsionándose y apretándome los dedos, pero vuelve a quedarse inmóvil tan rápido que no podría afirmar si han sido imaginaciones mías o no.

El carruaje de Aidan nos espera a la salida del teatro. Ayuda a subir a su hermana y a mi abuela, y luego me ofrece la mano. Extiendo el brazo, pero él me hunde sus largos dedos en la muñeca, como unos grilletes.

—Sí que hacemos buena pareja. Haremos todo tipo de cosas juntos.

Lo miro fijamente a los ojos y él me aprieta aún más, y noto el roce hasta en los huesos. Con la otra mano me acaricia la garganta, justo debajo del hoyuelo del cuello donde descansa la campana de plata, y se regodea. No digo nada. El momento se alarga hasta que mueve las manos para ayudarme a subir al vehículo y luego saltar detrás de mí. Me siento muy cerca de Aoife; esquivo los ojos de Aidan, a pesar de que lo tengo justo delante. Brigid, sentada a su lado, me mira fijamente. ¿Será la primera vez que me ve desconcertada? Pero sé que la sangre me ha abandonado el rostro; sospecho que, bajo el maquillaje, parezco un espectro.

Cuando al fin llegamos a la casa, Aidan vuelve a ayudar a Aoife y a Brigid. Yo bajo por el otro lado del carruaje para no tener que estar cerca de él. Forcejeando con la ajustada falda, me veo obligada a saltar al suelo sin nadie que me prepare la escalera, pero no me importa.

Siento sus ojos clavados en mí mientras me dirijo a la entrada principal, ignorando las preguntas de Brigid: «¿Estás bien? Te veo muy pálida, Miren. ¿Quieres una tisana para dormir? ¿Te duele la cabeza? ¿Los ciclos mensuales? ¿Las dos cosas?»

Aidan no nos sigue. Sube de nuevo al vehículo de camino a una noche de entretenimiento que probablemente solo sea adecuada para caballeros.

Al llegar a mi habitación prestada, cierro la puerta con llave. Contemplo el regalo de Brigid y luego lo echo a un lado, esa colcha de doncella con todos los sueños, esperanzas y hechizos cosidos en ella. La tiraría al fuego si me atreviera, si no me pareciera una lástima destruir algo tan hermoso. Cuando no es más que un gurruño en el suelo, me dejo caer sobre la cama y lloro.

7

El puerto no está desierto, pero casi. Es esa hora dulce en que todavía no ha comenzado el bullicio del día. Un puñado de mujeres y hombres —marineros, estibadores, prostitutas— esperan fumando cigarrillos; hay también personas acurrucadas en las esquinas, acomodados entre cajas y todo tipo de cosas incómodas, durmiendo y esperando a que les pasen los caprichos de la noche. Mujeres y hombres, de nuevo, con vestidos y trajes desaliñados pasean hacia destinos que bien podrían ser habitaciones arrendadas o las sastrerías donde han alquilado la ropa de la noche; probablemente ninguno se dirija al establecimiento de la *madame* Franziska. Paso totalmente desapercibida.

Me he ido de la casa antes de que rayara el alba, con mi viejo vestido negro y una capa del mismo color; solo los dioses saben lo que me costó quitarme el vestido de noche, arrancarme todas las horquillas del pelo y limpiarme el maquillaje de la piel. Apenas he dormido. He estado repasando los acontecimientos del teatro, la atención repentina de Aidan, la pretendida simpatía de enseñarme la autómata como si de una distracción infantil se tratara, lo visible que es el moretón de la muñeca. Las sonrisas y comentarios de Aoife, su despilfarro. Los ataques y hostilidad crecientes de Brigid.

Van a venderme. Soy una novia comprada.

Aoife piensa reconstruir nuestras fortunas con el precio

de mi venta.

Y Aidan… ¿no se le ha pasado por la cabeza que quizá atarse tan estrechamente al núcleo de los O'Malley, al corazón moribundo de la familia, puede afectarle a él o a su riqueza? A pesar de que las ramas exteriores han mantenido la seguridad y la prosperidad, y han medrado, los verdaderos O'Malley se han marchitado en la vid hasta que solo ha quedado una vieja intrigante sin nada que ofrecer… nada salvo una nieta que es lo más cercano a un O'Malley puro.

Aidan.

Aidan lo ansía todo. Quiere reconstruir lo que una vez tuvimos. Quiere la casa de Cabeza de Trasgo, invadirla con sus sirvientes para que todo vuelva a brillar y relucir como antes. Quiere que el nombre vuelva a significar algo. Tomará a la última muchacha O'Malley como esposa; por mucho que su padre sea un Elliott, la han llamado O'Malley desde que sus padres murieron, y es probable que sea la sangre más pura que pueda llegar a encontrar. Me utilizará para tener hijos. Retomará los sacrificios: un hijo como heredero, otro, para la Iglesia, y otro, para el mar, a fin de que nos vuelva a proporcionar abundancia. ¿Adoptará el apellido O'Malley? ¿O pensará que está maldito? ¿Conservará el Fitzpatrick y pensará que, así, evitará los infortunios, como si los hados no pudieran reconocerlo?

He deambulado sin rumbo durante horas, contemplando el cielo arrastrándose del negro al gris hasta llegar a un azul sucio palidísimo. He cubierto gran parte de la ciudad a pie, primero pensando que me protegerían la capa y mi altura pero, sinceramente, ahora sospecho que la Reina de Ladrones prefiere que su ciudad esté en orden. Puede que haya hecho fortuna despojando a los demás de sus ganancias ilícitas, pero eso no significa que Breakwater sea un lugar caótico. Las calles, por lo general, están limpias; las casas están bien conservadas; te cruzas con hombres y mujeres de aspecto violento, pero todos parecen estar esperando órdenes pacientemente. Este imperio está organizado. Es posible que sus negocios contemplen el

asesinato, el caos y los robos, pero son unos negocios que se exportan a otras ciudades y pueblos. Llevo la daga de Óisín en el bolsillo, pero no he tenido motivos para usarla.

He llegado incluso a pasar por el mercado de los asesinos, ubicado en la encrucijada que hay justo frente a la puerta principal de la ciudad, del que he oído hablar muchas veces pero jamás he visitado. Ha resucitado desde la llegada de Bethany Lawrence, y se ha convertido en otra fuente de ingresos y organización: he sido testigo de todo tipo de transacciones. Mujeres y hombres, viejos y jóvenes, sentados, de pie, acostados, esperando. Y clientes que acudían en manada, algunos en actitud furtiva; otros, sin ocultar lo que se traían entre manos, y, en general, mucho pragmatismo. Uno de los buhoneros que pasaron por Edén del Trasgo nos contó que la Reina de Ladrones había facilitado tanto que la gente pudiera encontrar al asesino o asesina de sus sueños en Breakwater que llegaban personas de todo el mundo. La ciudad portuaria le presenta la mayor variedad de asesinos entrenados para su deleite. Intermediarios y maestros de gremios —apoyados en las farolas o sentados en tiendas— averiguaban los requisitos del cliente: ¿Qué mensaje quiere enviar con la muerte? ¿Debería servir también para disuadir a otras personas de que se comporten como la víctima, o el mensaje es únicamente para esa persona? Acto seguido, los clientes se ponían en contacto con el asesino que más se adecuara a sus necesidades. Maestros de venenos; aquellos que preferían el garrote, el fuego o el agua; aquellos con una fijación por los objetos afilados o contundentes, y aquellos que se inclinaban más bien por las armas de largo alcance y una muerte distante.

Pero incluso yo podía distinguir a los lobos y a las ovejas. A fin de cuentas, crecí con Aoife O'Malley, ¿no?

Debo confesar que me ha maravillado la ingente cantidad de personas que había allí, la idea de que todos esos tratos se estuvieran haciendo al aire libre, que no hubiera alguacil o guardia para hacer arrestos. En otras partes, este tipo de negocios se cerrarían en lugares

discretos: trastiendas, cloacas, en las profundidades de los bosques, en caminos desiertos y, antiguamente, en las habitaciones de la torre de Edén del Trasgo. No en Breakwater. ¿Cuánto faltaría hasta que la luz del sol lo bañara todo? Atisbé cómo invocaban a una criatura desde el interior de un caldera y luego la decantaban en un frasco y la vendían por un puñado de monedas; un diablillo diminuto, de un verde grisáceo, que tosía fuego. Pensé brevemente, y prometo que no fue más que un instante, en ser una clienta más. Que Aidan muriera mientras dormía; no me importaba el cómo, siempre que desapareciera de mi vida.

Pero, entonces, ¿no se limitaría Aoife a buscarme otro pretendiente?

Pensaba… Pensaba que sería libre. No del todo, pero con la muerte de Óisín estaba un paso más cerca de liberarme de mis abuelos. Y solo me quedaría Aoife. No es que no los quiera, aunque ellos no hayan puesto de su parte, sino que cuando no estuviera… No tendría que entregarme a sus normas y regulaciones. Tomaría mis propias decisiones, aunque quién sabe si serían acertadas o no. Jamás me he imaginado en algún lugar que no sea Edén del Trasgo, y jamás me he imaginado casándome con nadie; no se ha hablado nunca ni nunca se ha insinuado, ni siquiera de la forma más vaga posible. Sencillamente pensaba que…

Que un día morirían y sería libre.

Que aquel caserón sería mío. Como si no siguiera habiendo deudas que pagar; como si Aoife no siguiera acumulando facturas.

Esta mañana se leerá el testamento de Óisín.

Bien. Si Aidan no es la solución, podría optar por Aoife. Una muerte tranquila, delicada, algo que acabe con ella mientras duerme. Pero ¿por qué iba a pagar a otra persona para hacer algo así? ¿Y cómo? «Tienes joyas —me dijo una voz interior—, lo que te compró con el dinero de los Fitzpatrick; los pendientes, las pulseras.» ¿No me ha enseñado Maura lo suficiente sobre las plantas de los

jardines? ¿No hay bastantes flores de belladona y dedalera, acónito e incluso narcisos que satisfagan mis propósitos? Podría preparar una infusión, echarle un poco en la comida. ¿Quién lo descubriría?

¿Quién lo sabría aparte de mí?

Yo.

Yo lo sabría y, a pesar de que nunca haya sido una persona de trato fácil, Aoife se merece algo mejor, algo más honesto.

Igual que yo merezco algo mejor que un matrimonio que no he elegido.

Mientras avanzaba por la muchedumbre de asesinos y clientes, he sentido que alguien me vigilaba. He tardado en asumirlo, y no sabría decir cuándo ha empezado, pero sí que la sensación estaba ahí y que yo era consciente de su presencia desde hacía un buen rato. Me he detenido junto a una fuente en el centro del mercado del cruce y he mirado alrededor como quien no quiere la cosa. Demasiados rostros, demasiadas cabezas ocultas por capuchas, demasiados cuerpos moviéndose demasiado rápido. Y luego la sensación ha desaparecido, como si quien me observaba se hubiera marchado. Me he ido poco después de ser testigo de cómo una mujer levantaba a un espíritu. No tenía mayor propósito que demostrarle a un posible cliente sus capacidades. Que la muerte de alguien podía ser algo simple y frío. Otra mujer ha vertido agua en unas cazuelas de plata llenas de polvo de tumba para dar forma lentamente a una figura descomunal a partir de aquel precario material; otro monstruo letal. A diferencia de otras ciudades, en Breakwater no se quema a las brujas, no cuando Bethany Lawrence puede sacar tajada de sus talentos.

Está a punto de amanecer y debería regresar a la casa, pero todavía no me veo capaz de soportarlo. Me atrae la nostalgia por el puerto, la idea de visitar las viejas oficinas una vez más. El lugar donde Óisín me educaba.

A pesar del tiempo que hace que no piso la ciudad, tengo el mapa de las calles tatuado en el corazón y la

mente. Había días en que Óisín me soltaba en una esquina y me obligaba a orientarme hasta dar con las oficinas o la casa. No tardé demasiado en aprenderme todos los atajos. Paso por delante de la casa donde una vez una madre montó un burdel atendido únicamente por sus hijas. Han pulido la escalinata principal hasta la obsesión; se dice que la Reina de Ladrones ha establecido aquí su residencia, y los dos tipos musculados a ambos lados de la puerta parecen dar fe de ello. La fachada está compuesta por un mosaico floral, un entarimado de piedras preciosas de colores convertidos en rosas rojas y vides verdes. Siguen corriendo rumores de que para crearlo recurrieron a la magia. La puerta principal es de ébano, con tallas de nereidas y sirena —no entiendo cómo es posible que los O'Malley jamás hayan sido propietarios de esta casa— y la aldaba parece una soga retorcida hasta formar un círculo. No me acerco lo suficiente como para poder echar un vistazo por las ventanas, sino que decido mantener la distancia y quedarme en la acera opuesta.

Poco después, cruzo la Puerta de los Dolientes, acompañada solo por las pisadas secas de mis botas sobre los tablones a esta hora temprana de la mañana, hasta que llego al final del muelle donde no hay ninguna embarcación amarrada. A mis espaldas se alza el viejo edificio que una vez ocuparon las oficinas de Óisín, la Naviera O'Malley. Ahora no es más que un lugar destartalado, con las ventanas tapiadas, cristales rotos llenando los alféizares y la puerta firmemente cerrada; Aidan tiene su propio despacho unas calles más allá. Ya no quedan barcos de los O'Malley en el puerto, y quién sabe cuándo regresarán, si es que regresan. ¿Tendrán el vientre llenos de mercancías o lo habrán entregado ya a los piratas? ¿Estará durmiendo ya en el fondo del mar con las quillas astilladas y los marineros ahogados, cuyos ojos habrán sido pasto de los peces y sus huesos se habrán convertido en tronos para los cangrejos?

Tengo las puntas de las botas sobresaliendo por el borde del muelle; la brisa de la mañana me mece la falda y me tira de la capucha hasta descubrirme media cabeza. Me

la quito del todo y levanto el rostro hacia el sol, que ya quema los últimos trazos de las nubes del alba. El agua apesta, no como el mar de Cabeza de Trasgo, limpio y salado. Este está contaminado por la humanidad; una capa grasienta flota sobre un líquido parduzco y salobre.

Podría lanzarme al agua y acabar con todo. Pero ¿qué O'Malley no sabe nadar? ¿Qué O'Malley no se resistiría a ahogarse? Y tras todos los esfuerzos de Aoife por enseñarme a nadar y mi consecuente miedo al mar… ¿Acaso no me costaría sudor y lágrimas renunciar a la vida cuando he luchado tantas veces por salvarme de las olas? Podría atarme pesos a los tobillos. Pero ¿dónde los encontraría? ¿Y por qué iba a abandonar mi existencia solo por evitar a Aidan? La vocecilla interior, la que me ha hablado en el mercado de los asesinos, vuelve a intervenir: «Cásate con él, mátalo de aquí a un mes, un año, y herédalo todo.» Pero creo que es la voz de mi abuela, o al menos la parte de sangre que he sacado de ella.

No pueden obligarme a pronunciar las palabras. No pueden obligarme a aceptarlo. Cuadro los hombros; puedo limitarme a decir que no. Aoife lleva años lamentándose de lo tozuda que soy. No pueden forzarme.

Suspiro y siento como si me quitaran un peso de encima, aunque sea algo temporal, aunque sea un falso alivio; volveré a enfrentarme a la realidad más tarde, y entonces será peor, puesto que tendré a Aoife y Aidan en mi contra.

Cierro los ojos y, poco después, el cascabel de plata que llevo al cuello tintinea sutilísimamente, y es entonces cuando algo frío y húmedo me agarra de los tobillos y me arrastra hacia el piélago.

Abro los párpados de golpe y veo cómo el mundo se inclina y se da la vuelta, y nada está en el ángulo correcto. Rozo el borde del muelle con la nuca y pierdo el sentido, pero recuerdo tomar aire antes de hundirme en las gélidas aguas. Caigo como una roca, y me sorprende, aunque quizá no debería. En ese momento, me doy cuenta de que no me estoy hundiendo, sino que me están arrastrando; lo que me

sostiene con firmeza los tobillos sigue ahí y veo la capa flotar a mis espaldas, húmeda y pesada, como si se negara a seguirme, y las faldas también se me levantan y me ciegan, como si el líquido no fuera ya lo bastante oscuro. Miro hacia arriba: la luz es brillante, como un diamante, cegadora. A mis pies, no hay más que tinieblas. Siento la presencia de otros dos cuerpos a mi lado, siguiéndonos el paso: pálidos y veloces, sinuosos, con cabellos que fluyen con el agua, con colas en lugar de piernas.

¡Jamás se nos han llevado!

Siempre esperan; ¡su propósito es esperar hasta la entrega!

Pero entonces la voz susurra: «¡Hace mucho que no se les entrega lo que se les debe! No ha habido niños prescindibles desde antes de que Aoife naciera. ¿Cómo va a importarles que yo sea la última del linaje? Hace demasiado que no pagamos nuestras deudas.»

Y no sé a quién pertenece la voz, pero no puedo culparla. Me duele la nuca y el agua que me rodea comienza a teñirse de un tono rojizo y púrpura desde el punto donde sangra el corte. Agarro los broches de la capa y se sueltan a regañadientes, pero ahora, sin nada que ejerza resistencia, me muevo más rápido hacia las profundidades. Empiezo a dar patadas. O eso intento. Tengo fuerza de montar a caballo, andar y ayudar con las exiguas cosechas —aunque evito nadar todo lo posible—, pero al levantar las rodillas, es como si estuviera intentando sacarlas del barro movedizo de las marismas. Vuelvo a patalear y una de las manos se suelta. Otra patada; topo con una cabeza o un hombro, quizá. No puede dolerle demasiado con el agua amortiguando el golpe, pero consigo liberar la otra pierna.

Ojalá tuviera tiempo de quitarme las botas, pero debo alejarme de estas cosas. Comienzo a ascender, más y más arriba, perseguida por las criaturas; veo rostros destellantes en la penumbra, bocas abiertas; ¿Se están riendo? ¿Les hace gracia lo que está pasando? Nadan como delfines, entrecruzándose las unas con las otras, aproximándose y

alejándose rápidamente, con pieles brillantes como la luna y las colas agitándose por el agua, largas y gruesas. En la superficie, veo la quilla de un barco, una embarcación pequeña; nado con todas mis fuerzas, maldiciendo las botas, el vestido, sigo emergiendo del agua, aferrándome al borde con las manos y pataleando, pataleando y pataleando hasta auparme al diminuto bote. Ante la sorpresa del pescador que hay sentado allí.

Mientras me esfuerzo por subir, estoy convencida de que vuelvo a sentir las manos, las escamas, las membranas y la fuerza, y qué fuerza. ¿Eran reales? ¿Me las he imaginado? ¿O solo estaban jugando conmigo?

El pescador me mira fijamente, y yo a él. Abre la boca, pero cualquier palabra que pueda decir se pierde mientras señala algo por encima de mi hombro. Me doy la vuelta. A pocos metros, tres cabezas sobresalen entre las olas. Cabello oscuro, ojos negros, piel cenicienta, dientes afilados en unas bocas rientes, la mirada fría; unas criaturas tan esquivas, tan cerca. Se zambullen y desaparecen.

Sin embargo, no soy capaz de sacarme de la cabeza los sonidos burlones que he oído bajo la superficie, unas voces tan claras como si cantaran en la superficie, como si no hubiera fluido entre labios y orejas.

«Cuando desaparezcas, seremos libres.» Y no me pasa desapercibido que esas palabras son muy similares a las que yo pensaba sobre mis abuelos.

Pero podrían haber acabado conmigo si lo hubieran deseado, podrían haberme arrastrado hacia las profundidades entre las tres. ¿A qué estaban esperando?

8

—¿Se puede saber qué se te pasaba por la cabeza?

Hace media hora que el pescador me ha dejado en la puerta de la casa, y Aoife no ha dejado de gritarme desde entonces. Como hasta ahora no he parado de escupir agua de mar, no he podido responderle. Sentada en la bañera del baño que hay anexo a mi habitación, roja como una gamba por culpa de la incomprensible temperatura del agua, no soy capaz de deshacerme del frío que me atenaza las entrañas. Es como si mi inmersión en el muelle junto a la Puerta de los Dolientes me lo hubiera inoculado, como si las manos de la nereida me lo hubieran contagiado como una enfermedad más.

—No se me pasaba nada por la cabeza —miento; lo mejor es no contarle que estaba cavilando formas de frustrar sus maquinaciones y las de Aidan, al menos hasta que vuelva a estar a salvo en Cabeza de Trasgo, entre los gruesos muros de Edén a mi alrededor y elementos familiares que me hagan sentir segura, incluso de Aoife—. No pensaba en nada, pero…

—¿Pero qué? Sabías que se iba a leer el testamento esta mañana, sabes que nos están esperando. ¡Vamos a llegar tarde! —me espeta mientras la doncella me vierte otra jarra de agua en el pelo y empieza a frotarme de nuevo con un jabón con aroma a naranja para eliminar el hedor del puerto. Temo que nunca será suficiente, que me pasaré la vida con frío y oliendo a humedad, aunque nadie más lo

perciba. El corte de la nuca me escuece y los dedos de la muchacha no hacen sino empeorar el dolor cada vez que pasa por encima del chichón.

—¡Cuidado! —exclamo, y, a continuación, le susurro a Aoife—: No me he… caído.

—¿Te has resbalado? Igual que una niña tonta.

Aoife ha empezado a andar por la habitación con pasos ágiles y furiosos, y me pregunto si se debe a su amor por mí o al temor de que sus planes pudieran haberse ido al traste por culpa de mi torpeza.

—No —contesto, y le dirijo una mirada cómplice a la doncella.

Aoife arquea una ceja.

—Largo, chiquilla. Seguro que tienes mejores cosas que hacer.

Sin mediar palabra, la muchacha me suelta los cabellos, se levanta, hace una reverencia y se marcha, secándose las manos en el delantal. Aoife ocupa su lugar, arrodillándose con un crujido de las rodillas; me toca el pelo con muchísima más delicadeza.

—Bueno, ¿y qué ha pasado?

Me da un ligero tirón en los mechones para indicarme que vaya al grano.

—Me arrastraron al agua, abuela.

—¿Cómo que te arrastraron?

Detiene los dedos y baja el tono.

—Una de las criaturas.

—¿Una de las criaturas?

—Si repites todo lo que digo, no vamos a acabar nunca —señalo, y ella me tira del pelo para enseñarme el valor de una lengua civilizada. Prosigo—: Tres, que yo haya visto. Una me arrastraba y las otras dos miraban y se reían mientras yo me hundía.

—¿Macho o hembra? La que te…

—Pues… —Dudo un instante, antes de recordar sus rostros descompuestos por la risa mientras yo me resguardaba en el bote—. Todas hembras.

Aoife chasquea la lengua.

Jamás las había visto tan de cerca, jamás se habían acercado de esa forma. A veces es posible divisar a los habitantes del mar desde la playa o los acantilados de casa, meciendo la cabeza, y hay algunos días en que es difícil distinguirlas de las focas. Pero ¿tan cerca como para tocarlas? Nunca. Las campanas de plata que llevamos al cuello están pensadas para señalarnos como los antiguos, para protegernos.

—Las oí cantar bajo las olas: «Cuando desaparezcas, seremos libres».

Aoife se pone en pie.

—No. ¡No!

Y ella también desaparece, y acabo encargándome yo de desenredarme el pelo y lavándome mis propios y larguísimos mechones, algo para lo que claramente me faltan manos. Me quedo metida en la bañera hasta que el agua está tan fría que empiezo a recordar el puerto, y, con esa incómoda idea en la cabeza, salgo.

Mi viejo vestido negro ha desaparecido, sin duda como respuesta a una orden de Aoife. Mis botas… ah, tampoco están. En la cama de la habitación de la otra habitación está el brocado verde que compramos ayer; es demasiado lujoso para pasearse con él por la casa, pero tenemos pendiente la lectura del testamento. También encuentro unas diminutas pantuflas bordadas de seda dorada que apenas sirven para andar, pero qué le vamos a hacer, ¿no?

Alguien ha vuelto a poner la colcha de doncella en la cama, y contemplo sus patrones: campanas y flores, conejos y palomas, arcos y herraduras. Me pregunto cuál será el significado de algunos bordados. ¿Plumas de cisne como símbolo de fidelidad? ¿Pequeños dijes de plata en cada esquina para desearme un buen matrimonio, una boda magnífica? No me imagino a Brigid deseándome algo así. ¿Estará al tanto de los planes de Aidan?

Vuelvo a plantearme la posibilidad de lanzarla al fuego y enviar todos esos anhelos y deseos chimenea arriba, convertidos en humo. Pero ¿cuáles podrían ser las consecuencias para mí, mi futuro, para el resto de mis días?

Para alguien cuya esperanza siempre ha sido vivir una vida tranquila y solitaria, no acaba de convencerme la idea de maldecir los años que me queden, sean pocos o muchos. Tal vez no me llegue a casar nunca, pero ¿acaso sería una tragedia? ¿Sin Aidan ni nadie a quien contentar u obedecer?

Con todo, dejo la colcha en paz por segunda vez, y me limito a retirarla hasta que forma un montón informe a los pies de la cama. La quitaré del todo antes de irme a dormir esta noche. Me seco el pelo con una toalla y luego me lo cepillo para eliminar los enredos antes de recogérmelo en un sencillo moño trenzado. Preparada, o todo lo preparada que puedo estar, me dispongo a salir de la habitación.

La puerta está cerrada.

Giro la manija una y otra vez, antes de agacharme a mirar por el ojo de la cerradura: un pasillo vacío aguarda al otro lado. Trago saliva para contener el pánico. ¿Qué estará haciendo Aoife como para necesitarme aquí encerrada?

Respiro hondo, me acerco a la ventana y miro a la calle: está demasiado alto como para saltar desde mi habitación de la tercera planta hasta el callejón mugriento que separa esta casa de la siguiente. No hay tejado sobre el que pueda saltar, tan solo la larga caída hasta el suelo, donde probablemente me rompería una pierna o el cuello, y no es un precio que esté dispuesta a pagar.

No tengo otra opción que esperar.

Me siento junto a la lumbre y cruzo las manos sobre el regazo y los pies a la altura de los tobillos. En esta habitación no hay un solo libro. Pienso en el fijo fajo de cartas que hay bajo el colchón de mi casa. Me pregunto quién se las escribió a Óisín; me pregunto por qué las ocultó y si Aoife tenía constancia de ellas o no. Me atrae la idea de tener un secreto que ella desconoce. No sé si tendré la oportunidad de volver a Edén del Trasgo y leerlas, pero no hay respuesta a mis preguntas y lo único que conseguiré con tanta duda es acabar perdiendo la chaveta, así que opto por pensar en el libro de cuentos de los O'Malley.

Los he leído todos, incluso antes de que Aoife me dijera

que ya era mayorcita como para que me los leyeran otras personas, me colaba en la biblioteca a altas horas de la noche y los leía con atención. Los hay a cientos, y algunos no son más que notas al margen que comentan otros cuentos, de no más de un párrafo, mientras que otros ocupan páginas y páginas, y podrían llegar a constituir libros por derecho propio. No hay hojas en blanco al final por si alguien quisiera añadir nuevas historias, nada que haya salido de la mente de Aoife o Óisín, al menos que hayan admitido. Adoro el libro y los relatos porque me hacen sentir… real. Sin hermanos ni hermanas, sin padre ni madre, siempre me he sentido sola. Quizá si mis abuelos hubieran sido distintos, si Brigid no me hubiera traicionado, no habría necesitado con tantísima desesperación aquellos cuentos para sentirme con los pies en el suelo, para sentirme parte de algo.

Recuerdo todas las historias, así que me las cuento a mí misma para matar el tiempo.

Hace mucho tiempo, según cuentan los ancianos, había tres nereidas, cada una con un deseo muy querido para ellas. Pero los anhelos son algo peligroso, y una de ellas oyó hablar de una de las esposas de las aletas —no exactamente una de las habitantes del mar, sino de las que a veces caminaban por la tierra sobre dos piernas—, y que esa esposa de las aletas concedía deseos por un precio. Las hermanas acordaron que estaban dispuestas a pagar lo que se les pidiera, y buscaron a la criatura que podía cumplir los deseos de sus corazones.

La esposa de las aletas era un ser vetusto y horrendo, cuya vida repleta de maldades pesaba sobre su alma —aunque suela decirse que los habitantes del mar no tienen alma, esto no es más que una mentira que se cuentan los humanos para esclavizarlas con mayor facilidad, para despreciarlas cuando las convierten en sus esposas contra su voluntad—, pero ella no se arrepentía de nada ni deseaba cambiar su forma de ser. Escuchó a las nereidas y luego les asignó una tarea. Los detalles no son importantes; lo único que merece la pena saber es que accedieron a hacer algo cruel, una misión injusta que

cumplieron sin reparos.

Al regresar, cargando con los trofeos sangrientos de su éxito, que dejaron frente al trono de la esposa de las aletas, se les concedieron sus deseos.

El amante de la mayor, desaparecido tiempo atrás, regresó; pero ya no era el mismo, no era una criatura afín, así que le arrebató la vida para saciar su hambre.

A la mediana se le concedieron piernas y pulmones para que pudiera reunirse con el humano que amaba en la superficie; pero, al recibir estos regalos bajo las olas, se ahogó.

La más joven solo había pedido recuperar la infame arma de su padre, ya fallecido, para poder defender su honor, pero se cortó el dedo con la hoja envenenada y murió.

La puerta sigue cerrada y no ha venido nadie. Siento una punzada de dolor en la nuca, donde me he golpeado con el muelle.

En una tierra lejana y en una época igual de distante, había una roca en un río donde unas rusalkas solían sentarse y cantar. Sus melodías parecían hermosas, siempre que no prestaras atención a las palabras. Si cometías ese error, era probable que siguieras la bella cancioncilla hasta caer por el acantilado y morir al chocar contra la roca o ahogado bajo ella, para deleite de las muchachas. A plena luz del día, tienen el aspecto de hermosas jóvenes con largos cabellos de todos los colores, pieles y ojos relucientes, labios rojos y dientes blancos, y siluetas que atraen todas las miradas. Pies luminiscentes que cuelgan por encima de los riachuelos, y largos dedos con los que se peinan los brillantes cabellos. De día, son algo digno de admirar.

Pero cuando el sol se pone, o cuando caen dormidas sobre la roca, se olvidan de su existencia y se las puede ver con su verdadera forma, pues no comenzaron siendo ninfas, sino muchachas humanas. Doncellas asesinadas, aquellas muertas por su propia mano presas del dolor y la desesperación, aquellas cuyos actos las persiguieron más allá de la muerte, las que perdieron la cautivadora forma que tuvieron en vida. Puede

verse la podredumbre de la vida y la muerte, el tono verduzco de la piel, los ojos hundidos, el pelo pajizo, las marcas de dedos y puños visibles en la garganta y el rostro. En época invernal sufren de un estado intermedio, pues la luz nunca es suficiente para que tejan sus ilusiones, y por eso se esconden, salvo en los días más soleados.

Clamarán venganza sobre aquellas personas que las agraviaran, si pueden, o simplemente sobre aquellas que se atrevan a acercarse demasiado a sus hogares. Pero son criaturas pragmáticas, incluso aunque no lo fueran en vida, y siempre están dispuestas a hacer tratos. Las lágrimas de una rusalka son algo mágico; pueden usarse para el bien o para el mal, o para cualquier tipo de magia que se mueva entre ambos extremos (aunque generalmente se usen con malas intenciones). También se cuenta la historia de una bordadora de colchas que, sufriendo de mal de amores, traicionada, hizo una colcha de bodas para su verdadero amor y su nueva prometida. La roció con polvo de pesadillas y las lágrimas de una doncella del río; la prometida se convirtió en una bestia con cola de pez, o tal vez de un dragón. Nadie sabe qué les ocurrió a ninguno de los dos.

Ya hace rato que ha pasado la hora de la comida.

En tiempos antiguos, cuando desear todavía servía de algo, mandaron construir una iglesia en Cabeza de Trasgo.

A veces, los O'Malley se olvidaban de a quién le debían su fortuna. Se juntaban con algún que otro perro de Dios; y durante un tiempo, el obispo albergó la esperanza de poder arrastrar de nuevo a la familia hacia la Santa Madre Iglesia (como si alguna vez se hubieran sentido a salvo entre sus brazos). Pero las mujeres se plantaban, pues recordaban (siempre recordaban) a quién debían lealtad.

Y, como consecuencia, había padres, hermanos, tíos, abuelos e hijos que acababan bajo tierra antes de lo esperado. Y los demás aprendían una valiosa lección.

No hay ninguna iglesia en Cabeza de Trasgo, solo la humilde capilla de la mansión. Pero no siempre fue así. Un

patriarca O'Malley decidió construir una, destinada a la manifiesta devoción de la familia, y para todos los aparceros y cualquier persona desamparada que decidiera unirse a ellos. Tal vez el obispo le prometiera un perro de Dios propio para que diera misa los domingos y se convirtiera en una sede fija de la Iglesia fuera de Breakwater.

Se construyó en los acantilados para que las vistas dejaran sin aliento, el sonido de las olas sirviera de inspiración y el tañer de las campanas no tuviera parangón, pues las habían hecho a conciencia. Asumiendo un alto coste, se habían forjado en una fundición lejana y fabricado únicamente con plata de los O'Malley. Y el día en que debían consagrar la iglesia, asistió incluso el obispo de Breakwater, e hicieron llamar a campaneros de todo el mundo para asegurarse de que el primer tañido fuera perfecto.

Pero, mientras la congregación esperaba fuera, preparándose para entrar en la flamante iglesia, se produjo un gran estruendo, seguido de un crujido y un chasquido, y la estructura y el acantilado sobre el que descansaba se precipitaron al mar. No hubo heridos entre los O'Malley, y los únicos muertos fueron el obispo y los campaneros. No se vertió sangre O'Malley aquel día, pero sí aprendieron una lección.

El pueblo del mar detestaba el tañer de las campanas sagradas por encima de todo lo demás.

El pueblo del mar adoraba la plata por encima de todo lo demás.

Hay días en que, según se dice, puedes oír las campanas bajo las olas.

Me quedé dormida creyendo oír un tenue tañido que retumbaba por el fondo del océano; preguntándome cómo sería mi vida si tuviera hermanas; pensando en doncellas cambiadas por la muerte, la amargura y la bilis.

* * *

El cielo es de un púrpura apagado al otro lado de la ventana cuando me despierta el sonido de una llave en la cerradura de la puerta. Brigid aparece en el umbral.

Primero esboza una expresión de sorpresa, como si hubiera esperado encontrarme en otro estado, y luego de enfado. Lleva una gran llave de plata colgada de un *chatelaine* en la cintura, una clara muestra de su poder en la casa.

—Ven conmigo —me ordena mientras junta las diminutas manos a la altura de la cintura—. Te están esperando.

—¿Por qué me ha encerrado? —le pregunto, y me dispongo a seguirla. Me froto el cuello; lo tengo algo rígido de haber dormido sentada.

Hace una pausa antes de responder:

—Para protegerte, supongo.

Estoy a punto de replicar, pero luego deduzco que sabe lo de las nereidas, que o bien Aoife se lo ha contado o, lo que es más probable, la sirvienta ha pegado la oreja a la puerta después de que la echara, y luego ha informado a Brigid. Es poco probable que Aoife comparta nada con Brigid; la considera una nota al margen, una don nadie. La única razón por la que le está dedicando siquiera un segundo de su vida a Aidan es su dinero. Aprieto los labios y no digo nada más.

Bajamos por las escaleras, con su moqueta verde, su barandilla pulida y sus intrincados balaústres torneados. Dejamos atrás los cuadros de paisajes y Fitzpatrick's con sus barbillas hundidas y su ralo pelo rubio. Atravesamos el pasillo que conduce al comedor, con sus cortinas azules, sus muebles auxiliares que crujen con muchos más platos de los que cuatro personas pueden llegar a acabarse —aunque, sinceramente, estoy hambrienta después de todo un día sin comida, y es probable que pudiera devorarlo todo yo solita —, relucientes candelabros y bandejas de plata, jarrones de cristal y oro. Y sentados a la mesa pequeña —a fin de cuentas, estamos en el comedor informal— están Aoife y Aidan, cada uno en un extremo, con que podría llegar a discutirse quién está a la cabeza. Una única silla a cada lado para Brigid y para mí, aunque fácilmente haya comida para diez.

La misma muchacha que había empezado a lavarme el

pelo esta mañana está también allí, con la cabeza agachada. Brigid y yo ocupamos nuestros asientos. Le esquivo la mirada a Aidan.

—Sirve —ordena Aoife.

La doncella mira de reojo a Aidan, quien se limita a asentir, un gesto que no le pasa desapercibido a Aoife. Los labios de la muchacha no son más que una delgada línea, y no querría estar en su lugar ni por todas las perlas del mundo. Unos instantes más tarde, todos tenemos un cuenco de sopa delante que huele de maravilla, con ternera y patatas, puerros y zanahorias, cebada triturada. Intento comportarme como una dama y no comer demasiado rápido, pero, por la expresión de Aoife, sé que no lo estoy consiguiendo. Me acomodo en la silla, hago una pausa, dejo que el líquido se asiente. Unto una rebanada de pan con mantequilla y le voy dando mordisquitos, a pesar de que lo que más quiero en este momento en engullirlo y prepararme otro, y otro más.

Cuando todos los cuencos están vacíos, nos sirven el segundo plato: rosbif, más patatas (al horno, eso sí), un kitchiri especiado con huevos y abadejo, cerdo asado con arroz, pastel de faisán, gelatina de manteca, una tabla de quesos y más pan, esta vez panecillos blancos, hechos para que parezcan rosas. Aoife tiene un *whiskey* con limón frente a ella; Aidan, una copa de vino tinto; Brigid y yo nos hemos limitado a tomar agua con limón (buena para el cutis, pero sabe Dios que habría preferido algo más fuerte). Cuando empezamos a comer, Aoife fulmina a la sirvienta con la mirada.

—Puedes retirarte —dice, y la muchacha es lo bastante lista como para hacer una reverencia y marcharse.

Cierra la puerta a sus espaldas y Aoife espera unos instantes con las manos inmóviles sobre su plato. Cuando el sonido de pasos se aleja, mi abuela mira a Aidan, quien asiente con la cabeza.

—Miren.

—¿Sí, abuela?

Me gustaría decirle que sé lo que tiene planeado, pero

me quedo callada.

—Soy consciente de que estás al tanto de nuestra precaria situación económica.

Asiento.

—Hoy he hablado con el abogado… —«Como si yo no lo supiera, como si la idea no hubiera sido que yo también estuviera presente, como si no me hubiera encerrado en mi habitación»—. Y la situación es peor de lo que me temía. —«Como si no supiera exactamente cuál era nuestra situación»—. Tu abuelo me ha estado ocultando cosas. Tenemos que vender el último barco.

«Sí.»

—La venta de lo que tenemos en casa puede que supla la diferencia y los acreedores dejen de acosarnos.

«Sí.»

—Tu abuelo te ha dejado su parte de Edén del Trasgos, que es lo mismo que haré yo. Eres nuestra heredera universal, Miren.

«Sí. ¿A quién más iban a dejar aquella ruina?»

—Pero me gustaría que heredaras algo más que deudas. Tu primo Aidan nos ofrece una alternativa.

Habla como si la conclusión fuera inevitable: sus palabras sugieren que la decisión está en mis manos, pero el tono… ¡Ay, el tono! Son negocios, y nada más. «Miren, esto es lo que vamos a hacer, y no tienes ningún tipo de poder de decisión al respecto.» Inclina la cabeza hacia nuestro salvador.

Aidan se saca una cajita cuadrada del bolsillo. La madera es del color de la miel; las bisagras y el cierre, dorados.

—Miren, si me concedieras el honor de ser mi esposa, se resolverían muchos problemas.

¡La típica proposición que cualquier chica mataría por oír!

Abre la cajita y el contenido emerge en un movimiento limpio. Ocupa todo el espacio del recipiente. Sobre una cama de terciopelo negro descansa una enorme perla barroca. Es de un color plateado suave, con una forma

cercana a la de una lágrima, y varios rubíes diminutos recorren su base, engastados en la joya para que parezcan gotas de sangre. Todo está montado sobre un grueso aro de plata con grabados de escamas, por supuesto. Debe haberlo encargado para la ocasión.

Aidan se pone en pie y me coge de la mano. No se arrodilla, y yo no me resisto. Me desliza el anillo en el dedo corazón. Pesa y está frío. No hablo ni lo miro, y él tampoco espera que lo haga, así que vuelve a su asiento. No espera absolutamente nada, ni siquiera mi consentimiento.

Frente a mí, Brigid está hecha un basilisco. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que yo no quiero tener nada que ver con esto? No me va a ofrecer ningún tipo de ayuda.

A mi izquierda, Aoife parece satisfecha.

—Pues ya está —dice—. Decidido.

Yo sigo sin despegar los labios, pero toman mi silencio como aquiescencia.

9

La atmósfera de las marismas de sal es especialmente hedionda, como si todos los aparecidos se hubieran congregado al borde del camino para vernos pasar. Pero no veo a ninguno. Además, es algo bastante improbable, así que debe de haber algo muerto entre los juncos o incluso más allá, en la playa, un animal varado que haya empezado a pudrirse.

Aoife y yo apenas hemos hablado desde que partimos de Breakwater, aunque de vez en cuando me coge la mano y examina el anillo con un gesto de aprobación. Noto el dedo como un bulto de carne muerta de lo mucho que pesa y lo frío que está. Es una soga, una cadena. Pero eso no se lo digo a mi abuela. No me esfuerzo por apartar la extremidad, pues eso daría comienzo a una batalla que todavía no sé cómo podría ganar.

Delante de nosotras, en el otro asiento, sobre el regazo de una de las dos nuevas doncellas, descansa la cesta de mimbre que usé para acarrear los libros de cuentas, sustituidos ahora por un gran paquete que Brigid me ha entregado antes de que nos montáramos en el carruaje. Está envuelto en papel marrón y atado con un lazo de seda color crema.

—Un regalo para mi futura hermana —me ha dicho, y ha esbozado una sonrisa, pero sus labios apenas han podido mantener la forma.

Me he dejado la colcha en la habitación, pero ella ha

bajado corriendo las escaleras y me ha presionado para que me la llevara. Por lo visto, no me voy a deshacer de ella a corto plazo, pero he sido lo bastante educada como para darle las gracias.

La quemaré en casa.

También partimos con nuevos miembros para el servicio: las doncellas y, arriba, dos muchachos para que ayuden a Malachi; ahí arriba no debe caber ni un alfiler, con el cochero, su hijo y los dos criados (uno atractivo, el otro, extraordinariamente anodino). En sus manos está comenzar el proceso que convertirá Edén del Trasgo en un hogar adecuado para Aidan y su prometida, a pesar de que el lugar ya pertenezca a la novia o, en todo caso, a su abuela. Pero la casa de la ciudad no es una «sede» lo bastante distinguida, así que Aidan y Brigid se mudarán aquí.

Pienso en uno de los criados; no es de los que fueron a buscarnos unos días atrás. Me ha acompañado hasta el carruaje (Aidan ni se ha molestado en despedirse de nosotras, por suerte, y Aoife ya ha conseguido lo que quería, así que no le ha dado importancia) y, cuando lo miro, vuelvo a recordar lo poco que deseo casarme con Aidan. El sirviente es un muchacho alto de cabello negro y liso, ojos verdes que se inclinan ligeramente en las comisuras, labios tallados en una curva perfecta y unos pómulos tan afilados que te cortarían los dedos si le acariciaras la cara. Me ha mirado a los ojos y ha sonreído, y yo… yo le he apretado la mano.

—Cuidado con el escalón, señora —me ha dicho con una voz grave, y me ha devuelto el apretón.

Aoife se ha cuidado de mantenerme alejada de cualquier hombre que no sea de la familia —aunque, de hecho, las visitas de los primos son tan escasas y están tan distanciadas que a veces también mi pregunto si no será a propósito. Al haber crecido rodeada de ancianos, salvo por los efímeros hijos de los aparceros, nadie me había parecido nunca tan guapo. O al menos no de un tiempo a esta parte.

Pienso en las marcas que me ha dejado Aidan en la

muñeca y me pregunto cuánto dolor más querrá infligirme; ¿y si en algún momento hago algo que de verdad esté mal? Aprieto los labios mientras los dedos se me calientan bajo el contacto con otro hombre. El carruaje no volverá inmediatamente a la ciudad portuaria, no hasta que las doncellas concluyan lo que necesita comprarse y traerse desde Breakwater, y luego se buscarán o se harán llamar comerciantes y una nueva vida brotará en Edén del Trasgo.

—Creo que la boda será de aquí a quince días.

La voz de Aoife me arranca de mi ensimismamiento.

—¿Cómo?

Ella levanta una ceja.

—¿Disculpa?

—Tu boda es de aquí a quince días.

—Ah. ¿En Edén?

Hablo como si tuviera algún tipo de interés por el evento.

—Uy, no, no podremos tenerla lista para entonces. No, será en la catedral de Breakwater. Y el banquete en… bueno, ya conocerá Aidan algún sitio; alguien le deberá algún favor que pueda traducirse en un magnífico salón de baile.

—Abuela, no conocemos a tanta gente como para llenar un salón.

La mayoría de los parientes que vinieron al funeral de Óisín deben estar todavía de camino a casa; dos semanas es muy poco tiempo para enviar las invitaciones y que den media vuelta.

—Aidan conoce a gente importante, a la flor y nata de Breakwater. No temas, cielo, que no tendrás una boda humilde.

Por el tono, está pensando en su boda con Óisín, que celebraron en la capilla de Edén. Está pensando en mi madre Isolde cuando tenía dieciséis años, volviendo de una boda en saben los dioses dónde, conmigo en la barriga y mi padre temblando a su lado, pidiendo que le aceptaran y se perdonaran todos sus pecados.

No sé a ciencia cierta cuánta flor y nata queda en

Rompeolas después del advenimiento de la Reina de Ladrones, pero veo a Aoife con estrellas en los ojos; está ensoñando con otras épocas, o al menos con las historias que me contaba a mí de niña. De lo ricos e importantes que éramos, de cómo la gente se agolpaba a nuestras puertas para pedirnos favores y nosotros podíamos satisfacerlos. No menciono que no tengo vestido, y albergo la vana esperanza de que eso pueda detener el proceso por completo.

—¡Imagínate la cara que pondrá Florrie!

Aoife deja escapar una risotada, pero no puedo culparla. Seguro que la tía Florence se pone hecha un cuadro cuando se entere; puede que incluso le acabe dando un patatús a la vieja arpía.

—¿Le echas de menos? —le pregunto de repente. ¿Encontrasteis en algún momento alguna clase de amor que pudierais profesaros mutuamente?

—¿A quién?

—¡A Óisín!

—«La pena es el gato negro que se frota con tus tobillos y espera que le prestes atención» —dice la abuela Aoife, y me parece una cita preciosa, hasta que añade—: «Dale las patadas que haga falta y se acabará marchando.»

La miro largamente hasta que continúa:

—Hazme caso, Miren: los O'Malley están resurgiendo de sus cenizas.

Hablamos como si las doncellas no estuvieran delante, o como si fueran sordas, y yo les dirijo una mirada tardía, pero ya poco importa; Aoife ha terminado de cacarear. Y el rostro de las muchachas es inexpresivo como una piedra.

* * *

—¿Y qué pretenden que haga yo con estas? —exclama Maura, pero no pierde detalle del vestido azul pavo real que llevo puesto. Un vestido nuevo es un claro signo de cambio. Todavía no ha visto la alianza.

Aoife desaparece por la escalera en dirección a sus aposentos, haciéndome un gesto con la mano: «Encárgate

tú». Las doncellas están de pie en el vestíbulo, con sendas talegas a los pies, una abrazada al paquete de la colcha como si eso pudiera protegerla de Maura y su canosa ira. Las dos son rubias y menudas, una algo rechoncha y la otra con una clara necesidad de una copiosa comida; las dos son algo menores que yo.

—Maura, el señor Fitzpatrick ha enviado a estas muchachas para que trabajen en la casa.

El rostro arrugado de Maura se queda paralizado en un rictus de terror.

—¿Para sustituirme?

—Claro que no, burra. Estarán a tu cargo. Venga. Seguro que agradeces no tener que aguantar a Malachi ignorándote; estas dos tienen que obedecerte. Ciara —la delgada inclina la cabeza— e Yri —la rechoncha hace lo propio—, haréis caso de todo lo que os diga Maura, y si me entero de que ignoráis sus órdenes, me encargaré de lo que quede de vosotras después de que ella os haya dado vuestro merecido. ¿Entendido?

—Entendido, señora Fitzpatrick.

—Señora Fitz…

Maura no es capaz de pronunciar la palabra por completo, y veo que para ella ha sido un mazazo. Me acerco y la tranquilizo:

—Todavía no, Maura. No temas —le susurro, pues no me cabe duda de que las doncellas informarán a Brigid o Aidan de todo lo que oigan.

En ese momento, toma conciencia de la alianza y abre aún más los ojos. Cuando los temblores se atenúan, le doy un golpecito en el hombro, me giro y le cojo el paquete a la rechoncha, antes de dejárselo a Maura en las manos.

—Esto es para ti. De parte de Brigid.

Y ahí sí sonríe. Maura siempre ha sentido debilidad por Brigid, siempre se portaba bien con ella cuando pasaba la noche con nosotros. Además, es tan hermoso que quemarlo me parece un terrible desperdicio. Harto mejor si alguien puede aprovecharlo, y me atrae la idea de nuestra vieja criada acurrucada bajo los esfuerzos de Brigid.

—Ahora, Maura, enséñales dónde dormirán y asígnales alguna tarea; quizá pueden empezar a limpiar sus habitaciones. —Miro a los muchachos, que deben de tener unos dieciséis años—. ¿Dónde está Malachi?

—En los establos —gruñe Maura, como si hubiera tenido que conocer la respuesta, y, sinceramente, tiene razón.

Maura rasga la esquina del paquete hasta llegar a la preciosa tela del interior. Se le ilumina el rostro y sonríe, no a mí, sino a la colcha.

—Bueno —empiezo a decirles a los muchachos mientras les acompaño hasta las escaleras de la entrada principal—. Id por allí, girad a la izquierda y luego otra vez a la izquierda, y seguid andando hasta que veáis un edificio destartalado. Eso son los establos. Dentro encontraréis a un anciano malcarado, probablemente fumando en pipa, y, si no está fuera, estará en las estancias superiores. —No recuerdo ni un solo día en que Malachi no haya dormido encima de los establos por decisión propia—. Decidle que os envío yo y que os ponga a trabajar. Más tarde iré a ver cómo estáis.

—Claro, señora…

—Señorita O'Malley —le espeto—. Sigo siendo una O'Malley.

—¡Por supuesto, señorita!

Después de haber aterrorizado en condiciones a los muchachos y que hayan puesto pies en polvorosa, centro la atención en las montañas de equipaje que están descargando del carruaje. Nos marchamos de Edén del Trasgo con una sola maleta pequeña, y vuelvo con un arcón de objetos que ahora mismo no va a poder ver ni apreciar nadie. Todas las cosas bonitas que me ha comprado Aoife a costa de mi libertad. Y Aoife también ha vuelto con dos arcones; por lo visto, le dio tiempo a visitar de nuevo a *madame* Franziska después de hablar con el abogado, mientras yo estaba encerrada en la habitación.

Ahora mismo hay cuatro hombres mirándome fijamente; bueno, tres hombres y un chaval, aunque el

cochero no ha bajado de su posición. Quiere dejarle claro a todo el mundo que su trabajo no es cargar peso; fuma en pipa y me lanza miradas inquisitivas.

—Sigue a los muchachos hasta los establos y acomódate. Luego ve a buscar a Maura a las cocinas; te llevará hasta la habitación en la que dormirás esta noche. Mañana tendrás preparada una lista de cosas que necesitamos y podrás volver al Breakwater.

Asiente, con el rostro erguido, chasca las riendas y los caballos negros emprenden la marcha. A continuación, me vuelvo hacia los demás, que esperan con los arcones y una colección de maletas pequeñas, una gran caja carmesí atada con un lazo de plata y las cestas de comida que Brigid ha pedido que nos prepararan en la cocina, como si no pudiéramos alimentarnos por nosotras mismas. Hago un gesto al muchacho del cochero (no está exento de este tipo de faenas, no todavía, al menos) y al sirviente con cara de patata.

—Llevad ese entre los dos y volved a por el otro.

Señalo uno de los arcones de Aoife, que sé que pesa lo bastante entre vestidos y zapatos nuevos (mucho más que los míos) como para requerir dos personas. Acto seguido, le indico mi arcón al criado de ojos verdes, que sé que pesa lo bastante poco como para que lo lleve un solo hombre.

—Tú coge ese y ven conmigo.

Los guío hasta el vestíbulo de la torre; noto sus ojos clavados en la espalda y siento la necesidad de enderezarme. Les saco una cabeza al joven y al tipo con cara de patata; el otro hombre es algo más alto que yo. No acabo de distinguir si es orgullo o… Bueno, sé que es orgullo, porque, a fin de cuentas, soy una O'Malley, pero ¿orgullo por aquella mansión decrépita, el orgullo que esperarías de la señora de la casa, orgullo de ser la esposa de un hombre rico y de estar a punto de salvar la casa de la ruina? No lo sé. Levanto un poco más la cabeza cuando subimos por la escalera que se divide en dos en la parte superior. Señalo hacia la derecha y me dirijo al tipo de la cara hinchada y al muchacho:

—Por ahí. Atravesad la puerta y seguid hasta el final del ala este. Allí están los aposentos de la señora O'Malley. Llevad todas sus maletas. Procurad no perderos.

—Sí, señorita —responden, demostrando que son lo bastante listos como para no aventurarse a usar ningún apellido.

No le digo nada al hombre de ojos verdes, sino que me limito a doblar el dedo hacia él cuando los otros dos se han marchado. Nos dirigimos hacia la puerta que da al ala oeste; hasta donde yo recuerdo, solo Óisín y Maura han dormido en la torre. Me detengo, al fin, en la entrada de mi propia habitación, tomo aire e invito a entrar al muchacho de ojos verdes.

—Allí.

Le indico un lugar junto a la ventana. Más tarde, le pediré a una de las chicas nuevas que lo deshagan. Podría hacerlo yo ahora mismo, pero prefiero evitar que piensen que puedo hacer sus faenas por mi cuenta. Estoy de pie junto a la puerta, con la mano en el pomo, viendo cómo carga con el arcón hasta el espacio designado y lo deja en el suelo con cuidado.

—¿Algo más, señorita O'Malley? —pregunta con voz queda.

—No.

—Faltan otras maletas.

—Sí.

Viene hacia mí, pero en lugar de marcharse, pone una mano sobre la mía y juntos cerramos la puerta. Pienso en todo lo que Maura me ha contado sobre lo que ocurre entre hombres y mujeres, mujeres y mujeres, hombres y hombres. Todo lo que Aoife jamás ha mencionado, todo lo que ha hecho, todas las cosas terribles a las que ha estado dispuesta con tal de evitar que yo aprendiera (pobre señora O'Meara y su precioso niño). La idea de que Aidan sea el primero en hacerme esto se me antoja insoportable.

Mi falda azul intenso se mece como la espuma entre los dos mientras él se introduce en mí sin descanso, lengua y polla. Y me mira fijamente a los ojos como si jamás hubiera

visto nada como yo (y, siendo justos, hasta esta mañana no había visto a nadie como yo). Tengo la espalda clavada en las piedras de la chimenea y noto la tela del vestido nuevo desgarrándose. ¿Y no se enfadará Aoife (y acabará por perder los papeles si nos descubre)? Y soy yo quien lo está desgarrando y no me importa, y no siento más que llamas en las entrañas y ¿qué pensará Aidan si se enterara de que no ha sido el primero en arar este campo en concreto? Poco importa. ¿Y no se pondrá hecha una furia Aoife al saber que, a pesar de todas sus precauciones, a pesar de haberme aislado en el Edén sin compañía alguna, a pesar de su aterrador ojo avizor, he salido a mi madre?

* * *

Cuando se ha ido —y ha sido poco después de acabar, pero ya me va bien, porque aún queda equipaje por guardar y yo ya he conseguido lo que quería— y yo estoy tumbada lánguidamente en la cama, me acuerdo de las cartas.

Mientras siento su calor enfriándose sobre mi piel, saco el fajo de debajo del colchón. El lazo está tan apretado que no me queda otra que recurrir al cuchillo con mango de madreperla de Óisín para cortarlo. Desplego la primera; está escrita en papel cebolla, delgado y barato, y la tinta casi ha traspasado al otro lado. La carta es breve:

Padre, no nos busquéis. Sé que os hemos robado, pero os dejamos a nuestra niña como garantía. Hemos cumplido nuestra parte del acuerdo con madre, si no de hecho, al menos sí en espíritu. Que Miren sea el precio entre nosotros.

Y una firma: *Isolde*.

10

—Debes tener hijos, Miren. Lo antes posible.

En la biblioteca, Aoife deambula por la alfombra que hay frente a la lumbre. Es primera hora de la mañana, pero da la impresión de que lleve allí horas, dando vueltas y pergeñando algún plan; sigue con el pelo húmedo tras el chapuzón matutino. El fuego crepita, dispuesto y encendido con mimo, sin duda obra de Ciara o Yri. Y también han limpiado las estanterías, libres de una década o más de polvo; han cambiado las cubiertas de encaje del respaldo de los sillones y pulido los muebles hasta el punto de que veo mi rostro cuando paso por delante. Independientemente de la opinión que me merezca Brigid, debo admitir que ha elegido un buen servicio. Lo único que no han limpiado es el techo, demasiado alto como para que lleguen las muchachas.

—Tres —masculla Aoife al dar media vuelta—. Tres es un buen comienzo. Maura tendrá que ponerte un tratamiento de hierbas para asegurarnos de que tu útero esté receptivo. —Se detiene a media zancada—. Tu padre podía ser muchas cosas, pero al menos no era un O'Malley. Sangre fresca para el linaje. Yo, tu madre, no… Pero tú estás aún por desflorar.

He estado a punto de reírme. «Estoy bastante más desflorada de lo que crees, abuela.»

—Seguro que nos sirve de algo —añade casi para sus adentros, y repite—: Tres.

Y yo, como si tuviera que completar un hechizo, respondo:

—Un hijo para la casa; otro, para la Iglesia, y otro, para el mar.

Y yo que pensaba que ya habría terminado, que era una tradición caduca, que formaba parte del pasado, que lo único que necesitaba para morir era, precisamente, la muerte de Aoife.

Ella suelta una carcajada.

—¡Y muchos más a partir de ahora! Todos los que puedas. —Señala una gran caja carmesí sobre el escritorio que hay junto a la ventana, la que vi ayer cuando llegamos —. Eso es para ti. Ábrela. ¡Ábrela!

Sigue sin mirarme. En el bolsillo, noto las cartas que leí anoche; pesan mucho más de lo que deberían. Siento los ojos irritados e hinchados; sé que los tengo enrojecidos de tanto llorar, y ni siquiera la tintura de eufrasia que prepara Maura puede solucionarlo. También noto la ira ardiéndome en el estómago, pero intento aplacarla, porque sé que si pierdo ahora los papeles, no seré capaz de recuperarlos. Cuando estás furiosa, toda lógica, todo razonamiento, sale por la ventana a voz en grito, como sabiamente le gustaba repetir a Óisín, y no se consigue nada, algo que no deja de ser irónico, teniendo en cuenta todas las discusiones que mantenía con Aoife a gritos. Pero cuanto menos hable, más propondrá Aoife… Lo que sé del silencio lo aprendí de ella, aunque parece que ya ni siquiera recuerda sus propias lecciones, no ahora que puede pavonearse.

Pero saben los dioses que lo que quiero es gritar. Quiero gritar, chillar y lanzarle cosas que puedan quebrarle los viejos y frágiles huesos. Quiero decirle que por mucho que vitupere a mi madre, Isolde no era mejor que ella; Isolde, que me usó como moneda para pagar su propia huida, igual que Aoife piensa usarme para financiar sus grandes planes. Quiero soltarle a mi abuela lo que opino de ella, que haría lo que fuera por arruinarle los planes, que jamás me casaré con Aidan Fitzpatrick y ni mucho menos me acostaré con él. Pero no digo nada. Me acerco al

escritorio y deshago con cuidado el lazo plateado que envuelve la caja, y levanto la tapa.

Una prenda blanco cisne brota de la caja como la espuma.

El quinto vestido.

—¡Radzimir! —exclama Aoife con satisfacción cuando se acerca a mí—. Ha costado encontrarlo en otro color que no fuera negro, pero aquí lo tienes. Le ha dejado tiritando la cartera a tu primo. ¡Sácalo! Debería entrarte a la perfección; es el mismo estilo que el vestido rojo y negro. ¡*Madame* Franziska y sus peonas se han pasado la noche dándole los últimos retoques!

Una seda de duelo para mi vestido de novia. No podría ser más apropiado.

Aoife es una persona bastante frívola ante sus éxitos. Si le faltara algo de dignidad, estaría bailando. Qué triste es que se alegre tanto de condenarme; que la venta de su única nieta le produzca tanto placer. No toco el vestido, aunque parece bonito; han cosido cristales con forma de lágrima al corpiño para que reflejen la luz, y veo plumas —de cisne, sin duda— y rosas cosidas a lo largo de la tela, todo con hilo de seda blanco.

—¿Por qué me dijiste que mis padres habían muerto? —le pregunto.

—Porque están muertos. —Pasa un dedo por el tallo cosido de una rosa—. Cogieron unas fiebres cuando tú tenías tres años, ya lo sabes. Tú también caíste enferma, pero fuiste la única a la que pudimos salvar.

—No.

—¿Se puede saber qué te pasa, chiquilla?

—Isolde le escribió unas cartas a Óisín. —Casi puedo notar como se estremece, como si hubiera recibido un golpe—. Después de que me abandonaran. Después de que os robaran algo.

Me vuelvo hacia ella. Me está mirando por primera vez desde que entré en la habitación, mirándome de verdad. ¿Se habrá percatado de las ojeras que me ha provocado la noche en vela, la tirantez de las mejillas, las arrugas de la

frente, el carmín corrido de mis labios donde me ha besado el criado? ¿Podrá adivinar, con solo mirarme, lo que me ha hecho, y todo con mi consentimiento? ¿Me verá enfadada o simplemente hecha un desastre? ¿Estará intentando analizar qué puede ganar de todos modos en este asunto?

—¿Y qué decían?

—Suficiente.

No soy tan ilusa como para ofrecerle una información que pueda usar en mi contra. ¿Acaso no me ha enseñado a evitar ese tipo de cosas?

—Tu madre…, tu madre…, Isolde… —Aoife se deja caer en uno de los sillones que hay frente al fuego, desaparecida ya su energía maníaca. Me siento delante de ella. Sacude la cabeza con los ojos cerrados—. Tu madre…

Espero.

Poco después, abre los ojos de golpe y no veo más que un abismo negro, los labios retraídos hasta mostrar dientes que son más largos de lo que deberían, amarillentos como los de un perro, y mechones de pelo plateado que parecen escaparse del apretado moño que tiene en la coronilla. Y sé que estás cosas no están pasando, pero a mí sí me lo parece y esos son los detalles que percibo, y en ese momento pierde por completo los papeles.

—¡Tu madre era una ramera desobediente! ¡No le importaba lo más mínimo lo que esta familia y lo que nosotros… lo que yo hice por ella! Se fugó y la preñaron, y luego volvió arrastrándose y Óisín la perdonó porque era un homúnculo. Permitió que ella y aquel canalla vivieran en esta casa como si nada hubiera pasado, y luego, como muestra de gratitud, ¡nos robó!

—¿Qué se llevaron?

Apenas puedo mantener la voz firme ante su furia. Pero no está dispuesta a desviarse de su rumbo.

—Y te dejaron con nosotros. Y tú, Miren, fuiste el precio que pagaron. ¡Eres mía, y puedo hacer contigo lo que me plazca, y vas a casarte con Aidan, salvarás esta familia y saldarás la deuda de tu madre!

—Me va a hacer daño —digo, y levanto la mano, me

subo el puño del vestido amarillo y le muestro las marcas que me dejó Aidan.

Ella inclina la cabeza, vacila y replica:

—Tienes que aprender a tratarlo, Miren, no hay más. No seas cría. No estamos hablando de tus caprichos, sino de los O'Malley, de salvar a la familia, de recuperarnos y de que volvamos a ser importantes. —Baja la voz y extiende la mano, como si esperara que yo se la cogiera como gesto de conformidad, paz o sumisión, como mínimo. Pero no se la acepto, y su tono se vuelve gélido como un viento invernal —. Te casarás con él, Miren, tendréis hijos y te desharás de ellos como se te ordene.

No parece haberse dado cuenta de que ha quemado su última nave.

—No te equivoques, abuela: no voy a casarme con él.

Me levanto y me dirijo a la puerta.

—¡Harás lo que se te diga! —Su voz alcanza cuando ya he puesto la mano en el pomo; vuelve a estar cargada con el fuego y el desprecio de Aoife—. ¡Te casarás con él o te juro que te arrojaré yo misma al mar!

—Igual que cuando me enseñabas a nadar, y sobreviví.

Salgo de la biblioteca. Algo golpea la puerta justo cuando la cierro, y no me cabe duda de que habrá lanzado un libro o lo que tuviera más a mano. Tengo que fugarme. Necesitaré dinero; al menos puedo vender la alianza que llevo en el dedo por una buena suma, y también los pendientes y pulseras, pero dudo que alguien me los compre en Breakwater. Puede que alguna persona los reconozca —sobre todo la alianza— y corra a contárselo a Aidan antes de que pueda desaparecer. No puedo tomar un barco, porque sería muy fácil que me encontraran en la lista de pasajeros, pero tengo que alejarme todo lo posible. Me acuerdo del día en que Aoife me encerró en la habitación de la casa de la ciudad; no puedo fiarme de mi propia abuela. Así que opto por recurrir a la única persona con la que puedo sentirme a salvo, al menos por un tiempo.

* * *

Maura no está en la cocina. Veo a una de las chicas nuevas, pero, al principio, sigo tan conmocionada por la discusión con Aoife que no soy capaz de recordar su nombre, pero luego me acuerdo de que Ciara es la delgada e Yri, la rechoncha. Aoife siempre me ha dicho que poco importa cómo llames al servicio, pero Maura y Óisín me enseñaron otra cosa: Óisín me decía que era una forma de demostrarle a la gente que te importaba, y Maura insistía en que era una muestra de educación y respeto.

—Ciara, ¿dónde está Maura?

Se detiene para inclinar la cabeza mientras prepara un desayuno que no puedo imaginarme comiendo.

—Sigue en la cama, señorita. Estaba dormida, dando vueltas sin parar; no la he visto bien, así que le he preparado un *posset* y he dejado que descansara.

—¿Estás haciendo la lista?

—Sí, señorita.

Señala la hoja de papel basto que hay sobre el banco, sujetado por una punta de lápiz y unas palabras escritas con una caligrafía pulcra.

—Fantástico.

Me doy media vuelta para irme.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí. Gracias, Ciara —respondo, y sonrío distraídamente.

La habitación de Maura está en el desván de la torre (la planta que hay sobre la vieja alcoba de Óisín), en los pisos donde se espera que uno almacene a sus sirvientes. Hace un frío inverosímil. Llego al descansillo resoplando y me detengo a recuperar el aliento, pensando en cómo debe sentirse la anciana al subir aquel tramo de escaleras cada noche; creo que deberían trasladarla a una de las habitaciones de la planta baja, quiera o no, y luego pienso que no estaré aquí para supervisar el cambio. Cruzo el angosto pasillo. Hay dos puertas abiertas, por las que se ven sendas camas hechas con esmero y dos bolsos tapizados a los pies. Las doncellas ya se han instalado.

Llamo a la última puerta, la de Maura, y no recibo

respuesta. Vacilo brevemente antes de abrirla, y una ola de calor me arrolla. Es la habitación más grande del desván y, aun así, sigue siendo más pequeña que mi alcoba por un buen margen. Cuenta, eso sí, con una cama bastante grande, dos cajoneras, un armario, un pequeño escritorio, un lavamanos y un baúl para mantas, y no soy capaz de imaginarme lo que habría guardado Maura en todos esos muebles. Aunque, vivimos en un caserón viejo como ella, lleva tanto tiempo dedicada a su cuidado que no me cabe duda de que ha ido sustrayendo todo lo que le ha llamado la atención. Cosas que nadie echará de menos.

¿Y por qué no iba a hacerlo?

¿Habré sacado esta actitud displicente frente al robo por el hecho de que mi madre fuera una ladrona?

Pero Maura…

Maura nunca enferma.

Ni siquiera cuando otra persona ha estado enferma y ella la ha tenido que cuidar. Nunca se ha contagiado de nada, jamás ha pasado más tiempo en la cama del debido y, a pesar de que su capacidad para cuidar de la casa haya menguado al ritmo de su deterioro físico, nunca ha dejado de hacerlo. La calidad solo disminuye en función de su capacidad para alcanzar sitios altos o bajos, porque ya no ve lo bastante bien el polvo como para limpiarlo y porque la casa es demasiado grande y sus energías están menguando demasiado.

Pero, ahora, Maura sigue en la cama a las ocho de la mañana.

La lumbre está encendida y la estancia está sobrecalentada. Desde la puerta solo veo la colcha nívea que me regaló Brigid, pero, al acercarme, distingo manchas en el extremo superior de la tela, cerca de su rostro. Algunas tienen el tono oscuro de la sangre seca, pero hay otras brillantes, nuevas; y Maura está resollando y tiene los ojos cerrados, espasmos en el pecho y un silbido en la garganta. ¿Cuántas manchas habría cuando Ciara ha venido a verla? En aquel momento apenas había luz y habría sido fácil que las pasara por alto, y hay más sangre nueva que

vieja, con que debe ser algo reciente. El *posset* descansa sobre la mesilla de noche, y veo la mancha rosada donde ha caído la sangre expectorada, a punto de desaparecer.

—¡Maura!

No puede emitir más que gritos ahogados; ha abierto los ojos como platos, y el rostro pálido descompuesto en un gesto de pavor. Con los dedos agarra el borde de la colcha, como si estuviera intentando apartarla y le faltaran las fuerzas… Y luego caigo en la cuenta de lo que está intentando hacer.

Y también huelo algo, algo empalagoso. Olisqueo la colcha de cerca; el olor viene de allí. Es casi… dulce, como la madreselva, como el jazmín, algo que no he olido en mi vida, algo que no se ha activado hasta que no ha detectado la calidez de un cuerpo durmiente debajo.

La madreselva salvaje, si se administra incorrectamente, puede causar parálisis… pero no ha podido, creo, tomarla por vía oral. Maura no sería tan insensata. Así que…

Le arranco la colcha y la lanzo lo más lejos de la cama posible, y la anciana se incorpora como por resorte, resollando y sacudiéndose, intentando proferir improperios y coger aire.

—¡Mierda del demonio! ¡Mierda, más que mierda!

—Ay, Maura. Maura, ¿estás bien?

—¿Tú me ves bien? —Vuelve a toser, pero le ha cambiado el tono y ya no es ni mucho menos tan áspero y jadeante como antes. Tan agónico—. ¿Cómo se te ocurre darme algo así?

—Lo siento mucho. Fue un regalo de…

Brigid.

Brigid…

Brigid y su maña para las manualidades. Brigid, que me hizo este precioso regalo. Brigid, quien claramente no está satisfecha con que me case con su hermano. Puede que los tiempos de las grandes magias hayan quedado atrás, pero aún es posible hacerle daño a otra persona con la voluntad y el hechizo necesarios. No hace falta una bruja de

verdad, ni siquiera su sangre, sino tan solo malquerencias y determinación.

—Brigid. —Le limpio la sangre de la boca y la barbilla con la esquina de la sábana—. El regalo era para mí.

—Rata inmunda. —Maura tiene la parte delantera del camisón salpicada de sangre—. Pero, oye, está bien hecho.

No puedo evitar reírme.

—No he notado nada hasta que he intentado salir de la cama. Imagínatelo, una noche de sueño placentero antes de morir.

—Qué considerada. —Mullo los cojines y le pongo unos cuantos en la espalda. Hay una jarra de agua junto al *posset*, así que le sirvo un vaso—. ¿Crees que su intención era matarme?

—No lo sé, mi niña. Pero… alguien habría ido a buscarte antes de lo que has tardado tú en venir a por mí. —Sacude la cabeza—. ¿Cómo he podido ser tan idiota como para picar con algo tan simple?

Y yo me siento culpable, aunque esa no sea su intención, porque solo está diciendo la verdad. He venido a buscar a Maura porque me he peleado con Aoife y la necesitaba. He roto mi rutina. De lo contrario… de lo contrario la habría encontrado demasiado tarde.

—¿Me desea mal? ¿Ha sido una advertencia? ¿O solo el principio?

Le agarro la mano a Maura, ligera y huesuda, salpicada de manchas de la edad y sangre seca, aunque sea difícil distinguirlas.

Las dos nos volvemos hacia la colcha, extendida en el suelo como una serpiente. Creo que debería contárselo a Aoife. Si esto no la hace dudar sobre el matrimonio, no se me ocurre qué podría convencerla. Podría echar a correr. Debería echar a correr. Ya. Pero… si esto es lo que ha pretendido hacerme Brigid, ¿qué será capaz de intentar con Aoife, esforzándose como está para que sus planes lleguen a buen puerto independientemente de las objeciones? Le aprieto los dedos a Maura.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—Enviaré a una de las chicas a que te lave y te ayude a ponerte cómoda. Quédate en la cama todo el tiempo que quieras, Maura. Voy a asegurarme de que te cuiden.

Me levanto y recojo la colcha, la doblo cuidadosamente y la envuelvo con una manta negra colocada en la silla, probablemente la que ha quitado de la cama. Rebusco en el arcón que hay a los pies de la cama hasta dar con otra manta para taparla. En la puerta, me doy media vuelta al recordar por qué venía a verla.

—Maura, ¿tú sabías que mi madre estaba viva?

Su expresión de vergüenza es toda la respuesta que necesita. No le pregunto por qué no me lo había contado. No estoy enfadada con ella, pero me siento tan vacía que podrían hacer un tambor conmigo.

Abajo, me dirijo al jardín de la cocina, donde tanto tiempo he pasado con Maura; recojo uña de gato y romero para prepararle un té que reduzca la posible inflamación que tenga en la garganta. Envío a Ciara con la infusión para que cuide de la anciana.

Me dispongo a buscar a mi abuela, empezando por la sala de desayuno donde Ciara ha dispuesto la comida que deberíamos haber tomado. No hay ni rastro de Aoife, pero me doy cuenta de que estoy hambrienta. Me siento y me como unas gachas y una tostada, me tomo dos tazas de un café cargado y organizo mis pensamientos, practicando qué diré y cómo. Lo digo en voz alta para que el tono suene razonable. Pero, en el fondo, estoy posponiendo lo inevitable. Finalmente, me levanto de la mesa.

Fuera, la tormenta empieza a rugir y a aullar, nacida de los mares, desenfrenada. Pruebo en la biblioteca por si sigue allí echando humo desde nuestra discusión, pero no hay ni un alma. A continuación, pruebo con sus aposentos del ala este, y luego con todas las habitaciones vacías de esa parte de la mansión, pero nada. Así que regreso a la torre y a sus espacios vacíos, incluso a la vieja alcoba de Óisín y su estudio. Finalmente, pruebo con la sala oeste. Me he cansado de cargar con la colcha, así que la he dejado en mi

habitación. Busco en los salones abandonados desde hace años; en las alacenas y en los vestidores; en los baños y letrinas; en la sala de costura; en el gran salón, los comedores grandes y pequeños, y en la capilla.

Incluso bajo a la bodega, el lugar que durante tanto tiempo me estuvo vetado, aunque, que yo recuerde, los cerrojos de plata de la puerta jamás estuvieron echados; una vez, de niña, me colé brevemente antes de que Aoife me descubriera y me azotara el culo hasta que me ardió. Pero no hay nada aquí; sigue siendo un espacio gigantesco y oscuro, tanto que la luz de mi candil no llega a iluminar todas las esquinas. Cuando echo un vistazo al pozo, lo único que veo es la negrura del agua del fondo, y el ondulante color plateado de la reja que hay debajo. Huele a polvo, pescado viejo, sangre antigua y huesos.

Al final, salgo fuera.

La tormenta ha amainado poco después de la hora de la comida, pero el cielo sigue plomizo. No me preocupa; si Aoife no quiere que la encuentre, no la encontraré. Es lo bastante capaz e infantil como para ir arrastrándose a mis espaldas mientras la busco. Camino por los terrenos recién limpios por la lluvia en dirección al jardín amurallado que le gusta, donde suele sentarse a conspirar. Le contaré lo de la colcha y se la enseñaré cuando volvamos a casa. Tengo otras preguntas, y pienso formulárselas. Y esta noche, pase lo que pase, me iré de esta casa antes de que me encierre bajo llave hasta el día de mi boda.

Llego a la pesada cancela de hierro forjado que da al jardín de Aoife. La puerta está entreabierta. No es un espacio grande, pero está lleno de caminos serpenteantes y no hay ni una sola línea recta a la vista, así que debes seguir las losas cubiertas de musgo como si de un laberinto se tratara. Esquivo las ramas bajas y hundidas por la lluvia, captando los aromas en disputa de rosales y jazmines. Malachi se encarga de este jardín por ella, aunque no lo domeña, ni mucho menos lo limpia, sino que, simplemente, lo mantiene «a raya». Su lugar agreste favorito, cuidado por otra persona.

Al fin llego a la esquina del banco de madera, desgastado por los años aguantando sus faldas y la furia de los elementos. Hay una mesita con cajones debajo donde suele guardar un libro y una petaca de *whiskey*. Por un instante, pienso que está dormida, y la llamo en voz baja para no asustarla. Pero no se despierta y, al aproximarme, me percato de que no se le mueve el pecho ni le tiembla la nariz con el aire que entra y sale.

Me inclino sobre Aoife y la miro fijamente a la cara, salpicada por la lluvia, con el pelo y el vestido completamente empapados.

Todas las tensiones de la vida, todo lo que la mantenía hermosa y viva ha desaparecido, y es como si la carne estuviera esperando a una cantidad apropiada de tiempo para despegarse de los huesos. El cuello alto del vestido está arrugado, y se le ha deshecho el minucioso moño, pero tiene los ojos cerrados y supongo que esta es la imagen de estar en paz. No tengo lágrimas, pero sí la sensación de que me han retorcido el corazón hasta hacer una bola que cada vez mengua más y más.

La levanto y es ridículo lo que pesa, como si lo único que la retuviera en la tierra fuera su espíritu… y pienso en la tormenta, en la locura y la tristeza que albergaba, y me doy cuenta de que era por su muerte. Por la última O'Malley verdadera. Atravieso el jardín con ella en brazos, los campos, de vuelta a la casa. Casi no pesa nada, como si no fueran más que ramitas envueltas en una manta. Está muerta, y se lleva con ella todas mis respuestas.

11

Tumbamos a Aoife sobre su cama e Yri me ayuda a quitarle el vestido de luto húmedo y la ropa interior. Ciara sigue con Maura, y todavía no quiero contarle lo que ha pasado a la anciana, porque sé que insistirá en ayudar y aún está demasiado débil. Le limpio el cuerpo a mi abuela con un trapo mojado en lavanda, tanto para calmar su espíritu como por el dulce aroma. En la cadera derecha tiene la cicatriz, la marca, de la sirena con dos rostros y dos colas, la marca del primogénito. La toco ligeramente antes de levantar una sábana para cubrirla, y casi tengo la sensación de que la marca que yo también tengo en la cadera me arde.

Yri está inmóvil, inútil. Le digo que me traiga la gran caja carmesí del escritorio de la biblioteca, donde la he dejado esta mañana. Se marcha con un gesto de alivio. Me pregunto si es la primera vez que ve la muerte; poco después de empezar en una casa nueva, de empezar de cero, y tiene que afrontar algo así.

Acerco una silla para sentarme junto a Aoife. Le agarro la mano y reflexiono sobre cómo me siento, sobre cómo debería sentirme, y cómo me siento en realidad. Consternada, triste, pero muy enfadada, no puedo negarlo. Enfadada con Aoife y con mi madre; con Maura, Malachi y Óisín, con todos los que sabían que Isolde me abandonó. Que sigue viva. Mis abuelas eran los pilares de mi existencia. Los pilares son resistentes pero fríos y duros;

son, al menos, un punto de apoyo. Tenía, o tengo, a Maura para las muestras de afecto y amor; a Malachi para una amabilidad más bien brusca. Aunque no habría estado de más encontrar esa fuerza y ese amor en mi abuela, al menos pude contar con ellos mientras crecía. Contemplo su mano reposando sobre la mía: dedos largos, tez cenicienta, venas azules, una o dos manchas de la edad, uñas arregladas. Me acuerdo de cuando me llevaba a los acantilados, me mostraba el mar y me decía que escuchara su canción, que nosotros pertenecíamos a él tanto como él a nosotros. Luego pienso en ella guiándome hasta las rocas de abajo y tirándome al agua. Estaba dispuesta a venderme por recuperar la fortuna. Pero yo la quería, porque los niños siempre buscan algo que amar, y la echaré de menos a pesar de todo.

Y, aun así, susurro:

—Soy libre.

La miro a la cara y me resulta extraño verla sin esa ambición que siempre transmitía, sin el brillo en los ojos de quien siempre busca nuevas oportunidades, debilidades que pueda explotar independientemente de la víctima o la situación. Tiene las pestañas largas, como plumas reposando sobre las mejillas. No volveré a ver aquellos ojos negros abiertos.

Y es entonces cuando me fijo en el cuello.

Las marcas no eran visibles hace diez minutos, cuando la hemos desvestido, pero ahora son más que evidentes, justo debajo del collar con la campana de a bordo que lleva, idéntico al mío. Veo moretones ovalados tanto dentro como alrededor del delicado hueco de su garganta, como si alguien hubiera hundido ahí los pulgares; les siguen unas líneas alrededor del cuello, como si alguien hubiera apretado mucho con los dedos para ganar ventaja. Y también es bastante obvia la forma de una campana en el lugar en el que han presionado firmemente el colgante contra ella. Las marcas se oscurecen más y más, y mientras las contemplo, adquieren el tono púrpura de una ampolla de sangre. Alargo el brazo para tocarlas cuando la mano

que tengo agarrada se agita, se aferra a mí y las cuidadas uñas de Aoife se me hunden en la piel.

Salto hacia atrás con un chillido, vuelco la silla y atravieso la habitación hasta chocar con las patas del tocador. Oigo un grito ahogado en la puerta y, al girarme, veo a Yri abrazada a la gran caja roja, boquiabierta y con los ojos como platos.

—¿Has visto eso? —grito, intentando expulsar el miedo que me atenaza el cuerpo junto con el aire de los pulmones —. ¿Has visto cómo se movía?

La muchacha asiente.

Me apoyo sobre manos y rodillas y aprovecho la mesa para auparme. Cuando creo que las piernas serán capaces de sostenerme, me acerco a Aoife e Yri empieza a dar pasitos desde la puerta hasta que nos juntamos al lado de la cama. Mientras las observamos, los moretones que mi abuela tiene el cuello se van difuminando más y más. Sigue con los ojos cerrados; la mano con la que me ha agarrado cuelga por un lado del colchón, con esa falta de tensión que solo pueden conseguir los muertos.

—¿Has visto lo que ha pasado? —le pregunto, y vuelve a asentir, pero debo asegurarme—. ¿Y las marcas del cuello? ¿Las has visto?

—Sí, señorita —responde con voz temblorosa—. Sí que las he visto. Y también he visto cómo desaparecían. ¿Qué significa, señorita?

Sacudo la cabeza.

—No lo sé. No tengo ni idea.

He oído como los cadáveres de víctimas asesinadas sangran por los ojos, las orejas y la boca si el culpable se les acerca, pero no hay ni una sola mancha carmesí sobre Aoife, casi parece que esté exangüe; he oído historias sobre cuerpos convirtiéndose en aparecidos antes del funeral y huyendo para que no los metieran bajo tierra; incluso he oído de personas inhumadas cuando parecían inertes, aunque luego se oyeran ruidos provenientes de sus tumbas días o semanas más tarde. Cuando al fin alguien reunía el coraje necesario para investigar, para exhumarlos, se

encontraban con personas que habían despertado del letargo mortal en que se habían sumido y se habían visto en una caja que no podían abrir ni por todo el amor, el dinero o las oraciones del mundo. Y siempre estaban muertas cuando las abrían.

Pero ¿esto?

¿Esto que acabo… que acabamos de presenciar?

Uy, no. Jamás había oído hablar de esto.

Yri está temblando tanto que oigo la caja vibrar. La cojo del brazo con delicadeza, aunque me cueste horrores; mis instintos me dicen que pierda los nervios, que me agarre con fuerza a algo humano, sólido, vivo. Que borre de la palma de la mano la sensación de haber tocado algo antinatural, algo que jamás seré capaz de limpiarme. Poco importa que Aoife acabe de fallecer…, pero…

—Yri, no le cuentes esto a nadie. No sé lo que significa, pero… no se lo digas a nadie. Lo que le ha pasado… Alguien cree que puede salirse con la suya. Si ese alguien sabe lo que hemos presenciado, ninguna de las dos estará a salvo. ¿Me entiendes?

Abre aún más los ojos, y me pregunto si cree que he tenido algo que ver con la muerte de Aoife. ¿Nos habrá oído alguien discutiendo esta mañana? ¿Quién?

—¿Se lo dirá al señor Fitzpatrick?

—Por supuesto. Envía… No, es demasiado tarde. No quiero que le coja de noche a nadie en las marismas de sal. En cuanto salga el sol mañana, enviaremos a uno de los criados. Pero de momento… ayúdame, Yri.

Tiembla todavía más cuando le quito la caja y saco el vestido nupcial de corte sirena. Sé que es un acto vil, pero no puedo evitar sentir una cierta satisfacción. A Yri se le agitan tanto las manos que apenas me ayuda a vestir a Aoife con el vestido que había elegido para mi venta. Una mujer sabia, quizá, no estaría haciendo esto, no después de lo que ha vivido, consciente de la amenaza de que su abuela se convierta en un espíritu insomne. Pero si yo fuera sabia, habría huido cuando he tenido la oportunidad. Me habría marchado de Breakwater a primera hora de la

mañana, antes de que las criaturas del mar hubieran intentado ahogarme; no habría regresado a la casa ni habría creído torpemente que mi abuela anteponía mis intereses a todo lo demás. Me habría llenado los bolsillos con las flamantes joyas y habría echado a correr antes de que a nadie se le ocurriera buscarme. Pero ahora… ahora está muerta y yo soy libre. El pacto que hizo con Aidan se ha roto.

Después de vestir a Aoife en condiciones —el vestido le aprieta un poco, pero ¿qué más da?, no va a quejarse y tampoco tardará en encoger—, le cepillo el pelo hasta convertirlo en una cascada argéntea que le cae sobre el hombro y le llega hasta más allá de la cintura.

—¿Puede…, puede…, puede…?

Yri intentar formar la frase.

—Ya me quedo yo con ella. No voy a hacerte pasar por otro mal trago. Ya has visto suficiente. Pero ve a buscar a Malachi por mí.

Cuando se ha ido, me inclino sobre Aoife, le aliso el corpiño, le acaricio las mangas y, vilmente, le susurro:

—A fin de cuentas, esta iba a ser tu boda. Esto te queda mejor a ti que a mí.

* * *

El reloj de pie de la esquina da las ocho, y Malachi está sentado en el lado opuesto de la cama, frente a mí, dándole chupadas a la pipa de espuma de mar roja y dorada de Óisín.

Pensaba que a estas alturas ya estaría cabeceando —llevamos horas sentados—, pero está muy alerta, inmóvil. Parpadea a menudo y, ante mi sorpresa, respira sin apenas emitir sonidos. Tiene el pelo del mismo tono gris férreo que Maura, y es fácil distinguirla en los rasgos del anciano; tiene una barba incipiente de color granito en las mejillas y la barbilla, pero se afeita por completo todas las mañanas. Se levanta pronto y, por lo general, se va a dormir antes de que el reloj dé las siete. Una vez me dijo que eso es lo que le pasa a los viejos: los huesos te piden cama, pero la

cabeza se niega, salvo en los momentos más inoportunos, porque sabe que vas camino de la muerte.

Malachi estuvo casado de joven, pero Caitlin y su hija murieron en el parto. Maura dice que nunca ha vuelto a ser el mismo (y que entonces fue cuando se trasladó a la habitación grande que hay encima de los establos), pero creo que eso es lo que la gente suele decir cuando se cansa de la tristeza de los demás. Maura apenas ha tenido paciencia con él desde que tengo memoria, y yo solo le he conocido así; no tengo nada con qué compararlo, así que tampoco sé si Maura exagera o no.

—¿Conociste a mi madre? —le pregunto, aunque sea una pregunta ridícula, porque obviamente que la conoció; Malachi lleva viviendo en Edén del Trasgo desde que era un crío. Lo que quiero decir es: «¿Sabías que seguía viva?», una pregunta igual de ridícula que la anterior, porque si Maura lo sabía, él también.

Me lanza una mirada que juro por los dioses que bien puede haberla aprendido de Aoife.

—Sé que no está muerta.

—¿Por qué no me lo había contado nadie?

Y me arrepiento, porque sueno como una cría dolida.

—¿Alguna vez le has llevado la contraria a tu abuela? Y no hablo de tus vanos actos de rebeldía, sino de algo con un cierto calado.

Arquea las cejas grises, y creo que se está divirtiendo. Pienso en el vestido de boda que ahora lleva puesto Aoife, como una novia muerta; pienso en mi negativa a casarme con Aidan; pienso en mi secreto robado, en las cartas que he vuelto a dejar debajo del colchón; pienso en mis planes de huida, y en lo poco que han tardado en hacer aguas.

—No.

—Pues eso. No. Si te lo hubiéramos contado, nos habrían echado de la casa en la que hemos estado viviendo desde antes de que tú nacieras, señorita. —Malachi asiente —. Creo que temía que, de saberlo, quisieras ir tras ellos. Si hubieras creído que había una escapatoria.

—¿Sabía adónde fueron?

Él suelta una carcajada.

—¿Crees que si lo hubiera sabido no habría arrastrado a tu madre hasta aquí y ahogado a tu padre en la masa de agua más cercana? No, no lo sabía.

Isolde solo le escribía a Óisín y, aun así, tampoco le dijo dónde estaba.

—Tu madre… Tu abuela tenía sus planes y tu madre los suyos, y era imposible que pudieran llegar a encajar. Isolde se escapó y luego volvió en compañía de aquel muchacho apuesto. Iba detrás de ella como el cachorro que no se acaba de creer la suerte que ha tenido.

Pienso en la última carta de Isolde, tres años después de que me abandonara, es decir, hace doce años:

Padre,

Nos hemos instalado, ya está todo en marcha. Hemos plantado la mina de plata y está en pleno funcionamiento, ya ha vuelto a producir. La finca se llama Aguasnegras, y se encuentra al norte de Vega del Bell, más o menos, y creo que, si nos vieras, te enorgullecerías. Quiero que sepas que estoy a salvo. No volveré a escribirte.

Isolde

Óisín sabía que seguía viva y no se lo dijo a nadie. Mis padres tienen dinero —o lo tenían entonces—, pero a ella no se le ocurrió ofrecernos algún tipo de desahogo. Ni preguntar por mí. Óisín tampoco le escribió para suplicarle que nos ayudara, aunque ¿cómo iba a enviarle nada? Ella no le dio la dirección, pero conocía el estado de los O'Malley cuando se fugó. Cuando robó lo que fuera que robara y me dejó a mí como pago. Si hubiera enviado algo, Aoife no me habría vendido a Aidan. Habría tenido su propia fortuna y no habría pensado en casarme con él. ¿O sí? Siempre había tenido planes, y, de haber tenido dinero, se habría visto en una posición más ventajosa para negociar con él.

—No habría sido capaz de hacer nada, ¿verdad? Aoife, digo —pregunto con la voz entrecortada.

No sé por qué esperaba que me quisiera más de lo que me quiso, o al menos más que a sus conspiraciones y planes. Me llevo la mano al collar, juego con la campana, oigo el delicado sonido del badajo contra mi cuerpo, amortiguado por mis dedos.

—Ay, señorita. Tu abuela… La mayoría de la gente le devuelve al mundo el mismo trato que recibió. Aoife estaba acostumbrada a ser moneda de intercambio para sus padres, y en ningún momento se le ocurrió trataros a Isolde o a ti de otra forma.

—¿Cómo? ¿Qué le pasó a ella?

Me río, pensando en que lo sé todo sobre ella. Malachi hace una pausa y vacila durante tanto tiempo que sospecho que ha vuelto a sumirse en su habitual taciturnidad. También debo decir que esta ha sido la conversación más larga que he mantenido con Malachi, que yo recuerde. Ni siquiera cuando me enseñaba a montar a caballo y a cepillar a las bestias dejaba de ser parco en palabras. Poco después, respondió:

—La obligaron a casarse con su hermano.

—¿Perdón? —Me siento como si me hubiera dado una bofetada—. ¡¿Qué?!

—Óisín. Era su hermano. Hace mucho que los O'Malley no rinden cuentas ante nadie, jovencita. Sus padres pensaron que llegaría otro hijo, que habría un tercero y que el pacto podría volver a honrarse. La madre estaba embarazada, y enviaron a Óisín a un monasterio cercano a Lodellan para que aprendiera el oficio y fuera el diezmo para la Iglesia. Creo que tenían la esperanza de que regresara como obispo en Breakwater… pero Saorla comenzó a sufrir aborto tras aborto, y cuando Aoife cumplió los dieciocho años ya no había posibilidad alguna de que engendrara otro hijo, así que… los padres hicieron llamar a Óisín. Pensaron que… Pensaron que el hermano y la hermana reforzarían el linaje.

Miro fijamente el rostro relajado de Aoife, deseando que despierte y responda a mis preguntas, oír una disculpa que no me corresponde a mí hacer. Pero se ha ido y sé que

no va a volver; se acabaron las señales, las maravillas y los horrores de mi abuela.

—La vendieron y la compraron. Sus padres no fueron capaces de hacer resurgir a los O'Malley, por muchas esperanzas que albergaran. ¿Te sorprende que estuviera tan obsesionada con el éxito cuando fue precisamente a eso a lo que dedicó toda su vida y lo que la corrompió? ¿Quién iba a contradecirla? Y Óisín, el dulce muchacho criado por los perros de Dios… ¿Cómo iba a desafiar a su hermana? Hay quien toma la decisión de no hacer daño a los demás cuando ellos mismos han sufrido; no obstante, la mayor parte del mundo cree que es su deber infligir una parte de su agonía. Aoife no era mejor que el resto de la gente.

Le miro fijamente, y él prosigue.

—¿Te sorprende que decidiera utilizarte como instrumento de salvación? ¿Que quisiera casarte, arrebatarte a tus hijos y disponer de ellos como marcaban las antiguas tradiciones? ¿Alimentar al mar con lo que se le debía y recuperar las fortunas? ¿Que los O'Malley volvieran a ser lo que eran? ¿Acaso no está eso por encima de tu insignificante vida, de tu felicidad? Aunque, a pesar de todo, es difícil perdonar a un corazón tan poco gentil.

Los muchachos de Breakwater debían haberle contado qué hacían aquí. Maura le debía haber hablado de mi futuro matrimonio. Y pienso en las marcas de dedos que tenía Aoife en el cuello. Pienso en que Malachi era el que cuidaba el jardín por ella. En que debía saber dónde estaba. Y me pregunto cuánto la odiaba y cuánto la quería. Me pregunto si esas manos nudosas siguen teniendo la fuerza necesaria como para haber podido dejarle las marcas y si su último éxito fue la gota que colmó el vaso.

En ese momento, se inclina hacia delante, como si pudiera oír mis pensamientos.

—Jamás le habría hecho daño, señorita. Por muy dura que fuera, cuando mi esposa y mi niño murieron, ella se portó bien conmigo. Estuve mucho tiempo bebiendo a todas horas, y no dejaba que nadie se me acercara. Cuando tu abuelo se cansó de mí, fue Aoife la que intervino, la que le

dijo que una vida arrancada de su rumbo necesitaba el tiempo necesario para enderezarse de nuevo, y que yo lo conseguiría. Y así fue. —Se recuesta en la silla—. Ya sabes que podía llegar a ser una mujer terrible, obstinada como una tormenta, pero tenía una cierta bondad en su interior, y a veces dejaba que saliera a la luz. Aunque, en general, estaba demasiado preocupada por reconstruir la familia, por salvar lo que estaba perdiendo, porque esa fue la carga que le legaron sus padres. La marcaba como a un mapa, y no era capaz de ver más allá de los horizontes de ese paisaje. —Le da una chupada a la pipa y una nube de humo azul le envuelve la cabeza—. Hay muy pocas personas completamente buenas o malas, jovencita, pero hay quien ignora la llamada de una o de otra mejor que el resto de los mortales.

Me quedo callada un buen rato. Una lágrima me recorre la mejilla, pero hablo con voz firme.

—Gracias, Malachi.

Luego él me señala con la pipa; me levanto y abro una de las ventanas para que entre aire fresco.

—Hay otra cosa que deberías saber sobre tu madre, señorita. Todo el mundo la adoraba, incluso Aoife. La quería con locura. Era la mayor esperanza de tu abuela.

—¿Sufrió mucho Aoife cuando Isolde se fugó?

Recuerdo la ira de mi abuela siempre que se le mencionaba a mi madre.

Malachi asiente.

—Puede ser, pero el problema es que tu abuela no soportaba que la desafiaran. Podría contarte muchas cosas sobre tu madre, pero solo hay una que puede servirte: era una bruja. Y de las de verdad, de las que la magia les corre por la sangre, no como Maura y sus ritos de chichinabo; ella no es, ni de lejos, una bruja de verdad. Las brujas reales no necesitan accesorios, más que su propia voluntad.

Me recuesto en la silla.

—Nadie lo sabe, no del todo. Fuera de la familia, al menos. Pero Maura, maldita sea, lo vio, y le enseñó a la muchacha herboristería y otras cosas, e Isolde lo aceptó.

Maura solo hace tónicos y tisanas para problemas de salud; Isolde experimentaba. No necesitas mucho más que decisión e ingredientes para hacer hechizos sencillos, pero cuando una mujer nace con la magia en las venas… Puede hacer realidad muchas cosas. Tu madre era así. Podía convocar tormentas, tenía un talento para agrandar o empequeñecer las cosas, y eso no es nada fácil; podía encantar casi a todo el mundo con la mente, y ni siquiera Aoife era invulnerable a ella, aunque sí era la más fuerte. Los encantamientos pueden llegar a ser un asunto complejo, no todo el mundo sucumbe a ellos, e incluso las personas que sí que caen en sus garras se dan cuenta de que algo no va bien… Y se vuelven suspicaces, sospechan que su voluntad no es suya. E Isolde, gracias a los dioses, no tenía un corazón oscuro, pero cuando te tocaba la mano, te convertía en la persona más feliz del mundo y le jurabas devoción, y el efecto tardaba un tiempo en desaparecer. Solía ser una persona dulce, buena, pensaba que la magia era un juego. Pero, señorita, tu madre era una bruja y podía doblegar a los demás a voluntad, y su voluntad era tan poderosa como la de Aoife.

Mi madre era una bruja y me abandonó, como un gatito en un granero; como madre, no era mejor que un gato.

12

Es primera hora de la tarde cuando Aidan llega montado en un hermoso semental negro. He enviado al criado con cara de patata con un mensaje en cuanto ha despuntado el alba. Le sigue de cerca un carro con un ataúd de madera y herrajes de oro. Hay un sacerdote con aspecto miserable —el mismo que farfullaba sobre el cadáver de Óisín— sentado junto al cochero. Pobre hombre: ¡dos visitas a Edén del Trasgo en tan poco tiempo! Como si consagrar a dos O'Malley pudiera condenarlo al fuego eterno. Oye, quién sabe.

Aidan desmonta del caballo y le lanza las riendas a uno de los mozos de cuadra como si no le cupiera la menor duda de que alguien las cogerá. El muchacho está de los nervios, pálido como la leche, pero se las apaña para agarrarlas y se marcha con la bestia. Aidan se me acerca, me coge de la mano y dice:

—Te acompaño en el sentimiento, Miren.

—Sí.

—Qué pronto has vuelto a perder a un ser querido.

—Sí.

—Bueno, espero de corazón que esté a su altura.

Señala el ataúd, y ciertamente es una pieza hermosa, tan pulida que puedo verme reflejada en la superficie. Lo ha conseguido en un abrir y cerrar de ojos, aunque, claro, dudo que un hombre de su riqueza tenga que esperar demasiado para nada. Me he puesto otro viejo vestido de

luto prestado, tan sencillo que ni siquiera los botones de azabache destacan sobre el fustán negro; he tenido que cogerlo del armario de Aoife. Llevo el pelo recogido en un moño apretado y voy sin maquillaje. No parezco una novia, o al menos no una feliz. La alianza que llevo en el dedo me sigue pareciendo como una losa; en realidad no sé por qué sigo con ella, solo que, de algún modo, tengo la sensación de que tengo que llevarla un tiempo, al menos hasta que acabe con él para siempre.

Me suelta los dedos y no puedo evitar estremecerme, pensando en la noche del teatro, en su mano en mi muñeca, apretándomela. Había bebido, tenía poco dominio sobre sí mismo y me demostró en seguida su verdadero ser: que el dolor le provocaba placer, y que también era un castigo por el acuerdo al que le hubiera arrastrado Aoife; el alto precio, fuera cual fuera, que ella hubiera conseguido obtener. Le había hecho sentirse como un crío, un joven impotente, de eso no me cabe duda, y estaba dispuesto a compensar el dinero que había perdido vengándose de mí de todas las formas posibles. Bueno, pues sin la voluntad y determinación de Aoife, no había trato. Pronto, todo esto habría terminado.

—Adelante —digo, y me doy media vuelta, sin comprobar si me está siguiendo.

Mientras subo las escaleras, noto el peso del cortaplumas de Óisín en el bolsillo, golpeándome el muslo a intervalos regulares.

* * *

El funeral acaba siendo humilde y breve, y pienso en lo mucho que se habría molestado Aoife si supiera los pocos testigos que ha tenido. Habría querido que esperáramos, que avisáramos a todos los dolientes que vinieron a despedirse de Óisín. Hoy solo estamos Aidan y yo, Maura y Malachi, Ciara e Yri, los chavales de los establos, el cochero y el criado con cara de patata. Nadie ha visto al sirviente de ojos verdes desde… bueno, nadie se acuerda, y yo debo confesar que no he vuelto a buscarlo desde que lo usé a mi

antojo. Aidan, el criado, el chaval más fornido y yo somos los que bajamos a Aoife, ante las protestas de Malachi. Le digo que es mi deber, aunque en realidad no me fío de él bajando los escalones de piedra en la penumbra.

El sacerdote encabeza la comitiva con una antorcha encendida, y lo seguimos despacio. El ataúd pesa una tonelada, pero, aunque solo seamos cuatro en este oficio, Aoife es tan ligera que apenas empeora el traslado. Es la primera vez que entro aquí, donde pensaba que descansaban mis padres, y me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento. Hay nichos tallados en los muros a poco distancia de la entrada, pero dentro no hay más que cajas de madera: fabricadas con tino para que se conserven intactas, para mantener a los muertos debajo.

El titilar de la llama hace que la oscuridad cobre vida. La escalera termina abruptamente, o al menos eso me parece a mí, porque estoy mirando alrededor como una niña, tratando de no perderme ni un detalle. No tengo miedo, pero ¿acaso no he visto resucitar a mi propia abuela, por poco que haya durado? ¿Hay algo peor que eso? De nuevo, los muros están llenos de nichos. Al pie del muro del fondo hay otro tramo de escaleras que siguen descendiendo hasta el lugar donde inhumaron a Óisín hace pocos días. En el centro de esta primera cámara hay un sarcófago de piedra con grabados a ambos lados. Si deslizaras la tapa, encontrarías el ataúd de uno de los primeros O'Malley. Aidan hace ademán de seguir avanzando hacia el siguiente tramo de escaleras, pero yo me resisto.

—No —digo, y me da igual si piensa que soy una histérica y que el dolor me supera; es cierto que he levantado la voz por encima de lo normal. Señalo el sarcófago—. Ahí.

Porque no quiero que descanse junto a Óisín. No quiero obligarla a yacer contra su voluntad a su lado por toda la eternidad, porque ¿no ha bastado ya con toda una vida? Que Aoife descanse aquí, encima del primero de nuestro linaje, la última reina que los O'Malley verán jamás.

Aidan decide no discutírmelo, no en mitad de la penumbra, delante de criados o testigos. Pero su expresión deja claro que lo ha añadido a la lista de problemas que deben corregirse; que, en cuanto sea señor y amo del lugar, reabrirá la cripta y hará que muevan a la vieja al lugar que le corresponde, el que él ha escogido para ella. Asiente a los demás y todos hacemos un esfuerzo por dejar el ataúd sobre la superficie llana, y luego lo giramos ligeramente para no tener que arrastrarlo ni empujarlo demasiado. El chaval tiene unas ciertas dificultades, pero lo ha hecho bien y le doy un golpecito en el hombro antes de mandarlo escaleras arriba. Accede de buen grado, seguido poco después por el criado y Aidan.

Yo me rezago y echo un vistazo alrededor, consciente de que el sacerdote no me quita el ojo de encima. Poso la mano sobre la caja y pienso: «Esto es lo que nunca te dije: que, a pesar de todo, te quería».

—Sabes que arderá en el infierno, ¿verdad? —masculla el sacerdote. No lo diría si Aidan estuviera delante, independientemente de si finge seguir los dogmas de los perros de Dios o no—. Bruja y ramera, profanadora de las leyes de los hombres, la Iglesia y Dios.

—Curioso orden de palabras —respondo, y me acerco lo bastante a él como para que note mi aliento en el resto, y confío en que parezca una maldición—. Y tú también arderás. Me encargaré personalmente de ello. Ni siquiera tendré que dejar la tranquilidad de mi hogar. Enviaré un maleficio en las alas de un cuervo, o en la tripa del próximo pescado que te comas. Sabes bien que la brujería va en la sangre, meapilas.

Palidece hasta el punto de que su rostro destaca en la penumbra de la cripta como la luna contra el cielo nocturno. Me giro y subo las escaleras. Oigo sus rápidos pasos a mis espaldas, como si no quisiera estar a solas ahí abajo, pero no lo bastante veloces como para alcanzarme.

Ya en el exterior, le hago un gesto a Malachi para que vuelva a cerrar la tumba. El perro de Dios se esfuma. Envío a las doncellas y a Maura a preparar la comida, y dejo a los

mozos y al criado ayudando a Malachi. Avanzo por el pasillo dando largas zancadas. Una mano se cierra en torno a mi brazo y lo sacudo antes de que Aidan pueda agarrármelo en condiciones.

Debe ver algo en mi expresión, puesto que recula cuando me giro, y vuelvo a ver ese gesto calculando, la anotación mental de cosas que debe corregir.

—Miren, sé que estás afectada, pero creo que tenemos que hablar. Hay algunos asuntos que debemos discutir y cerrar.

Ha visto el cuerpo de Aoife cuando la hemos introducido en el ataúd con el vestido blanco. ¿Acaso no sabe que ese era en teoría mi vestido de boda? Puede que no, pero quizá lo haya deducido. Tal vez Brigid se lo haya dicho. Brigid. Tengo una cuenta pendiente con ella. Asiento, despacio, como si lo estuviera pensando.

—Claro, Aidan. En la cena, si no te importa; antes me gustaría descansar un poco. Han sido unos días complicados, primo.

Si las circunstancias lo requieren, seré la mujer frágil que espera.

—Por descontado. Será un placer hablar contigo a solas.

«No, en absoluto.»

—Te hemos preparado una habitación en el ala este —añado—. Yri te acompañará hasta allí. Nos vemos en la cena.

El anillo que tengo en el dedo está tan frío que arde.

* * *

En mi alcoba, saco la colcha de Brigid del armario, donde la había escondido.

Le he pedido a Maura prestadas sus tijeras de tela, las grandes. Corto una esquina. Llevo puestos un par de guantes de piel fina, aunque me entorpecen un poco; al cortar esta porquería, es probable que supure magia o sea fácil que se contagie, y no quiero que el desprecio de Brigid me manche las manos desnudas. Saco el relleno de las dos

mitades y vuelvo a cortar la tela hasta conseguir la forma burda de una muñeca. Lo coso como puedo —Aoife frunciría el ceño ante mi falta de rigor— hasta conseguir una forma plana. Recojo el relleno y lo embuto en la figura para que parezca una bola pequeña con forma de muchacha. No necesita ropa ni facciones, tan solo mi convicción y los materiales que tenga a mano. Corto otra esquina y miró en el interior hasta dar con lo que estaba buscando: un mechón de pelo rubio. Esto lo ha hecho Brigid, y habría bastado con usar los materiales que hubiera tocado, pero este rizo, tan personal, tan íntimo… Lo uso para reforzar el hecho; yo lo usaré ahora para hacer lo propio, y lo meto dentro de la cabeza. Ninguna de las dos necesitamos sangre de bruja en las venas para hacer algo así. Basta con la voluntad. Voy con cuidado de no pincharme el dedo, porque ya solo me falta infectarme con algo, pero también voy con el mismo cuidado para aprovechar las partes de la colcha que contienen más icor expectorado de Maura; la tela estará embebida de su miedo y su rabia. Levanto el frasquito azul que Maura me ha dado poco antes y lo vuelco: una reluciente cascada gris se vierte sobre la cabeza de la muñeca. Cuando era pequeña y tenía pesadillas, Maura me enseñó a poner un vial entero debajo de la cama: por la mañana, el agua habría absorbido las pesadillas y se habría ennegrecido. Poco después, Maura convertía el *aqua nocturna* en esto, el polvo de los sueños. Finalmente, coso el último agujero que queda.

Sostengo aquella cosita abyecta entre las manos y veo como le cae una lágrima encima. No me había dado cuenta de que estoy llorando. ¿Cómo hemos llegado mi prima y yo hasta aquí? Cuando teníamos doce años, conocimos a un chico. Rian, el hijo de una de las aparceras, hijo único de la viuda O'Meara, y guapo hasta decir basta. Ah, y encantador, y yo le gustaba. Y aunque nunca llegara a pasar nada entre nosotros, fue un momento dulce, excitante y secreto. Mi secreto. No pasó nada salvo un único beso en la playa, solo un día. ¿Con quién iba a compartir el secreto sino con mi prima Brigid? ¿Y quién sino Brigid iba a ir

corriendo a contárselo a mi abuela? Sigo teniendo marcas en la piel que nunca han llegado a desaparecer. A diferencia de Rian O'Meara, que desapareció una mañana y nunca lo encontraron, poco después de la noche en que Aoife me azotó la espalda hasta hacerme sangre.

Parpadeo para contener las lágrimas y evaluar mi obra. Es algo grotesco, con una forma desigual e imprecisa, pero está cargado de magia y funcionará. Me quito con cuidado el guante, saco el cortaplumas de Óisín y me lo hundo en la punta del pulgar. Aprieto con el índice hasta que caen tres gotas de sangre sobre la cabeza de la muñeca; susurro una maldición para Brigid, antes de vendarme con delicadeza el corte del dedo. Envuelvo la muñeca en un manto y la escondo en el arcón para mantas que hay a los pies de mi cama.

Acto seguido, me preparo para la cena.

* * *

Aidan ya está sentado en el pequeño comedor cuando llego. En la cabeza de la mesa, como si fuera su derecho. Sonríe cuando entro en la estancia, pero le cuesta mantener la expresión; no me he molestado lo más mínimo en arreglarme ni en ponerme uno de los hermosos vestidos que Aoife me compró. Hace un gesto hacia la silla que hay justo enfrente de él. Es una mesa pequeña, pensada para cuatro comensales, así que la distancia que nos separa no acaba de ser de mi agrado. Yri nos sirve el primer plato, pero me esquiva la mirada. No ve el momento de marcharse del comedor.

—Vamos a tener que buscarte un vestido de novia nuevo —empieza Aidan, como si retomáramos una conversación interrumpida recientemente—. Sé que es muy pronto tras tantas pérdidas, pero tu abuela habría querido que siguiéramos adelante. Será una boda humilde en Breakwater; el arzobispo ha accedido a oficiarla como favor personal.

—Aidan, nuestro compromiso era única y exclusivamente para contentar a Aoife. Y ya no está.

—Pero querrás casarte, recuperar tu estatus, el dinero. Querrás restaurar la casa.

Señala las cortinas desgastadas, la sensación de decadencia que sigue flotando en el ambiente a pesar de los esfuerzos de Yri y Ciara por limpiarla. Y yo niego con la cabeza. Adoro esta casa, pero no justifica que sacrifique mi libertad. No justifica que me case con Aidan Fitzpatrick. Sea cual sea el alma que tengo, y por muy O'Malley que sea, es mía y no pienso venderla a cualquier precio.

—Aidan, gracias por el amable ofrecimiento, pero voy a seguir viviendo aquí con Malachi y Maura. La casa es mía según los testamentos de mis abuelos. Viviré el resto de mi vida en Edén del Trasgo y, llegado el momento, los O'Malley se extinguirán.

—Te veo muy impaciente por malgastar tu joven vida, Miren —responde con impasividad—. ¿Con qué pretendes vivir? No tendréis fondos para cubrir vuestros gastos ni después de la venta de los barcos, si es que regresan a puerto. Y que no se te olvide todo lo que he hecho por vosotras. Todo lo que he gastado en ti y en tu abuela.

Me arranco el gigantesco anillo de perlas del dedo corazón, donde jamás debió estar, y lo lanzo hasta el otro extremo de la reluciente mesa del comedor, hasta que choca con el plato de Aidan con un *clinc*.

Se queda mirándolo fijamente como si se hubiera dirigido a él con unas frases perfectamente formadas. Aidan alarga el brazo y recoge el mamotreto, sopesándolo sobre la palma de la mano como si no supiera con exactitud su valor.

—Yri… —comienza, y se aclara la garganta—. Yri me ha contado lo que ocurrió cuando estabais mirando a Aoife.

Me quedo de piedra y pienso en que debería haber matado a la muchacha para silenciarla en lugar de confiar en ella. No responde ante mí, sino ante Aidan, que es quien le paga el sueldo. Y, aun así, me duele haberme fiado de ella como una idiota. Tengo a Aoife en la cabeza, sonriendo con petulancia.

Aidan prosigue:

—También me ha dicho lo de las marcas que tenía tu abuela en el cuello, y que Aoife y tú habéis mantenido una discusión bastante acalorada esta mañana.

Trago saliva.

—No soportaría tener que informar de estas cuestiones a la Iglesia o las autoridades. No cuando eres la heredera universal de Aoife ahora que ella ha muerto.

Las autoridades ya no existen, pienso, pero respondo:

—Ha habido desconocidos en la casa, Aidan. Toda la servidumbre nueva. Uno de los criados ha desaparecido…

El recuerdo se me clava como un puñal.

Él arquea una ceja, curioso.

—Solo envié a un criado, Miren. Un tipo feúcho, con cara de patata.

Lo miro fijamente. No puedo discernir si miente o no. Pero, en cualquier caso, ¿quién habría enviado si no al chaval de ojos verdes? ¿Por qué habría desaparecido sin dejar rastro? A menos que también esté muerto y yazca ya en algún lugar insospechado de la finca, a los pies de los acantilados, en otro jardín o en el pozo de la bodega. Pero ¿a santo de qué habría bajado hasta allí?

Abro la boca para decir: «Maura y Malachi también lo vieron», pero me detengo. Si Aidan está detrás de esto, no quiero poner sus vidas en peligro. Vuelvo a tragar saliva sonoramente, pero, antes de que pueda responder, añade:

—Creo, Miren, que la vida te resultará mucho más placentera si sigues por el camino que tu abuela trazó para ti. Los O'Malley se salvarán. Tendremos hijos que servirán a su propósito. Al mar se le pagará lo que se le debe y dominaremos los mares, como hizo en el pasado esta familia.

Y en los ojos veo la misma expresión de Aoife, la ambición que no templa la cordura. La voluntad que no templa el sentido común. Agacho la mirada hasta mi plato, a la comida que no he tocado. Pollo asado, puré de patatas, verduras secas. Hay un cestillo de pan del día en el centro de la mesa, con rizos de mantequilla justo al lado. Cojo los cubiertos y corto la carne. Y como. Como porque no he

comido en todo el día. Como porque voy a necesitar fuerzas. Como porque así Aidan pensará que soy una mujer sumisa que ha aceptado su destino.

—Estaba pensando que, cuando nos casemos, podríamos pasar el primer mes en Breakwater mientras reformamos Edén del Trasgo.

—¿Qué reformas harías? —le pregunto, como si me interesara.

Ya siento el corazón separarse del único hogar que he conocido. Y, sin embargo, la idea de que Aidan cambie el lugar, deje su marca en la casa y la doblegue a voluntad, hace que se me erice la piel. Tal vez la mansión entera caiga al mar con él dentro. Esbozo una sonrisa ante la idea, y Aidan piensa que es por él. No es más que ladrillos y mortero, cristal, yeso y piedra. Ya no es un lugar seguro.

—El estudio de Óisín es muy pequeño. Haré que una cuadrilla tire el muro de la habitación contigua, y quizá de la siguiente para que tenga aún más espacio.

—Hay un muro con humedades —respondo animadamente—. Los trabajadores tendrán que ir con cuidado de que el suelo del piso superior no se les caiga encima. —Él asiente con un gruñido, y yo continúo—. Y me gustaría irme del ala oeste.

—Sí. Habitaciones nuevas para los dos. Ya lo había pensado.

Y continúa explicándome cómo diseñará él mismo las habitaciones: una gran habitación de matrimonio para nosotros, con salas de estar individuales a ambos lados para cuando necesitemos un momento de intimidad. Asiento. Sonrío. Me doy cuenta de que no hay ni vino ni *whiskey* en la mesa, y doy gracias por ello. Todavía está tratando de ocultarse, aunque solo sea un poco más, a pesar de que me haya extorsionado para que me case con él, a pesar de haber insinuado que soy sospechosa del asesinato de mi abuela. ¿Por qué? Ella le estaba dando lo que quería tanto como él le estaba ofreciendo lo que ella más deseaba. Quiero gritar y patalear. Quiero exigirle que me diga la verdad.

Pero ¿cuánta verdad puede arriesgarse a contarme? ¿Cuánto puedo saber antes de que decida que lo mejor es deshacerse de mí? Después de tener hijos, obviamente. Le lego las escrituras de Edén del Trasgo y el apellido O'Malley, le doy herederos para hacer lo que manda la tradición. ¿Y luego? Soy tan innecesaria como cualquier otra chica que se niega a obedecer a su marido; como las de las historias de Maura, que cogían las llaves que él les había dado y miraban en las habitaciones en las que tenían prohibido entrar.

—Qué bien estamos aquí, ¿no te parece? ¿Eh, Miren?

—Sí, Aidan. Estamos muy bien.

Y sonrío como una muñeca, como una niña pequeña, como un juguete con el que puede jugar a placer.

Cuando Yri nos trae el postre —un bizcocho sencillo—, le sonrío también a ella. «Sin rencores.» Le doy las gracias de corazón por haberme ayudado con Aoife. Le digo que no me imagino sacando la casa adelante sin ella, aunque lleve aquí poco tiempo. Se ruboriza de alegría y yo siento el impulso de lanzarle mi cucharilla de postre al ojo izquierdo. En lugar de eso, me acabo el último trozo.

—Aidan, si me disculpas, me gustaría retirarme ya. Como sabes, han sido unos días muy complicados, y estoy exhausta.

—Claro, sin problema. —Se dirige a mi extremo de la mesa para apartar la silla. Me levanto y lo tengo muy cerca, y me siento como si el corazón se me fuera a salir por la boca. Me toca el pelo—. Seremos felices, Miren. Estoy seguro.

Sonrío y se inclina para besarme. No tiene el sabor del hombre de ojos verdes; tampoco siento lo mismo que con él. Cuando empieza a apretarme, lo aparto delicadamente de mí.

—Aidan, no falta demasiado para la boda. —Agacho las pestañas—. Es mejor si esperamos.

Se ha quedado inmóvil y está incómodo, pero da un paso atrás. Con todo, me coge la mano y me vuelve a poner la alianza en el dedo; a la fuerza, con torpeza. No tuerzo el

gesto, pero le toco la cara con una fingida ternura.

—No falta tanto como para que no podamos ser pacientes, ¿no crees?

Aidan se obliga a sonreír. Beberá en nuestra noche de bodas. Y yo me despertaré a la mañana siguiente con moretones en zonas que ni siquiera sabía que tenía. Le doy otro beso breve.

—Buenas noches, Aidan.

En mi habitación, me siento en la cama y espero. No tardan demasiado. Por la ligereza de los pasos, debe tratarse de Yri o Ciara. Y oigo como cierran la puerta con una firmeza que sin duda Aidan encontraría satisfactoria.

13

Les doy una patada a los zapatos del taconcito bonito, me arranco el vestido y me aseguro de no dejar dentro el cortaplumas. Saco del armario un par de pantalones negros de tela escocesa, una camisa, un jersey de punto y un viejo chaquetón azul marino; todo era de Óisín. No es la primera vez que llevo este conjunto —era el que usaba cuando mi abuelo me llevaba a pescar en una pequeña barca—, pero tampoco es algo frecuente; de hecho, me gustan los vestidos y las faldas, siempre que tengan bolsillos. Me visto rápido, pero dejo el chaquetón a un lado: es demasiado incómodo para lo que estoy a punto de hacer. Lo doblo con firmeza y lo ato con una cincha de cuero que, llegado el caso, podría llegar a servirme como cinturón.

Recojo un par de botas duras de la parte baja del armario y unos calcetines, que guardo en el petate que Óisín solía llevar con él al mar. Lo pongo encima de una muda limpia, una hogaza de pan negro, una bolsita de hojas de té, una petaca de *whiskey* de limón y un poco de cecina que Maura me ha preparado esta mañana, además de un saco de sal para que «mantenga a raya» algunas cosas. Se refiere a todo lo que aparece en las historias que me contaba de niña. He dejado las cartas de Isolde en el fondo. La muñeca sigue en el arcón de las mantas; la recojo, envuelta en el manto, y la empujo por un lateral de la bolsa.

Hay un pequeño monedero de terciopelo en la mesita

de noche donde he guardado las diez monedas que llevaba Aoife en su ridículo bolso, todas marcadas con líneas por donde deben dividirse en monedas más pequeñas. Por no mencionar las joyas, tanto las suyas como las mías; me quito la alianza del dedo y la añado al centelleante montón. Me prometo que será lo primero de lo que me deshaga. Cuando las cuerdas están bien apretadas, meto también el monedero en el petate.

Me recojo el pelo en un moño, lo sujeto con horquillas de cobre para que no se me suelte y abro la ventana.

A diferencia de la casa de Breakwater, el camino desde la ventana de mi habitación en la segunda planta no es insalvable. Debo confesar que hace uno o dos años que no salto por aquí, pero a la fuerza ahorcan. Lanzo el paquete del chaquetón primero, procurando que caiga lo más lejos posible de la casa, antes de echarme el petate a la espalda y coger aire. La pendiente del techo no es demasiado pronunciada y puedo asirme con facilidad a las tejas; los pies no podrían agarrarse mejor. Estoy a punto de resbalar dos veces y, cuando recupero el pulso normal —Tranquilízate, me dije, que incluso morir de una caída es mejor que tener a Aidan por esposo—, llego por fin a un canalón que utilizo para deslizarme hasta el suelo. Me pongo los calcetines y las botas, cojo el chaquetón, lo guardo en el espacio que ha quedado libre en el petate y me dispongo a atravesar los jardines principales.

No voy a los establos, porque los muchachos han estado durmiendo en una habitación trasera debajo de los aposentos de Malachi, sino a la cancela en ruinas que delimita Edén del Trasgo. Malachi me espera con el caballo negro de Aidan ensillado y enjaezado; nuestros viejos jamelgos no aguantarían lo suficiente ni galoparían lo bastante rápido. No sabíamos que necesitaría fugarme esta noche, pero es mejor prevenir que curar. Saben los dioses que tenía la esperanza de que mi prometido aceptara mi negativa sin aspavientos, pero conozco demasiado bien a mi familia; he hablado con Malachi y Maura antes de que Aidan llegara esta mañana. Si no la hubiera necesitado,

habría devuelto la comida a la cocina y el caballo al establo. Malachi no habría estado aquí fuera esperándome; le habría dicho que atara el caballo y se fuera a dormir.

—Es peligroso —le advierto—. Aidan. Es peligroso. No soporto dejaros…

—No temas por nosotros, señorita. —Malachi asiente—. Llevamos mucho tiempo agonizando; a ver si nos hace un favor y nos reduce la espera.

—Pero…

—Si fuéramos contigo, no haríamos más que entorpecerte y seguro que te atraparían. Ay, señorita, preferimos morir aquí y ahora. —Se quita la boina y me la cala en la cabeza—. Cúbrete la cara. —Sonríe—. Cuando encuentres a tu madre, dale recuerdos.

Le doy un abrazo fuerte y, tras unos instantes, él me lo devuelve; pienso en los brazos de Maura rodeándome esta mañana, y me la figuro en la ventana de su desván, con la mirada clavada en la oscuridad, imaginándome aquí. Malachi huele a cerveza, humo de pipa, *whiskey* con limón y polvo. Me aparta cuando su tolerancia por las muestras de afecto se agota, y me ayuda a montarme en el caballo. La bestia está bien entrenada, y es obediente; a Aidan le gustan las criaturas sin voluntad.

Malachi carraspea y le tiemblan los labios.

—Venga, en marcha, jovencita —me ordena con dureza, y añade—: Corre, Miren, y no mires atrás.

* * *

Aún faltaba un buen rato para la medianoche cuando he abandonado Edén del Trasgo, y calculo que debo llevar casi dos horas cabalgando. Lo más sensato habría sido coger el reloj de bolsillo de Óisín, pero Aoife se lo dio a Malachi cuando murió mi abuela y no me parecía de recibo pedírselo. Ya me compraré otro de camino; puede que intercambie uno de los pendientes que llevo en el petate por un reloj que me ayude a ubicar mi vida en el tiempo. La noche es fresca, como no puede ser de otra manera estando junto al mar, pero no fría. El cielo está tapado y apenas hay

luz que me ilumine el camino, algo harto conveniente para una huida nocturna, pero también implica que no puedo darle libertad absoluta al semental. ¿Qué sentido tiene que me escape y que me encuentren a la mañana siguiente con el cuello roto junto a un caballo que se ha roto la pierna al caer en una zanja o la madriguera de un zorro?

Sí lo apremio para ir al trote en cuanto estamos lo bastante lejos como para que el sonido no pueda llegar a la mansión y alerte a, bueno, a cualquiera. Pienso, brevemente, en ir a Breakwater e informar a alguien de lo ocurrido, pero ¿a quién? ¿Al arzobispo que iba a hacerle a Aidan el gran favor de casarnos? ¿O a la Reina de Ladrones que no mueve ni un dedo a menos que le ofrezcas una libra de carne como pago? ¿Al último de los exconcejales que salvó el pellejo envenenando a dos de sus antiguos colegas solo para contentar a Bethany Lawrence?

Nadie va a preocuparse de que se haga justicia con la muerte de Aoife, y no puedo confiar en nadie, pues todo el mundo podría devolverme a los tiernos brazos de mi prometido. El momento en que me puso la alianza en el dedo fue el instante en que, aparentemente, tomó las riendas de mi destino. Un día, quizá, podré ir a buscar a Maura y Malachi. Tal vez estén a salvo. Tengo un nudo en el estómago por la culpa y el miedo. Podría dar media vuelta y colarme en la casa por las cocinas. Nadie se enteraría. Pero recuerdo la expresión de Aidan en el teatro y la muñeca me duele donde los moretones siguen azules. No. Huir es mi única opción.

En la distancia, veo las luces de Breakwater, o al menos algunas: hay distritos sumidos en la oscuridad, donde los buenos ciudadanos ya se han acostado, mientras que otros bullen con los habitantes que disfrutan de su existencia en la penumbra: el mercado de los asesinos, el barrio de las cortesanas, las posadas y salones de baile donde pueden encontrarse entretenimientos muy concretos. Pero no me dirijo a esas zonas, no. Sé precisamente adonde me dirijo, aunque mi estancia vaya a ser brevísima. Puede que me falte una hora para llegar, y tengo que decidir cómo voy a

llevar a cabo mis planes.

Oigo un ruido en las hierbas marinas a mi izquierda y el caballo resopla de miedo y se encabrita. Percibo un olor fétido por encima del aroma del agua de mar, como algo en proceso de putrefacción. La luna se cuela entre las nubes mientras trato de calmar al animal y veo lo que ha causado el alboroto: hay un aparecido cerca.

Está totalmente encorvado sobre los hombros, como si se muriera de frío, con la ropa hecha harapos y aún goteando agua del mar, donde sin duda encontró su final. Unos mechones de pelo rubio y húmedo le cubren el rostro, un rostro que, bajo la extraña luz de luna, es de un verde grisáceo. Tiene la boca entreabierta, y no hay más que cuencas vacías donde antes tuvo los ojos, comidos por los peces o quizá por las aves; la pobre criatura, el pobre monstruo, es ciega.

Está muy cerca del camino, y no tardo en caer en la cuenta de que nos hemos desviado. No necesito más que un vistazo para divisar dónde hemos perdido el rumbo, y dónde está justamente la carretera, a poca distancia y clara bajo la repentina luz de la luna.

El aparecido profiere un quejido tremebundo, y por mucha lástima que me produzca, perdido como está, incapaz de descansar, me aterra mucho más que la compasión que siento por él. Hundo los talones en los costados del semental y le urjo para que volvamos a la seguridad del camino. Galopamos hacia las luces de la ciudad, ignorando agujeros o peligros, desesperados por huir de allí.

* * *

Desmonto fuera de las murallas, ato el caballo a unos matorrales y le doy las gracias. Si lo entrara en la ciudad, saltaría a la vista dónde he estado, y eso es lo último que quiero; a saber quién podría reconocer la montura favorita de Aidan Fitzpatrick. Opto por dejarlo aquí, en un cruce de caminos donde los viajeros convergen y se encuentran, y se unen a caravanas para disfrutar de unas travesías más

seguras, y así confundir a quien pueda venir en mi busca. Nadie controla estas procesiones, ni hay listas de pasajeros, así que es imposible que sepan dónde estoy.

Me dirijo hacia las puertas y espero a que un grupo de juerguistas nocturnos salga de la ciudad, los que vuelven a sus hogares fuera de las murallas, a granjas pequeñas o fincas por el estilo, o aquellos que van a cometer fechorías a otra parte. Me calo la boina de Malachi hasta que me ensombrece el rostro, levanto los hombros y me fundo con el grupo, abriéndome paso a contracorriente. Soy más alta que la mayoría de los presentes; me esfuerzo por caminar como un hombre, reclamando todo lo que pisan mis pies como si ese fuera mi derecho, y los otros hombres se apartan de mi camino; pronto, estoy dentro de los muros de Breakwater.

Dedico un momento a ubicarme, antes de continuar por las avenidas, esforzándome por evitar las farolas y las ventanas demasiado iluminadas, apartando el rostro, inclinando la cabeza. Nadie me dirige la palabra. Las multitudes se disipan cuanto más me acerco a los barrios opulentos y, finalmente, alcanzo mi objetivo.

Echo un vistazo alrededor para comprobar que no me ve nadie antes de escabullirme hacia el estrecho callejón que separa una casa y la siguiente. La habitación en la que me alojaron era demasiado alta como para saltar por la ventana, pero la de Brigid está en el primer piso, y hay una tubería que pasa justo por su ventana (donde veo unas cortinas de encaje rosas). La guillotina está abierta para que entre el aire fresco de la noche.

Me vuelvo a quitar las botas y los calcetines, los ato al petate, me lo cuelgo a la espalda y comienzo mi ascenso. Debo admitir que me cuesta respirar cuando salto por encima del alféizar; suelo hacer bastante ejercicio, pero no estoy acostumbrada a escalar los muros de las casas. Me siento en el suelo unos instantes, con la espalda contra la pared. Me juro que por hoy se acabaron las ventanas, si puedo evitarlo. Observo a mi prima, durmiendo de lado, con la boca abierta como una niña, emitiendo un suave

silbido cuando respira, con tonos distintos para la entrada y salida del aire. Me pregunto si todo el mundo parecerá tan inocente cuando duerme, a pesar de que estés al tanto de lo que ha hecho estando despierta.

Después de recuperar el aliento, abro el petate y saco el manto. Repto hasta la cama de Brigid y despliego la tela, que luego uso para no tocar directamente la muñeca con la mano. Con sumo cuidado, levanto el colchón por la base y empujo la malvada muñeca por la hendidura todo lo que puedo. Mientras retiro el brazo, Brigid se mueve.

Se pone boca arriba y comienza a roncar con ganas, sin perder el silbido de antes, pero acompañado ahora por una especie de rugido estentóreo. Menuda sorpresa se llevará el marido al que sin duda la venderán algún día para seguir desarrollando el imperio que ansía Aidan. Espero uno o dos segundos antes de taparle la boca firmemente con la mano.

Mi prima abre los ojos de golpe y yo siseo:

—Hola, Brigid.

14

No me rodea más que oscuridad y un aire cargado, el crujido y el traqueteo de las ruedas sobre el camino, las peculiares sacudidas rítmicas del carro, los resoplidos ocasionales de los caballos que tiran de nosotros. El cochero y su acompañante apenas hablan, y, cuando se susurran, no soy capaz de distinguir sus palabras. A mi lado, se extiende un bulto duro, frío a pesar de la calidez que nos envuelve; que ignore mi presencia no significa que me resulte menos desconcertante. El calor, la paz de la oscuridad, la forma inerte; todo esto se lo tengo que agradecer a Brigid.

* * *

Presioné aún más con la mano, hasta sentir los dientes rechinando detrás de los labios, y pensé en apretar hasta que hubiera sangre, sangre como la que hizo que escupiera Maura, pero no me atrevo. Brigid tarda un momento en reconocerme con el pelo recogido en la boina y la ropa masculina. Veo en su mirada, bajo el resplandor centelleante de los últimos rescoldos de la lumbre, que no solo se estaba preguntando qué hago allí, sino cómo es que estaba sana y fuerte y no echando los pulmones por la boca. Me llevé un dedo a los labios y, cuando asintió, quité la mano. Consiguió abstenerse de preguntar: «¿Dónde está la colcha y por qué no ha funcionado?».

En cambio, dijo:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Estoy huyendo, queridísima prima. —Me senté al borde de la cama y ella se incorporó con la espalda sobre los cojines, mirándome ojiplática, y continué—: Y tú vas a ayudarme.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Porque, Brigid, ni tú ni yo queremos que me case con Aidan. —Me crucé de brazos—. Y esto es mucho más fácil que intentar matarme, ¿no te parece?

—No quería matarte…

—Le di la colcha a Maura.

Un temblor le recorrió las facciones y por un momento pensé que se echaría a llorar. No tiene motivos para odiar a Maura, porque siempre la ha tratado bien. Maura dejaba que Brigid escogiera primero las galletas recién hechas en la cocina; cuando yo me quejaba más tarde, me decía que yo vivía en Edén y siempre era la primera en probarlo todo, pero que Brigid no siempre tenía la oportunidad. ¿Acaso no podía compartirlo con ella un tiempo? Claro que podía. Y mira dónde me ha llevado.

—La encontré a tiempo. Está bien.

Al menos hasta que Aidan decida preguntarle dónde estoy.

—No te habría matado —se defendió.

—Puede que no, porque soy joven. Pero ¿a Maura? —Negué con la cabeza. Me pregunté hasta qué punto conocería Brigid los planes de Aidan, y concluí que lo bastante como para causarle problemas—. Créeme, Brigid: no cargues con una muerte en tu conciencia. Te prometo que volvería y te atormentaría.

—Bueno, si alguien iba a… a… Yo-yo solo quería que enfermaras, que lo pasaras mal. Darte una lección —respondió, antes de preguntar—: ¿Aoife lo sabe?

La miré fijamente. Quizá conocía mucho menos los planes de Aidan de lo que yo creía.

—Aoife está muerta, Brigid. Murió a la mañana siguiente de que volviéramos a Edén del Trasgo. —Y ella me miró fijamente a su vez, conmocionada. Su hermano se

marchó hacia el Edén sin decirle por qué. Valoré si contarle cómo había muerto Aoife, y decidí que no—. Pero Aidan sigue convencido de casarse conmigo.

—Hombre, por supuesto.

Se sacudió.

—Ayúdame a escaparme y no volverás a verme el pelo.

—No puedo rechazar una oferta tan buena —me espetó, y sentí una repentina punzada de dolor.

A lo largo de los últimos días, había perdido a un abuelo; enterrado a mi abuela asesinada; descubierto que mis padres muertos estaban en realidad vivos y me habían abandonado como pago por una deuda; abandonado a Maura y Malachi a un futuro incierto, y prometido a un marido que sabía que quería hacerme daño. El sarcasmo indiferente de Brigid se me coló entre las costillas, por mucho que me creyera protegida contra ella.

—¿Por qué? —grité, demasiado alto, y luego reprimí los sollozos—. ¿Por qué me odias tanto?

—¡Porque tú también me odias! Éramos tan amigas, y luego un día… un día mi madre me dijo que ya no podía ir a visitarte, y que tú no querías volver a verme.

Me escupía las palabras cubriéndose las rodillas levantadas con los brazos y las manos cerradas en un puño. Se ruborizó de la ira, pero tenía los ojos anegados en lágrimas.

Me levanté y le di la espalda, antes de levantarme en un movimiento ágil el jersey y la camisa para que pudiera ver lo que Aoife me hizo. Una vez al año, más o menos, colocaba dos espejos en mi habitación y examinaba el paisaje de mi propia piel para ver si había cambiado. Brigid dejó escapar un grito ahogado. Lo que vio fue un mapa de cicatrices en relieve, convertidas en esos extraños bultos blanquecinos de piel alzada sobre heridas profundas cuando sanan.

—¿Te acuerdas de Rian O'Meara? ¿Te acuerdas de cuando me besó? Yo estaba que no cabía en mí y te lo conté… y tú se lo contaste a Aoife y… —Hice una pausa y me pasé la lengua por los labios—. Se lo contaste a Aoife y

ella me hizo esto porque creía que iba a ser una puta como mi madre.

—No…

Brigid parecía estar asfixiándose.

—Eso fue lo que me gritó mientras me azotaba. Que no era mejor que una ramera si dejaba que un canalla cualquiera me tocara. —Sentí los dedos de mi prima en la piel, con suma delicadeza, como si no creyera lo que estaba tocando—. Y se aseguró de recordarme que habías sido tú quien se lo dijo.

Brigid tenía el rostro descompuesto y movía los labios como un pez desesperado por que lo devolvieran al agua.

—Rian desapareció poco después. Nunca encontraron el cuerpo. Y su madre siempre me ha mirado de la misma forma, como si todo hubiera sido culpa mía.

Las lágrimas de Brigid dejaban manchas oscuras en el camisón y las sábanas blancas.

—Ella… Aoife me pidió… Me dijo lo importante que eras para la familia, que debíamos protegerte de cualquier persona que pudiera hacerte daño, porque eso perjudicaría también a la familia. —Lloraba ya a lágrima viva, entre gemidos, mocos y sollozos, forzando las palabras a salir por encima de todo lo demás—. Y, cuando me lo contaste, me dijiste que te fugarías con él.

Y yo recordé todas las estupideces infantiles que le dije. Cosas que para mí significaban el mundo entero en aquel momento, y nada en absoluto a partir de entonces. Porque, años más tarde, me di cuenta de que las palabras que habían salido de mi boca entonces no eran más que el enamoramiento de una cría, ni más ni menos. Pero aquel día no lo sabía, y Brigid, tampoco. Y tenía miedo, y por eso se fue de la lengua.

Y Aoife… Mi abuela aprovechó al máximo a su pequeña espía y consideró que ya no volvería a necesitarla. Tal vez estuviera celosa de mi relación con Brigid, porque ella no tenía nada parecido. Tal vez —y creo que, de hecho, es lo más probable— estuviera tan furiosa por la posibilidad de que hubiera salido a Isolde, de que pudiera aguarle los

planes abriéndome de piernas demasiado pronto, que decidió dar rienda suelta a la venganza que no pudo infligirle a mi madre. Porque Isolde tenía una criatura en las entrañas y la salvación de los O'Malley dependía únicamente de la sangre nueva, y no podían correrse riesgos.

—No sabía nada —continuó Brigid—. No sabía que te había hecho esto. So-solo sabía que ya no me querías y lo mucho que me dolió.

Me senté al borde de la cama y dejé de intentar contener las lágrimas. Nos cogimos de la mano y lloramos. Lloramos hasta que no nos quedaron más lágrimas, y fue, al menos para mí, como si el veneno hubiera desaparecido de la herida.

—¿Adónde irás? —me preguntó al fin.

Negué con la cabeza.

—No lo sé, pero mejor que no tengas la menor idea. Si Aidan se entera, ¿crees que no estaría dispuesto a recurrir a cualquier medio para sacarte la información que necesita?

—No, tienes razón.

Se agarró una muñeca con la mano, como si intentara calmar el dolor de unos moretones.

—Pero necesito alejarme de aquí, de tal forma que no pueda seguirme el rastro con facilidad.

—Puedo… puedo llevarte con alguien que te ayude. Te puede llevar a algún sitio y luego…

—Puedo seguir moviéndome de ese sitio a otro distinto.

—Sí.

—Gracias, Brigid.

—¿Me… me escribirás? ¿Algún día?

—Algún día. Cuando esté a salvo.

Estuve a punto de decirle que un día volvería a buscarla, pero me contuve. ¿Quién sabe lo que puede llegar a pasarnos a cualquiera de las dos? No quiero hacer promesas que tal vez no pueda cumplir.

Mientras ella se ponía algo más oscuro, saqué a escondidas la muñeca que había dejado bajo el colchón y la

lancé a las llamas de la chimenea. Se inflamó a una velocidad pasmosa, con un chasquido y un estallido más propio de huesos quebrándose.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó desde el vestidor.

—Había algo en el fuego —respondí y, para mis adentros, añadí—: Pesadillas y malquerencias.

* * *

Cuando llegamos al atrio trasero del Teatro Paragon, la *troupe* se movía de un lado a otro, cargando carros y carromatos, siete en total. Aguardé en las sombras mientras Brigid se acercaba. Me sorprendió que se estuvieran preparando para marcharse tan tarde —o tan pronto, según se mirara, pues eran casi las tres de la madrugada—, pero mi prima me había dicho que a Ellingham le gustaba empezar sus viajes con tiempo. Siempre se marchaban después de la última actuación para no tener que salir de una ciudad por la mañana, a la misma hora que el resto de los mercaderes o caravanas.

—Señor Ellingham —exclamó, y la cabeza del hombrecillo emergió inmediatamente del grupo de hombres que cargaban a un carro cubierto una reluciente caja con forma de ataúd, aunque el doble de ancha.

—¡Señorita Fitzpatrick! —El rostro se le iluminó con un deleite genuino cuando se acercó a ella, y me di cuenta de que el semblante de Brigid adquirió un brillo similar—. No esperaba volver a verla por aquí, no tan tarde. ¿Ha cambiado de idea?

Hablaba con un tono tan cargado de esperanza que el corazón me dio un pequeño vuelco. «¡Pero, bueno, prima, no sabía que eras tan astuta!» Y Aidan claramente lo desconocía. ¿Estaban todas las mujeres que pasaban por la vida de Aidan Fitzpatrick destinadas a desafiarlo de una forma y otra? Ella negó con la cabeza, apesadumbrada, y la alegría de Ellingham desapareció.

Ella lo alejó de la luz, de su compañía, hasta el lugar donde yo esperaba en las sombras. Por la mano que tenía posada en el brazo de él, el movimiento de sus labios y la

forma como los ojos de Ellingham seguían cada aliento de Brigid, era algo tan evidente… ¿Cómo era posible que Aidan no lo supiera? Porque no ve, no le importa, no le preocupa lo que quieran o necesiten las personas que lo rodean. La expresión de Ellingham se demudó a medida que Brigid hablaba, y empezó a buscarme. Di un paso hasta una zona menos oscura.

—Señorita O'Malley —dijo, titubeante—. Brigid me ha dicho que necesita ayuda.

—Necesito una forma rápida y clandestina de salir de Breakwater, señor Ellingham. ¿Puede ayudarme?

Hizo una pausa, como si lo estuviera reflexionando, antes de asentir.

—Vamos camino de Lodellan, pero puede dejarnos en cualquier momento del trayecto, faltaría más.

—Gracias, señor Ellingham.

—No será cómodo, al menos al principio, si lo que quiere es marcharse sin levantar sospechas.

—Prometo que no me quejaré.

—Pues venga conmigo. De momento no se lo diremos a mi gente. Un secreto raramente sobrevive cuando se comparte.

La *troupe* se había dispersado y vuelto al teatro para recoger las últimas posesiones. Brigid y yo nos miramos fijamente, desconcertadas; finalmente, intercambiamos unas pocas palabras y un fuerte abrazo. Acto seguido, Ellingham me acompañó a paso ligero hasta el lado opuesto del atrio, a uno de los carros cubiertos.

Y así es como he llegado a estar tumbada a oscuras junto a la autómata, Delphine.

No sé cuánto tiempo llevo aquí; creo que me he dormido poco después de que el señor Ellingham cerrara la cubierta. Estaba tan cansada que casi no he tenido tiempo de inquietarme por la silueta inerte que tengo al lado, por la oscuridad que se ha cernido sobre mí cuando se ha cerrado la tapa, con el chasquido del pasador. Recuerdo haber oído las voces de los guardias de la ciudad cuando hemos atravesado las puertas y a Ellingham responder

alegremente que regresarían el año que viene por la misma época con un espectáculo y artistas nuevos, pero siempre con su bella Delphine. Los soldados han exclamado vítores; por lo visto, cualquiera puede verse afectado por la fascinante cantante y sus extrañas arias.

Unos minutos más tarde, vacía ya de toda adrenalina y con la cabeza apoyada en el petate, he dejado de recordar.

Cuando me he despertado, seguía oyendo el traqueteo del carro y las voces amortiguadas, y las paredes de la caja han empezado a asfixiarme. No sabía dónde estábamos, a qué distancia de Breakwater, si Aidan habría descubierto ya que había desaparecido de Edén del Trasgo, si habría vuelto sin previo aviso a la ciudad a buscarme, si Brigid me habría traicionado o si él le habría sacado la información mediante técnicas desagradables, así que mantengo la boca cerrada, reprimo la urgencia de patalear y dar puñetazos y gritar para que me liberen. He pensado brevemente en la despedida de mi prima, en el momento en que le he preguntado por qué no se marchaba con el señor Ellingham, y su respuesta: «Aidan me daría caza y mataría a Orin. Y a ti también te dará caza. Escóndete bien, Miren».

Me cambio de posición porque empieza a dolerme el cuerpo y se me agarrotan las extremidades. Apoyo una mano en la autómata para ayudarme y noto que algo cede en la parte del pecho. Doy un respingo dominada por una sensación de culpa, rezando por no haber roto nada, y cuando no hay nada más que sugiera que he destruido la niña de los ojos del señor Ellingham, comienzo a susurrarle a la autómata una de mis historias favoritas de la infancia.

Tenía dieciséis años cuando me arrancó del mar.

Atrapada en su red de pesca, pensaba que me ahogaría hasta que me aupó hasta un bote demasiado pequeño y comenzó a cortar las bastas fibras para liberarme. En ese momento, al ver cómo echaba a perder una red, ya debería haber entendido lo puro de corazón que era, pero estaba aterrada. Tanta prisa llevaba que me cortó, separándome la piel de la cola casi veinte centímetros, dejando al descubierto

los dos delicados tobillos que yacían debajo. Cayó hacia atrás, desconcertado, y yo luché por liberarme del pellejo hasta que me quedé desnuda y tiritando en mi piel humana, acurrucada en el suelo de aquel diminuto barco.

Su familia le dijo que me lanzara de nuevo al mar, que devolviera mi otra piel y me enviara a casa. Él se negó.

Aprendí su idioma y le di hijos, dos niños y tres niñas, en un periodo de diez años. Fuimos felices durante mucho tiempo, en nuestra casita de la isla diminuta en la que no vivían más de diez familias. Todas emparentadas, primos más o menos lejanos. Y algunos tenían el pelo oscuro, señal inequívoca de que tenían sangre de selkie en las venas, por mucho que se creyeran mejores que yo. Me entraba la risa cuando su madre nos visitaba, con la boca torcida como si hubiera chupado algo ácido; ella, con un cabello negro como las profundidades abisales y unos ojos tan oscuros que apenas podías distinguir el iris de la pupila. Miraba a mis niños, a sus nietos, y algo en su rostro se suavizaba mientras les observaba jugueteando en la orilla como cachorritos. A veces, desviaba la mirada hacia el mar y ponía un gesto de nostalgia que su mente no reconocía, pero sí su sangre.

Fuimos felices hasta que mi hombre empezó a beber. Le traje prosperidad, pues los bancos de peces acuden a los lugares donde habitan esposas selkie. Sus redes jamás estaban vacías y el monedero siempre le pesaba tras las ventas en los mercados del continente. El dinero fue lo que le descarrió. Llegaba bebido a casa, después de haber atravesado a duras penas el tramo de agua que nos separaba de la ciudad, se tumbaba en la cama y roncaba como si quisiera echar abajo el techo. Cuando le rogaba que lo dejara, se volvía contra mí, me llamaba pescado y me pegaba por haberme atrevido a cuestionarlo. Ya no era el hombre que me había salvado de la red.

Podría haber vuelto simplemente a la playa, haberme arrodillado y haberle hablado a las aguas para que los peces se marcharan. Podría haber recogido mi pellejo de la parte superior del armario, donde la había ocultado tantos años atrás (como si no fuera capaz de captar el aroma de mi propia piel). Podría haberme echado de nuevo al agua y haberlos

abandonado a todos, pero mis hijos me habían robado el corazón. Sin embargo, mi orgullo clamaba venganza, así que convoqué una tormenta como mi madre y mis tías me habían enseñado tanto tiempo atrás; la convoqué una noche que él volvía remando a casa, vencido por el licor y su nuevo carácter.

Dicen que jamás habían visto una tormenta igual, y que no ha vuelto a haber otra semejante. Lo encontré a la mañana siguiente, cuando la ira había dado paso a la culpa. Estaba desmadejado entre las rocas, con la ropa ajada y las extremidades rotas. Todavía le quedaba un aliento de vida en el cuerpo.

Desanduve el camino hasta casa y volví corriendo a las rocas.

Estaba ya muy frío, inerte, y el pellejo de selkie no acababa de agarrar. Cuando comencé a desesperar, finalmente funcionó y se adhirió a sus hombros, a su espalda, por el pecho y las extremidades, y finalmente cuello arriba y por el rostro. Tosió, y sonó como el berrido de una foca. Se sacudió y liberó de mis brazos, y se deslizó rocas abajo hasta adentrarse en las frías aguas.

Viene a vernos a menudo, y no solo cuando canto. Nuestros niños nadan todo lo bien que les permite su sangre de foca y juegan juntos; de algún modo, saben que es su padre, a pesar de que yo no se lo haya dicho, y no parece que lo estén llorando. Algunas noches, me siento a su lado y noto su humedad y calidez, y hablamos de las cosas que hay bajo el mar, cosas que no volveré a ver jamás.

Es imposible saber quién escribió primero esta historia en el gran libro, o si es verdad o una bonita mentira. Pero hay amor y pérdida, venganza y redención. Me pregunto qué pasó después: cuánto tiempo vivió como humana, cuánto tiempo estuvieron sus hijos con ella, qué ocurrió tras su muerte. ¿Volvió a convertirse en foca? ¿O no acabó siendo más que espuma de mar, nada más que sueños?

Pienso en la muñeca que estuvo brevemente bajo el colchón de Brigid. No le habría hecho más daño que unas pocas pesadillas, pero me he dado cuenta de que ya no

albergo el mismo odio por ella. Aoife la utilizó y la estuvo desplazando como a un peón bajo el pretexto de proteger a la familia. Tal vez debería haber puesto la muñeca bajo la cama de Aidan, dejar que sufriera, pero no habría funcionado igual, porque la hice específicamente con Brigid en mente. Puede que le hubiera causado una cierta incomodidad, pero tampoco tiene sentido que le dé otra razón que pueda volverse en mi contra: si le provoco demasiados problemas, podría acusarme no solo del asesinato de mi abuela, sino también de brujería. Los perros de Dios no dejan de recordarnos que la magia, grande o pequeña, ha desaparecido, pero eso es lo que ellos querrían. No pueden quemar a todas las mujeres, por muy tentador que les resulte.

Vuelvo a sentirme exhausta de tanto darles vueltas a los mismos pensamientos, así que me dispongo a dormirme de nuevo.

15

Voy sentada junto al hombrecillo que ocupa el asiento del cochero del carro cubierto. A nuestras espaldas, la caja de la autómata repiquetea suavemente con el movimiento. A las pocas horas de salir de Breakwater, la caravana se ha detenido y el señor Orin Ellingham me ha liberado, para interés y diversión de la *troupe*, que ha avasallado a su líder con preguntas. Un muchacho, Ben creo que se llama, ha preguntado: «¿Ahora reclutamos así?», y se ha reído de su propia broma.

—Seguro que agradece una pausa, señorita —ha dicho Ellingham, señalando al bosque que se extiende a un lado de la carretera.

Abandonando toda dignidad, he echado a correr para aliviarme tras horas de cautividad. Cuando he regresado, una mujer sonriente de pelo rojo cano me ha ofrecido un panecillo oscuro con queso y mermelada, y una taza de té caliente, que he engullido sin mediar palabra. Me llegaba el olor de mi propio sudor y el aroma almizclado de la ropa de la autómata, que sin duda hace mucho que no lavan, y me he preguntado cuándo tendría la posibilidad de bañarme; no me ha importado lo suficiente como para preguntarlo o intentar hallar un arroyo.

A esas alturas, ya le había contado a su gente que yo tenía problemas y que necesitaba su ayuda, pero que no les causaría problemas (o eso esperábamos los dos). «Llamadla Molly», les ha anunciado, algo muy distinto a haberles

dicho que me llamaba así, y por las sonrisas y las cejas arqueadas, parece que la *troupe* también se ha dado cuenta. Ha habido gestos de saludo e inclinaciones de boinas, pero no se han formulado más preguntas, y tengo curiosidad por saber si es algo que ocurra muy a menudo, si suelen sacar a escondidas a personas de malas situaciones. Una parte de mí ha querido relajarse entonces, pero no podía evitar la sensación de que Aidan llegaría a los pocos segundos; la nuca me ardía como si tuviera su aliento demasiado cerca.

Tenía la esperanza de que esa sensación disminuyera con el tiempo y, unas pocas horas más tarde, parece haberse convertido en poco más que un sutil zumbido en una esquina de mi cabeza. Dos caballos ruanos tiran de nosotros; nos siguen los carros y carromatos profusamente pintados en los que viajan las doce almas restantes de la *troupe*. Actores y actrices, cantantes, malabaristas y payasos que, como mínimo, ejercen otras dos funciones: cochero, cocinero, encargados del atrezo, diseñadora de vestuario, pintores de escena, operarios generales. El camino no está tan bien conservado como los tramos más cercanos a ciudades, pueblos y aldeas. Serpenteamos por un bosque de robles y tejos, y extensiones de arbustos y maleza que se aleja en la distancia hasta desaparecer en las sombras. No se oye más que el trino de los pájaros y algún que otro aullido de zorro, además de los resoplidos de alguna criatura que podría ser similar a un tejón, aunque diurna.

A la izquierda, entre los árboles, diviso lo que queda de una casa. A medida que avanzamos, aparecen más edificios, todos en ruinas. La mayoría están invadidos por las enredaderas y las hierbas altas que reptan por escalones, porches y muros, pero la madera que aún puede verse está negra como el tizón. Ellingham se percata de mi interés.

—Arpasur —me indica—. Según dicen, un abad mandó quemarlo después de que la gente del pueblo quemara a su amante por bruja.

Me estremezco.

—¿Y nadie lo ha reconstruido?

—Está abandonado. Dicen que el abad llegó a un

acuerdo del que nadie podría escapar. Según cuentan, el lugar estuvo habitado por fantasmas durante muchos años, hasta que un día desaparecieron. Debo decir que yo jamás he visto ninguno, y eso que llevo tiempo viajando por estos caminos. —Sonríe—. Quizá se oculten cuando pasamos cerca.

—¿Habéis acampado alguna vez por aquí?

Tengo la mirada clavada en las ruinas. ¿He visto el movimiento borroso de una bruma blanca ocultándose tras un árbol? ¿O han sido imaginaciones mías?

—Uy, no, no. Aunque yo quisiera, no convencería a esta panda. —Señala con el pulgar por encima del hombro en dirección a la *troupe*—. Gareth jamás lo permitiría. Es un gallina.

El tipo que conduce el carro siguiente grita algo obsceno; no nos oye, pero supongo que no es más que una acción repetida. Sabe que cuando Ellingham lo señala de esa forma, siempre lo acompaña de un insulto.

Asiente.

—La primera vez que vine aquí fue con mi padre; fue él el que juntó a esta cuadrilla cuando mi madre murió y ya no soportó más quedarse en un único sitio. Supongo que he salido a él.

—¿Alguna vez se ha planteado sentar la cabeza?

Pienso en Brigid. Él sacude la cabeza.

—No, la verdad. ¿Quién los mantendría a raya?

De nuevo, el pulgar; de nuevo, la grosería.

—¡Señorita Molly, señorita Molly!

Una voz a mis espaldas, no del todo adulta, pero tampoco infantil. Agachó la mirada y me encuentro con unos ojos azules; el muchacho, Ben, corre a nuestro lado. Las cejas se le unen en el centro. Trae una flor silvestre de un lila intenso. La acepto con una sonrisa.

—Gracias.

Echa a correr con las mejillas sonrosadas, de vuelta a uno de los carromatos.

Ellingham suelta una risotada.

—Ya se ha ganado un corazón.

—Ahora que saca el tema, ¿cuánto hace que está enamorado de mi prima?

Orin da un respingo y yo le toco el brazo con delicadeza para calmarlo. Suspira.

—Se ha dado cuenta, ¿no?

—Solo hacía falta verles.

—La conocí hace cuatro años, en el primer viaje que hice al Breakwater sin mi padre. Era algo mayor que Ben, pero poco más. —Vuelve a fruncir el ceño—. Conocía a Aidan de antes, cuando era distinto; también era amigo de mi padre. Llevó a Brigid al teatro una noche y pensé que nunca había visto a una persona más hermosa.

No digo nada, porque no recuerdo que Aidan haya sido diferente en otra época, aunque supongo que los hombres no se comportan igual entre ellos que en presencia de mujeres.

—Apenas hablamos ese día, pero conseguí que nos encontráramos a la mañana siguiente. —Bajó la voz—. Retrasé nuestra partida cinco días y eché a perder nuestro calendario, pero mereció la pena.

—¿Y Aidan no podría saberlo?

—Uy, qué va. Ni siquiera cuando éramos amigos habría aprobado que yo cortejara a su hermana. —Sacude la cabeza, apesadumbrado—. ¿Recuerda cuando no era así?

—No, la verdad —respondo—. Mi familia… Los O'Malley son la fuente, el núcleo, y todas las ramas como la de los Fitzpatricks… no son O'Malleys puros, no sé si me entiende. —Por la mirada, deduzco que no—. Son inferiores por mucho que tengan más dinero que nosotros. Es el nombre, ¿sabe? Es el nombre lo que tiene un valor, y nadie se lo ha pensado dos veces antes de hacer sentir mal a los no O'Malley por sus carencias. —Niego con la cabeza—. Es una estupidez, lo sé, y ha provocado muchísimos rencores. Lo que intento decirle es que no estamos unidos.

—Pero ¿no veía a Aidan y Brigid de pequeña?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Muy poco. A Brigid sí, durante un tiempo… pero a mi abuela no le hacía ninguna gracia. —Aprieto los labios,

recordando como Aoife destruyó mi única amistad—. Mis abuelas me han tenido muy aislada. Intentaban asegurarse de que no me… contaminaba.

—¿Y ha funcionado?

Pienso en el criado de ojos verdes.

—Peor de lo esperado.

Ellingham ríe, y prosigo:

—Aidan no me hizo ni caso hasta que murió mi abuelo… Después de aquello, Aidan y mi abuela hicieron un trato. Oh.

Me planteo por primera vez que quizá lo que los dos estaban esperando era la muerte de Óisín. Tal vez esa fuera la razón de las repetidas discusiones entre él y Aoife durante sus últimos días, cuando oía los gritos caer de la torre como una cascada, aunque no llegase a entender las palabras. Tal vez no llegó a decirme que el matrimonio era por el bien de todos porque él era el que lo estaba impidiendo.

—Oh…

Ellingham no se percata de mi distracción, y sigue hablando.

—Aidan siempre ha sido una persona ambiciosa, pero también era divertido, y un hombre bueno que convenía tener cerca. No pisoteaba a los demás por alcanzar sus objetivos.

—Y, entonces, ¿qué paso?

La idea de un Aidan que pudiera ganarse la amistad de alguien, por no hablar de su lealtad, sin tener que pagar por ello me resulta ridícula. No obstante, como ya le he dicho a Ellingham, apenas conocía Aidan antes de esto, así que debería escuchar y aprender.

—La primera vez que percibí un cambio fue hace un par de años, cuando regresamos a Breakwater a actuar. Vino al teatro, como siempre, pero ya no era tan cercano. No fue como reencontrarse con un viejo amigo, sino como si se creyera por encima de mí. Le hablaba mal a su hermana, y me di cuenta de que ella tampoco estaba bien, no estaba acostumbrada a aquel trato. Cuando le pregunté a

Brigid más tarde lo que había ocurrido, me contó que su hermano había hecho una inversión de las grandes y que no le había salido bien. Que estaba estresado, me dijo.

—¿Y más adelante?

—Volvimos al año siguiente, y Brigid seguía disgustada. Me comentó que había superado la crisis financiera, pero a costa de pedir un préstamo que, hasta donde ella sabía, le estaba costando mucho más de lo que podía permitirse. Brigid quiso marcharse a una escuela de élite en alguna otra ciudad, como Lodellan. —Se pasa la lengua por los labios—. Él le dijo que ni hablar, que no se marcharía a ningún sitio fuera de su alcance. Era una moneda de cambio, como cualquier otra persona de este mundo, y la casaría cuando él considerara que era el mejor momento.

—¿El préstamo se lo concedió Bethany Lawrence?

Pienso en la mujer rubia del teatro, en cómo me miraba desde el lado opuesto de la sala. A Aidan.

—Brigid no lo tenía claro, pero esa era su sospecha. Que la mujer le ofreció un trato y que él ha estado endeudado con ella desde entonces. —Se encoge de hombros—. Le cambió la vida a Brigid, y no para bien, y ahora dice que ha perdido a su hermano, por mucho que siga paseándose por la casa, coma y hable con ella.

—¿Sabe usted cuál fue el trato?

Lo miro con curiosidad. Él suelta una carcajada.

—¿Cómo voy a saberlo? La familiar es usted. Solo recuerdo que ya no quiso volver a quedar conmigo para tomar algo en las tabernas. Brigid y yo empezamos a escondernos mucho más, porque no queríamos ni imaginarnos lo que sería capaz de hacernos si nos descubría juntos, aunque estuviéramos dispuestos a mandar al cuerno la amistad y la familia.

—¿Y ella no quería fugarse con usted?

—No, o porque no soporta la idea de pasarse la vida viajando con un artista de tres al cuarto o porque Aidan ciertamente removería cielo y tierra para encontrarla. No sabría decirle. —Hace una pausa—. Y creo que no quiero

saberlo.

—Es porque removería cielo y tierra para encontrarlo a usted, señor Ellingham. Créame.

Me parece importante que sepa la verdad, que no piense mal de Brigid. Estoy inexplicablemente triste por los dos. Pero Ellingham no ha terminado.

—Yo lo único que sé es que desde que Bethany Lawrence tomó el control de Breakwater, las arcas de Aidan están a rebosar. La mujer tiene una daga apretada contra la garganta de la ciudad; no hay comercio que entre ni salga del que no se lleve una tajada… y envía a sus secuaces por el mundo para asegurarse de que se llevan también un pellizco de los negocios turbios que encuentren.

—¿Quién es?

—Ah, ya sabe usted lo que ocurre cuando nadie sabe la verdad: los rumores se esparcen como una niebla venenosa. Hay quien dice que viene de Lodellan, la ciudad catedralicia. Que nació en una familia de bien, pero que hubo un escándalo con su hermana. Dicen que la mujer murió quemada en un barco prisión de la Bahía Escaramujo. Una familia destruida, una fortuna pérdida, una reputación por los suelos. Y es entonces cuando la señorita Lawrence llega a Breakwater, con dos sobrinos y una sobrina, y con los fondos suficientes para comprarse una propiedad y pagar a otros para que le hagan el trabajo sucio.

—Si está cuidando de los niños…

—Ah, pero es que solo queda el sobrino mayor; y tiene una criatura suya. Los otros dos desaparecieron poco después de llegar y nadie sabe dónde están. —Vuelve a encogerse de hombros—. Puede que ella no tenga nada que ver con la desaparición. Puede que sean una familia realmente desdichada. Pero ¿y si no? Si trata así a la sangre de su sangre, ¿cómo va a preocuparse por el resto del mundo? Solo conserva a los que le resultan útiles, y espero que Aidan tenga eso en mente a la hora de tratar con ella.

Se produce una larga pausa mientras siento la amenaza de mi primo y de esa despiadada mujer flotando sobre mí.

Poco después, me recompongo: ¿qué valor puedo tener para la Reina de Ladrones, yo, que no tengo más que una mansión ruinosa y dos barcos desaparecidos a mi nombre? Aidan solo quiere un trofeo, que le entregue Edén del Trasgo, el nombre de los O'Malley del que le despojaron. Lo demás no son más que imaginaciones mías, alentadas por los rumores de Ellingham.

Carraspeo y digo:

—¿Dónde la encontró?

Le dio unos golpecitos a la parte superior del féretro que tenemos detrás. Se lo pregunto porque no quiero oír nada más sobre la época en que Aidan Fitzpatrick fue un hombre agradable; puede que le resultara agradable a otros hombres, pero siempre ha sido un ser execrable para las mujeres.

Ellingham sonríe con dulzura.

—Fue la que me salvó, mi angelito cantarín, en la época en que pensaba que tendría que venderlo todo y enviar a estos a buscar fortuna en otras partes. Pero entonces la encontré, y no hay nada en el mundo comparable a ella, hasta donde yo sé.

Me mira de reojo, como si estuviera sopesando si confiar o no en mí, hasta que concluye que ya sé más que suficiente sobre él como para poder causarle problemas, y todo porque Brigid le pidió que me ayudara.

—Nos desviamos de la ruta prevista, giramos por donde no tocaba, y llegamos a una casa abandonada, a punto de venirse abajo, sin techo. Había sido una mansión, pero ya no era ni sombra de lo que fue. Encontré una trampilla en el suelo de un gran salón. Y allí abajo estaba, en una silla, cubierta de moho y enredaderas, sentada como si llevara una eternidad esperando a alguien. La toqué y, de repente, oí su voz, fue algo hermoso. Me la llevé conmigo.

—Me alegro —le digo de corazón. No soporto imaginármela sola a oscuras para siempre. Bastante tiene con pasarse el día metida en una caja. Ellingham vuelve sin perder un instante al tema anterior.

—Entiendo que no le interesaba casarse con Aidan,

¿no?

—Y se queda corto, señor Ellingham. La interesada era mi abuela; creía que así salvaría las fortunas familiares.

—Dicen que los O'Malley son algo peculiares.

Suelto una risotada.

—No lo sabe usted bien.

«No se hace ni idea.» Me toco el punto de la cadera donde tengo la cicatriz con forma de sirena. Pienso en el tercer hijo, el que le corresponde al mar. Hace tantísimo tiempo que no se cumple con la tradición que pensaba que no volvería a ocurrir. Creía que era algo del pasado, de la época en que los O'Malley eran intocables. No pensaba que llegaría el día en que esperarían precisamente eso de mí. No pensaba que llegaría a ser Gráinne tomando una decisión terrible, dando a luz con la intención de deshacerme de un hijo. Isolde y yo sobrevivimos porque éramos hijas únicas; y a Aoife la obligaron a casarse con su hermano con la esperanza de que engendrara O'Malley puros.

Vacilo, pero antes o después voy a tener que preguntárselo a alguien.

—Dígame, usted ha viajado mucho y visto lugares de toda clase y tamaño, ¿verdad?

—Exactamente, la misma ruta todos los años.

—Y, señor Ellingham, ¿ha oído hablar alguna vez de una finca llamada Aguasnegras?

—¿Aguasnegras? —Ellingham frunce el ceño, pensativo, pero acaba negando con la cabeza—. No me suena.

Podría decirle que la última carta de Isolde mencionaba el nombre de la casa que ella y mi padre habían construido, de la finca que había engendrado una aldea: «al norte de Vega del Bell, más o menos», escribió. Por lo que sé de las lecciones de Óisín, Vega del Bell es una pequeña ciudad portuaria a la orilla del río Bell, no tan grande ni ajetreada como Breakwater, pero jamás había oído hablar de Aguasnegras. No me sorprende, sinceramente, porque fue mi madre la que la levantó. Pero

si le dijera «al norte de Vega del Bell, más o menos», podría escapársele con alguien que pudiera estar buscándome. Así que me limito a decir:

—Vaya.

—Puede que los demás sepan algo, esta noche se lo pregunto. —Me sonríe—. Con discreción. —Le devuelvo la sonrisa—. Alguien lo conocerá, señorita O'Malley, no tema.

Es un hombre bueno y me entristece pensar que Brigid no pueda estar con él.

16

Tardamos seis días en llegar a Vega del Bell. Arribamos a altas horas de la noche y acampamos en un prado llano a las afueras de la ciudad. A lo largo del camino nos hemos topado con muchas aldeas y villas, pero no lo bastante grandes como para que merezca la pena sacar a la autómata de la caja. Ellingham es muy consciente de que algún día dejará de funcionar. No sabe los años que tiene, ni tampoco entiende cómo funciona, pues no se ha visto con la valentía necesaria para desmontarla por miedo a no ser capaz de volver a armarla como toca; sí le extrae el panel frontal del pecho y le limpia el polvo con regularidad. Los habitantes de estos pequeños poblados tienen que conformarse con canciones y chistes en lo que podría pasar por una taberna, y algunas sátiras que los actores parecen conocerse como las palmas de sus manos. No ha habido queja alguna, puesto que cualquier cosa es mejor que nada en un lugar en el que, por lo general, tienes que entretenerte por tu cuenta. ¿Un grupo de personas que aparece con el objetivo específico de divertirte? Eso sí es una ocasión especial. La *troupe* ha recibido como pago huevos y pan casero, trozos de tela y bolas de lana, reparaciones rápidas de calzado y frascos de perfume y medicinas. De todo menos dinero, aunque no menos valioso.

No estamos lejos del puerto, donde veo los faroles que iluminan los muelles, cuyos reflejos titilan constantemente sobre la superficie del agua. Viviane, la mujer del pelo rojo

y blanco (la encargada del vestuario y cocinera) se sienta conmigo al fuego y me habla de la ciudad. Nació aquí, pero hace tanto que se marchó que ya no le queda familia ni casa que visitar.

—Es más pequeña que Breakwater, pero se extiende indolente como un gran puerto —me cuenta mientras remienda un vestido—. ¿Ves aquellas luces? —Señala a nuestra derecha—. Las casas ascienden por la colina; también hay granjas y una fundición, una curtiduría, un aperador, ebanistas y carpinteros; e incluso una hospedería para quien no quiera entrar en la ciudad. Y al norte se encuentra la Roca Cantarina.

—¿Qué hay allí?

—Uy, que ni se te ocurra deambular por allí; es donde se suelen reunir las rusalkas.

Rebusco entre mis recuerdos hasta dar con una de las advertencias de Maura: las rusalkas no son criaturas que nazcan en el agua, sino que terminan allí. Doncellas asesinadas o que se quitan la vida, todas desdichadas en el amor. Algunas no pueden pasar al otro lado y permanecen en su tumba acuosa, transmutadas en algo distinto, criaturas malignas. Su único objetivo es provocar que otros se ahoguen. Suspiro un «ah» y Viviane sabe que entiendo a qué se refiere.

Presume de que la organización es mejor que en Breakwater: los embarcaderos están supervisados por un estricto capitán de puerto, mientras que las calles que parten del puerto se entrecruzan hasta formar una cuadrícula. Lo único peculiar es el distrito de las Vides, una isla artificial en el centro de la ciudad donde los ricos han construido sus mansiones. Está rodeada por un canal desviado del río, y solo es posible acceder a través de seis puentes ordenados, protegidos por guardias día y noche para asegurarse de que la plebe no causa problemas a la flor y nata de la ciudad.

Ellingham se ha ido a ver al propietario del Teatro Aoide, donde pronto se instalarán para una temporada de ocho semanas, con Ben, quien me ha estado obsequiando

con una flor silvestre diaria, tiene pelo en las palmas de las manos y los dedos índices más largos que los corazones. No está exactamente en el distrito de las Vides, pero sí a un tiro de piedra de uno de los puentes, lo que lo convierte en un lugar que puede atraer tanto a pobres como a ricos, si así lo desean. Ellingham me ha dicho que está formando a Ben para que sea el director el día, lejano, que Orin decida que ya ha tenido bastante. Ben es un buen chico y siempre tiene a mano una broma o está dispuesto a ayudar. Por eso todos los demás se han marchado a entretenerse por su cuenta, puesto que mañana tendrán que centrarse en sus actuaciones para ganarse el jornal. Hoy, por tanto, es una noche de descanso, y será el último día que pase con ellos.

Podría haberles acompañado y haber disfrutado de una buena comida en la taberna en compañía de los demás. Podría haber visitado uno de los mejores burdeles para mujeres del otro extremo de Vega del Bell, donde los hombres son atractivos y hacen lo que les pides (me lo ha dicho Viviane, con una cierta melancolía). Pero decido quedarme con ella, que sabe mucho y es buena compañía, y quien me ha confiado uno de los remiendos menos complejos para que haga algo útil. Ellingham no me ha dejado ayudarles con nada, por mucho que insista.

—¿Qué harás mañana? —me pregunta Viviane—. ¿Cuándo te marcharás, *señorita Molly*?

—Visitaré al joyero que me ha recomendado Ellingham —respondo.

Vega del Bell es un buen sitio para deshacerme de algunas de las piezas; que las desmonten y acaben siendo irreconocibles. Me encantaría quitarme de encima la alianza, pero es demasiado única, y no sería fácil que me ofrecieran un precio justo aquí. Necesito ir a una ciudad más grande, tal vez Lodellan, aunque no tenga planes de ir en esa dirección, así que de momento se queda conmigo un poco más.

—Me compraré un caballo, comida. Elegiré una ruta.

—En busca de Aguasnegras —señala.

No es una pregunta. Sé que Ellingham se lo comentó a

su gente como si la duda fuera suya, pero nadie sabe nada. Y todos me miraron una o dos veces, como preguntándose si los consideraba tan estúpidos como para que no fueran capaces de conectar mi repentina presencia con las inesperadas preguntas de Ellingham.

No tiene ningún sentido que lo niegue. Asiento.

—Lo mejor es que preguntes a los buhoneros con los que te cruces. Nosotros solemos viajar siempre por la misma ruta, año tras año. Raramente nos desviamos del camino, porque no nos hace falta. Siempre primamos la seguridad, aunque tampoco voy a negar que a veces nos hayamos desviado por pura desesperación y nos hayamos topado con ladrones y problemas por el estilo.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

Viviane suelta una carcajada.

—Orin Ellingham es capaz de convencer a cualquiera con su labia. En vez de robarnos, las tres veces acabaron alimentándonos y actuamos para ellos.

—Supongo que hasta los canallas necesitan entretenerse.

—¿Tienes alguna daga? ¿O algún tipo de arma?

Extraigo el cortaplumas con mango de madreperla y ella vuelve a reírse.

—Sé que no es mucho —me defiendo—, pero la tengo oculta y puedo coger a quien sea desprevenido.

—Cierto. Pero ese es tu plan B. Necesitas algo más grande, algo que sirva como elemento de disuasión. —Se lleva rápidamente la mano a la bota que asoma por debajo de su falda, y, un instante más tarde, algo plateado y afilado le asoma entre los dedos—. Hay un herrero junto al joyero de las Vides. Dile que vas de mi parte.

Un gesto ágil y el cuchillo vuelve a desaparecer.

Nos sumimos en un largo silencio, ambas haciendo pasar el hilo a través de la tela con sus agujas de latón; la luz de la lumbre no es ideal, pero tampoco estamos haciendo nada minucioso. Poco después, dice:

—¿De quién estás huyendo?

—De un hombre —respondo, y, reacia a continuar con

el tema, le pregunto—: ¿Por qué te fuiste de Vega del Bell?

—Por un hombre.

Las dos resoplamos.

—De un hombre con el que no quería casarme —admito.

—Por un hombre con el que sí quería casarme —responde ella.

—¿Y bien? ¿Os casasteis?

—Sí. Y fue una mala decisión. Cuando lo abandoné a él y nuestra casa de Briarton, me uní a este grupo. —Asiente—. Eso sí fue una buena decisión. Espero que la tuya también lo sea.

Pienso en los dedos de Aidan en mi muñeca, en su insistencia sobre que él sabe lo que me conviene. Pienso en lo que me haría si supiera lo que pasó con el tipo de ojos verdes, y eso me hace sonreír, hasta que recuerdo lo que sospecho que ese mismo hombre le pudo hacer a Aoife. Luego vuelvo a pensar que, en cierto modo, fue quien me liberó de mi abuela. Aunque aún me cueste sentirme agradecida por ello.

—Yo también lo espero.

* * *

He salido de Vega del Bell antes del mediodía, en dirección norte, según el cartel que había junto a la hospedería de las afueras. El caballo gris que acabo de comprar no levantaría ningún tipo de envidia; llevo un saco de dormir, un yesquero y tela de carbón para encender fuegos, un reloj de bolsillo, tres cuchillos (uno en el cinturón, otro en la bota y el último en un compartimento oculto de la silla) y el petate repleto de pan y cecina, además de un pellejo de agua lleno. He cambiado un collar de esmeraldas de Aoife por una cantidad de dinero más que suficiente para comprar mis nuevas posesiones y para que el resto tintinee alegre en mi monedero. Viviane me ha cosido la mayoría del resto de las joyas al forro del abrigo para que no le resulte fácil encontrarlas a quien trate de robarme o intente algo más violento. Antes de marcharme, he cogido uno de los

pendientes que llevé al teatro de aquella noche con Aidan y lo he envuelto en un trozo de seda. Lo he escondido debajo de la almohada de la cama caja que hay dentro del carromato de Viviane; les ayudará en los momentos difíciles.

Eso fue hace seis horas y, salvo por un acontecimiento, no he tenido incidentes. He encontrado un claro apartado del camino donde poder hacer un pequeño fuego sin atraer miradas indeseadas. El último tributo floral de Ben se ha marchitado, pero en lugar de tirarla, me la he guardado en el bolsillo. No me atrevo a deshacerme de ella; este tipo de regalos sencillos y hermosos me hacen feliz, al menos un tiempo.

Ahora estoy más triste que cuando nos hemos despedido, porque sé que esta noche sacarán a Delphine del ataúd y la sentarán en el escenario. Viviane le ha confeccionado un vestido nuevo de seda naranja y encajes dorados, con unas enaguas púrpura. Le han cepillado el pelo a la autómata y le han hecho un peinado alto muy parecido al que yo llevaba en el Teatro Paragon aquella noche, y me pregunto si ha sido adrede o pura casualidad. Echaré de menos su canto. A veces pienso en las horas que pasé en la caja, a su lado, en el pedazo de alma que lleva dentro. ¿Qué clase de conciencia le aportará ese diminuto fragmento de espíritu? ¿Cómo debe sentirse encerrada allí? ¿Lloraría o gritaría si pudiera?

Sacudo la cabeza como si fuera tan fácil dejar de pensar en algo y, durante un rato, funciona, pero solo porque sustituyo esas ideas con algo peor. Ellingham me ha dicho que la ruta que he elegido se dirige a las montañas, hacia el norte («al norte de Vega del Bell, más o menos»); a una le gustaría pensar que no me costará encontrar mi destino. También pasaba cerca de la Roca Cantarina, donde Viviane me advirtió de la presencia de las rusalkas. Podría no haberme acercado tanto, pero no he podido evitarlo, curiosa por ver otro tipo de criatura acuática. Tal vez porque una vez fueron humanas, muchachas como yo, con un final trágico, pensaba que podrían ser menos peligrosos.

O puede que las oyera cantar y quisiera oírlas mejor, pues el sonido era celestial. En general, según me contó Maura, atraen a una persona al agua, deseando infligir parte de su rabia sobre aquellos que no han muerto igual que ellas. Pero yo soy una O'Malley, tengo sal y vete a saber qué más en las venas, así que sus melodías no hacen más que deleitarme. He atado el caballo a un árbol y he encontrado un afloramiento rocoso en el que apostarme a oírles cantar.

Tenían pieles de todos los colores, igual que sus cabellos; me pareció distinguir que no todas fueron hermosas en vida, pero la muerte les había concedido un cierto atractivo, un encanto peculiar. Sin embargo, ha habido momentos en los que he podido ver a través de ellas, contemplar las cicatrices que sus vidas y fallecimientos les han dejado; he podido ver la podredumbre que se escondía bajo la madurez.

Ellas también me han visto, pero no parecía molestarles, a pesar de que he notado a una o dos ofendidas por no haber sido capaces de hechizarme, porque no hubiera saltado al agua. Y he tenido suerte, porque al cabo de un rato tres cabezas que nada tenían que ver con las rusalkas han asomado por la superficie, o tal vez su extrañeza me haya sorprendido porque no esperaba volver a verlas.

Las nereidas de Breakwater, creo que las mismas que me arrastraron al mar, flotaban y me mostraban los dientes. Poco después, las rusalkas se han percatado de su presencia y se ha producido un alboroto. Las muchachas muertas han escalado hasta sus rocas en el centro del río como damas amenazadas por ratones correteando a su alrededor, aunque siseaban como gatos preparándose para precipitarse hacia las nereidas. No han abandonado el río por miedo, sino para poder saltarles encima con mayor facilidad. Las tres han trazado un arco perfecto.

La ilusión ha desaparecido y lo único que he visto a partir de entonces han sido criaturas de una putrescencia verde y negro, con una forma ligeramente antropomórfica,

que emitían un olor tan nauseabundo que me han entrado arcadas. He bajado de la roca y he echado a correr hacia mi caballo. No necesito saber quién ha ganado.

Han pasado horas hasta que le he concedido un respiro a mi pobre montura; las mismas horas que he tardado en dejar de temblar. Y he procurado escoger un sitio para acampar que no estuviera cerca de lagos, estanques o arroyos, una precaución que quizá me mantenga a salvo un tiempo, pero ¿cómo huyes de algo así cuando todas las aguas del mundo están unidas?

17

La tarde del tercer día desde que partí de Vega del Bell, llego a una encrucijada enorme con un poste en el centro repleto de tantas flechas de madera que casi parece un puercoespín alargado. Hay cuatro puntos cardinales en el vértice, desde donde caen en cascada nombres de lugares. Examino cada tablón con su pulcra escritura negra —Confín de Cwen, Frondacre, Lago de Tally, Silverton, Monte de Gevern, Camino de San Allard, Bosque de Heloise, Cresta Foxfire, Puerto de San Sinwin, Lodellan, Santa María de Seaton, Granja de Able e incluso Breakwater—, pero no hay ninguno que rece «Aguasnegras». Me muerdo el labio, intentando decidirme: «Norte de Vega del Bell». Pero ¿y si sigo viajando hacia el norte, más o menos, y acabo perdida y sin haber descubierto nada? Podría dirigirme a Lodellan, la ciudad catedralicia, y aumentar las posibilidades de encontrar a alguien que haya oído hablar de mi destino. Más tabernas, más cafeterías y salones de té donde gente de toda condición y pelaje se reúne y charla, e intercambia información e historias. Quizá encuentre en alguna parte una pista sobre lo que necesito. Quizá así Aidan me pierda el rastro, si es que llega a adivinar mi dirección de alguna forma.

Mientras cavilo, con la mirada clavada en las líneas negras hasta que las palabras dejan de tener sentido, el caballo se remueve nervioso a mi lado y relincha. Miro alrededor: el cielo ha empezado a grisear y se oscurece cada

vez más con las nubes que flotan sobre nuestras cabezas y el viento que arrecia. No es una llovizna que no llegue a ocultar el sol, vaya. Buscando algún lugar donde refugiarme, oteo lo que parece ser una cabaña en la suave colina frente a mí. Apremio a mi montura en esa dirección, y a medida que nos acercamos, me doy cuenta de que hay otra estructura cerca.

Un cadalso. Ocupado.

Tres cuerpos, todos danzando enérgicamente mecidos por el aliento de la tormenta que se aproxima. El caballo se niega a aproximarse más a la horca, pisoteando incluso cuando le digo que se quede quieto. No sé cuánto tiempo llevan muertos los ahorcados, pero creo que no demasiado. No es la primera vez que veo un cadáver, y no solo los de mis abuelos, sino también los de los aparceros y los que el mar arrastra hasta Edén del Trasgo, así que ya no me espantan. Uno no es más que un muchacho, con un indicio sutilísimo de barba en las mejillas, trece años como mucho, con unos sencillos pantalones de tartán verdes y rojos. La carne aún no ha empezado a fundirse en los huesos, pero las aves ya han comenzado a darse un festín: los ojos han desaparecido y en las bocas abiertas no asoma más que el muñón de una lengua; carne dulce y un capricho para cuervos y pájaros pequeños. Las moscas revolotean sonoramente donde otros carroñeros se han abierto paso. Un grajo apostado en la cabeza del hombre que me parece el mayor picotea hasta abrirle una herida en la mejilla, antes de arrancar una larga tira de carne que apenas ofrece resistencia. El chaleco de cuero negro del tipo está abierto y ondea al viento, y el hombre del centro se mece en la soga, con una chaqueta de un azul demasiado intenso teniendo en cuenta las circunstancias.

Maura me contaba que todos los bandidos y bandidas merecedores de su sal rezaban una oración a Galagatyr antes de un trabajo o ya en el cadalso. Nunca antes de un juicio, pues era malgastar el aliento: si has sido lo bastante necio como para que te atrapen, el Dios de la Horca no atenderá tus plegarias. Pero quizá mientras esperas la larga

caída y la breve pausa puedas hallar una cierta misericordia en el gélido corazón de la deidad de los ahorcados. Mirando a estos tres, me parece que no eran demasiado practicantes.

Bajo el cadalso crecen unas bayas mortuorias exuberantes y resplandecientes. Son de un púrpura intenso y resultan apetecibles, pero Maura siempre dice que no son comestibles. Son el requisito de las magias más oscuras, y ni siquiera deberías recogerlas salvo que estés preparado para usarlas; ¿qué bien puede aportar una planta que crece en lugares de muerte? No me tienta lo más mínimo.

Una gota de agua, pesada y escurridiza, me golpea la frente. En un primer momento, pienso que es la sangre del festín del cuervo, pero luego caigo en la cuenta de que la tempestad ya ha llegado. Las gotas caen ya con fuerza y el caballo está inquieto. Se aleja al trote de los muertos en dirección a la cabaña.

Desmonto y aporreo la puerta. No hay respuesta. El lugar parece abandonado, pero un poco de educación nunca está de más. Guío al caballo hacia la parte izquierda, donde hay un pequeño cobertizo lo bastante cerrado como para servir de refugio sin que la bestia se sienta arrinconada. Lo ayudo a acomodarse y, ante mi sorpresa, hay una bala de heno esperando, como si la hubieran dejado a conciencia para nosotros. Le quito la silla y la manta, cojo un cubo de la esquina y lo lleno con agua del pozo del jardín, apedreada constantemente por la lluvia. Le doy una última palmadita en el aterciopelado morro y echo a correr hacia la puerta delantera (y única) del edificio.

La manija cede y el viento casi me empuja hacia dentro mientras grito:

—¿Hola?

De nuevo, sin respuesta. En el interior apenas hay luz, así que recurro al yesquero para encender rápidamente un trozo de tela de carbón. Bajo el destello de la luz, diviso una lámpara en la mesa que tengo justo delante; veo moverse el combustible en el depósito cuando la agito. Chisporrotea unos instantes cuando acerco la tela a la mecha, hasta que prende y la luz inunda toda la cabaña.

Solo tiene una habitación: una chimenea contra uno de los muros, tres camas estrechas, mesa y cuatro sillas burdas de madera, todas rotas salvo una. Hay algo de leña en la lumbre, así que la aprovecho. Alimento el modesto fuego con trozos de los muebles.

Hay dos ventanas con los cristales agrietados, pero aún en su sitio. A través de ellas veo las nubes de tormenta oscureciéndose más y más, y las gotas repiqueteando contra el vidrio y el suelo, convirtiendo la tierra en barro. La paja del techo amortigua el sonido de la lluvia, aunque hay una gotera en la esquina que cae sobre una de las estrechas camas. La mesa y el suelo están cubiertos de polvo.

Cuelgo el abrigo a secar en una percha junto al fuego y, acto seguido, los pantalones, y me quedo solo con la camisa, que está casi seca. Me deshago el moño al que he sometido a mi pelo durante días y siento como desaparece la tensión del cuerpo cabelludo, que masajeo con los dedos. Tengo una costra bastante fea sobre el corte que me hice en el muelle de Breakwater, pero no me duele, sino que más bien me pica. Pronto habrá desaparecido por completo.

Limpio el mantel y me preparo una comida consistente en pan y cecina, sentada en la única silla sólida. Me resulta extrañamente civilizado después de días en el camino, comiendo junto a hogueras primero con la *troupe* y luego por mi cuenta. Qué poco he tardado en percibirlo como normal para que ahora esto me parezca tan insólito. Hay una taza de latón, volcada pero limpia, y un pequeño caldero al lado del fuego. Lo dejo justo enfrente de la puerta hasta que se llena de agua, y preparo un té negro cargado con las hojas que Maura me guardó.

No he tocado el *whiskey* con limón, por mucho que me apetezca. Es imprescindible que me mantenga alerta.

Cuando acabo, me pregunto si volveré a ser capaz de comer pan y cecina después de encontrar mi «hogar». Extraigo las tres cartas de mi madre de la parte delantera del petate y las leo otra vez, como si el contenido hubiera cambiado, mientras espero a que el té repose. En la primera me ofrece como pago. En la segunda se limita a explicar

cómo, después de un inicio complicado, las cosas les van mejor, que espera que a él le importe lo suficiente como para leer aquello y que le echa de menos. No pregunta por su hija. Y en la última aparece el nombre de su nuevo hogar y la promesa de no volver a escribirle jamás.

La única mención sobre mí es que formo parte de un trato. Es como si dejara de existir después de que me entregara. Leo todas las cartas de nuevo para ver si se me ha escapado algo. Las acerco a la luz de la lámpara, pensando que tal vez aparezca algo con el humo, pero nada.

«Al norte de Vega del Bell, más o menos.» Quizá fuera todo mentira. Quizá aquellas cartas no fueran más que patrañas para que Óisín tuviera una falsa sensación de seguridad, para que no intentara buscarlos, o tal vez simplemente un castigo por la vida que le había dado.

Quizá, quizá, quizá.

Y siento una furia brotar en mis adentros, un fuego que me recorre las venas. En un acceso de ira que habría enorgullecido a Aoife, me pongo en pie para luego levantar la única silla intacta y destrozarla contra las piedras de la chimenea. Entre lágrimas y gritos inarticulados, todo se reduce a un simple «¿por qué?».

Y «¿cómo?». ¿Cómo pudieron mis padres abandonarme con tanta facilidad? No era una recién nacida; tenía tres años, era una personita, no un bulto húmedo, babeante y cagón. ¿Tan difícil era quererme? ¿Tanto me detestaban? ¿No fui nada más, ya desde la concepción, que la parte de un plan, un precio que debían pagar?

Cuando se me pasa el berrinche, estoy exhausta, hasta el punto de que casi me olvido de tomar precauciones. No me gusta el olor de las dos camas que no están mojadas por la gotera, así que cojo mi saco de dormir y lo extiendo frente al fuego. Extraigo también la bolsa de sal de roca que Maura insistió en darme —cada vez pesa menos, pero compré otra en Vega del Bell— y trazo un círculo aproximado alrededor de mi lecho, con el espacio suficiente para moverme en sueños sin miedo a romper el límite. También trazo una línea frente a la puerta y en los

alféizares de las ventanas. Dejo el reloj de bolsillo a mi lado, donde pueda verlo con facilidad, y escondo los cuchillos debajo del saco. Me tumbo y caigo rendida en un abrir y cerrar de ojos, quemada ya toda la energía que me quedaba.

* * *

Oigo tres golpes suaves en la puerta cuando apenas falta una hora para que amanezca, o eso me dice el reloj. Estaba tan cansada que he dormido toda la noche de un tirón. Pienso que tal vez haya vuelto el propietario. Pero ¿quién llama a la puerta de su propia casa? El fuego sigue ardiendo, con más fuerza y brillo de lo que debería, y veo claramente toda la habitación. Otros tres golpes, y yo sigo callada. De nuevo, tres golpes, y pienso que quizá acaben ahí, porque tres es un número mágico, ¿no? Un número de secretos, mensajes y deidades. Luego se oye la voz de un joven:

—Por favor, señorita, le rogamos que nos ayude. Por favor, señorita, no le haremos daño, pero necesitamos su ayuda.

Mientras compruebo que el círculo de sal que me rodea esté intacto, me guardo los cuchillos en las mangas.

—Adelante —exclamo, y me arrepiento al instante.

Los tres hombres del cadalso cruzan el umbral entre tambaleos. Ahí es cuando me percato de que la lluvia se ha colado por debajo de la puerta y ha disuelto la línea de sal. De no haber tardado tanto, sospecho que habrían entrado mucho antes. Con todo, no tenían por qué llamar, así que tal vez estén siendo educados por otro motivo.

Las marcas de la muerte han desaparecido. No son del todo sólidos, aunque se mueven pesadamente bajo su propio peso como si lo único que recordaran fuera cómo ser un hombre y estar vivo, y siguen aferrados a eso. Veo a través de ellos lo que queda de la noche y la lluvia más allá de la puerta abierta. No es una vista clara, no es una ventana impoluta, sino más una bruma movida por la brisa, una niebla que va cobrando y perdiendo densidad. Sus

rostros han vuelto al estado anterior a que las aves reclamaran su parte, pero a los jóvenes no les ha beneficiado lo más mínimo: tienen unas facciones ávidas, malignas, y agradezco las historias y el saco de sal de Maura, y sobre todo me alegro de no haberme olvidado de él esta noche.

—Buenas noches, señorita —dice el más alto, el mayor, el que lleva el chaleco de cuero.

—Buenas noches, señorita —dice el mediano, el de la chaqueta azul intenso.

—Buenas noches, señorita —dice el más joven, con sus pantalones rojos y verdes. Su sonrisa es la peor de todas.

—Buenas noches —respondo, porque en estas situaciones lo mejor es no perder los modales. Los cuchillos no me servirán de nada aquí, y solo la sal y mi ingenio me mantendrán a salvo hasta que la luz de la mañana desvanezca a estos espíritus. De todos modos, no va a ser cómodo—. ¿Cómo puedo ayudarles, caballeros? Es bastante tarde —o pronto— para llamar a la puerta.

—Y le pedimos disculpas, señorita, pero últimamente salimos más bien poco de día. —El mayor esboza una sonrisa que en otra época pudo ser encantadora—. Como ve, ya no somos los hombres que éramos. Quizá pueda echarnos una mano al respecto.

—¿Cómo?

—Bueno, señorita, debe saber que se cometió una gran injusticia con nosotros que nos arrebató la vida —contesta el mediano con una voz hermosa; me pregunto si se dedicaba a cantar cuando el aire aún le llenaba los pulmones.

El más joven añade:

—Le contaremos nuestras historias y si consigue dilucidar quién es culpable y quién es inocente, tal vez podamos caminar libremente hacia la luz.

—¿Y si no sé distinguir al culpable del inocente?

—Ah, he ahí el problema, señorita. En ese caso, la llevaremos con nosotros, y ese círculo de sal no la ayudará lo más mínimo.

La sonrisa del mayor se ensancha y percibo algo casi lupino.

—No he accedido a nada de esto.

—Ah, pero mírese aquí sentada en nuestra preciosa cabaña. A mí me parece un consentimiento implícito.

No sé cómo piensa atravesar el círculo, y probablemente sea una mentira para ponerme nerviosa. Pero tampoco tengo demasiadas opciones, puesto que yo tampoco puedo salir del círculo a menos que quiera ser pasto de los fantasmas. Asiento.

—Cuéntenme sus historias y tomaré una decisión.

18

—Me llamo Fox, y estos son mis hermanos.

El mayor toma la palabra como si estuviera sobre un escenario. Los otros se apoyan en la pared que tienen detrás, pero no son corpóreos, así que su mitad superior atraviesa la pared y desaparecen. Cuando regresan, no hay lluvia sobre su piel o cabello oscuro. Me centro en Fox.

Tiene los ojos azules y el pelo castaño; se abrocha cuidadosamente el chaleco mientras habla. Distingo un anillo en la mano derecha, un zafiro azul rodeado de diamantes; una alianza, una joya femenina, o algo que ha pasado de madres a hijas.

—Seguí a mi padre en el negocio familiar, de comercio, y fue todo un éxito. Lo bastante como para presentarme ante un hombre rico y pedirle la mano de su hija mayor. Estaban encantados de unir nuestras casas —ella trajo una dote abundante— y se celebró una magnífica boda. Fuimos felices un tiempo y, cuando le pedí a mi esposa que me ayudara con la compra y venta de mercancías, ella accedió sin pensárselo dos veces. Pero no tardaron en llegar las quejas: las mercancías estaban «duras». Había encantado rocas y piedras y ramas caídas para que se asemejaran a pan y pasteles, ovejas y cabras. Estaba arruinando el negocio, por no mencionar que era una bruja. ¿Qué otra cosa podía hacer? Debía pensar en mi familia, en mi reputación. Le prendí fuego y contemplé cómo ardía. Salvé al mundo y a mis seres queridos de una hechicera, y a pesar

de todo las autoridades me colgaron por ello.

—Gracias por la historia, Fox.

—¿Y bien? ¿Le parece verdad o mentira? —exige.

—Ay, ¿cómo voy a saberlo si no tengo nada con qué compararla? Escucharé todas las historias antes de dar mi veredicto. Es la única forma de tenerlo claro.

Lo digo con educación pero con firmeza, y él me fulmina con la mirada, pero da un paso atrás de todas formas.

El hermano mediano da un paso al frente mientras Fox flota por encima de la cama estrecha que ha sido víctima de la gotera. El agua no le molesta en absoluto. Entrecierro los ojos para mirar al próximo narrador: le sobresalen del pelo unos bultos espinosos. Erizos vegetales de un tamaño considerable.

—Yo me llamo Jacob y también me uní al negocio de mi padre, me casé con la hija de un hombre rico y fuimos felices un tiempo. Le encantaba montar a caballo, y yo le compraba los sementales más magníficos. Galopábamos por colinas y valles, pero ella me distraía tanto de mis deberes que mi parte de la empresa comenzó a fallar. Tuve que vender todos los caballos menos uno para tener algo que poner sobre la mesa, y ella se enfadó conmigo. Llegó el día en que me vi obligado a vender el último, su favorito. Pero ella me habló de malas maneras y se montó en la bestia, que se encabritó, inquieta por la furia y el alboroto de mi mujer, y la tiró. Se le rompió el cuello y yo enviudé demasiado pronto. Pero su padre no creyó mi versión de los hechos y vino a por mí con sus hombres. Me colgaron junto a mi hermano.

—Gracias por su historias, Jacob.

—¿Y bien?

—Como he dicho, las escucharé todas antes de anunciar mi veredicto, y todavía me falta una.

Hago un gesto de cabeza hacia el más joven, quien ocupa el lugar de su hermano. Jacob vuelve a apoyarse en la pared, esta vez con cuidado de no atravesarla.

El muchacho sonríe, levanta un dedo —tiene una

mancha verde en la punta— y empieza.

—Yo me llamo Joseph, y me habría casado con la hija de un hombre rico, pero su padre nos consideraba demasiado jóvenes para ese tipo de cosas, a pesar de que yo tenía el potencial de ser igual que mis hermanos. Tramamos un plan de fuga, pero su padre nos descubrió y encerró a su hija en su alcoba. Siete días esperé noticias de ella, que escapara y regresara conmigo, pero al final solo recibí una carta. Su padre tenía razón, me escribió, y éramos demasiado jóvenes. Lloré. Lloré pero le envié un regalo para demostrarle que no le guardaba rencor: un vestido del más intenso de los verdes, un regalo inocente. Pero ella murió poco después y su padre se aseguró de que me colgaran junto a mis hermanos.

Los tres se acercan hasta situarse al borde del círculo de sal, observándome desde lo alto.

—¿Y bien? —me pregunta el mayor—. ¿Quién es el inocente?

Carraspeo.

—Bueno, Fox, es evidente que usted está mintiendo, porque ¿a santo de qué necesitaría o decidiría engañar a los clientes con mercancías duras la hija de un hombre rico que aportó al matrimonio una dote sustanciosa? Y ese anillo —lo señalo con la cabeza— era suyo. Veo sangre en el borde, de cuando le cortó el dedo para quitárselo. Dudo que fuera siquiera su esposa. No debía de ser más que una pobre muchacha que secuestró en la carretera. El castigo que recibió fue justo.

Los otros dos sueltan sendas carcajadas. Fox da un paso atrás y agacha la cabeza.

—Jacob, ¿cómo iba a estar en la ruina cuando se unió al negocio familiar que tanto han insistido en recordarme lo próspero que era? Y veo que tiene erizos en el pelo. Los colocó debajo de la silla de tu esposa para que, al montar, las puntas se le clavaran al caballo, se encabritara y la tirara. Fue una feliz, aunque predecible, casualidad que se rompiera el cuello. En el pecado lleva la penitencia y el castigo que recibió fue justo.

Fox y Joseph se ríen entre dientes. Igual que su hermano, Jacob da un paso atrás y agacha la cabeza.

El joven clava en mí unos ojos azules como un día de verano y sonríe.

—Y usted, Joseph, aprendió bien el negocio de sus hermanos, ansiaba hacer lo mismo que ellos mucho antes de lo que debía y le otorgó a una mujer el único valor que le pareció que merecía. Envió a su amante un vestido envenenado, ¿me equivoco? Veo las marcas en sus dedos por donde sostuvo el regalo; le hizo enfermar. Tal vez hubiera acabado con usted antes o después, pero le descubrieron y lo colgaron junto a sus hermanos. El castigo que recibió fue justo.

Joseph se deja caer hasta ponerse a la altura de sus hermanos. Los miro a los tres.

—Los tres fueron condenados justamente a la horca.

—Es usted más lista de lo que le conviene. Aunque poco importa ya, señorita —afirma Fox, y señala al suelo.

De la cama que hay bajo la gotera del techo ha empezado a formarse un hilo de agua que discurre por el mugriento suelo y está a punto de alcanzar el círculo de sal. No hay salvación posible para ellos, y tampoco para mí. A pesar de haber juzgado sus casos, creen que podrán llevarme de todos modos. Veo la furia que les crece dentro, y una impaciencia que los hace más pesados, más sólidos. Pero sé algo que ellos ignoran: fuera, el sol ha empezado a colarse entre las nubes y la lluvia hace un rato que amainó.

Los rayos de luz atraviesan los cuerpos de los hermanos y todos gritan al unísono, aunque cuesta creer que les esté doliendo. Y, así, desaparecen y me quedo sola, justo en el momento en que el hilo de agua rompe la barrera de sal.

Antes de marcharme —el caballo parece feliz, descansado y satisfecho—, decido visitar el cadalso. Enciendo un fuego con los palos de la silla que he roto presa de la ira y luego aprovecho un tizón para prender los cuerpos que cuelgan allí; arden como la madera, a pesar de estar mojados por la tormenta. Espero lo justo para asegurarme de que tanto los cuerpos como el patíbulo

acabarán reducidos a cenizas.

19

Otro par de días en los que no me he cruzado con nadie, algo que es en parte suerte y en parte buscado. Siempre que oigo el ruido de las ruedas de un carruaje, o los cascos de unos caballos, me ocultó entre los árboles. Mi caballo, que sigue sin nombre, tampoco hace ruido. Puede que tenga la esperanza de ganarse un nombre gracias a su buen comportamiento. La última vez que hablé con alguien fue justo después de marcharme de la cabaña del cadalso; una granjera me dio pan a cambio de un puñado de fragmentos de monedas. Le pregunté si había oído hablar de Aguasnegras, pero entrecerró los ojos y me pregunto si era algún tipo de plaga nueva. Sigo temiendo que le llame la atención a alguien y se acuerde de mí; ¿se molestará Aidan en buscarme tan lejos?

El problema de evitar a otras personas es que pasas muchísimo tiempo absorta en tus propios pensamientos, y los míos no son ni agradables ni útiles, porque no tengo respuestas, sino especulaciones y más preguntas. En Edén del Trasgo podía estar todo lo sola que quisiera, pero siempre había alguien con quien hablar si decidía buscar compañía. Pienso en todas las veces en que me molestaban y me ofrecían una disculpa muda. He perdido a Aoife y a Óisín, y, a efectos prácticos, también a Maura y Malachi, y espero que estén a salvo.

Confío en que Aidan no los haya castigado por mi huida. Confío en que crea que todo ha sido obra mía;

tampoco sería algo tan descabellado, a fin de cuentas. Me considera algo indómito que exige una mano firme, así que no me cabe duda de que está completamente seguro de que todo ha sido uno de mis planes perversos. ¿Y qué hará? No puede heredar Edén del Trasgo sin mí, al menos no todavía; si no recuerdo mal, debe esperar diez años antes de poder declararme muerta y reclamar la finca. Pero, en ese caso, tendrá que enfrentarse a todos los parientes lejanos a los que se les ocurra lo mismo. Que luchen por aquella ruina, que malgasten sus últimos años en ello.

Tal vez esperé al momento adecuado para solicitar que la finca pase a su nombre, a su familia… pero ¿a quién lo solicitaría? Ya no hay jueces en Breakwater, nadie que pueda tomar tales decisiones. Quizá la Reina de Ladrones sería su jueza; quizá cerrarían otro trato mutuamente beneficioso. Quizá se casaría con alguna muchacha remilgada de una de las últimas familias de bien de Breakwater, si es que alguna decide quedarse en una ciudad de ladrones. O quizá con una chica rica de algún otro lugar solo para asegurarse de que haya sangre nueva en la mezcla; si no puede tomar a su prima por esposa, que la sangre se siga diluyendo, pero ¡que se refuercen las barbillas! ¿Me buscará? Y, en caso afirmativo, ¿durante cuánto tiempo? ¿O ni siquiera se molestará en dedicar recursos a la caza de una novia reacia al matrimonio?

Habré pasado por diez pueblos grandes y pequeños, pero siempre a una distancia prudencial; nadie ha podido hablar conmigo ni acercarse lo suficiente como para distinguir que no tengo el rostro de un muchacho, aunque también me haya ocultado el pelo. Lo de pararme en las granjas remotas en busca de comida es también una forma de ocultarme, de no llamar la atención; puede que tampoco sea una idea tan brillante, pero tengo la esperanza de que sean tan remotas que a nadie se le ocurra preguntar allí. Una tarde, llego a una aldea aparentemente desierta formada como mucho por veinte casitas en ruinas. ¿Qué habrá pasado aquí? Poco después veo que está junto a un ancho río cuyo puente ha desaparecido; por lo que parece,

destruido por una riada. Me preguntó qué más se llevaría el agua.

Urjo al caballo a caminar por la ribera, pero no demasiado cerca. A la bestia no le hace ni pizca de gracia, y estoy aprendiendo a prestarle atención. Los dioses saben que tendría que haber seguido cabalgando a pesar de la tormenta cuando pasamos por la cabaña del cadalso. Haber acabado calada hasta los huesos habría sido un pequeño precio a pagar con tal de evitar a los hermanos asesinos.

El río parece poco profundo en algunas zonas; hay rocas y bancos de arena que podrían usarse para vadearlo, pero no hasta el otro lado, y también hay lugares donde el agua tiene el tono oscuro que solo produce una profundidad aterradora. Me llevo la mano a la garganta y noto la campana de a bordo de plata debajo del cuello de la camisa, y me pregunto si me atreveré a cruzar por aquí. Me pregunto si las nereidas me habrán seguido hasta aquí, o si habrán podido; ¿cómo es posible que sepan hacia dónde me dirijo, qué afluente seguir? ¿Quién sabe cuándo reconstruirán el puente? Tal vez nunca, por el aspecto desértico de la aldea, y ciertamente no lo bastante pronto como para que pueda serme útil. ¿Debería dejar que el miedo me paralizara? ¿Quedarme aquí sentada hasta que Aidan o sus agentes me encuentren y me arrastren hasta Breakwater, capturada de nuevo porque me preocupaba mojarme los pies? ¿No enfadaría eso a Aoife? Aunque, claro, es probable que ella quisiera que me atraparan.

Bueno, no, no es solo que me preocupe mojarme los pies, sino algo más serio. Que me arrastren hacia las profundidades unas criaturas que quieren matarme. Hay muchas personas por cuyas venas corre sangre O'Malley diluida, pero nadie que conserve el apellido. Nieta de Aoife y Óisín, que eran hermanos, e hija de su hija Isolde. Hasta que encuentre a mi madre, soy la última de mi estirpe. Antes lo fue Aoife, y ahora lo soy yo.

Trabo al caballo para que no se aleje demasiado, le quito los arreos y me siento junto a un árbol. Me parece acertado reposar aquí un rato (a una distancia prudencial

del borde del río, por descontado) mientras me como una manzana que he robado en un jardín de camino y valorar mis opciones. El caballo puede pacer y los dos podemos descansar, él las patas y yo, el trasero. Creo, tarde o temprano, me saldrán callos.

No tardo en tumbarme sobre la hierba y mirar al cielo a través de las ramas y hojas que tengo encima. Está azulísimo, sin una sola nube, y trato de dejar la mente igual de insustancial, igual de vacía. Demasiados pensamientos, miedos, incertezas me bullen dentro. Y ese rencor constante hacia mis padres. Huyo de Aidan, sí, pero también corro hacia Isolde para exigirle una explicación. Una parte de mí… una parte de mí sigue siendo una niña que espera encontrar un hogar, unos padres que le digan que todo fue un error y que no sabe el tiempo que han estado esperando que diera con ellos. Porque era yo quien debía buscarlos, era mi misión, mi carga, mi precio. Que, al final del camino, todo irá bien.

No sé cuándo he dejado de mirar y he cerrado los ojos, pero en algún momento ha tenido que pasar, porque me despierto de un respingo al cabo de un rato. Me incorporo y miro alrededor. La luz ha cambiado y mi montura ha desaparecido.

La silla, los arreos y la manta siguen a mi lado, pero no hay ni rastro del caballo gris.

Me pongo en pie y deambulo por el margen del río. Ahí: las huellas de cascos se terminan y se convierten en marcas de arrastre donde el caballo ha hundido las patas, tratando de detener a lo que sea que ha decidido acercarse al principio. Se convierten en zanjas cuanto más me acerco al borde del agua, pero es evidente que mi pobre bestia ha perdido la batalla. Ha muerto sin nombre porque la desconfianza y la pereza me han impedido darle uno, a fin de que su pérdida no me doliera. Bueno, pues no me duele menos, eso sí puedo asegurarlo. Miro a lo largo y ancho del caudaloso río, pero no hay ni rastro de él. Sea lo que sea que haya pasado, ha ocurrido mientras dormía y no me he despertado.

Cualquier persona lo bastante holgazana como para seguir el rastro hasta el río habría concluido simplemente que la criatura había sido víctima de unos bandidos y se consideraría afortunada de haber salvado el pellejo. Miro por encima del hombro hacia donde descansan la silla y los arreos. Trago saliva y tomo una decisión.

—¡Salid! —le grito al río.

Nada. Me preocupaba que sean las nereidas, y casi las espero, pero nada más lejos de la realidad. Se produce un intenso borboteo y un chorro de espuma blanca en el centro, en unas de las zonas oscuras y profundas, y, de repente, algo emerge a la superficie.

No es una nereida ni una rusalka combativa, sino algo totalmente distinto.

Tiene la cabeza de un caballo.

Negro como la noche, de pecho ancho, avanza y sale del río hasta plantarse frente a mí en la ribera, pero a una distancia de casi dos metros. Resulta obvio que la criatura no se atreve a acercarse más; o tal vez sea educación. Cascadas de agua brotan de su cuerpo, humean y hierven. La crin fluye casi hasta sus pezuñas, dos en lugar de cuatro, que apuntan hacia dentro. Los cuartos delanteros son brazos musculosos que terminan en unas enormes manos con dedos y pulgares hábiles; a veces se transforman también en cascos, para luego volver a ser manos.

Un kelpie, un caballo de agua, un nuggle, un tangie; tantos nombres para referirse a lo mismo. Lo reconozco solo por las historias de Maura, ya que no son habituales en mares ni océanos; detestan el agua salada, pero ya estoy muy lejos del mar. Lagos y ríos, estanques y arroyos… Agua dulce y peligros por doquier…

El kelpie tiene ojos como remolinos; Maura me contaba que siempre eran fosos de fuego, pero no debe ser nada fácil mantener vivas unas llamas debajo del agua. Poco práctico. Son del mismo tono oscuro del río, ni azul ni negro, sino una mezcla de los dos con un toque de verde, que nunca sobra, y espirales blancas en los bordes exteriores. Él —porque claramente es macho— esboza una

sonrisa de oreja a oreja y deja al descubierto todos los dientes. El kelpie también se inclina, todo un detalle, pero los muertos también me llamaron «señorita» con mucha educación y luego intentaron matarme. Este monstruo, si estoy en lo cierto, se ha comido a mi desdichado caballo. Cualquiera puede tener buenos modales y un hambre voraz. Le rodean el cuello los restos de una brida, cuyos fragmentos de cuero y plata están entrelazados con algas de río. El ronzal está hecho jirones, pero es evidente que el kelpie no puede quitárselo por sus propios medios.

—Buenos días —saludo, precavida.

Maura decía que comían niños. Maura afirmaba que se ofrecían a ayudar a los viajeros a atravesar los ríos y los ahogaban para la cena. Maura decía que, a veces, secuestraban novias para vivir con ellas bajo el agua, en cuevas sumergidas, y que daban a luz a horrores que no eran ni una cosa ni la otra, sino seres de pura rabia maldecidos por más de un dios. Maura decía muchas cosas, cosas que me aterraban de niña y que ahora me inquietan. Pero también estoy molesta.

—¿Deseas cruzar? —me preguntó, y la voz es un sonido extraño, como agua discurriendo por mis oídos. No es desagradable.

—Sí —respondo—. Pero no me lo has puesto nada fácil.

—Te pido disculpas. Tenía hambre.

Otra vez la misma sonrisa y esa inquietante voz; me provoca un cierto mareo, y pienso en lo fácil que debe resultarle convencer a las personas para que lo monten.

—Pero a mí no me has comido, y eso que estaba dormida.

—No acabarías de… llevarte bien con mi digestión, hija de sal.

—¿Cómo me has llamado?

Llevo la mano a la campana de plata que tengo bajo el cuello de la camisa, en la garganta. No puede verla, pero la criatura asiente en dirección a mis dedos, como si supiera lo que buscan.

—No eres del todo humana, ¿me equivoco? Lo percibo en tus venas.

—¡Por supuesto que soy humana! —No debería haber gritado; ahora ya sabe que me ha generado dudas—. ¿Qué sabrás tú de mi sangre?

—Solo su composición, hija de sal.

Vuelve a inclinarse.

—¿Qué… qué soy? ¿Qué tengo en la sangre?

—Solo percibo la sal. Mis disculpas, no puedo decir nada más.

No me pasa por alto las palabras que utiliza. Tal vez sepa algo más, pero está dispuesto a decírmelo. Tal vez no sepa nada.

—¿Deseas cruzar? —repite.

Asiento.

—No puedo llevarte a cuestas…

—¿Y por qué has acudido cuando te he llamado?

—… como llevaría a otras personas, pero te propongo un trato.

—Tú dirás.

—Cuántas evasivas. —Suelta una carcajada ensordecedora y acuosa—. Te ruego que me ayudes y, a cambio, te prometo que no te haré daño y que te concederé un favor.

—¿En qué puedo ayudarte, señor?

Hace un gesto hacia la brida retorcida alrededor de su rostro y cuello.

—Quítame este trasto vil.

—¿Quién te lo puso?

—Un hombre que hace tiempo que murió.

—¿Por tu… mano?

Sacude su gigantesca cabeza.

—Qué más quisiera. Me engañó para convertirme en su esclavo. Me obligó a construirle un castillo —se gira en dirección a algo que me había pasado desapercibido hasta ahora, una torre derruida que asoma entre las copas de los árboles en la ladera de una montaña— y luego me forzó a que arara los campos como un jamelgo cualquiera. Él y sus

herederos ya han muerto, pero estos grilletes siguen aquí, igual que yo. Me liberarías de este lugar.

—Pensaba que los tuyos no cambiabais de hogar.

Se encoge de hombros y gotas de agua se precipitan desde su piel.

—No es habitual, pero cuando nos atrapan… ¿Qué sentido tiene quedarse donde te han ridiculizado? ¿Te haces idea de la gente que venía a verme trabajar? Los habitantes traían comida y se sentaban a comer con sus hijos mientras yo sudaba bajo el sol y arrastraba piedras, y no podía hacer nada para vengarme.

—¿Eran de aquel pueblo? ¿El que está en ruinas?

Asiente, y vuelve a sonreír.

—¿Tienes algo que ver con su destrucción?

Se lleva un casco con forma de mano al pecho.

—Te prometo que no tuve nada que ver. Cuando llegó la riada —y no sé de dónde, por qué ni cómo— y arrastró consigo el puente, también anegó los campos, se llevó a la mayoría de los aldeanos y aquellos que sobrevivieron a las inundaciones decidieron marcharse. También llegaban cuerpos del lugar donde comenzara la riada, hombres y mujeres degollados, exangües. —La criatura sacude la cabeza como si él, devorador de hombres, jamás hubiera esperado ver algo así—. Me pregunto si alguien llegó a buscarlos.

—Pero si te libero, te comerás a los viajeros que pasen por dondequiera que establezcas tu nuevo hogar.

—Es mi naturaleza —dice con honestidad.

—¿Y si no te ayudo?

—Seguiré atrapado aquí.

Por alguna razón, no soporto la idea de dejarlo encadenado.

—Prométeme que solo te comerás a personas malvadas.

La bestia tuerce el gesto.

—¿Y cómo voy a distinguir algo así?

—Si has percibido la sal de mis venas, seguro que puedes sentir la oscuridad en el alma de otra persona.

Esboza una sonrisa, ríe y vuelve a inclinarse, y cuántos dientes. Asiente.

—Esa condición no reduce en exceso mis suministros de comida, hija de sal. Acepto tus términos.

Levanto un dedo.

—Pero hay un problema: me has dejado sin medios para finalizar mi viaje.

Me mira como un niño haciendo pucheros.

—¿Y qué propones?

—Además del favor que me debes por liberarte, me pagarás tu deuda llevándome a donde desee.

—¿Y cuánto tiempo deberé servirte?

—¿Cuánto tiempo llevas esperando a que alguien te rescate de tus ataduras? El tiempo que estés conmigo se te pasará en un abrir y cerrar de ojos —miento despreocupadamente, porque no tengo ni idea de cuándo encontraré Aguasnegras, si es que la encuentro.

Saco el largo cuchillo del cinturón y espero a que el kelpie acceda a mi petición. Se queda inmóvil. Confía en mí. Me saca una cabeza entera y tiene que inclinarse para ayudarme a llegar mejor a la brida. Deslizo la hoja entre la piel y las ataduras y comienzo a cortar el cuero. Está empapado y es difícil atravesarlo, así que debo serrarlo con todas mis fuerzas pero con cuidado de que no se me escape el cuchillo y le haga un corte.

Cuando termino, el kelpie patalea con los cascos, se aleja de mí a toda velocidad y empieza a bailar, sacudiendo la cabeza y moviéndose con la sinuosidad de una foca en el agua. Sigo con la brida en la mano, soportando el asco y el hedor que emana de ella.

—Ni se te ocurra hacer eso cuando esté montada en ti —le digo, y las cabriolas del kelpie llegan a su fin.

La amplísima sonrisa y los dientes, tan relucientes, tan numerosos, reflejan el sol de la tarde. Echa a andar hacia mí, y de repente el sonido de sus pasos es terriblemente estrepitoso, o eso me parece. Se detiene frente a mí; no pienso correr ni darle la espalda. Ha prometido no comerme, pero no ha dicho nada de matarme. Agarro con

fuerza el cuchillo y separo los pies para ganar equilibrio. Extiende una mano hacia un lado, repite el gesto con la otra y se dispone a hacer la reverencia más elaborada hasta el momento, con florituras y una danza de cascos.

—Tienes mi gratitud, hija de sal. Te he prometido que no te haría daño y mi palabra es mi juramento. —Se incorpora—. Y también te he prometido un favor.

—Pues sí.

—¿Querrías pedirme algo ahora? ¿O más adelante?

—¿Cómo voy a poder pedírtelo más adelante?

Señala con la cabeza la brida que tengo en la mano.

—Quédatela. Llévala a un arroyo o a un río, estés donde estés, y sacúdela bajo la superficie. Te oiré y acudiré.

—¿Sabes algo de un lugar llamado Aguasnegras?

Inclina su enorme cabeza, reflexionando.

—Jamás he oído hablar de ese lugar, lo prometo. Ni por mis comidas ni por los susurros que recorren el agua.

Me llevo una inexplicable decepción.

—Pues me llevaré esto. —Levanto la brida y cascabelea a pesar de la humedad—. Y te llamaré cuando te necesite.

—Y yo acudiré, hija de sal. De momento, alejémonos de este lugar; llevo aquí demasiado tiempo. Seguiremos la carretera. Hay una aldea llamada Puente de Lelant en la que encontrarás, como cabe esperar, un puente para cruzar este río.

—¿Esto? ¿Ya?

Levanto las bridas de mi pobre caballo, porque sé que estas cosas siguen un orden, funcionan de un modo determinado, ya sea para vincularse con alguien o para esclavizarlo.

—Un momento.

El kelpie da unos pasos atrás, se sacude, se estremece y tiembla. La silueta adquiere la suavidad del agua, y luego vuelve a ganar solidez y cuatro patas, igual de indiscutiblemente negras que el gris de mi montura sin nombre. Golpea el suelo con las patas, deja los ojos en blanco y da unos brincos ridículos, y no puedo evitar reírme. Es mucho más grande y hermoso que el semental de

Aidan, y yo siento un placer casi infantil al verlo.

Deslizo la brida alrededor de su gigantesca cabeza; apenas tardo unos instantes en colocar en su lugar la manta y la silla. Apoyo la frente sobre la suya, le acarició la nariz aterciopelada y susurro:

—Te prometo que te liberaré en cuanto pueda.

20

Viajamos hasta pasada una hora del crepúsculo; el kelpie parece disponer de unas reservas interminables de energía, aunque no sé si forma parte de su estado natural o si simplemente se debe al entusiasmo por haber escapado. Cuando ya está demasiado oscuro para ver, acampamos. O, más bien, yo acampo mientras él pace. Le pregunto si retomará su forma anterior, pero sacude la cabeza mientras continúa masticando una brizna de hierba; por lo visto, con esta otra forma disfruta bastante de este tipo de sustento. Me acabo lo que me queda de comida, pero no me preocupa demasiado; diviso Puente de Lelant en el horizonte. Me reabasteceré y quizá haré algunas preguntas. Puede que esté lo bastante lejos del alcance de Aidan —si es que se ha molestado siquiera en venir a por mí, porque quizá me doy más importancia de la que tengo— y no corra ningún riesgo. A nadie le importará lo que le pregunte ni irán a contárselo a otras personas.

Tal vez sea libre y no lo sepa.

¿Podré saberlo alguna vez?

Sigo oliendo el hedor húmedo de la brida del kelpie en mis manos, a pesar de que la he metido en el fondo del petate y de que me he lavado las manos en el río (con tanto esmero que el kelpie no me ha quitado ojo de encima, curioso). Daría lo que fuera por un baño en condiciones: agua caliente, una montaña de jabón, espuma y deliciosos aceites florales para la piel. Caigo rendida poco después de

comer.

Me despierto al sentir una lengua húmeda y áspera en la mejilla y la frente, y un aliento que hiede casi tanto como un aparecido que se ha pasado tres días al sol. Protesto y le doy un empujón a un morro peludo. Me siento y centro la vista: frente a mí, veo a un lobo de ojos azules y una mueca amplísima tras el velo de los rescoldos. Aún es de noche. La bestia parece joven, pero no hay nada en ella que me resulte amenazante; tiene la lengua fuera y jadea con el carácter amistoso de un perro, y parece estar pasándoselo bastante bien. Acto seguido, se monda los colmillos con una zarpa que ora es una mano, ora una zarpa. El kelpie está cerca, observando al lobo con aburrimiento, pero se aleja con parsimonia. Me gustaría pensar que, si realmente hubiera algún peligro, acudiría en mi ayuda, pero ¿quién sabe? En el suelo, delante de mí, veo tres florecillas silvestres, una rosa, otra roja y otra blanca.

A pesar de que la magia se haya reprimido en la mayor parte del mundo, eso no ha impedido que existan criaturas como nereidas, kelpies, rusalkas, troles y nixes, aparecidos o fantasmas. Simplemente se ocultan en las profundidades de los bosques y las montañas, en lagos y glaciares, en bodegas y espejos. Las brujas lo tienen más complicado para ocultar lo que son a medida que la Iglesia actúa con más y más agresividad contra todo aquello que no se ajusta a la norma. Además, es difícil saber a cuántas quemaron que de veras fueran capaces de echar maldiciones y cuáles eran, simplemente, mujeres que molestaban. Hubo una época en que se subestimaba a mujeres astutas como Maura. Cuidaban de la gente, el ganado y las plantas, pero poco a poco se decidió que no encajaban. No obedecían los deseos ni la voluntad de la Iglesia y sus príncipes. No tenían lugar en este mundo.

La bestia sigue contemplándome con la lengua fuera. Tiene un collar alrededor del cuello, con un saquito de cuero pendiendo de él.

—¿Estás maldito? —le pregunto con voz queda.

Recuerdo las historias que me contaba Maura sobre

mujeres y hombres a los que les salía pelo, a veces en noches de luna llena, o a veces cada siete años, en función de las normas de su aflicción. Maleficios conjurados por brujas o perros de Dios que utilizan la misma magia que las mujeres a las que prefieren quemar. En algunos casos, hay personas que deciden convertirse en estas criaturas, sobre todo mujeres, cuando eso significa verse liberadas de responsabilidades y de la vida en general.

—¿Que si estoy maldito? Algo molesto, quizá, por haber tenido que desviarme de mi camino —responde el lobo, antes de que su silueta se estremezca y el muchacho de la *troupe* ocupe su lugar. Ben. O al menos la parte superior, puesto que la inferior sigue cubierta de pelo. Se señala—. No llevo pantalones.

—Valoro el detalle, Ben. —¡Debería haberlo sospechado al ver las flores!—. Lo siento, no puedo ofrecerte nada de comida…

—No se preocupe, esto está lleno de conejos y son más lentos que yo. He comido como un rey.

El reloj de bolsillo me dice que solo es la una de la madrugada, así que lanzo algo de madera al fuego y lo reavivo hasta que vuelve a arder con viveza. Luego, le alargo mi abrigo al chico para que se cubra el torso desnudo. Me vuelvo a acurrucar en mi saco de dormir.

—Lo hemos encontrado —anuncia.

—¿El qué?

—El sitio que buscaba. Aguasnegras. —Sonríe de oreja a oreja—. Viviane y Ellingham han estado preguntando, con discreción, eso sí, por las calles y los carros, a tripulaciones de barcos y parroquianos de las tabernas, a cualquier persona con la que se cruzaran.

Trago saliva, agradecida pero preguntándome qué rastros habrán dejado tras de sí hacia mí, hacia ellos. Y, con todo, ¿qué alternativa hay? ¿Seguir vagando hacia el norte hasta volver a toparme con el mar? ¿El hielo? ¿Encontrar un agujero en el mundo en el que pueda esconderme?

—¿Y?

—Encontramos a un anciano en una las tiendas de un

callejón, un orfebre. No estaba del todo en sus cabales, también le digo; balbucía y hablaba con personas que no estaban allí, pero Ellingham lo conoce de hace tiempo. Le preguntó si había oído hablar del lugar. —Ben sacude la cabeza—. Puso la misma cara que el niño que conoce un secreto. Pero su hijo, que cuida de él y se asegura de que no le dé mal el cambio a nadie, y sobre todo que no le falte dinero a la tienda, le interrumpió en cuanto oyó «Aguasnegras». Nos dijo que ya iba tocando que nos fuéramos y que su padre necesitaba descansar. Oye, ¡que nos echó como si fuéramos unos pordioseros!

Ben pone un gesto de rencor, pero luego esboza una lenta sonrisa.

—Pero a nosotros no se nos engaña tan fácilmente; a fin de cuentas, somos actores, ¿no? Nos dedicamos a eso, a engañar a la gente. Así que decidimos no montar ningún jaleo y actuar como el que no quiere la cosa, y nos echamos a la calle sin llamar la atención, como a usted le gusta.

—¿Y?

—Bueno, pues esperamos, ¿no? —El muchacho lo dice como si fuera algo más que obvio y yo no fuera más que una idiota—. Media hora más tarde, el hijo se marchó y nos colamos de nuevo en la tienda. El viejo estaba solo, pero oíamos ruido en la parte trasera —la nuera, supongo—, así que procuramos hablarle en voz baja. Y se puso feliz como un cerdo en una cochiquera al ver otra vez a sus amigos. Levantó un dedo y lo meneó para que nos acercáramos. —Ben imita el gesto, y me inclino hacia él como por inercia —. Nos dijo que no había trabajado una plata más pura que la que salía de Aguasnegras.

Cierro los ojos y rezo una oración a quien me oiga; no soy nada quisquillosa.

—Pero también nos dijo que hacía un tiempo que no le llegaba ningún envío.

—¿Y qué significa exactamente «un tiempo»?

—No lo tenía claro. —Ben se da un golpecito en la frente—. Ellingham le preguntó dónde podíamos encontrar aquel lugar y él dio una especie de saltito y se rio. Nos dijo

que era imposible encontrarlo en los mapas, porque la idea era que nadie supiera dónde estaba.

—Aaaah. ¿Y entonces cómo voy a saber si os dijo la verdad o simplemente os estaba escupiendo fantasías suyas?

Apoyo la cabeza en las manos. Es evidente que debería haber sido algo más quisquillosa con las oraciones.

—Bueno —responde Ben, arqueando las cejas—. Supongo que no hay forma de saberlo. Pero dibujó esto.

El muchacho se lleva la mano al saquito que le cuelga del cuello, lo toquetea hasta abrirlo y extrae un rollo tenso de pergamino. Lo despliega y me lo entrega, con muchísimo cuidado al pasar por encima del fuego. Entrecierro los ojos ante el grueso papel a la luz amarilla y titilante de la lumbre. El trazo es muy limpio, sin duda, y muestra un mapa. Veo Vega del Bell y otros muchos lugares por los que he pasado a lo largo de estos últimos días. Está el cruce del cadalso con la palabra «fantasmas» escrita con pulcritud al lado, y pienso en lo útil que me habría resultado hace unos días. Me pregunto cuánto tiempo llevaban muertos aquellos hombres, cuánto aguantaron sus cadáveres el embate de los elementos hasta que los quemé. Me pregunto de quién sería la magia que los retuvo allí tantísimos años. Aparece la aldea inundada, aunque el puente sigue intacto en el mapa. Advierto a Ben al respecto; si la *troupe* viaja alguna vez por la zona, tendrán que buscar otro sitio por el que vadear el río.

Lo más importante es que voy en la dirección correcta. Según el kelpie, cruzaremos mañana por Puente de Lelant y luego seguiremos el sendero que conduce hasta las montañas. En el mapa, han dibujado una magnífica casa junto a una extensión de agua y el nombre Aguasnegras escrito a su lado con la más pulcra de las caligrafías. Alrededor de la finca, delimitándola, veo lo que parece ser un seto (¿se ha molestado en dibujar cada hoja? Sí, sí se ha molestado). Y un árbol al otro lado, con un rostro (de sexo indeterminado) tallado en el tronco.

—Gracias, Ben. Muchísimas gracias.

Echo un último vistazo al mapa y me lo guardo en el

bolsillo del pantalón, antes de rebuscar en el petate hasta dar con la bolsita que contiene las últimas joyas que no están cosidas al forro del abrigo. El pendiente que hace pareja con el que dejé bajo la almohada de Viviane destella a la luz de la lumbre cuando se lo lanzo al muchacho. Ben lo atrapa en el aire y lo levanta para ver las llamas reflejadas en las facetas.

—No se crea que a Ellingham le hizo mucha gracia encontrarse el que le dejó a Vivi. —Deja escapar una carcajada—. Pero al resto sí. Nos alegra tener algo guardado por si pasamos una mala época, aunque el viejo sea demasiado orgulloso como para aceptarlo. Dice que guardar cosas es de mal agüero, como si fueras a atraer la mala suerte a tu vida.

—Escóndelo hasta que lo necesitéis.

Se lo guarda en el saquito que tiene alrededor del cuello y se asegura de que todo esté a salvo antes de darle unos golpecitos.

—De aquí no se mueve.

Nos sonreímos, y poco después esboza una expresión pícara y añade:

—Aunque sí percibí algo extraño.

—¿El qué?

—Bueno, pues que Ellingham estuvo preguntando por ahí como le he dicho, pero ese día estaba buscando un relojero para que le echara un vistazo a Delphine.

Se me hace un nudo en el estómago y tengo la sensación de que la garganta se me va a cerrar. Recuerdo estar tumbada junto a ella y el momento en que presioné un botón o algo por el estilo, y el clic que noté bajo la palma de la mano. No admito que fuera culpa mía, pero sí espero no haber roto nada… Despego los labios para ofrecer una explicación, una disculpa, pero su expresión de júbilo me detiene. Si hubiera estropeado a la autómata, no me miraría así, ¿no?

Así que, en vez de eso, digo:

—¿Por qué?

—La noche después de que se marchara, la sacamos al

escenario como tantas otras veces. Iba con el elegante vestido nuevo que Vivi le cosió, y, si me lo permite, estaba exquisita. Nuestra Delphine se puso a cantar su canción, como siempre, pero después de que el aplauso cesara y mientras nos preparábamos para guardarla, como siempre, empezó a hablar. El momento no podía ser más oportuno, la verdad, porque parecía que hubiera esperado a que todo el mundo creyera que ya había terminado. Pero empezó a contar un cuento, pero no con su voz, ¿sabe? «Tenía dieciséis años cuando me arrancó del mar…»

—Ay, madre. ¿Ellingham se ha enfadado?

—¿Que si se ha enfadado? Está que no cabe en sí de alegría por poder ofrecer algo nuevo. Al final, así es como encontramos también al anciano orfebre; Ellingham estaba buscando un relojero por la calle para ver si podía descubrir la forma de que añadiera algo distinto a su repertorio.

Me rio, aliviada.

—Cuando estaba en la caja con ella, le apreté el pecho por accidente… Me conté aquella historia a mí misma para relajarme. Espero que Ellingham no la rompa por culpa de sus ambiciones.

—No sufra. El relojero no se atrevió a tocarla, dijo que era demasiado valiosa y que no podía prometer que fuera capaz de volver a armar a Delphine. —Se encoge de hombros—. Ellingham ya está más que satisfecho con su cuento. A la audiencia le encantó, y su voz mantenía toda la atención.

—¿Y si me acompañas? —le pregunto—. Aunque solo sea una parte del camino.

—No —responde Ben con una reticencia que hace que no me sienta tan mal—. No, señorita Molly, llevo demasiado tiempo buscándola. ¿Qué haría Ellingham sin mí?

En eso tiene toda la razón.

—Vale, pero duerme aquí esta noche, descansa un poco.

—Eso sí.

Poco después, los párpados empiezan a pesarnos. Yo he

ido a caballo, pero Ben ha estado corriendo a grandes zancadas para alcanzarme. Necesita dormir.

—Buenas noches, Ben, que descanses.

—Buenas noches, señorita Molly.

* * *

Por la mañana, ya no está.

Estoy tapada con mi abrigo y ha apagado el fuego con cuidado. He dormido hasta tarde a pesar de la brillante luz de la mañana, pero el peso de los últimos días y la carga de la esperanza que me produjo el mapa han podido conmigo. Tardo en levantarme y tardo en ponerme en marcha. Le doy un golpecito al kelpie y le digo que su viaje —nuestro viaje— tiene un destino concreto a la vista. Resopla.

Llegamos a Puente de Lelant a primera hora de la tarde, y me encuentro con una aldea de un tamaño decente. Hay un dique bajo el puente que da nombre al lugar, donde el agua discurre con fuerza en dirección al punto en que conocí al kelpie. En el mercado, le pregunto a la mujer de la parada del pan cuál es la mejor posada para una mujer que viaja sola, y me dirige a la Venganza de la Doncella. Es más pequeña que la mayoría de las hospederías por las que paso, pero la ventaja es que hay menos huéspedes, las habitaciones son más grandes y dispone de baños privados; además, por un puñado adicional de fragmentos de oro puedo pedir que me laven la ropa. Dejo al kelpie en manos del mozo del establo de la posada. Antes de marcharme, le susurro y recuerdo a mi montura que el deber le obliga a no comerse a nadie aquí. Aparta la cabeza como si pensara que le estoy faltando al respeto.

Beck, la propietaria canosa y de dedos rápidos, es lo suficientemente educada como para dedicarme solo una ceja arqueada —ropa de hombre, a estas alturas bastante mugrienta, y no debo oler nada bien— antes de guardarse el dinero que le ofrezco en un abrir y cerrar de ojos y acompañarme con gusto al piso de arriba. La habitación es muy luminosa, con una colcha de retales en una cama alta, una silla junto a la ventana de cristal colorido y

emplomado, una pequeña chimenea, una mesa por si decidiera comer aquí (hay un comedor en la planta de abajo para aquellos que prefieran no estar solos) y una enorme bañera. Abre los grifos sin siquiera preguntarme, es generosa con los aceites perfumados de la estrecha balda que hay encima de la bañera —ante lo que me esfuerzo al máximo por no ofenderme—, me promete que pronto me subirán comida y me deja con mis cosas. Sigo a remojo tras más de media hora cuando oigo un golpe en la puerta. Una muchacha guapa me deja una bandeja con nerviosismo y se lleva mi ropa sucia. Me quedo mucho tiempo en la bañera, lavándome el pelo, abriendo el grifo del agua caliente de vez en cuando y cogiendo comida de la bandeja (quesos, fruta, carne).

Cuando por fin me noto limpia —y con un aspecto sorprendentemente parecido al de una pasa—, me meto en la cama a media tarde, deleitándome con la sensación de las sábanas de algodón recién almidonadas, un colchón en condiciones y unas almohadas que nada tienen que ver con mi abrigo enrollado. Duermo hasta que el sol se pone y una chica diferente —simpática y oronda— llega con más comida (jamón cocido, puré de nabo y una tartaleta de crema). No debería tener hambre, pero sigo comiendo; agradezco cualquier cosa que no sea pan, cecina y manzanas robadas. Cuando ya estoy completamente atiborrada, me pongo la muda limpia que llevo en el petate (aunque una parte de mí daría lo que fuera por un vestido, aunque solo fuera un rato, y que eligiera yo), me recojo el pelo húmedo y dejo que me caiga por la espalda, y me echo a la calle.

Hay mercados nocturnos, personas comerciando con ollas, sartenes y comida, alcohol y cuchillos, sombreros, zapatos, muñecas y perfumes. Aun así, no tiene nada que ver con Breakwater. Sacudo la cabeza para despejarme. Paso por delante de una fuente con lobos saltarines en el borde, procurando no perderme ningún detalle. Hay malabaristas y tragafuegos en la plaza mayor, cantantes y músicos que los acompañan. Lanzo fragmentos de plata a

los sombreros que han colocado en el suelo. Percibo una sonrisa en mi rostro y una ligereza que no acaban de ser mías y sé que no durarán, pero decido disfrutarlas mientras pueda.

Aguanto un tiempo, pero al final empiezo a incomodarme. Caigo en la cuenta de que el desasosiego de tener los ojos de otra persona clavados en mí; me están vigilando. Apenas soy capaz de contenerme y no girar sobre mis talones hasta dar con el culpable y dejarle claro que soy consciente de su presencia. Empiezo a desandar el camino a través de las multitudes que aún abarrotan la plaza y las calles colindantes a pesar de la hora, me escabullo por callejones, corro de un escondite encontrado a la desesperada a otro, aguardo en las sombras, pero no parece que me siga nadie. Cuando consigo llegar a la posada, todavía no me he quitado de encima la sensación de que alguien me observa, y no puedo evitar recordar que la última vez que me sentí así fue en aquellas horas frías y oscuras que pasé en el mercado de los asesinos de Breakwater.

La muchacha nerviosa está doblando ropa limpia en una habitación anexa a la recepción, así que le comento si ha venido alguien preguntando por mí. Parece sorprendida, pero no es lo bastante maleducada como para preguntarme: «¿Pero quién va a preguntar por usted?».

—No, señorita —se limita a decir, y me entrega mi camisa y pantalones limpios.

Le doy las gracias y subo a mi habitación, abro la puerta y entro, antes de echar rápidamente el cerrojo. Me apoyo, primero la frente, contra la madera y respiro hondo durante varios segundos.

Al oír la voz, casi se me para el corazón.

—Buenas noches, señorita O'Malley.

Me giro y la busco. La ventana emplomada está entreabierta, con los colores muertos contra el cielo nocturno. Veo mi petate sobre la cama, abierto y vaciado. Y una silueta oscura en la penumbra junto a la lumbre. Da un paso al frente, hacia la luz, y veo el rostro del criado, del

hombre de ojos verdes con el que me relacioné brevemente y que, si no ando muy errada, asesinó a Aoife.

21

Cuando me vuelvo hacia la puerta y manoseo la cerradura, él se ríe.

—Ay, señorita O'Malley. Me tendrá encima antes de que se dé cuenta.

Me obligo a quedarme inmóvil, con los labios muy apretados, para evitar la indignidad de que me retenga. Tengo miedo, pero también estoy enfadada; pensaba que me habría alejado bastante, que había sido suficientemente lista. Tomo aire, me giro y le hago frente.

Va vestido de negro de pies a cabeza: pantalones, camisa, cinturón de armas, chaleco, capa. Lo único que destacan son los ojos, de un verde claro, en su tez canela. Habrá caminado entre las sombras desapercibido. Levanta el cuchillo de plata de mi bolsa y lo agita para llamar mi atención.

—Y ahora, lánceme a los pies todas esas armas nuevas, si es tan amable. La que veo en su cinturón y la que tenga oculta vaya usted a saber dónde.

—¿Cómo lo sabes?

—Se me da muy bien mi trabajo, señorita O'Malley. —Al ver que vacilo, suspira—. Lo último que quiero es hacerle daño, señorita O'Malley, ya que tengo órdenes estrictas de devolvérsela intacta a su prometido. —Se examina las uñas de la mano derecha con indiferencia—. La mercancía dañada afecta al pago. Repito: las dagas.

—Teniendo en cuenta que mi prometido es tu jefe, yo

diría que ya has dañado la mercancía —replico, con la esperanza de que mi tono no delate lo nerviosa que estoy.

Saco las hojas y las empujo hasta sus pies; no tiene sentido que las intente lanzar, me falta habilidad.

Él sonríe.

—Y fue todo un placer, pero creo que lo mejor es que su primo nunca llegue a enterarse. Saldríamos los dos muy mal parados.

—Está claro que no me conoces en absoluto si crees que me importa lo que piense de mí Aidan Fitzpatrick. —Inclino la cabeza—. De hecho, es probable que se lo cuente si con eso consigo sacarlo de quicio.

Él inclina la cabeza hacia el otro lado y me observa con la intensidad del halcón que persigue un ratón.

—Pero seguro que quiere seguir viva un poco más, ¿verdad? No me parece a mí que su prometido sea un hombre… tolerante.

—No, pero, hasta donde yo sé, no puedes tener hijos con una mujer muerta. —Este hombre no tiene por qué saber para qué necesita Aidan a mis hijos. Le formulo una pregunta cuya respuesta probablemente ya conozca—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él?

Hace un gesto con ambas manos, indicando un período indefinido de tiempo.

—No demasiado, unos cuantos meses. Voy haciendo trabajillos aquí y allá, en otras ciudades, lugares en los que sus intereses comerciales podrían avanzar si desaparece uno o dos rivales. Soy nuevo en Breakwater, verá…

—Me da igual. No somos conocidos que nos hayamos visto en una tertulia. No me está invitando a bailar.

—No, ni mucho menos. Si no me falla la memoria, en su momento nos saltamos esa parte.

Vuelve a sonreír y yo siento el impulso de hundirle los pulgares en los ojos y vaciarle las cuencas.

—¿Asesinó a mi abuela? —le pregunto con voz queda y unas palabras que casi duelen al subirme por la garganta y emerger de mi boca.

Él ladea la cabeza y hay algo regio en el

reconocimiento; un rey entre los asesinos.

—¿Y Aidan también le pagó para que hiciera eso?

De nuevo, el mismo gesto de confirmación, esta vez con una sombra de culpa.

—¿Por qué? —le pregunto, pero lo único que soy capaz de articular es un quejido infantil.

Me duele aunque Aoife me vendiera, aunque raramente fuera buena conmigo. Estaba ahí. Estuvo ahí toda mi vida. Era mi familia, mi sangre, mi pilar, y es difícil olvidarse de eso a pesar de las circunstancias, resulta imposible que todo se disuelva tan rápido y acabe arrastrado por una corriente de odio. El amor es un anzuelo y la familia el sedal al que está atado. Penetra hondo y a veces al intentar extraerlo se inflige más daño del que se haría simplemente dejando que creciera una cicatriz encima de la obstrucción.

Se encoge de hombros y yo me enfurezco al pensar que alguien sea capaz de desestimar con tanta facilidad a Aoife O'Malley.

—Nunca pido motivos. Uno no se puede permitir tener escrúpulos en este oficio, porque no comería. Simplemente acepto el pago.

Sacudo la cabeza.

—¡Pero es que ya había cerrado un trato con Aoife! Ella accedió a todo. ¿Qué más podía ganar matándola?

Vuelve a encogerse de hombros y yo empiezo a ver una corriente roja alzándose ante mis ojos. Me muerdo el interior de las mejillas para no gritar, y me tapo el rostro con las manos mientras él habla.

—El señor Fitzpatrick es un hombre impaciente. Trabaja con una serie de personas que son igual de impacientes, si no más. Suelo encontrarme con que cuando la gente cierra más de un trato, a veces las exigencias de uno sobrepasan a las de los demás.

—¿Y eso qué significa? —pregunto a través de los dedos, pero pienso en los comentarios de Ellingham sobre Bethany Lawrence, sobre cómo cambió Aidan cuando comenzó a tratar con ella.

—Significa que el pez grande se come al pequeño.

Aparta la silla que hay bajo la ventana y se sienta con un suspiro, como si fuera una ama de casa que se ha pasado el día deambulando por los mercados. Me hace un gesto para que haga lo mismo, y me siento al borde de la cama.

—¿Cómo me ha seguido el rastro desde Rompeolas?

Si me lo confiesa, quizá aprenda algo de cara al futuro; porque, ay, me volveré a escapar a la primera de cambio.

Arquea una ceja y sonríe.

—¿Teme que el señor Fitzpatrick descubra quién la ha ayudado?

—Sí —admito—. Mis amigos no merecen que les hagan daño por haberme echado una mano.

Hace un gesto con la mano.

—No sufra. Yo nunca revelo mis fuentes; no tiene sentido que airee los secretos del oficio. Y, de todos modos, mis clientes no me pagan para eso. Su señor Ellingham y su gente están a salvo… así como la señorita Brigid.

—Por los dioses, no le digas nada sobre Brigid, por favor.

Por alguna razón, estoy segura de que no sobreviviría. «Vaya, vaya, Miren O'Malley —pienso—, cómo has cambiado.»

—Lo juro por mi honor. Pero sí me gustaría informarle de que no fui el único que las vio aquella noche deambulando por las lóbregas calles de Breakwater.

Intento respirar a un ritmo regular. Si el asesino me lleva de vuelta, no habrá razón para que Aidan descubra el resto. Me hará preguntas, por supuesto, querrá saber quiénes han sido mis aliados para poder borrarlos de mi vida. ¿Cuánto podré aguantar antes de suplicarle que deje de hacerme daño? Otro pensamiento me ocupa la mente.

—¿Y qué ha pasado con…?

—¿Los ancianos del Edén? —El rostro se le ensombrece—. Eso es harina de otro costal. —De repente, parece reacio a hablar—. Señorita O'Malley, lo que puedo decirle es que escogieron su final. Eso debería servirle de consuelo, aunque no sé hasta qué punto.

—¿Qué…?

Intento tragar, pero no tengo suficiente saliva en la boca ni el cuerpo. Ni siquiera un lago entero podría hidratar mi garganta reseca en estos momentos.

—Tomaron veneno. Según me han dicho, las doncellas los encontraron la mañana siguiente a que os marcharais.

—No…

Pienso en Aidan y en que quizá lo orquestara todo, pero el hombre de ojos verdes parece leerme el pensamiento en el rostro.

—El señor Fitzpatrick me lo contó cuando me envió a por usted. Estaba hecho una furia por no haber tenido la oportunidad de interrogarles sobre su paradero. Juzgo bien a los hombres, señorita O'Malley. Sé cuándo mienten. La ira de su primo delataba su verdad.

Pienso en Maura y en todas las pociones que guardaba en la alacena, las tinturas e infusiones que preparábamos juntas. Las lecciones que me impartió, plantando y recolectando en el jardín de la cocina, recogiendo otras cosas que crecían solas a lo largo de la costa, o bajo la superficie de aguas saladas o dulces. Recuerdo las hierbas que podían quemar el frío que sintieras, aliviar una migraña, hacer que durmieras durante semanas, proporcionarte sueños felices o asegurarte que olvidaras por completo el día a día. Pienso en Maura tomando la decisión de cómo marcharse de Edén del Trasgo, y que jamás habría permitido que nadie decidiera por ella. Pienso en Malachi, quien nunca se habría ido, no estando su esposa y su bebé enterrados allí, no cuando había vivido allí la mayor parte de su vida. Y no se habría ido sin su hermana, por mucho que discutieran y se insultaran, por mucho que se incordiaran. Ninguno de los dos habría abandonado jamás al otro. Una última copa, un último *whiskey* con limón para mantener a raya el frío, antes de dormir por toda la eternidad.

—Por si le sirve de algo de parte de alguien como yo, lo siento. —El hombre de ojos verdes se ha colado en mis pensamientos—. Y ahora, señorita O'Malley, creo firmemente que deberíamos marcharnos antes de que

rompa el día. La luz del sol les da demasiado poder a los posibles testigos, y quién sabe lo que sería capaz de hacer usted si creyera que pudiera ganarse la compasión de algún viajero aguerrido. —Señala la soga enroscada en el suelo, junto a su silla. La echaba de menos—. ¿Tengo que atarla? ¿O me obedecerá sin rechistar?

—Obedeceré sin rechistar. —Me pregunto si es igual de idiota que Aidan como para creerse mi aparente derrota—. ¿Acaso tengo otra opción?

Hace un gesto hacia la cama en la que estoy sentada y sonríe.

—Bueno, podríamos pasar la noche aquí, la habitación ya está pagada. La última vez no fue del todo desagradable, ¿verdad?

Percibo una cierta necesidad en su propuesta; parece estar bromeando, pero en el tono hay una capa de incertidumbre.

—No del todo, no. —Me ruborizo y sonrío, antes de soltar una carcajada—. Y ponerle otra vez los cuernos a Aidan tiene su punto.

—Sabe que la vi, ¿verdad? —dice, casi vacilando.

—¿Dónde?

—En Breakwater, cuando se paseó por el mercado de los asesinos con los ojos como platos, sin perderse un detalle, abrumada por el potencial de la muerte de otros. Estaba… radiante.

Quiero negarlo, pero sí sentí una cierta fascinación por lo que observé aquella noche.

—La estuve vigilando un buen rato, luego la seguí, y después se marchó y yo tenía que cumplir un encargo. —Sonríe—. Imagínese cómo me sentí al verla de nuevo en la casa del señor Fitzpatrick y acompañarla hasta Edén del Trasgo…

«Y encontrarte caliente, dispuesta y descocada», pienso. Dejo caer el abrigo de mis hombros y me desabrocho la camisa hasta que también se desliza por mi cuerpo.

Él se levanta y echa a andar hacia mí.

¿Por qué todos creen que soy inofensiva?

Tal vez juzgue bien a los hombres, pero es un negado absoluto cuando lo que tiene delante es una mujer. Sabía que había comprado unos cuchillos, sí, pero ignora el cortaplumas de madreperla de Óisín, oculto en lo más profundo de mis bolsillos, y ni me imagino lo que debe sorprenderle que lo degüelle con él mientras me besa. Emite un sonido espantoso; me apresuro a taparle el cuello con mi camisa para evitar que la sangre salpique demasiado, pero no lo suficiente como para cortar la hemorragia y salvarlo por accidente. Observo cómo la tela blanca se va tiñendo de carmesí, y me pregunto si todo ese rojo podrá llenar el agujero que antes ocupaban Maura y Malachi…, de saber lo que hicieron para protegerme…, un regalo, una carga y una pena que jamás seré capaz de devolverles, ceder ni olvidar.

Tiene los ojos como platos y verdísimos. Y veo ira, miedo y desconcierto. El rey de los asesinos derribado con tan poca clase por una mujer y un cuchillito.

—La vida —le digo mientras me siento en la cama para verlo morir— es una caja de sorpresas.

* * *

Mientras rebusco en sus bolsillos caigo en la cuenta de que no me ha llegado a decir su nombre, pero no me genera mayor tristeza. Sirvió su propósito. Me ha dado una de cal y una de arena. Y está muerto. Tiene un monedero a rebosar de monedas —cojo dos terceras partes del contenido— y un collar de oro, que dejo donde está. Nadie puede reclamar la propiedad de unas monedas, pero ¿una pieza única de joyería? Sería lo mismo que entregarse al alguacil o a los soldados de la zona.

Cuando termino, lo arrastro hasta la ventana; pesa, pero soy una O'Malley, somos altos y fuertes, y me he pasado la vida haciendo trabajos físicos por Edén del Trasgo cuando no podíamos permitirnos contratar a nadie. Lo levanto y, después de comprobar que no hay nadie en el callejón embarrado, lo arrojo por el alféizar, empujándolo con fuerza para que no deje manchas en los muros del

edificio que puedan delatar de dónde cayó. Me aseguro de que el alféizar esté impoluto, y limpio el suelo de madera con una toalla; es fácil culpar a mis ciclos mensuales. A continuación, me siento un momento. Podría quedarme. Podría pasar aquí la noche, levantarme y comer con tranquilidad. Pero ¿y si alguien encuentra al hombre de ojos verdes y decide interrogar a los huéspedes de la posada? Pero ¿y si me voy ahora y alguien decide preguntar en la posada qué huéspedes había y dónde están ahora? ¿Cuál se marchó precipitadamente? Bueno, eso levantaría sospechas.

Vuelvo a llenar la bañera y me lavo para asegurarme de que no haya ni un solo rastro del muerto sobre mí. Escondo la ropa ensangrentada en el fondo de mi petate —me costaría demasiado limpiarlas sin sosa cáustica— y compruebo que la ropa lavada que me ha devuelto la doncella no tenga manchas.

¿Me quedo o me voy? ¿Me voy o me quedo? Vacilo unos instantes.

Pienso en las veces en que Aoife me enseñaba a mentir, a afrontar las cosas con descaro. A aparentar inocencia cuando era culpable. Y en lo bien que se me acabó dando como para engañarla incluso a ella. Que las mentiras no disten demasiado de la verdad; no proclames tu inocencia, tan solo aparenta que te duele que alguien te cuestione; levanta sospechas sobre otra persona como quien no quiere la cosa, para no parecer demasiado ansiosa por desviar la atención hacia otro lado.

Lanzo una moneda en mi cabeza.

Me quedo.

Me quedaré hasta el amanecer. Rezo mis oraciones, de nuevo a quien quiera escucharlas, para que me permitan continuar mi camino. Eso, a fin de cuentas, no ha sido un asesinato, sino un acto de justicia. El hombre de ojos verdes tenía las manos manchadas con la sangre de Aoife; la estranguló, ni siquiera se molestó en ofrecerle el compasivo filo de un cuchillo afilado o la generosidad de un veneno.

He hecho lo que debía hacer.

Vuelvo a guardar todo lo que el asesino ha esparcido por la colcha antes de meterme en la cama y llorar ante la idea de los cuerpos de Malachi y Maura fríos e inertes bajo la tierra de Edén del Trasgo.

22

No duermo, o no demasiado —a rachas, quizá, como la sangre que brota de una garganta—, antes de levantarme ojerosa y abatida. Las cuatro personas que me criaron ya no están, han muerto todas. El agujero que se me abrió en las entrañas anoche no parece haber encogido. El asesinato —no, la venganza— no me ha generado ningún placer (aunque tal vez sí una cierta satisfacción); debía hacerlo. Venganza, supervivencia, justicia. Un poco de las tres. Y, sin embargo, no ha llegado a tocar el borde del abismo, ni siquiera cuando me he precipitado hacia el pozo de mi ser, ni siquiera ha hecho eco al caer.

Y, con todo, el cuerpo sigue pidiéndome que lo alimente y sería una insensatez negárselo. Desayuno temprano en el comedor de la posada porque no me veo capaz de permanecer más tiempo en la habitación. Gachas templadas con mantequilla, una tostada y un café caliente aromatizado con vainilla y canela. La posadera, Beck, se encarga de reabastecer mis provisiones por unos fragmentos de plata adicionales. También me cuenta, mientras me rellena el café, que ha aparecido un cadáver misterioso en el callejón que hay junto a la posada. Con los ojos como platos, le formulo preguntas cuya respuesta conozco, aunque ella no lo sepa, como si las dos ignoráramos lo mismo.

—¿Hombre o mujer? —le pregunto, pensando que Aoife estará orgullosa de esta ágil mentira.

—Hombre. Y guapo, oiga, antes de que le cortaran el cuello.

Se endereza y pone un brazo en jarras como si se estuviera preparando para una buena charla.

—¿Quién era?

—Nadie lo sabe. No era huésped nuestro, y hasta ahora nadie ha admitido que lo hubiera visto o le hubiera alquilado una habitación. Parece que apareció donde murió, como por arte de magia.

Se ríe con cinismo.

—No habrá brujas por aquí, ¿no? —pregunto, e intercambiamos sendas miradas. «Hay brujas por todas partes —responde sin palabras—, pero mejor que sigan ocultas y sin quemar.»

—¡Degollado! —exclamo—. ¿Fue un robo?

—No, porque le dejaron las joyas de oro, y seguía teniendo algunas monedas encima. Que no digo que no haya criminales en Puente de Lelant —me confiesa—, pero ¿matar a un hombre y no robarle sus posesiones? A mí me parece más personal que otra cosa.

Arqueo una ceja y digo:

—Y eso indica que al menos una persona de esta ciudad lo conocía. A menos que…

Espera a que continúe; la emoción por un crimen así es claramente su momento álgido del día; los rumores y las habladurías pueden tener ese efecto.

—… a menos que haya un loco suelto. ¿Quién sabe qué más podría ocurrir?

Se lleva una mano al pecho y se estremece.

—¡Que los dioses no lo quieran!

—Qué horror terminar así tu vida —reflexiono—, sin que te reconozcan las personas que te encuentran y quizá dejando atrás otras que jamás conocerán tu destino.

La posadera asiente y me da unos golpecitos en el hombro. Un grupo de huéspedes baja taconeando por las escaleras y entran en el comedor, y, tras confirmarle que estoy a punto de acabar, ella dirige la atención hacia los recién llegados.

Termino de desayunar sin contratiempos. Nadie me importuna, aunque el grupo de seis hombres sí me mira de vez en cuando. Soy claramente una mujer, por mucho que lleve puestos unos pantalones y el pelo recogido con remilgo. Cuando me he despertado, he examinado con detenimiento el mapa que trajo Ben consigo y he memorizado cada camino y giro, mientras recordaba cómo insistió el viejo orfebre en que se suponía que nadie debía conocer Aguasnegras. Eso explicaría la falta de señales en los caminos, de anotaciones en otros mapas, de que sea un lugar que exista en los recuerdos de la gente. Y explicaría por qué Isolde no le dio a su padre la dirección para que les escribiera. Una finca entera mantenida en secreto…

Esta mañana, cruzaré el puente sobre el kelpie y me dirigiré hacia territorios desconocidos. Bueno, siendo honesta, es lo que llevo haciendo ya semanas, pero tengo la certeza de que a partir de ahora avanzo hacia algo viejo y nuevo: mis padres.

Sin recuerdos de ellos, creyéndoles muertos durante tanto tiempo. Isolde y Liam Elliott. Madre y padre. Y, sin embargo, solo soy capaz de pensar en mi madre, En realidad, siempre he querido saber más sobre ella, pero mi padre era simplemente… ¿irrelevante? Me parezco a Aoife e Isolde, me parezco a todos los O'Malley puros… pero ¿qué aspecto tendrá mi padre? ¿Tengo algo suyo en la cara? «Muchacho apuesto», me dijo Malachi, pero eso no me sirve de nada. ¿Tenía los ojos azules o marrones, amarillos o grises? ¿O quizá de un tono verde claro, de esos que parece que puedan verte por dentro?

Me abandonaron.

No puedo evitar recordarlo. Me abandonaron como una moneda de más, como algo que no querían. Me abandonaron como una extremidad masticada por una trampa.

¿Me recibirán? ¿Les caeré bien? ¿Me querrá Isolde?

* * *

El puente es de madera y los tablones emiten un sonido

hueco bajo los cascos de mi montura. Los siento resonar en el pecho. Echo un vistazo por encima del pasamanos hacia el río que discurre por debajo; fluye por debajo del dique a gran velocidad, generando espuma. No hay ni rastro de cabezas o colas, ni nereidas, ni rusalkas, ni morgens ni nixies —tan solo el kelpie que tengo debajo—, únicamente el líquido que solo perturban los más maliciosos de los peces. Tal vez las haya dejado atrás. Quizá las nereidas no puedan, o no quieran, entrar en aguas tan dulces, sin sal en su composición. Quizá enfermen y se debiliten cuando se las priva de esa sustancia. O quizá se hayan cansado de mí, sin más.

Así que continúo hacia el norte. ¿Durante cuántos días? Quién sabe; el mapa no tiene escala. Pero puedo buscar ese árbol, el que tiene un extraño rostro tallado en el tronco y que con tanta maña dibujo el orfebre.

«Un único árbol en todo un bosque», pienso.

¿Y si todo esto es un error? ¿Y si no son más que patrañas? ¿Y si el orfebre estaba como un majadero y estoy siguiendo un camino trazado por sus fantasías dementes? ¿Adónde iría? ¿Dónde me ocultaría? ¿Enviará Aidan a alguien más a por mí? ¿Asumirá que su asesino no ha podido encontrarme? ¿Que ha decidido huir conmigo? ¿Que lo he matado? ¿Quién sabe? No puedo escribir a Brigid para preguntárselo. No tengo forma de saber si a Brigid le entregan sus cartas o si Yri, Ciara o quien sea se las hace llegar primero a Aidan.

El sonido de mi paso se transforma cuando los cascos de la bestia abandonan el puente y tocan la tierra comprimida del camino. El ritmo sigue igual, pero amortiguado, seco, atenuado, y el eco que notaba en el pecho cesa. Me inunda una sensación de calma.

Aguasnegras. Aguasnegras es mi destino, al menos de momento. Allí me esperan algunas respuestas. Mis padres. Secretos. Secretos que son míos, no los secretos de segunda mano con los que me topé y robé. Toco la campana de a bordo de plata que llevo en el cuello; noto un hormigueo en la cicatriz abultada de la cadera, como si me ardiera. Poco

después, la sensación desaparece.

Hacia delante, pues; es la única posibilidad.

* * *

El camino asciende progresivamente cada día que pasa, y las temperaturas se desploman por la noche, aunque los días siguen siendo cálidos. Los bosques ganan espesura cuanto más subimos y las ramas van invadiendo la carretera hasta crear un techo forestal. De vez en cuando, una ardilla o un zorro cruzan a toda velocidad por delante de nosotros y el kelpie los observa pensativo. Le he preguntado más de una vez si quiere regresar a su forma real y salir a cazar algo más sustancioso que la hierba, pero lo niega con la cabeza. Sospecho que prefiere soportar estas incomodidades hasta que alcancemos mi objetivo, en lugar de ir cambiando entre las distintas formas.

La mañana del cuarto día, me despierto tiritando y descubro que el fuego se ha apagado demasiado pronto y que el kelpie me fulmina con una mirada de reproche; es evidente que se está arrepintiendo de nuestro trato. No se ha movido del lugar donde estaba anoche, bajo un árbol. Como en la silla, guiándonos por el camino, que se va estrechando más y más y cada vez parece menos cuidado; el sotobosque se extiende y se entrelaza, alfombras de musgo verde cubren troncos caídos y bayas de un color rojo y púrpura intenso crecen con fuerza, aunque sé lo suficiente como para no comérmelas.

Cuanto más avanzamos y más descuidada se vuelve la carretera, más convencida estoy de que esta ruta no ve demasiados viajeros. No puede haber carros yendo y viniendo de Aguasnegras, llevando suministros y cargando con la plata, o al menos no por aquí. Quizá la envíen a otra parte.

Hasta ese momento no caigo en la cuenta de que no sé lo que hay después de Aguasnegras. El mapa es un esquema simple, sin indicaciones de lo que espera más allá de los límites septentrionales de la finca. ¿Qué habrá? ¿Qué caminos descenderán por el otro lado de esta cadena de

montañas?

«Quizá —me dice una vocecilla en mi cabeza— Aguasnegras no exista.»

Hace cuatro días que no veo a nadie y, a diferencia del primer tramo de mi viaje, no ha sido porque esté evitando a la gente. Simplemente no me he cruzado con otros viajeros. Debo aceptar que este camino es el menos hollado. No ha habido ni rastro de setas que delimiten, ni tampoco de árboles con rostros en el tronco. He procurado que no se me pasara por alto.

Los nervios, que hasta el momento han aguantado bastante bien —enterrar a Óisín y Aoife, huir de Aidan, las muertes de Maura y Malachi, asesinar a un hombre—, empiezan ya a cantar. No, es más bien como si unos dedos cruelmente sutiles pinzaran las cuerdas de un arpa. Creo que no ha sido hasta ahora, con mi meta tan cerca —o eso creo—, una vida nueva, tantas respuestas para tantas preguntas, cuando me he relajado lo suficiente como para que los miedos y los anhelos escapen del arcón en que los guardé. No hay ni un solo sonido a mi alrededor, ni siquiera el trino de los pájaros ni los gritos de tejones o zorros a sus parejas o crías. Aquí no hay mar y, a pesar de la amenaza de las nereidas, lo echo muchísimo de menos. Echo de menos el aliento marino diario, el romper de las olas que me ha acompañado a lo largo de toda la vida, sin importar que aprendiera a temerlo, que no soportara nadar en aquellas aguas. Huir me ha consumido tanto que he acabado reprimiendo esta añoranza, esta ausencia. Pero el kelpie me llama «hija de sal». Las historias del asesino me han recordado lo que he dejado en Edén del Trasgo: a mis abuelos en sus gélidas tumbas, a Maura y Malachi. Todos estos pensamientos me arrollan ahora como una ola, como una tormenta entera.

Para distraerme, y hacer algo de ruido, rebusco en mi memoria hasta dar con un cuento y empiezo a recitarlo en voz alta. Las orejas de caballo del kelpie se yerguen ante el sonido de mi voz.

Hace mucho tiempo, según cuentan los ancianos, vivía una mari-morgan en un lago que no era ni demasiado grande ni demasiado pequeño. De hecho, había quienes argüían que no era lo bastante grande como para poder considerarse un lago, y otros que no era lo bastante pequeño. Y, a pesar de todo, tenía el tamaño ideal para la mari-morgan, quien sufría poco más que aburrimiento tras una larga vida.

Las doncellas acudían a la charca y suplicaban favores: belleza, matrimonio, riqueza. Y ella a veces se los concedía, y otras veces no. Estas muchachas le llevaban regalos, ofrendas. Pero solo hubo una que podía proporcionar a la mari-morgan lo que verdaderamente anhelaba.

Esta muchacha quería un buen marido; oh, ya tenía uno, un marido, pero no era ni bueno ni generoso. De hecho, era un marido absolutamente deleznable, pero era el que tenía. Sobra decir que no mostró ninguna de sus peores características antes de la boda, porque no era del todo idiota. Pero, a medida que pasaba el tiempo, su verdadera naturaleza fue cobrando fuerza y su fachada fue mermando, hasta que su crueldad se abrió camino por completo y acercó un cuchillo al rostro de su mujer para que ningún hombre volviera a mirarla.

Y esa fue la razón por la que la muchacha, la mujer, la esposa fue a suplicarle a la mari-morgan. Le dijo:

—Haz que sea amable. Haz que me quiera. Haz que sea un buen marido. Haz que mi vida sea mejor.

La mari-morgan sabía que solo podía concederle uno de los deseos, así que le preguntó a la muchacha qué le ofrecería a cambio. La joven respondió:

—Lo que me pidas.

Y lo que la mari-morgan pidió fue un vestido.

Un vestido que no perdiera su belleza al sumergirlo, que no se empapara ni pesara, que no entorpeciera a la mari-morgan cuando nadara y se sumergiera, bailara, se lanzara o girara. Un vestido de ensueño que no muriera cuando lo privaran de luz y aire. La criatura pensó que estaba pidiendo demasiado y que el trato quedaría en agua de borrajas, y eso ya la satisfacía.

Pero la muchacha conocía un libro. No era suyo, pero

podía conseguirlo. Sabía que contenía todo tipo de hechizos, y que uno de ellos podría resolver el problema. Así que se hizo con el libro —el cómo es una historia para otro día—, reunió todo lo que necesitaba y acudió al estanque de la mari-morgan bajo una reluciente luna de sangre. Allí, cortó las piezas de un vestido a partir de la tela de agua y luz de luna, y lo cosió todo siguiendo las instrucciones del libro. Lo decoró con algas y polvo de estrellas, y la mari-morgan vio que era perfecto, y sabía que haría lo que fuera por poseer aquella preciosidad. La criatura dijo:

—Tráelo aquí esta noche y haré que tu vida sea mejor.

Y eso hizo la muchacha, la mujer, la esposa. Llevó a su marido al borde del agua, persuadiéndole y engatusándole. Y él se inclinó sobre la resplandeciente superficie, buscando el tesoro que su mujer le había prometido que hallaría allí. La mari-morgan apareció por debajo de él, y él pensó en lo hermosa que era y en lo que valdría si la capturaba, pero antes de que pudiera alargar los brazos, ella lo atrapó a él.

La mari-morgan lo sumergió en el agua y lo arrastró hacia las profundidades, cada vez más abajo, hasta que de su boca dejaron de salir burbujas.

Y la viuda gritó y lloró y gimió, al menos un rato. Pero la muchacha no había escuchado con la atención necesaria, y es absolutamente imprescindible escuchar con atención a los monstruos cuando hablan, ya sean hombres de dos piernas o mujeres que viven en lagunas. Sí, gritó, lloró y gimió, pero al final se dio cuenta de que la mari-morgan había cumplido su parte del trato: había hecho que su vida fuera mejor.

Quizá podría haber elegido una historia mejor, pero es la que me ha venido a la mente. Con todo, todo cambio es doloroso, e implica cortarse y cauterizarse a uno mismo en pro de algo «mejor». Me viene a la mente el gran tomo que dejé atrás.

¿Debería haberme llevado el libro de cuentos cuando me fugué? El problema es que era demasiado grande, pesado y fácil de identificar si lo encontraban entre mis posesiones. Sin embargo, lo siento como otra pérdida más.

Una decisión sensata, pero otro agujero en el pecho que se suma a los que antes ocupaban Aoife y Óisín, Maura y Malachi.

Decido que, cuando me instale, comenzaré a escribir un libro nuevo. Anotaré todo lo que recuerde para que al menos sobreviva una versión de los relatos. Habrá cambios, habrá detalles que mi memoria olvide, pero seguirán existiendo. Y los retazos de un cuento es lo único que necesitas para encontrar tu camino en el mundo.

Estoy a punto de rebuscar hasta dar con otro cuando doblamos una curva y lo veo: un seto de densas espinas entrelazadas de la altura de, bueno, de un O'Malley, con racimos de zarzamoras colgando como piedras preciosas a la luz del sol. ¿Cuánto tiempo llevamos cabalgando en paralelo sin ser conscientes de su presencia justo al otro lado de la oscura linde del bosque? Es demasiado uniforme y está demasiado cuidado como para que sea obra de la naturaleza. Le han dado forma y lo han esculpido, podado y enderezado para que crezca alto.

—Vaya —digo, y le acarició el cuello al kelpie—. Estate atento por si ves el árbol.

23

Tardamos otras dos horas en dar con el árbol pero, una vez detectado, no es algo que pase desapercibido. Sobresale por encima del resto del bosque, a mi derecha. La entrada a través del seto (a la izquierda del camino) es otro problema aparte; no hay ninguna apertura visible entre la maraña de la barrera verde. Desmonto y me acerco primero al árbol. El rostro está mucho más trabajado —aunque el trazo sea algo basto— de lo que el mapa indicaba: es la cara de una mujer, con astas talladas en la frente. Las historias de Maura hablaban de mujeres ciervo que escogían su propio destino, a las que les crecían cuernos como signo de su naturaleza indómita, libre, y de que no respondían ante nada. Sospecho que esa idea le debía de resultar atractiva a mi madre. Miro fijamente la silueta de madera durante un buen rato, y luego doy media vuelta para tratar de ubicar la línea de visión de la figura, hacia dónde está mirando.

Después de localizar el lugar, me dirijo hacia el impenetrable muro de zarzas. Este tramo es igual de indistinguible como todos los tramos por los que he pasado, hasta el punto de que, sin ayuda, habría pasado de largo. Alargo los brazos, procurando evitar las espinas, agarro dos ramas con los índices y las sacudo con todas mis fuerzas, sin éxito. Me viene a la memoria una de las viejas historias de Maura: una muchacha tuvo que enfrentarse a un obstáculo similar, se pinchó el dedo con una de las púas y su sangre corroyó las zarzas, lo que le permitió pasar.

Indecisa, me atravieso la yema de un dedo.

Me duele, la sangre fluye y no ocurre nada.

De mi boca emerge una retahíla de maldiciones, tras días y días de frustraciones. A viva voz, desenfrenadas y furiosas.

A lo que me responde una letanía igual de profana desde algún lugar al otro lado de la barrera. Me aparto de un salto al percibir movimiento frente a mí. Un grueso panel del seto se mueve a un lado, y aparece un hombre gritando.

—Señora Elliott, es usted una… Vaya. —Su tono transmite una profunda decepción. Entrecierra los ojos, ladea la cabeza y añade—: No eres…, pero te pareces a…

—Me llamo Miren Elliott —respondo, reivindicando un nombre que jamás había utilizado.

Noto un sabor extraño cuando las palabras pasan por mi lengua; siento un nudo en el estómago, como si estuviera traicionando a alguien; hace mucho que soy una O'Malley. Pero ¿quién va a conocer aquí ese nombre?

El tipo frunce el ceño. Tiene el pelo color hierro y unos ojos amarillo verdoso bajo unas gruesas cejas que, sin embargo, no se unen en el centro, así que deduzco que no es uno de los hermanos cambiaformas de Ben. Una barba canosa le oscurece la barbilla, pero la lleva cuidada y bien recortada, y la ropa, aunque desgastada, está limpia. Vacila, mirándome como si percibiera una mentira en mi rostro… hasta que finalmente se echa a un lado.

—Bueno, pues será mejor que entres.

Guío al kelpie a través de lo que resultan ser una serie de paneles en la valla, mientras el tipo los va recolocando en su sitio cuando los atravieso. La entrada debe tener unos dos metros de profundidad y, cuando emergemos, nos topamos con la pequeña casa del guardés, de ladrillo rojo y gris, con unas impolutas ventanas de guillotina, un pozo en el jardín y una chimenea vomitando humo. Más adelante, un estrecho sendero se adentra en otro bosque. Espero mientras el hombre concluye su tarea; espero hasta que se vuelve hacia mí, con el ceño igual de fruncido que antes.

—¿Esto es Aguasnegras? —pregunto, quizá algo tarde.

—¿Qué quieres? —replica.

—Busco a mis padres, Isolde y Liam Elliott.

Se cruza de brazos y vuelve a fulminarme con la mirada.

—Hablas como ella, por eso… Cuando te he oído blasfemar. Te pareces a ella; a él, menos. Bueno. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero ver a mis padres —repito, y en cuanto lo digo, me doy cuenta de lo idiota que soy. Porque me va a echar.

No obstante, sigue observándome, entrecerrando y abriendo los ojos, una y otra vez, como si el proceso de valoración requiriera esa exhibición física.

Al final suelta una carcajada y, entre dientes, dice:

—¿Qué mejor que meter un zorro con las gallinas? —Y vuelve a reírse, vacila de nuevo unos instantes y continúa —. Venga, señorita, que seguro que tu tío se alegrará de verte.

«¿Tío?»

Pero no le pregunto nada más; no quiero que se interese por lo poco que sé sobre mi familia, aunque seguro que ya se lo está cuestionando. Si sigue dándole vueltas, puede que empiece a pensar por qué nunca ha oído hablar de mí. ¿O sí? De nuevo, es una pregunta para otro momento. Pongo un pie en el estribo y me aúpo hasta la silla.

El hombre señala el camino.

—Sigue ese sendero durante unos quinientos metros, hasta que se bifurque en cuatro. Toma el segundo empezando por la izquierda para llegar al caserón. El primero por la derecha conduce a la función; el primero por la izquierda, al pueblo. El segundo por la derecha lleva a la mina. Adelante, la casa no tiene pérdida.

—¿Y tú quién eres? —le pregunto, y no puedo evitar cargar el tono con parte de la arrogancia de Aoife.

—Lazarus Gannel. Volveremos a vernos.

Se ríe como si acabara de contar su broma favorita. Le

doy las gracias. Si puedo ser educada con los fantasmas de los cadalsos, con lobos que a veces caminan a veces a cuatro patas y otras a dos, con kelpies antropófagos e incluso con Aidan Fitzpatrick si la situación lo requiere, puedo ser educada con el guardés. De hecho, me parece que es la opción más sensata.

* * *

Desde la «entrada» hasta la mansión no debe haber ni media hora. Me tomo mi tiempo para echar un vistazo por los alrededores, embeberme de todo. Y así también tengo tiempo para pensar.

En cuanto perdemos de vista la casa del guardés, nos adentramos en huertos de árboles frutales que parecen no acabar nunca. Distingo los manzanos de los cerezos, los albaricoques de los melocotoneros; todos parecen lo bastante sanos como para dar fruta, pero no hay ni una. Tal vez acaban de recolectarla, aunque diría que es algo pronto. También hay emparrados para las uvas, y no pocos; una gran explotación privada o un pequeño viñedo comercial, no sabría decirlo; aunque, de nuevo, están desnudas a pesar de parecer saludables. Más allá, se extienden los campos donde el trigo y la cebada deberían mecerse con el viento; están vacíos. Podría pensar que están en barbecho, pero no es la época. Pasamos de largo, y pronto llegamos al punto en que el sendero se divide, donde tomo la dirección que me ha indicado Lazarus.

Más árboles —robles, tejos y fresnos— y más campos sin ni un solo cultivo. Poco después, y casi por sorpresa, un horizonte de campos cuidados se abre ante nosotros, aunque veo zonas desatendidas en las que la vegetación crece con un descontrol mayor del que debería. Recuerdo la época en la que en Edén del Trasgo contábamos con un ejército de jardineros que podíamos poner a trabajar. Una enorme mansión se alza en el centro, como un adorno más. Hay arbustos y setos bien podados, arriates a los que les han dado forma de flor, árboles que forman arcos con rosales trepando por los troncos. A medida que nos

acercamos a la mansión, veo algunas flores, explosiones de color imprevistas, como si la casa fuera el corazón. Comederos de pájaros cuelgan de las ramas, pero me percato de que no hay pájaros que picoteen los montoncitos de semillas. Existe un fuerte contraste entre la carencia de otras partes y la aparente fertilidad cerca de la casa. Y, aun así, el lugar no es totalmente prístino; hay una cierta sensación de abandono, que percibo y veo incluso desde la distancia. Esperarías que todo zumbara, creciera, canturreara, y lo único que encuentras es el peso de… la espera, de la suspensión. Es… extraño.

No hay trabajadores en el jardín, nadie que salga corriendo del caserón de piedra gris o de los establos de madera para llevarse mi caballo. No se oye ni un alma. No corre ni siquiera una brisa que enfríe el sudor que me han generado los rayos del sol. Le acarició el cuello al kelpie y se estremece bajo mi tacto.

«Aguasnegras.»

Cuando superamos un pequeño montículo, veo cómo los jardines ondulantes dan paso a una gran extensión de hierba verde, que luego engulle un lago largo, ancho y oscuro. El agua negra que da nombre al lugar. No han sido demasiado originales, aunque tal vez el nombre remitiera a Isolde al de Breakwater. La superficie está lisa como el cristal, como una obsidiana pulida; no hay pájaros deslizándose por encima, ni cisnes, ni siquiera patos comunes o somormujos. ¿Habrá algún pez? ¿O es demasiado inerte como para albergar cualquier tipo de vida?

La mansión es más grande que Edén del Trasgo, y las partes que la componen se construyeron a la vez. No como la morada en la que fijaron las alas a una torre antigua, como una especie de ave informe. La piedra es del mismo tono rojo y gris de la casa del guardés, aunque la pintura blanca de la puerta principal y las ventanas parece algo sucia. El edificio principal cuenta con cuatro plantas (incluido un desván y un semisótano); las alas de cada lado tienen dos pisos. Estas alas se extienden en línea recta un

buen tramo, hasta formar un ángulo recto en dirección a los invitados que se acerquen; ambas disponen de parapeto, y me imagino caminando por allí de noche. Un círculo cubierto de grava amarilla divide el jardín, y entre el camino de acceso y la mansión hay ocho bancos de madera y metal, delimitados por unos enormes tiestos rojos hasta los topes de flores de lavanda. De nuevo, no soy capaz de comprender la falta de flores en el resto de la finca de la que he sido testigo que hemos llegado, para luego toparme con la evidente explosión natural cuanto más nos hemos acercado a la casa.

Detengo al kelpie y contemplo la escena.

Todo esto.

Mis padres tienen todo esto —han conseguido todo esto— y no hay nada que indique una falta de dinero. No hay austeridad, ni escasez ni pobreza. No han escatimado en gastos. Y yo, sin embargo, me he pasado la vida con vestidos remendados, alimentándome a base de sopas y gachas aguadas, viendo cómo mis abuelas giraban una moneda siete veces antes de gastarla, esquivando a los cobradores de deudas, suplicándole a tipos de la calaña de Aidan Fitzpatrick cualquier ayuda que pudiera ofrecerles.

Y mis padres tienen esto.

Y no enviaron nada para ayudarnos.

Mi madre no ofreció su apoyo, a pesar de que no podía ignorar el estado de la familia; ella también creció en Edén del Trasgo.

No envió a nadie a por mí.

Me siento como si pudiera asfixiarme con la ira. He llegado tan lejos y voy a morirme aquí, en el umbral, porque no soy capaz de tragarme la furia que me obstruye la garganta. Y, pese a todo: añoranza. Anhelo. Daría lo que fuera por hacer que me quisieran. Por conseguir que me lo explicaran todo y me dijeran que todo fue un error.

Y sé que es una actitud infantil, que mi corazón sigue siendo el de una niña dolida, así que aprieto las manos en torno a las riendas y noto las uñas clavándose en las palmas de las manos. Me devuelve al aquí y ahora. La bilis remite.

El kelpie se remueve impacientemente bajo mis piernas, y no me cabe duda de que no ve la hora de completar sus servicios. Con delicadeza, hundo los talones en sus costados; él emite un suave ruido de protesta ante tal indignidad y proseguimos.

Cuando apenas nos separan cinco metros de la escalinata semicircular que sube a la casa, la puerta blanca principal con su aldaba de plata —¿es una sirena con dos rostros y dos colas?— se abre de par en par y una mujer aparece en el hueco.

El corazón me da un vuelco durante un brevísimo instante, hasta que comprendo que la persona que tengo delante no puede ser mi madre. No puede ser Isolde. Esta mujer es bajita y muy rubia, de un tono casi platino, además de estar entrada en carnes, al límite de parecer rechoncha: el delantal y la cintura le aprietan el cuerpo. Hay rastros de un ligero exceso de grasa en sus orondas mejillas y bajo la barbilla, y parece tener la piel áspera. Es guapa, pero es imposible saber cuánto le durará; es como si estuviera haciendo equilibrios en un punto intermedio. Aunque hubiera sido alta, esbelta y de cabello oscuro como los O'Malley, las manchas del delantal la habrían delatado. Ni siquiera en los peores días en los que Aoife debía echar una mano en la cocina porque Maura no llegaba a todo, era imposible verla con una bata mugrienta, con el aspecto más propio de un pinche o una pazpuerca. Y eso fue lo que me enseñó, y no veo razón por la que no se lo hubiera grabado a fuego también a mi madre.

Luego me fijo en el vestido que hay debajo: azul cielo con flores plateadas bordadas. Incluso a simple vista, es de mejor calidad que lo que normalmente asociarías a una sirvienta. Sin embargo, no parece hecho a medida; es de segunda mano. Me imagino a mi madre dándole sus lujosos vestidos a una sirvienta cuando ni siquiera se ha molestado en ayudar a su propia familia. Me quito el pensamiento de la cabeza.

Una ama de llaves, pues, o quizá una doncella, y, por su expresión, bastante infeliz.

—¿Cómo has entrado? ¿Quién eres?

Su tono es algo más bien cercano a un chillido. Tiene los brazos en jarras, con las manos cerradas en puños, como si esa fuera la única forma que tiene de no darme un golpe. Entrecierra unos ojillos oscuros.

—Me llamo Miren Elliott, y he venido a ver a mis padres —digo, respondiendo primero a la última pregunta, y el color de su rostro pasa de un tono rosado a un rojo encendido—. Me ha dejado entrar Lazarus Gannel.

Con el rostro descompuesto por la conmoción y la cólera encarnada de antes ya diluyéndose, se aleja del umbral y regresa a las profundidades sombrías de la mansión.

¿Me quedo aquí? ¿La sigo?

Mientras delibero, oigo ruidos en la penumbra del vestíbulo. Lo único que diviso son movimientos confusos en la oscuridad. Me llegan gritos y lamentos, un bofetón, y luego el rumor de susurros desnudos que imagino que empujan el polvo del aire.

Otra figura aparece en el umbral: un hombre alto, de cabello castaño claro salpicado de plata, ojos azules, pómulos altos, una mandíbula cuadrada y bien afeitada; pantalones escoceses color esmeralda, una camisa de lino blanco con un pañuelo rojo suelto y un chaleco de seda violeta con una cenefa en la parte interior de rombos verdes, púrpuras y amarillos. Lleva también unas botas marrones pulidas a conciencia; da la impresión de que nunca las ha sacado de la mansión. Los colores de un pavo real. Tiene una sutil sonrisa en los labios, carnosos, pero a medida que se acerca distingo una cicatriz en la curva derecha del labio superior. Se detiene un instante en la puerta, antes de salir con los brazos abiertos.

¿Será mi padre? Malachi me dijo que era un muchacho apuesto. El paso de los años le ha arrebatado parte del lustre, así que ahora, en todo caso, es bien parecido. Pero ¿será realmente mi padre?

—Miren. Mi querida niña. Miren. Bienvenida a casa.

24

Con las prisas por desmontar, estoy a punto de caerme, y al poner los pies en el suelo noto cómo me flaquean las rodillas, así que durante un buen rato lo único que me mantiene en pie son los brazos de mi padre. Estoy llorando, y no quiero, pero no puedo contenerme. Y el hombre alto me da palmaditas en la espalda, me besa la frente y susurra:

—Ya está, cielo, ya está.

Al final, me quedo sin lágrimas. Cuando la tristeza remite, recupero la fuerza, pero no puedo evitar sentir una cierta vergüenza. Me aparto, sin soltarle los antebrazos por el consuelo que siento al tocarlo, y lo miro fijamente a los ojos. Estoy a punto de hablar cuando él se me adelanta:

—Tus padres se alegrarán muchísimo cuando sepan que has vuelto.

«Tus padres.» Y recuerdo que Lazarus Gannel me ha dicho: «Venga, señorita, que seguro que tu tío se alegrará de verte», y yo no le he preguntado nada porque no quería parecer más ignorante de lo que ya soy. La necesidad, la esperanza y la desesperación de encontrar a un progenitor se desataron y me arrollaron hasta el punto de eliminar cualquier posibilidad o atisbo de raciocinio. Al ver a este hombre, he dado por supuesto que…

Y me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Que todo lo que había ganado al fin en esos breves segundos me lo han arrebatado de las manos y del corazón. Como si todo lo que había reclamado al usar el

nombre «Elliott» hubiese desaparecido y dejado al descubierto la mentira de quien soy, de quien podría ser. Siento de nuevo la amenaza de las lágrimas, aunque de otro tipo, de esas que aparecen cuando se acerca una terrible tormenta. El ruido que emites al desplomarte al suelo, cuando deja de importarte que los demás te vean, cuando deja de importarte si sigues existiendo o no. Y eso, ahora mismo, podría destruirme.

Nos aferramos a los antebrazos del otro.

—Soy tu tío, Miren —me dice con dulzura—. Edward Elliott. Liam es mi hermano. Vuelves a estar con la familia. No desesperes.

Me atrae hacia sí de nuevo y me besa la frente.

—Entra. Entra e instálate. Tienes que contármelo todo, hablarme de tus aventuras. Salta a la vista que no has tenido un viaje fácil, pero ya estás en casa. Entra, venga. Necesitas descansar, tesoro, no hace falta que me lo digas.

Mi tío, Edward, me rodea los hombros con los brazos mientras me ayuda a subir los escalones que conducen a la entrada. Lo único que quiero es dormir, incluso más que encontrar respuestas a mis preguntas. Anhelo el olvido del letargo.

—No temas, Miren. Ya estás en casa.

* * *

Me despierto en algún punto de la noche sin saber dónde estoy. La luz de la luna se cuela por los cristales. Me incorporo, sacudo la cabeza e intento recordar. Una preciosa sala de estar, una tetera, un puñado de galletitas dulces, charlas —yo principalmente histérica, creo, explicándoles la huida de Breakwater y mi larga búsqueda—, pero no tardé demasiado en sentir un agotamiento irresistible. Tengo el vago recuerdo de mi tío cargando a medias conmigo por las escaleras, pero nada más. Sigo con la camisa y los pantalones, pero me han quitado los zapatos, los calcetines y el abrigo.

Miro alrededor y apenas registro ningún detalle de la habitación, pero sí recuerdo que he incumplido una

promesa. Me levanto, me tambaleo hacia la pared de ventanales y echo la vista al exterior.

Abajo, junto a la orilla, el kelpie espera, una mancha oscura contra el verde del jardín, pero no tan negro como el lago. ¿Nadie lo ha guardado en los establos después de que yo llegara? Me siento… más que cansada, torpe… ¿drogada? ¿Me echarían algo en el té para calmarme? Daría lo que fuera por volver a tumbarme y dormir, pero le di al kelpie mi palabra y lo mejor es cumplir con mi parte mientras no haya testigos.

Salgo hacia el larguísimo pasillo, deambulo hasta dar con la escalera, bajo hacia el vestíbulo de mármol y me dirijo a la enorme puerta principal, que me cuesta una barbaridad abrir —noto las manos torpes, ahora demasiado grandes, ahora demasiado pequeñas—, antes de salir al porche y adentrarme en la noche. La luna brilla con fuerza y me pierdo, cegada y parpadeando. Y el aire de la montaña es tan frío que me atraviesa la camisa.

Me froto los ojos hasta que veo chiribitas dentro de los párpados y, por alguna razón, me encuentro mejor al abrirlos. Poco después, oigo el delicado resoplido de la bestia. Ahí está, esperándome pacientemente. Después de ponerme a su lado, pongo a trabajar a mis torpes dedos para desatar las bridas y quitárselas. Él cambia con la fluidez del agua a su forma real, sacude la cabeza y resopla con irritación.

—Lo siento —le digo—. Siento haberme olvidado de ti.

Él inclina la cabeza hasta casi tocar el suelo.

—Ahora soy libre, hija de sal, y tú has cumplido tu palabra, igual que yo cumpliré la mía.

Pienso en el hediondo ronzal viejo enroscado en el fondo de mi petate, el medio para llamarlo, y señalo el lago.

—¿Puedes marcharte por aquí?

Él asiente.

—Es algo muy simple cuando todas las aguas del mundo están unidas.

Desaparece a una velocidad tal que casi no soy capaz

de verlo; es extraño oír las palabras de Aoife en su boca. No me quedo contemplando el lago, sino que me giro hacia la casa, notando el sueño reptándome de nuevo por las extremidades. Quiero volver a mi habitación antes de que me supere.

* * *

La habitación es acogedora y está inundada de luz. La cama no tiene dosel, pero es grande y tiene un cabecero de plata al que han dado forma de vides y hojas. La colcha es de un verde oscuro, color que comparte con el papel de la pared, lleno de campos de flores. Veo una enorme alfombra de seda sobre los tablones de madera pulida del suelo, y unas cortinas doradas cubriendo los ventanales. Ahora que estoy despierta, puedo examinar con detenimiento la estancia: hay dos puertas, una cerrada y la otra entreabierta. La primera da al pasillo; la segunda, a un pequeño lavabo. Apenas quedan rescoldos en el fuego de la chimenea, aunque sospecho que ya agonizaba cuando me levanté anoche.

Estoy tumbada bajo las sábanas, y noto gravilla en la cama de cuando salí anoche al exterior descalza. Sigo con el pelo recogido en un firme moño, y me duele la cabeza. Con la luz del día, veo el abrigo en el respaldo del sillón amarillo de la esquina, con mis botas asomando por debajo. Una humilde mesa octagonal descansa a su lado, sobre la que han dejado un farol apagado, una obra exquisita de plata labrada y cristal iridiscente. Me levanto y sigo fisgando.

Hay un tocador en otra esquina, pero está vacío, salvo por un cepillo con la parte trasera de plata y un espejo de mano. Ni maquillaje ni joyas; estoy en una habitación para invitados, dedicada a los visitantes que puedan llegar a hospedarse aquí. Hay señales de que alguien ha limpiado apresuradamente el polvo (y mal).

Contra una de las paredes, se alza un armario de caoba rosa. Dentro no hay casi nada: tres faldas largas, una negra, una ocre y otra azul, y tres blusas blancas, unas prendas de

damasco sin pretensiones; también esperan allí dos pares de delicadas zapatillas de seda, bordadas y adornadas con cuentas. Me imagino que la mujer rubia las ha dejado aquí mientras yo dormía; deben haberlas cogido del armario de mi madre. En la parte inferior del armario hay un cajón lleno de lencería, más o menos de mi talla, de seda roja. Es la primera vez que veo algo así; no entiendo cómo a Aoife no se le ocurrió comprarme unas prendas así para mi noche de bodas.

Me entristece pensar en mi abuela, en lo que he dejado atrás. Luego me viene a la cabeza la posibilidad de que alguien haya rebuscado en mi petate mientras dormía. Quizá hayan encontrado la ropa ensangrentada. Contengo el aliento unos instantes mientras busco con la mirada la bolsa. Pero ahí está, sobre el arcón de las mantas a los pies de la cama.

Lo abro: todo sigue justo donde lo dejé, no hay nada fuera de lugar. Comienzo a sacar cosas hasta que llego a la camisa y los pantalones manchados con la sangre del hombre de ojos verdes. Podría haberme deshecho de la ropa de camino pero, por mucho que me satisficiera su muerte, no he sido capaz de volver a verla hasta ahora. En la lumbre, me arrodillo, saco el yesquero y la tela de carbón y enciendo un fuego. Cuando la llama arde con fuerza y crepita, acerco el cuello de la camisa, poco a poco, hasta que está lo bastante incandescente, y la arrojo al fuego. La tela arde durante un rato, pero poco a poco se va consumiendo. Acto seguido, cojo los pantalones; tardan un poco más, pero al final también acaban desapareciendo. Me quedo mirando las llamas un rato, pensando que, en ellas, hay un final. Un final a todo lo que he dejado atrás. O eso espero.

En el lavabo, me doy un baño. Le echo aceites y sales, y encuentro champú. Me tomo mi tiempo. Cuando al fin me siento limpia, me cepillo el pelo y me lo seco todo lo que puedo con una toalla. Para acabar, escojo la falda azul y una de las blusas, y bajo al piso inferior.

* * *

—¡Miren!

Encontrar la pequeña sala de desayuno pintada de lila donde mi tío está a punto de acabar su comida ha sido coser y cantar. El camino que seguí anoche a oscuras y medio dormida se me ha grabado a fuego en la mente. Este lugar no tiene las vueltas y giros de Edén del Trasgo, donde un forastero podría estar horas vagando sin la ayuda de un guía. Pero Aguasnegras está bien iluminado y diseñado con cabeza; todo tiene un sentido.

—¡Estás guapísima! Nelly ha elegido bien la ropa del armario de tu madre. —Nelly. La mujer rubia—. Miren, cariño. Quería pedirle que te subiera una bandeja, pero no estábamos seguros de cuándo te levantarías. —Edward parece alegrarse de verme; se ha levantado de su silla en la cabeza de la mesa y me ha dado un abrazo—. ¿Te sientas conmigo? Estaba a punto de liarme con las tareas de la finca, pero puede esperar. ¡Sin problema!

—Me encantaría desayunar algo, gracias.

Acepto la silla que me ha apartado él, a su derecha. El reloj de porcelana que hay encima de la repisa de la chimenea marca casi las diez; ya es tarde para desayunar, creo. Me sirve café, toca una campana y se sienta a mi lado.

—Tío, no quiero ser maleducada, pero ¿sabrías decirme dónde están mis padres?

Sonríe y suelta una carcajada.

—De maleducada nada. Es una pregunta natural. Están de viaje en Caldera.

El mero nombre hace que me dé un vuelco el corazón. Caldera, en las Tierras Sombrías, donde reinan los Lores Sanguijuela; Maura me contaba historias sobre los vampiros cuando me pasaba de malcriada.

Edward continúa.

—No es un destino ideal, la verdad, pero hemos estado teniendo problemas con la producción; aquellos lores son expertos en la extracción de la plata. Caldera cuenta con sus propias minas y tus padres, tras mucho deliberar, decidieron presentar una petición a los señores de aquellas tierras y ver si podían ofrecernos alguna solución a

nuestra… aridez.

—¿Cuánto hace que tenéis problemas? —le pregunto.

Pero los pensamientos me vuelven a Caldera, a la desesperación que debían sentir para arriesgarse a pedir ayuda a los Lores Sanguijuela. Pocos son los viajan allí por propia voluntad, o a las Tierras Sombrías en general, y menos son los que regresan. Las fronteras y entradas están custodiadas, protegidas para que los vampiros no puedan cruzar.

—Hace poco más de tres meses que se marcharon. Tu padre, mi hermano, me pidió que viniera a ayudarles durante su ausencia, que mantuviera la finca en marcha y me asegurara de que a Ena no le faltaba de nada.

—¿Ena?

—Tu hermana pequeña, Miren —responde.

—¿Te-tengo una hermana?

La noticia es como un jarro de agua fría. Me abandonaron y me sustituyeron por otra hija. Isolde tiene…, bueno, tenía dieciséis años cuando yo nací, ¿ahora cuántos tendrá? ¿Treinta y cuatro, treinta y cinco? Aún tiene edad de concebir. No ha habido más criaturas entre nosotras; ¿tal vez está también haya sido un accidente?

A mi tío se le ensombrece el rostro.

—¿No has tenido noticias de tus padres durante estos años? Seguro que…

—No he sabido nada —replico, y la voz se me rompe un poco—. Mis abuelos… Mis abuelos me dijeron que Isolde y Liam habían muerto. Hasta el mes pasado no descubrí que era mentira.

Mueve los labios, pero no emite sonido alguno. Está horrorizado.

—Mi pobre niña —articula al fin.

No puedo soportar confesarle que me dejaron atrás. No puedo soportar que sepa que les costó tan poco abandonarme. Despreciarme. Y, por un momento, disfruto de la lástima. Ansío esa lástima. Soy, en efecto, una pobre niña. Pero luego el entrenamiento de Aoife toma el mando y rechazo el deseo de que muestren empatía por mí. Es una

debilidad; te impide ver lo que ocurre a tu alrededor y te hace depender de los demás.

—Mi hermana. Tengo una hermana. ¿Qué edad tiene?

Mi tío esboza una sonrisa cálida.

—No llega al año, casi seis meses. —Pone una cara larga—. No pienses mal de ellos por que se hayan marchado sin ella, Miren.

—A mí también me abandonaron —digo, y no puedo evitar un tono de resentimiento.

No tengo motivos para dudar de que mis padres sean capaces de hacerle lo mismo a mi hermana. Y hace que odie un poco menos a la criatura. Porque sí, debo aceptar la sensación de profundo desprecio que me ha recorrido el cuerpo cuando he sabido de su existencia, pero ahora… ahora comprendo que Ena es como yo.

—Tenían sus razones, cielo, y estoy seguro de que sobre todo tu madre querrá revelártelas en persona, así que, por mi parte, solo te suplico que pienses bien de ellos hasta que vuelvan a casa. Te lo explicarán todo. —Me toca la mano—. Tienes que entender, Miren, que el funcionamiento de esta casa, de esta finca, afecta a muchas más personas que a tus padres y a mí. La mina, la fundación, los árboles frutales… Hay un pueblo entero que depende de este lugar. Y de que cada pequeño engranaje funcione como los dioses mandan. Hasta ahora, hemos conseguido mantener abiertas las tiendas gracias a los suministros que almacenamos de cosechas y actividades mineras anteriores, pero se nos están acabando los recursos. Y los cultivos y los árboles frutales han dejado de producir, y no se me ocurre por qué. Por eso debemos rezar por que tus padres regresen con una solución.

Se oye un breve golpe en la puerta, que se abre antes de que Edward pueda responder. Nelly entra en la estancia. Lleva un vestido rosa, otra vez con flores bordadas, aunque esta vez con hilo dorado; de nuevo, parece ir apretada, como si no fuera de su talla, y la falda es un poco larga de más. Al mirar con detenimiento, percibo pruebas de un dobladillo basto. Veredicto: alguien le ha metido los bajos y

no lo ha hecho nada bien. Tiene los labios muy apretados, y le dedica una inclinación de cabeza a Edward, pero es evidente que no la siente.

—¿Señor?

—Ah, Nelly. ¿Serías tan amable de traerle a mi sobrina gachas y una tostada?

Se vuelve hacia mí buscando confirmación y asiento. La mujer aprieta aún más los labios y, por un momento, temo que se le lleguen a introducir en la boca y le bajen por la garganta como un sacacorchos de indignación.

—Gracias, Nelly —digo, pero eso parece irritarla incluso más; tiene los ojos encendidos.

No responde, sino que se da media vuelta y se marcha, cerrando la puerta de tal forma que el ruido se queda muy cerca del portazo.

—Perdónale los malos modos. No ha vuelto a ser la misma desde el incendio.

Arqueo una ceja.

—Ay, ¡que me olvido de que acabas de llegar! —Ríe—. Hace unos meses, hubo un incendio. Provocó unos daños estructurales muy graves, así que aquella ala está cerrada. Nelly y tus padres sobrevivieron por los pelos. Tu padre está decidido a repararla en cuanto pueda. —Esboza una sonrisa triste—. En definitiva, que te animo a explorar la casa cuanto te plazca, pero debo insistir en que evites el ala este por tu propia seguridad.

Poco después, el tío Edward añade:

—Y la pobre Nelly apenas ha pegado ojo desde que cuida de Ena. Volverá en sí cuando pueda dormir toda una noche. Bueno, ¿te parece que demos una vuelta por la finca cuando rompas el ayuno? Responderé a tus preguntas, y, si no te resulta demasiado doloroso, tú puedes contarme cómo ha sido tu vida hasta ahora y cómo nos has encontrado. ¿Crees que más tarde te apetecería conocer a tu hermanita?

25

—¿Dices que los árboles han dejado de dar fruta? —le pregunto al pasar por delante de los árboles desnudos.

Yo voy montada en una yegua roana y él en un semental alazán que hemos sacado de los establos; los hemos tenido que ensillar nosotros porque no hay mozos que se encarguen de estas tareas. El tío Edward se ha disculpado por no haber guardado a mi «caballo» en la cuadra y de que haya desaparecido, aunque está convencido de que aparecerá vagando por la finca en algún momento. Coincido con él, porque es más fácil que explicarle que he llegado a un acuerdo con un kelpie; no sé qué opinión le merecerán estas criaturas a mi tío, así que lo mejor es que me lo calle. Ha salido el sol y sudo un poco por debajo de la blusa de damasco, contenta por el sombrero de paja de ala ancha que he cogido de la percha que había junto a la puerta principal.

—Es como una plaga —responde—. Nadie ha sido capaz de identificarla. No son moho ni hongos, y tampoco están podridos. Ya llevamos tres meses sin recoger nada. Los campos están vacíos y, desde entonces, no han nacido ni corderos, ni cabras ni terneros. —Edward sacude la cabeza—. Por lo demás, los árboles parecen sanos, ¿no crees? Sinceramente, no tengo la menor idea de qué hacer. ¿Nos limitamos a quemarlos y replantarlos?

—A mí me parecería un desperdicio terrible —contesto.

Pienso en Edén del Trasgo y en los árboles que daban fruto sin importar la estación; de cómo Maura me enseñó que hacer desde muy pequeña para poder ayudar con los rituales anuales. Espeleo a mi yegua para que se salga del camino y nos acerque a uno de los manzanos. Desmonto y me aliso la falda; es tan voluminosa que me permite subírmela entre las piernas y meterla en la cintura hasta convertirla en unos pantalones de hípico instantáneos.

Me agacho y examino la base del tronco para… ¡aja! Ahí está. El mismo símbolo que Maura me enseñó a formar, como una «s» con una línea diagonal atravesándola: rastros del oficio. No me hizo ninguna falta que Malachi me contara que mi madre era una bruja para deducir que si Maura me había enseñado las formas correctas, no había razón alguna para que no hubiera instruido a Isolde de la misma forma.

Los árboles frutales están encantados. Deberían dar fruta todo el año, pero sin Isolde ahí para mantener los pequeños tributos rojos imprescindibles para pagar por los beneficios de la magia, el hechizo ha perdido potencia. Están en éxtasis, durmiendo; los árboles ni siquiera son capaces de dar fruta en la época esperada. Apenas me costaría arreglarlo, pero no ahora. No delante de mi tío, quien claramente desconoce lo que Isolde estaba haciendo. Como tantos hombres, da por sentada la buena fortuna y solo se lo cuestiona cuando la pierde.

No conozco de nada a este hombre. Parece amable y cortés, pero Aidan Fitzpatrick también puede serlo cuando se lo propone. No pienso darle a Edward Elliott motivos para que desconfíe de mí.

—¿Miren? ¿Todo bien?

—Sí, todo bien, tío Edward. —Me pongo en pie, me vuelvo y le sonrío por debajo del ala del sombrero. Debe ser de mi madre, supongo—. Quería comprobar si quizá reconocía el problema; una vez nos pasó algo similar en Edén del Trasgo. —Una mentira; los astutos trabajos de Maura mantienen estas cosas a raya—. Pero no identifico el problema. ¡Qué raro que sigan tan sanos!

—La naturaleza es todo un misterio.

—¿Y dices también que la mina ha dejado de producir?

—Hay algunas vetas viables —responde, con un tono que fluctúa entre la grandilocuencia y el desdén, y que a mí me suena falso; me pregunto cuánto sabe realmente mi tío sobre la minería—. Pero extraemos una cantidad ínfima. Hay zonas nuevas en las que podríamos cavar más hondo, pero la roca está tan dura que es inviable. Solo podríamos atravesarla con detonaciones, pero el ingeniero jefe teme que pueda derrumbar los túneles e incluso debilitar el suelo del lago.

—¿Del lago?

—Por el subsuelo. Es profundísimo, y muy ancho. Si te parece grande en la superficie, por debajo es aún más grande. —Se encoge de hombros—. Mi hermano me contó que hubo un accidente hace unos años y que las consecuencias fueron catastróficas. Sigue habiendo viudas y huérfanos que lloran aún hoy. Tuvieron que sellar túneles y drenar otros; veinte mineros murieron, y no encontraron ni un solo cadáver. Quizá sigan flotando en las profundidades.

Pienso en el tiempo que lleva funcionando la mina, en lo fecunda que ha sido, en los años que ha estado generando riquezas a mis padres; riquezas que nunca llegaron de vuelta a Edén del Trasgo. Me tiemblan las manos y las aprieto para que no se me note. Después de respirar hondo, vuelvo a auparme a la silla.

Él suspira.

—Sígueme, Miren. Ahora toca la aldea.

La temperatura cae ligeramente cuando el camino nos adentra en una zona boscosa. Bajo las copas de los árboles, la luz es tenue y su calidez no llega a atravesar las hojas. Igual que en la carretera que ascendía por la montaña y conducía a mi nuevo hogar, aquí no hay trinos de los pájaros ni sonidos de tejones, zorros o lobos. Me pregunto si estará relacionado con la misma escasez de magias que afecta a los árboles. O si los animales se estarán escondiendo.

Un día exploraré la finca por mi cuenta. No es que no

me fíe de mi tío, o no más de lo que es sensato, pero es mucho más fácil descubrir nuevos lugares sin la compañía de personas que están acostumbradas a dar por sentados los elementos cotidianos de su hogar.

Sin embargo, al cabo de un rato me doy cuenta de que sí hay un ruido. El goteo del agua. Poco después, un arroyo fluye a nuestro lado, pero no hay nada que temer. Una nereida acabaría varada con su enorme cola en un riachuelo tan poco profundo. Debe de discurrir subterráneamente desde el lago. Hay hermosos destellos plateados en el lecho rocoso, pero no veo peces, ni grandes ni pequeños.

—¿Hay alguien que pesque en el lago?

Parece sorprendido por mi pregunta.

—¡Qué pregunta más extraña!

Me río.

—No creas, tío Edward. Yo vengo del mar, y una masa de agua siempre es una fuente de comida.

—¡Ah! La respuesta es no, cariño. No pesca nadie en el lago porque no hay nada que pueda picar el anzuelo, o eso me han dicho. —Suspira—. Miren, ¿puedo preguntarte cómo nos has encontrado?

Así que le cuento parte de la verdad. De nuevo, mi confianza ha soportado demasiados golpes últimamente, así que no pienso depositarla en nadie con tanta facilidad. Le hablo de la pérdida de Óisín y Aoife, pero no menciono cómo murió Aoife. Le hablo de Aidan y del matrimonio que Aoife me organizó, pero no menciono las manos crueles de Aidan ni su asesino a sueldo, ni tampoco cómo hundí en la garganta del hombre de ojos verdes el cortapluma que tenía en la mano. Sí menciono las cartas de Isolde que hallé en el estudio de Óisín, pero le digo que solo había una, y eso despierta su interés.

—¿Qué decía Isolde en la misiva?

—Muy poco, por desgracia. Que ella y mi padre se habían instalado aquí, que estaba al norte de Vega del Bell y dónde podía encontrarse.

Recurro a mentiras piadosas que nadie descubrirá. No

le hablaré del viejo orfebre que, en su senilidad, aireaba secretos. No es casual que este lugar estuviera oculto; recuerdo la entrada oculta del seto que atravesé ayer. Mis padres se han esforzado mucho por no revelar la ubicación de Aguasnegras. Y pienso en las pérdidas de papeles de Aoife cuando hablaba de Isolde. Me planteo si eso fue suficiente para que decidieran ocultarse así. Para que no los encontrara.

—¿Y nada más? ¿No daban detalles de su nuevo hogar y familia?

—No, tío —respondo, y me inclino hacia él como si pretendiera compartirle un secreto—. Seguro que sabes que mi madre acabó muy mal con mis abuelos, ¿no? —Él asiente—. Mi abuela Aoife jamás la perdonó.

Y todavía no soy capaz de decirle que a mí me abandonaron para pagar algún tipo de deuda.

—Ay, mi niña. ¡Y que hayas llegado aquí y no los hayas encontrado, aunque sea temporalmente! Menudo mazazo. Siento no habértelo dicho con más tacto.

—¡Pero si has sido muy bueno conmigo, tío! Nunca lo olvidaré.

Sonrío y alargo un brazo para tocarlo.

—Isolde me confió algunas cosas —continúa—. Los O'Malley son una familia complicada, pero creo que todas las familias tienen sus problemas. ¡Los Elliott no éramos ni mucho menos inmunes! ¿Me has dicho que huiste de tu prometido? Tu padre abandonó a su prometida cuando conoció a tu madre. Pobre muchacha. Parece que lo lleváis en la sangre. Pero a veces no podemos negarle al corazón lo que desea.

Esboza una sonrisa cálida.

—Aidan no quería una mujer que pensara por sí misma —replico—. Y jamás habría aceptado que quisiera encontrar a mis padres. No habría sido una mujer satisfactoria, ni él un marido decente.

—¿Y no crees que podría haber llegado a cambiar? Según mi experiencia, una mujer puede convencer a un marido de muchas cosas.

—Tío —empiezo, despacio—. Creo que Aidan ha hecho un trato con la mujer que gobierna Breakwater como una reina de los ladrones. No creo que sea un buen hombre.

Le he contado tantas medias verdades a este hombre, miembro de mi familia, que no sé si alguna vez había dicho tantas mentiras juntas. ¿O es simplemente un hábito que tenía latente y que ahora está saliendo a la luz cuando me veo obligada a sobrevivir por mi cuenta? ¿Es esta la mejor habilidad que me ha proporcionado Aoife? ¿La deshonestidad? El tío Edward no me ha demostrado más que amabilidad, me ha hecho sentir acogida y, con todo, tengo algo en la cabeza que me susurra: «Es pronto, Miren, ten paciencia».

—Creo que tomaste la decisión correcta al marcharte, tesoro.

—Bueno, pero ya hemos hablado mucho de mis problemas, tío. ¿Me hablarás de los Elliott?

* * *

Quince minutos de historias familiares antes de que lleguemos a la aldea: la familia Elliott tiene su hogar en Granja de Able. La bisabuela Eleanor vació su pierna de madera y la llenó con brandy de ciruela para poder aguantar las misas. El tío Tobias no informó a su cuarta esposa de que las tres anteriores seguían vivas y gozaban de buena salud. La prima Vella sentía tal aprecio por sus perros lobo que pidió que disecaran a todos y cada uno de ellos tras su muerte y los colocaran por su casa, en los lugares preferidos por los canes, para más tarde depositarlos en su tumba cuando ella murió. El abuelo Edgar se encerró en su biblioteca una noche y se negaba a salir más que para recoger la comida que le dejaban en el pasillo cuando la persona que se la había llevado se marchaba, y así siguió hasta que un día se acumularon los platos de tres días, sin tocar, y sus hijos entraron por la fuerza y lo encontraron muerto sobre un ejemplar de *Ritos mágicos de Murcianus*, con el gesto descompuesto por el horror.

—Nunca descubrimos si había conseguido invocar algo; de todos modos, la casa siempre había estado llena de ruidos raros, así que otra aparición tampoco nos habría llamado la atención.

Seguimos el arroyo hasta llegar a la aldea, donde salta por encima de un pequeño terraplén hasta alcanzar la fuente de una de las esquinas de una plaza. En el centro del agua se erige la estatua de una sirena. La miro fijamente. Es una versión idealizada, sin duda, hermosa y afable, nada que ver con las criaturas que me asaltaron en el puerto de Breakwater, con sus dientes y garras, afiladas aletas en sus violentas colas, cortes con branquias y piel escamosa. Esta bella estatua la esculpió alguien que jamás había conocido la verdadera naturaleza de las nereidas.

Debe de haber unas cuarenta casitas (algunas más viejas, y otras algo más modernas, construidas a medida que las familias han crecido, me imagino) amontonadas en torno a la plaza, con unos cercados blancos rectos protegiendo humildes jardines sin flores. Hay personas paseando, niños jugando y cantando cancioncillas que reconozco de mi infancia. Hay gente sacando agua de la fuente y algunos individuos con suministros; fruta y verdura que deben de haber comprado en otra parte, ¿o serán realmente las últimas provisiones que les quedan? Hay ganado en cercados, vacas y ovejas, pero no veo ningún recién nacido, tal como me ha dicho Edward.

Los presentes han empezado a fijarse en nosotros. Una mujer pelirroja con un chiquillo igual de pelirrojo de unos cuatro años (demasiado mayor para que lo lleve a cuestas) en la cadera se gira hacia nosotros —o, concretamente, hacia mi tío— y aprieta los labios. Luego se percata de mi presencia y pierde toda expresión, se queda lívida y boquiabierta. El hombre que la acompaña sigue su línea de visión; otras cabezas se vuelven hacia nosotros. El fenómeno se extiende como llamas saltando de un tejado a otro.

Pronto, la masa de cuerpos se detiene por completo y se limitan a observarnos. Yo miro de reojo a mi tío, quien

murmura con una sonrisa:

—Ah, veo que Miriam Dymond te ha reconocido. Eres clavadita a tu madre.

Como si sus palabras hubieran roto un hechizo, los aldeanos comienzan a moverse de nuevo, como si les hubieran vuelto a insuflar vida. Un hombre rechoncho de mejillas sonrosadas se precipita hacia nosotros con un abrigo amarillo bien planchado y unos pantalones de tela escocesa negra demasiado limpios para un obrero.

—Señor Elliott —dice, y no hay afabilidad en su tono, aunque sé que está reprimiendo la hostilidad que siente.

—Oliver. ¿Cómo van las cosas?

—Si se refiere a los cultivos, están como estaban, sin cambios. Si se refiere a la mina y la fundición, pues más de lo mismo. —La intención es evidente: «no has hecho nada, no ha habido cambios». Pero luego su tono cambia y adquiere una nota de esperanza—: ¿Sabe algo de la señora Isolde?

—Todavía no, pero tengo esperanza. Esta —dice mi tío, y me señala— es su hija, la señorita Miren. Tengo fe en las señales y creo que su llegada es un augurio de que pronto veremos a sus padres. Miren, Oliver es el administrador de la finca.

La expresión de Oliver me transmite a la perfección lo que opina del razonamiento de mi tío. Sonrío, me inclino desde la silla y le ofrezco una mano. El tipo vacila, pero me la estrecha. Parece aliviado de habérmela aceptado, como si se hubiera esperado algo y hubiera encontrado otra cosa. Pienso en lo que Malachi me dijo sobre que todo el mundo adoraba a Isolde; me pregunto si utilizó su magia con estos aldeanos, si por eso permanecen aquí ante la próxima falta de comida, el inevitable invierno, el evidente rechazo hacia mi tío. Me estremezco por dentro ante la idea de que haya alguien retenido contra su voluntad. Aunque también debo admitir que la gente es tozuda y, por lo general, se muestra reacia a los cambios, aunque sean por su propio interés. Tal vez mi madre no tenga nada que ver con esto.

—Oliver, ven mañana a casa para que hablemos del

próximo viaje a San Sinwin a por suministros.

—Claro, señor Elliott. Que tenga un buen día, señorita Miren.

—Igualmente, Oliver.

Cruzamos la plaza y me percato de que, mientras charlábamos con Oliver, mucha gente ha desaparecido y hay puertas cerrándose entre quedos susurros a nuestro alrededor. Las personas que aún quedan nos lanzan miradas poco amistosas —¿o es solo a mi tío Edward?— o nos giran la cara con movimientos exagerados. Echo un vistazo por encima del hombro al lugar del que hemos venido y veo a la mujer pelirroja escupir en el rastro que han dejado nuestros caballos y hacer un gesto que Maura me dijo que servía para protegerse de lo indeseado: el signo de los cuernos.

—¿Podríamos visitar hoy la mina, tío? Debo confesarte que siento mucha curiosidad.

Edward Elliot niega con la cabeza.

—Hoy no, cariño. Tengo que atender algunos asuntos, y esperaba que hoy pudieras pasar la tarde con Ena para que Nelly pudiera descansar un poco. Sería todo un detalle. —Sonríe—. No hay ninguna prisa, Miren; la mina no se moverá de donde está, ni mañana ni pasado.

—Claro, tío.

Sonrío. Estamos a punto de salir de la aldea, pero me llama la atención una última casa, pintada de blanco y verde, con un banco en el jardincito delantero, bajo un rosal sin rosas. El lugar me recuerda al momento en que encontré a Aoife en el jardín, muerta, y trago saliva y cierro con fuerza los ojos. Poco después, diviso un hombre apoyado en la puerta, comiéndose ruidosamente una manzana y observándonos. Es un tipo apuesto, de rasgos duros, con unos gruesos rizos oscuros y unos ojos verde pálido que me recuerdan a los del asesino, y vuelvo a tragar saliva, aunque sepa que no es él. Tiene la ropa llena de mugre y hierba, el pelo apartado de la frente y una aureola húmeda de sudor en el entrecejo. Una cicatriz blanca y tensa le atraviesa la comisura del ojo izquierdo hasta

perderse en el pelo por encima de la oreja.

El tío Edward se está esforzando por no mirarlo, hasta que el tipo exclama:

—Buenas tardes, señorito Elliott.

Y hay desprecio y sorna en su voz. Mi tío tuerce la boca, asqueado.

—Hola, Jedadiah.

El hombre me hace un gesto de cabeza y, con un tono similar, dice:

—Señorita.

Yo me limito a devolverle el gesto, lo dejamos atrás y salimos de la aldea. Una parte de mí quiere echar la vista atrás y comprobar si sigue observándonos: debo reunir todo el control del que dispongo para no hacerlo. Hay un modesto cementerio no demasiado lejos de nuestra posición, pero no nos dirigimos allí.

Por cómo ha torcido Edward los labios sé que ahora mismo, si le pregunto algo, no recibiré respuesta alguna, así que la almaceno para más tarde en la caja donde guardo todas las dudas triviales que estoy decidida a que me respondan algún día.

26

Lo de los cultivos es coser y cantar, y solo requiere una visita a las cuatro esquinas de cada campo. Una gota de sangre de mi pulgar, una gota de agua de la cantimplora y tallos de trigo, cebada o avena soplados por la palma de mi mano mediante palabras susurradas. Deberían notarse diferencias en unos pocos días, o quizá menos si mi madre es la mitad de bruja de lo que Malachi afirma. Si aún quedan restos de magia en el suelo. Una verdadera bruja obtendría resultados mucho más rápido, y con menos ingredientes, más allá de su voluntad y su sangre. Yo no soy bruja, pero tampoco es necesario, porque tengo conocimientos de las formas, las herramientas y el propósito.

Los árboles frutales me dan más trabajo, aunque el ritual sea similar: sangre, agua y aire en cada esquina, pero luego debo atender a cada árbol, hablarle, y volver a tallar el diminuto símbolo con mi cortaplumas para que la salvia fluya libremente. Hay cuatro jardines de árboles frutales y unos cincuenta árboles en cada uno. Termino, un buen rato después, con los ojos llorosos, la garganta seca y las rodillas y lumbares doloridas. Sigue sin haber luz cuando me levanto —el reloj me dice que son solo las tres de la madrugada—, así que volveré sin perder un instante a la casa y a mi cama. Nadie me buscará, así que dormiré todo lo que quiera.

Por suerte hay luna llena, así que no he necesitado

llevarme una lámpara cerrada, y es el momento perfecto para este tipo de tareas. Apenas me ha costado escabullirme cuando se han extinguido las luces y los pasos de Nelly —la única sirvienta que vive en la casa, por raro que parezca en un lugar tan gigantesco— han acabado silenciándose a medida que caminaba hacia la habitación de Ena, en el otro extremo del pasillo.

Me he pasado la tarde sentada con la niña en cuestión y, sin embargo, no me he ganado ningún mérito con el ama de llaves. Ena es una criaturita con una mata de pelo oscuro e intensos ojos marrones. No es tan pálida como yo, ni compartimos este extraño lustre de la piel, pero somos lo bastante parecidas como para que puedan relacionarnos. Estaba de malhumor y disgustada cuando Nelly me ha llevado a su habitación, y lo mismo podría decirse del ama de llaves. Iba dando vueltas alrededor de la criatura, como si no quisiera marcharse, pero por las ojeras que tenía bajo los ojos, sabía lo mucho que ansiaba dormir, y por cómo fruncía la frente con cada aullido de la bebé que le desgastaba los pocos nervios que le quedaban. Le he puesto una mano en el brazo y le he dicho:

—Estará bien conmigo.

Me he sentado junto a las cunas de los hijos de los aparceros cuando estaban enfermos, y también de algún que otro primo lejano cuando se los llevaban a Maura para que les diera una de sus infusiones y tinturas.

El ama de llaves ha reculado y ha salido de la habitación.

He cogido a la bebé y le he examinado la boca: tenía las encías rojas e inflamadas. Ha gritado aún más cuando se las he tocado con las yemas de los dedos, pero Nelly no ha vuelto. Me he llevado a Ena al jardín de la cocina; hay una cantidad tal de hierbas medicinales que es imposible que las haya plantado alguien que no sea mi madre. Me ha resultado curioso, como poco, que esas plantas siguieran floreciendo a pesar de su ausencia. He encontrado albahaca de río y hierba de Santa Bárbara, las he arrancado y me las he llevado a la cocina.

He dejado a Ena en una trona junto a la mesa y he ido a buscar un mortero. No he encontrado nada parecido en una cocina por lo demás bien equipada, así que he empezado a abrir puertas: tres alacenas con mucha más comida de la que pueden llegar a comer los habitantes de la casa, una habitación pequeña para lavar y doblar las sábanas y, finalmente, un taller en condiciones que cualquier boticario se habría enorgullecido de poseer. Estanterías llenas de frascos con hierbas secas y tinturas, todos cuidadosamente etiquetados con una caligrafía que reconozco de las cartas que mi madre le envió a Óisín. Hay crisoles y un pequeño fuego, calderos y cuencos de cobre, tubos y pipetas, tres cajas bastante grandes hechas de vidrio con cerraduras de plata… y toda una serie de morteros y manos de mortero.

Han barrido los restos de un frasco roto hasta una esquina, y detecto también una mancha marrón seca en el suelo, a no demasiada distancia, muy mal limpiada. Por lo visto, mi madre se fue con prisas y se olvidó de ordenarlo todo. En la parte trasera hay una trampilla, y habría seguido investigado si los llantos de una disgustada Ena no me hubieran recordado mi propósito. He localizado polvo de arruruz entre los botecitos y me lo he llevado junto con un mortero a la cocina.

He machacado las hierbas, he encontrado una botella de oporto, he mezclado un poco junto con el arruruz y se lo he aplicado en las encías.

Al principio parecía sentirse ultrajada y ha abierto mucho la boca, algo harto mejor para sacar fuera los gritos, pero la pasta ha actuado rápido y antes de que pudiera chillar, le ha cambiado la expresión. Ha cerrado los labios cuando el dolor ha comenzado a remitir, y me ha mirado absolutamente fascinada. No ha tardado en sonreír y soltar risitas, una transformación impresionante del diablillo vil que me habían presentado en un principio.

Está bien cuidada, rolliza y limpia, y tiene el pelo denso y reluciente, y los ojos le brillan. Aun así, está claro que el ama de llaves no tiene la menor idea sobre remedios

caseros. Tal vez le enseñe algunas cosas. O tal vez no. En cualquier caso, la niña dormirá mucho mejor esta noche y, de paso, Nelly también.

Después me la he llevado a dar una vuelta por los terrenos. Le he dicho los nombres de todos los árboles y flores, le he hablado de sus propiedades y de los actos buenos o malos que pueden llegar a cometerse con ellos. Le he hecho preguntas sobre nuestros padres, aunque sea demasiado joven para contestarlas. Ena se ha limitado a reírse, a tocarme la cara y a tirarme del pelo. Cuando hemos pasado por el lago, he visto como giraba la mirada hacia las oscuras y calmadas aguas, y he pensado, por ridículo que parezca, en llevarla a nadar (sin olas, sin lanzarla, sin una furiosa Aoife gritando desde la orilla), pero a medida que nos hemos acercado, me he dado cuenta de que no había ni rastro de zonas poco profundas, ni bancos en los que no corriéramos ningún tipo de peligro. En ese momento me he acordado de las nereidas y, a pesar de que no se me ocurriera forma de que hubieran podido llegar hasta allí, he reculado y he vuelto con mi hermana a la casa.

En la cocina, he llenado una botella con leche y se la he dado en su cuarto mientras le leía en voz alta el *Libro de cuentos de Murcianus* —es evidente que mi madre ha recopilado los mismos libros que había en Edén del Trasgo—, algo sobre zorros, cuervos, queso y piedras. Los ojos se le han vidriado —igual que a mí— y ha empezado a irritarse, así que cuando he terminado el cuento, he hecho memoria hasta dar con alguna historia del libro de los O'Malley, pensando en ofrecerle algo de nuestra familia, aunque no sepa qué ha compartido Isolde con ella.

Le he hablado de gemelas, de perlas de la misma concha, de hermanas del mar. De cómo nacieron a partir de un maligno trato entre su madre, una reina de las profundidades, y una bruja del mar. Cómo, de niñas, lo compartían todo, pero cuando su madre murió y la bruja del mar reclamó que le saldaran la deuda restante, todo se fue al traste.

Las hermanas accedieron a compartir la carga: la mayor (aunque solo por un minuto) gobernaría primero en lugar de su madre, mientras que la más joven ocuparía su lugar como esclava de la bruja; al cabo de seis meses, intercambiarían sus funciones. Pero al final de la servitud de la hermana esclava, la otra hermana no regresó a ocupar su lugar. La hermana pequeña estuvo esperando mucho tiempo a ver a su gemela aparecer a través de las oscuras profundidades verdosas, pero ese día jamás llegó. Con el tiempo, la hermana esclava aprendió todo lo que la bruja del mar podía enseñarle, y esta, al no tener más conocimientos que compartir con ella, abandonó esta vida, y la aprendiz esclava ascendió al trono de huesos bajo las olas. Y año tras año, década tras década, siglo tras siglo, la hermana recibía súplicas de nuevas doncellas desesperadas para que les concediera un favor, para cerrar con ella el tipo de tratos que su madre le había ofrecido a la vieja bruja del mar. Y la hermana bruja siempre concedía los deseos a cambio de algo preciado para la doncella: una cola, una lengua, el cabello, el brillo de los ojos, una voz. Y siempre supo que su hermana reina había enviado a aquellas muchachas como tributo, como soborno, para asegurarse de que la hermana bruja no se abriera paso hasta el viejo reino y tomara lo que le correspondía. Pero, ay, las dos sabían que llegaría el día en que ajustarían cuentas.

Después de contarle una historia de nuestra familia, me planteo si es quizá el tipo de cuento que las hermanas no deberían narrarse entre ellas.

Cuando ha vuelto el ama de llaves —más descansada, pero no por eso menos huraña—, Ena dormía plácidamente. Le he dicho a Nelly que mi hermana se había portado como un angelito, pero no le he explicado por qué. Antes de cenar con mi tío esta noche, me he escabullido hasta la habitación de Ena y he vuelto a aplicarle la pasta para asegurarme de que esta noche durmamos todos bien.

Ahora, plantada en la oscuridad, tengo la sensación de que con estos actos —cuidar de mi hermana pequeña, despertar los campos y los árboles frutales— estoy encontrando mi lugar aquí, en Aguasnegras. En mi hogar.

A pesar de que la casa tiene sus años, la percibo como si fuera nueva, algo impensable en Edén del Trasgo. Aquel lugar era tan vetusto que me he pasado la vida sintiendo encima su peso, el peso de los O'Malley y su historia, de los hijos que tuvieron y entregaron, del sabor del mar. Aunque siempre haya detestado nadar allí, todos los días echo de menos el aroma punzante del agua salada; me corre por las venas, y me acompañará hasta la tumba. O esté donde esté, quiero decir. Aquí, sin embargo, me estoy convirtiendo en algo distinto: una Elliott, con todo el potencial que conlleva, dejando atrás a los O'Malley y sus cargas, al menos hasta que mi madre regrese.

También podría ayudar al ganado, pero no será nada fácil visitar todas las casas y echarles algo en la comida.

Ahora, bajo esta luna, vuelvo a ser consciente del extraño silencio de este lugar, y doy un respingo cuando oigo pasos detrás de mí, fuertes y claros. Me doy la vuelta y escudriño las sombras. Durante un instante, se produce una pausa, como si alguien estuviera sopesando una decisión. Poco después, se oyó un gruñido áspero, cercano al de un tejón, y alguien emerge de entre los árboles hasta que lo baña la luz de la luna.

Jedadiah, el caradura de la aldea. Inclina la cabeza hacia la base del árbol que tengo más cerca, donde el símbolo que acabo de tallar exuda su savia hacia el mundo.

—¿Crees que servirá? —me pregunto, y no era lo que esperaba. No respondo, y él continúa—. Ella también solía hacerlo. Tu vieja. —Sonríe—. De joven solía llevarme con ella.

—¿Por qué dejó de hacerlo?

—Decía que no era de recibo que una mujer casada sacara a un joven apuesto de la cama cuando hubiera luna llena. —Suelta una carcajada—. Pero la verdad es que era un negado. Lo que tocaba no moría, pero tampoco florecía. Aunque ella era demasiado buena como para decírmelo.

Vuelve a reírse y el sonido retumba por el frío y silencioso aire. Me llevo un dedo a los labios, pero él niega con la cabeza.

—Estamos solos. Los del caserón no ponen un pie fuera cuando está oscuro. Creen que corren el riesgo de ver algo que no les guste.

Me enervo ante su tono.

—¿Y tú qué sabes de ellos?

—Más que tú, señorita Miren Elliott.

Preparo el cortaplumas por si me viera obligada a utilizarlo. Tengo que pasar por su lado para volver al camino que conduce a la casa; no pienso darle la satisfacción de que me vea dando un rodeo, ni tampoco de que me note asustada. Aun así, al pasar por su lado, me toca el hombro. No me agarra ni intenta retenerme, ni siquiera me deja la mano encima más de un segundo. Pero me detengo y lo miro a los ojos.

—¿Te parece que las cosas van bien en esa casa? ¿Te parece normal que tu madre lleve fuera tanto tiempo? Tu padre es un inútil, me cuadra que nos haya abandonado cuando las cosas se han puesto difíciles, pero ¿tu madre?

—No conozco a mi madre —respondo con sinceridad, con dolor—. Me abandonó cuando era una niña y no tengo recuerdos de ella. —Trago saliva—. Así que, si tienes la certeza de que ella jamás os abandonaría, ya tenéis más suerte que yo.

La voz se rompe, solo un poco. Él me observa con lástima, y pienso que quizá sea la peor reacción del mundo. Sigo andando y, justo antes de perderme de vista, lo oigo decir con voz queda:

—Cuando estés preparada, ven a hacerme todas las preguntas que quieras, señorita Miren. Me llamo Jedadiah Gannel.

Ganell. El hijo de Lazarus. El tono es tan dulce que casi estoy a punto de girarme y volver con él. Y preguntárselo todo. Pero no es suficiente. Así que sigo andando. Estoy cansada y triste, y soy testaruda como los O'Malley. Me siento débil y vulnerable, y no me gusta nada. Ya he tenido bastante, y además me ha hecho dudar, en un abrir y cerrar de ojos y con apenas razones, de mi tío y su bondad.

27

—Esto es para usted.

Nelly me entrega un cuadrado de tela plegado con muy poca gracia, y apenas espera a que lo sujete antes de dejarlo caer. Lo agarro por una esquina y el resto se despliega como agua o un ala, revelando un tejido de lana brillante. Un chal con tonos verdes, azules y dorados, con el patrón exacto de la cola de un pavo real. Estamos a los pies de la escalinata del vestíbulo; yo voy a desayunar y ella va camino de la cocina, cargada con otras ofrendas.

Han pasado quince días desde mis servicios agrícolas nocturnos, y hace una semana que todas las mañanas nos encontramos con algo en la puerta. Hogazas de pan recién hecho, tartas con manzanas, albaricoques, cerezas y melocotones de árboles hasta los topes de fruta. Botellas de licor de fruta. Frascos de conservas, El tío Edward, por mucho que le sorprenda la afluencia de regalos, está satisfecho. Quizá también les satisfaga a mis padres cuando regresen; tal vez mi madre se llevé una alegría al ver lo bien que he cuidado de su gente y cómo la he salvado de la pobreza.

—Cariño, no sé lo que has hecho —me dijo con un tono comedido el tercer día de dádivas—, pero es muy efectivo.

—No he hecho nada especial, tío —protesté, pero él me dirigió una mirada cómplice, como si estuviéramos conspirando algo.

Sé, por cómo le miran los aldeanos, que nadie le dirá nada, aunque es obvio que Jedadiah ha considerado adecuado informar a su vecinos de que yo soy en parte responsable.

Los campos son ahora un mar ondulante de cultivos que estarán listos para su cosecha la semana que viene; los árboles de los jardines están rebosantes de tanta fruta madura que las gentes de Aguasnegras casi no dan abasto a recoger. Y el ganado muestra signos de estar reproduciéndose. Al final, le ofrecí el remedio abiertamente a los aldeanos, junto con la recomendación de que era algo que funcionaba en Edén del Trasgo. A fin de cuentas, no era mentira: Maura apenas usaba magia para que el ganado fuera fértil y los animales estuvieran sanos. Y de ahí los regalos.

Y ahora este chal, que es hermoso, suave y cálido.

—Gracias —le digo.

Nelly masculló algo entre dientes. A pesar de las horas vespertinas que suelo pasarme con Ena para que el ama de llaves pueda descansar un poco, no ha habido ningún cambio apreciable en su actitud hacia mí. De hecho, parece haber empeorado. La niña está radiante y han empezado a salirle los dientes, lo que le ha aliviado el dolor, y está durmiendo toda la noche de seguido y, por ende, Nelly también. La mujer sigue decidida a no renunciar al tiempo que gana cuando yo cuido de la criatura, y aun así parece resentida por que mi hermana me quiera. ¿Preferiría que Ena fuera infeliz? Aunque debo admitir que trata a la bebé con ternura; se preocupa por ella igual que cualquier otra madre.

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

He estado controlándome estas últimas semanas, esperando a que se acostumbrara a mi presencia. Pero tengo la paciencia al límite. Sigue andando hacia la cocina y yo la sigo, con la mirada clavada en su espalda y en los rizos que se escapan del moño que tiene en la base del cuello, y vuelvo a percatarme de lo lujoso que es su vestido, aunque no le vaya bien; es un ama de llaves muy bien

cuidada. Por alguna razón, eso me hace perder aún más los nervios. Levanto la voz y repito:

—¿Qué has dicho?

Ella sigue sin responder, así que alargo una mano, la agarro del brazo izquierdo, tiro y ella se gira. La furia de su rostro hace que la mía se extinga; yo solo estoy molesta, pero lo que ella siente por mí es un odio visceral. Quiere hacerme daño. Hay algo bestial en su expresión que me hace pensar en un animal salvaje.

—¡Nelly! —brama mi tío a través de la puerta abierta de la biblioteca, y Nelly se encoge como un perro reprendido por su amo. Casi espero verla ponerse a cuatro patas sobre las losas de mármol, con el rabo entre las piernas. Él sisea—: Discúlpate.

Tarda un buen rato, pero al final obedece, forzándose a articular la palabra entre dientes:

—Lo siento.

—¿Y qué más? —ruge mi tío Edward. Tiene el rostro rojo de ira.

—Lo siento, señorita Elliott.

Da media vuelta, no sin antes lanzarle a mi tío una mirada asesina, y se dirige de nuevo hacia la cocina. Los dos la observamos hasta que cruza la puerta del otro extremo del pasillo y da un furioso portazo a sus espaldas. Edward sacude la cabeza, desaparece toda tensión de su rostro y me hace un gesto para que vaya.

Hay dos sillones bajo un alto ventanal arqueado. Sé que ha estado sentado en uno por la pipa que humea en un pesado cenicero de plata junto a un vaso lleno con una medida más que generosa de brandy. Y aún no hemos desayunado. No digo nada. Me siento en el sillón opuesto. Ha estado leyendo uno de los libros de Murcianus —*Criaturas míticas*—; tiene unas ilustraciones bellamente coloridas.

Mi tío se sienta, suspira y me dedica una sonrisa agotada.

—Por favor, disculpa a Nelly. Está…

—Está cansada. Tiene los nervios a flor de piel. Pronto

estará de mejor humor —le espeto—. Sinceramente, tío, no entiendo por qué sigues excusándola.

Me sorprende que le esté hablando con tanta brusquedad; por muy bien que me caiga, siempre he mantenido una distancia entre la verdad sobre mí misma y mis pensamientos, y cómo me muestro ante él.

Parece perplejo, y algo oscuro le nada en los ojos, como una silueta sombría bajo las olas del mar.

Tomo aire y lo suelto.

—Lo siento, tío. No estoy acostumbrada a tanta hostilidad por parte del servicio. —Y es cierto, porque Maura y Malachi siempre fueron para mí familia, no sirvientes—. No puedo intentar hacer nada más de lo que ya he hecho. No importa nada de lo que hago, se está enfadando más y más conmigo por alguna razón que desconozco.

—Miren, es… inquietud. Está preocupada por tus padres. Trabajó muchos años para ellos y ahora hace tanto que ya no están… Hasta yo estoy empezando a preocuparme. Nelly es de esas personas cuyos miedos emergen a la superficie sin que puedan controlarlos. Tú y yo somos seres mucho más sosegados, con mucho más control. —Sonríe con parsimonia—. Pero Nelly es pura pasión, pobrecilla. —Levanta una mano—. Pero hablaré con ella. Otra vez.

—Tienes una paciencia admirable, tío.

Sonríe.

—¿Has vuelto a la aldea?

—Ayer por la tarde, tío Edward. Traté a las ovejas de Oliver. El último rebaño requería mi atención.

Al final era más fácil llamarlo «cría de animales» y alimentar a las bestias de cada casa —vacas, ovejas, cabras, cerdos, caballos— con una mezcla de hierbas en una suspensión de leche agría mezclada con unas gotas de mi sangre, preparado en el taller de mi madre anejo a la cocina. No llama la atención (hasta ahora, nadie ha descubierto lo de la sangre), y las bestias lo lamen con fruición.

—También fui a ver al crío de los Brune, Nectan. Estaba con anginas.

—¿Y bien?

—Ya está mejor.

—Tú y tus remedios caseros. ¡Menuda profesora debió ser Maura! Tu madre también tenía muy buena mano. —Parpadea, se ríe y se corrige—: Cuando estaba aquí. Supongo que sigue teniendo buena mano, ¡y espero que ya esté de vuelta a Aguasnegras y que no se esté parando a ayudar a todos los buhoneros achacosos que se cruce por el camino!

Me río con él.

—Maura también le enseñó a ella. No estoy haciendo nada distinto de lo que haría mi madre. Es nuestro deber con las personas que están bajo nuestra tutela, hacer que sus vidas sean un poco menos penosas cuando trabajan para nosotros.

Tardo en darme cuenta de que a Edward Elliott no le gusta que salga sola. Ah, por los jardines no hay problema, y tampoco en los árboles frutales ni los campos, pero sí en la aldea. Una precaución natural, sospecho, teniendo en cuenta la hostilidad con que lo reciben los aldeanos, pero esa hostilidad no parece extenderse a mí. Hay cuestiones sobre las que callan, pero en general se alegran de tenerme cerca, los Copper y los Cornish, los Lambourne y los Dane, los Perry, los Kane, los Woodfox y todos los que sonríen y me saludan cuando me ven llegar. Pero la presencia de mi tío lo arruinaría todo.

—Y Jedadiah Gannel… ¿Hablas con él?

Eso se ha convertido en una pregunta habitual, pero puedo responder con toda honestidad.

—No, tío. No hablo con él.

Y es la verdad. No hablo con él desde aquella noche entre los árboles frutales. Pero le he visto. Y él me observa, y se ha dado cuenta de que yo lo busco. Pero no hablo con él.

No es culpa de Edward Elliott que el pueblo eche tanto de menos a mi madre; no puede competir con su encanto.

Creo que, por desgracia, cualquier persona a la que hubieran puesto al cargo de Aguasnegras se habría encontrado con la misma animosidad. A la gente no le gustan los cambios —aunque solo hayan pasado tres meses y parezca muy poco tiempo—, y no es culpa de mi tío que, sin Isolde cuidando de la finca, la tierra haya dejado de cuidar a los aldeanos. Sí me he fijado en que nadie menciona a mi padre o sus costumbres. No percibo hostilidad hacia él, sino indiferencia. Recuerdo que Jedadiah lo llamó «inútil», igual que Aoife. Me pregunto por qué pasa sin pena ni gloria por el mundo. Sea como sea, mi madre lo quiere, de eso no me cabe duda.

Tiro del chal que tengo en el regazo para no mirar el vaso de brandy que Edward sostiene en la mano. Se pasa una buena parte del día en la biblioteca, leyendo, bebiendo y fumando en pipa. No le comento que me he dado cuenta de que no se pasea por las lindes, ni comprueba el estado de los cultivos o el ganado, ni tampoco visita la aldea más de lo estrictamente necesario, ni las minas o la fundición (sitios que todavía no estoy preparada para conocer, o eso sigue diciéndome).

El tío Edward se ha acostumbrado a mi presencia; se ha dado cuenta de que he estado encargándome de las tareas que él ha estado posponiendo. Creo que ha sido un alivio para él, pero aún siente que debe aparentar estar al mando para que su falta de eficacia no sea tan aparente, tan flagrante. Y yo, a su vez, me aseguro de discutir con él el día a día de la finca, como si yo, y no Oliver Redman, fuera la administradora encargada de ese tipo de asuntos. Procuro formular las frases para que parezca que le pido consejo, en lugar de simplemente informarle; empiezo las frases con «como sabes, tío Edward» y las acabo con un «¿no te parece?». En general, coincide conmigo, aunque hay veces en que, solo por llevarme la contraria, me contradice, y ordena que haga algo a lo que yo asiento y luego ignoro por completo. Soy educada y respeto sus sentimientos porque ha sido muy bueno conmigo. Y es el hermano de mi padre; no tendría sentido enfadarle ni que se quejara de mí

cuando mis padres regresaran a casa. Óisín y Aoife me enseñaron a administrar una finca aunque apenas quedara nada parecido en Edén del Trasgo. Y cada vez tengo más claro que mi tío sabe muy poco sobre administrar nada que no sea el nivel de una botella de vino.

Me pregunto por qué Isolde y Liam lo dejaron al mando; quizá Liam estuviera ciego ante los fallos de su hermano, o quizá los compartiera. Pero ¿Isolde? Seguro que Isolde habría elegido mejor. Aunque, claro, tal vez no fuera capaz de negarle nada a su apuesto marido.

—Tío —digo, sintiendo como aflora una urgencia irreprimible—, ¿sería posible visitar la mina hoy? ¿O la fundición?

Él niega con la cabeza, como sospechaba.

—Hoy no, Miren, pero te prometo que iremos la semana que viene. No quiero que vayas sin mí, y, como ves, estoy hasta arriba de faena—. Señala hacia la nada que lo tiene tan enfaenado—. Nadie te cuidará como la familia, y no confiaría tu seguridad a nadie más.

—Me tratas demasiado bien, tío Edward.

Sonrío mientras aprieto con fuerza los dientes. La semana que viene se le habrán ocurrido razones nuevas que nos impidan visitar la mina y la fundición. No digo nada porque ya me va bien seguirle la corriente mientras construyo esta nueva vida, esta nueva familia. Él sigue contándome historias sobre los Elliott, pero suelen repetirse y los detalles tienden a cambiar entre una versión y otra. No puede saber que, habiendo crecido con relatos de Aoife y Maura, una pequeñísima desviación de una historia que ya he oído puede hacer que me piten los oídos. Los cambios y tropiezos se deben, creo, al alcohol. Es algo capaz de robarle la memoria a hombres y mujeres con la misma eficacia que una maldición.

Aunque me he dado cuenta de que se lo perdono porque soy feliz. La falta continuada de mis padres me pesa, sí. Y también me duele recordar la vida que he dejado en Edén del Trasgo, a pesar de las recientes tribulaciones. Maura y Malachi, Óisín e incluso Aoife, el dolor que me ha

hecho mella en el corazón por todos ellos. Y no puedo negar que el rencor que siento hacia Isolde y Liam no ha disminuido. Pero hay mucho que disfrutar y mucho por lo que alegrarse. Tengo a Oliver, en la aldea, quien discute conmigo el funcionamiento de la finca abierta y honestamente, y Lazarus Gannel, con quien suelo charlar a diario. Y luego está Lucy Forsyte, que siempre tiene té y galletas preparados cuando paso junto a su cancela, y me ha cosido vestidos nuevos para que no tenga que ponerme la ropa de mi madre, y también está su hermana, Ada, cuyas manos reconozco en el chal a pesar de que haya llegado sin nota. Hay niños de la aldea que corren junto a mi caballo cuando me ven y me entrelazan flores en el cabello cuando les dejo (me recuerda a Ben y la *troupe*, y deseo que estén bien y a salvo). Tengo esta casa, y no hay ni rastro de Aidan Fitzpatrick, y el hombre de ojos verdes a veces se me aparece en sueños, sonriéndome con dos bocas, pero es algo tremendamente inusual. Y luego está Ena, que es un primor. Y siempre recordaré la bondad de mi tío; siempre formará parte de la felicidad que estoy consiguiendo aquí. Y cuando mis padres regresen, solucionaremos nuestros problemas.

—Ten paciencia, querida.

—Por supuesto. Lo que sí tengo una sugerencia, si es posible.

Arquea una ceja curiosa, pero no dice nada.

—Paley Jethan me ha comentado que se celebra un festival de la cosecha anual. Este año llegará tarde, pero creo que eso no debería impedir nada. Podemos organizarlo antes de que llegue el invierno. —Esboza un gesto de duda, así que prosigo—. Piensa en las buenas intenciones, tío. Piensa en lo agradecida que está la gente de que haya grano que recoger, fruta que conservar y animales llenando los rebaños después de lo poco que hace que temieran llegar a pasar penurias en Aguasnegras. Es una celebración humilde, tío; el recuerdo de la fiesta los ayudará a levantar los ánimos cuando nos azoten los meses oscuros.

Contengo el aliento mientras él sopesa su decisión.

Finalmente, asiente.

—¡Pero te encargas tú de todo! Y no quiero que suponga carga alguna para Nelly, porque, si no, ¡me temo que ni siquiera yo podré aplacarla!

28

Me encuentro frente a la puerta del dormitorio de mis padres, en el ala cerrada. Es la primera vez que vengo, y no solo por las advertencias de mi tío sobre los daños que provocó el fuego. Pensaba que había controlado el rencor que sentía hacia mis padres, que esperaría hasta que regresaran, que lo solucionaríamos pronto en cuanto pudiéramos hablar, que pondríamos fin a la ira que me hierve por dentro. Pero esta noche…

Esta noche, la espera se me ha hecho demasiado larga.

Esta noche, se me ha agotado la paciencia.

Esta noche, me he despertado de una pesadilla en la que me ahogaba.

Me siguen doliendo los tobillos por donde el espectro me agarraba con crueldad. Los pulmones me ardían del esfuerzo por respirar. Tenía el pelo empapado hasta la raíz y manchas de agua en el camisón, y me temblaba todo el cuerpo.

Apenas entraba luz de luna, y el fuego de la chimenea se había extinguido; solo brillaban unos pocos rescoldos. Sabía que no se ocultaba nada en la oscuridad de los rincones. Sabía que no escondían nada que proviniera del mar. Pero lo racional no tiene poder alguno durante las horas sombrías.

Ni siquiera recuerdo la sustancia del sueño. Solo tengo lagunas: dientes, garras y colas como látigos. Y una cancioncilla que atraviesa las aguas aunque no debería, un

sonido cercano al de una campana que toca a muertos y anuncia mi condenación a todo el mundo. Y el tono alegre de las palabras «cuando desaparezcas, seremos libres».

Y notaba un regusto a sal en la boca; aún lo percibo.

Me he levantado y he caminado despacio hasta la lumbre, he acercado un trozo de papel a las brasas hasta que ha prendido y luego lo he utilizado para encender la mecha de la hermosa lámpara de plata. Una vez encendida, proyectó un círculo de unos bellísimos tonos iridiscentes alrededor de la habitación. Acto seguido, la levanté para iluminar los rincones de mi alcoba: nada. Nadie.

La idea de volver a dormir se me antojaba absolutamente aterradora; de hecho, estaba convencida de que no pegaría ojo nunca más. Podría haber reavivado el fuego y haberme sentado a leer. O podría haber hecho lo que tantas veces desde que llegué: explorar la casa principal y el ala oeste. Los desvanes están en su mayor parte vacíos, salvo por algunos muebles que han almacenado al no haberles encontrado una ubicación mejor. No hay arcones ni cajas, ningún sitio donde pueda buscar secretos o respuestas. En el piso de abajo, he rebuscado en la cocina, los salones, las habitaciones de invitados, las salas de estar, los baños, el estudio que por lo visto usaba mi padre y la biblioteca (más de una vez). Hay tantísimo polvo en todas las habitaciones que me cuesta creer que Nelly esté haciendo su trabajo. No he entrado en las alcobas de mi tío ni de Nelly, ni tampoco he bajado a la bodega (a la que se accede por la trampilla que hay en el taller de mi madre) porque la puerta está cerrada con tres cerraduras grandes de plata igualitas a las de Edén del Trasgo.

Tampoco he entrado en la habitación de mis padres, ubicada en las «ruinas» del ala este, pero esta noche me siento más rebelde que de costumbre. Hace unas noches, cuando sufría del mismo insomnio, deambulé por los oscuros pasillos hasta llegar a la biblioteca. Revolví los cajones del escritorio y, en el de abajo empezando por la derecha, encontré en el fondo un pesado llavero con doce llaves (aunque ninguna correspondía con las cerraduras de

la trampilla de la bodega). Nelly lleva las suyas pendiendo de un *chatelaine* en la cintura —de nuevo, una pieza demasiado lujosa para un ama de llaves—, y mi tío las lleva colgando del cinturón. Estas, por tanto, son de repuesto, o al menos, a juzgar por la capa de polvo que las cubre, no las está buscando nadie. Por lo tanto, han estado descansando en el agujero que hice en mi colchón cuando abrí una de las esquinas, junto con la bolsita de joyas y el saco en el que guardé la mayor parte del oro que le robé al asesino.

Pero ahora estoy aquí, después de haber atravesado los pasillos del ala que se suponía en ruinas por el fuego y peligrosa; hasta hace poco no me había dado cuenta de que no hay daños en la fachada de la casa. Encontré pruebas del fuego en una de las habitaciones de la segunda planta, donde los muros están pintados como un jardín con conejitos, zorros, flores y hadas asomando por detrás de los troncos de los árboles, pero no había ni un solo mueble, salvo por una vieja mecedora y una cuna astillada y manchada de hollín con una manta quemada y retorcida a los pies. Solo percibí el olor a humo viejo y a otra cosa que no fui capaz de identificar, algo tan tenue que quizá fueron imaginaciones mías. Era evidente que habían podido controlar el fuego, puesto que las cortinas y la alfombra apenas estaban chamuscadas. Pienso que debe ser la habitación de Ena; recuerdo que Edward me dijo que Nelly y mis padres habían sobrevivido por los pelos, pero diría que exageraba, igual que cuando me describió el grado de «ruina». Ena debía de estar con Nelly o Isolde, aunque no soy capaz de imaginarme cómo pudo comenzar aquí la deflagración. ¿Tal vez tiraron una lámpara o una vela?

Sin embargo, el resto del ala está intacta, así que o mi tío me engañó, o distorsionó la verdad. Me siento un poco mejor por haberle desobedecido, pero me pregunto qué otras mentiras debe haberme contado. Y por qué.

La habitación de mis padres está en la planta de abajo. La llave gira con dificultad en la cerradura por la falta de uso, pero finalmente abro la puerta con la lámpara en alto.

La estancia está decorada en tonos azul metalizado y verde borrascoso: cortinas, el dosel de la cama, colchas, sillones y sillas, alfombras, las paredes. El tocado está repleto de polvos y perfumes, maquillaje, joyas desparejadas, cepillos y flores y adornos de pelo cuidadosamente preparados. Y polvo, muchísimo polvo.

Hay dos vestidores, uno a cada lado de la enorme cama. Uno contiene ropa y calzado de hombre. El otro, vestidos de mujer. Veo espacios donde faltan prendas, ausencias, como si alguien hubiera seleccionado a conciencia vestidos, faldas, chaquetas y pantalones, igual que un pergolero roba objetos brillantes. Es natural, supongo; mis padres debieron escoger sus ropas de viaje. El problema es que en cada vestidor hay una balda alta que recorre las paredes y desde la que asoman maletas y baúles; dos conjuntos completos, los de mi madre con las letras «I. E.» grabadas y los de mi padre, con «L. E.».

Una puertecita conduce a un baño con una enorme bañera con patas y estanterías gimiendo bajo el peso de botes de cremas y productos para lavarse el cabello. No parece que se llevaran nada de allí, pero tampoco pondría la mano en el fuego.

De vuelta en la habitación, veo una enorme chimenea y, justo encima, un cuadro: una pareja atractiva de pelo oscuro y vestida con elegancia; el hombre parece algo más joven que la mujer; tener hijos le suma años al rostro de cualquier mujer. Mi padre es, en efecto, apuesto, y él y Edward tienen un ligero parecido. Mi madre lleva una cadena de plata en el cuello, de la que cuelga un dije con forma de campana de a bordo. Me acerco todo lo que puedo, levantando el farol: puedo distinguir a duras penas los puntos en los que el artista se ha molestado en detallar las marcas festoneadas para asemejarse a escamas. La mano me tiembla y las sombras danzan: es la primera vez que veo a mis padres.

También me sorprende ver un escritorio, delicado y no excesivamente grande, un mueble más bien femenino. Aunque, de nuevo, no conozco a mi madre en absoluto. Con

todo, deduzco que es suyo por el gran libro que descansa sobre la superficie. Cuero negro, conchas plateadas en festón tanto en la parte delantera como en la trasera y la forma de la sirena con dos colas y dos rostros grabada en lámina de plata. A su lado descansa una pluma de ónice rojo con intrincados grabados y un bote de tinta que parece casi seca. Abro la tapa del volumen.

Con una pulcra caligrafía, una caligrafía que reconozco de las cartas que Isolde le envió a Óisín, hay relatos escritos, cuentos de los O'Malley.

Érase una vez, hace mucho tiempo, en una época que solo los cuentacuentos recuerdan…

En una tierra que jamás fue en un tiempo que no podía existir…

En las épocas pasadas en que desear aún servía de algo…

Érase una vez, en uno de los extremos del ayer…

Mi madre había hecho lo que yo tenía pensado hacer. Me pregunto hasta dónde llegó, si tenía los recuerdos frescos. Me pregunto si le importará que yo añada historias de mi propia mano. ¿No se llevaría una grata sorpresa al volver a casa? Lo sujeto en brazos como si de una criatura se tratara.

Cuando estoy a punto de marcharme, alzo la vista. Hay sombras y formas que me llaman la atención. Localizo más velas, las enciendo y las reparto para iluminar la estancia de la mejor forma posible.

Hay un mural pintado en el techo, una copia —o la versión más fidedigna que ha podido recordar Isolde— de la de la biblioteca de Edén del Trasgo. O eso creo: reconozco algunos elementos, los que aún eran visibles bajo las telarañas y el hollín de casa. Cuando Isolde vivía allí, quizá el mural no estuviera tan oculto; y quizá, con el tiempo, Yri o Ciara monten escaleras y lo limpien en profundidad. Hay rostros aquí y allá, extremidades, nubes de tormenta, la vela de un barco, la cola de un monstruo marino… solo que el monstruo ya no es un monstruo. Es algo menos. Se ha convertido en una nereida, si es que no lo fue desde el principio.

Una enorme reina marina reposa sobre unas rocas pintadas, contemplando a mis padres día y noche. Pelo negro, ojos como el carbón, pechos desnudos y piel escamada, y la cola… la cola está divida en dos, como la marca que tengo en la cadera. Siento como si la cicatriz me ardiera otra vez, aunque no recuerde cuándo me la hicieron.

Soplo las velas y me voy —con el libro bajo el brazo y la lámpara en la mano—, con cuidado de no dejar ningún rastro de mi presencia.

De vuelta en mi ala, atravieso el pasillo de puntillas. La habitación de mi tío está en el piso de arriba. Me sorprende que, igual que en Edén del Trasgo, haya tantas habitaciones vacías, pero al menos allí hubo un tiempo en que había gente para ocuparlas. Aguasnegras, este lugar que levantaron mis padres, parece grande porque sí, y vacío porque puede estarlo. Tanto espacio y no enviaron a nadie a buscarme. No había habitación para Miren O'Malley. Miren Elliott.

Pero quizá tuvieran planes para llenarlas con más hijos. Ena —la niña que valía la pena conservar— fue el principio. ¿Cuántos más podría engendrar mi madre? No es tan mayor… Y lejos del mar, lejos de Edén del Trasgo, los nuevos retoños tal vez puedan estar a salvo y no acabar siendo criaturas sin nombre cuyo único propósito es alimentar las aguas…

A medida que me acerco a la habitación de Nelly (contigua a la de Ena), y que no puedo evitar para llegar a la puerta de mi alcoba, oigo ruidos: suspiros, resuellos, gritos ahogados y tenues gemidos. La puerta no está trancada y, de hecho, se ha entreabierto, y recuerdo que no estaba así cuando he pasado antes por delante. Por la rendija veo la cama de Nelly y a su dueña a horcajadas sobre alguien, moviéndose hacia delante y hacia atrás, agitándose con violencia. Y de su acompañante oigo emerger la voz de mi tío susurrándole obscenidades y amenazas, gruñidos. Estoy a punto de detenerme a medio paso, y casi acabo siendo víctima de una fascinación

terrible e insensata, pero sigo andando y avanzando en silencio hasta que puedo abrir con cuidado la puerta de mi habitación y ocultarme. Y, al fin, soltar el aire que estaba conteniendo a duras penas.

Me hago un ovillo bajo las sábanas, pensando en el libro de cuentos que he ocultado en la parte inferior del arcón de las mantas, bajo colchas, chales y sábanas limpias. Me pregunto, entonces, por qué parece que mis padres han emprendido un largo viaje sin maletas ni los productos cosméticos a los que claramente mi madre era tan aficionada. Ni siquiera el cepillo del pelo.

* * *

Al día siguiente, le digo a mi tío que voy a la aldea a hacer algunas gestiones para el festival de la cosecha. Él bosteza y asiente, ciertamente exhausto por sus escarceos nocturnos. Cabalgo en la dirección correcta hasta que sé que ya no me pueden ver desde la casa, y cambio de rumbo.

La fundición está más cerca que la mina. Puedo hacer un viaje rápido para que sea menos probable que alguien me eche de menos y le dé por preguntarme por las horas de mis idas y venidas. Puedo ir a la fundición y cruzar campo a través hasta la aldea sin que mi tío Edward se entere.

Desmonto y dejo a mi caballo en una arboleda antes de acercarme a un grupo de cuatro edificios de madera basta y hojalata que se alzan en un círculo de tierra. No crece hierba alguna en los límites del complejo. Y, por lo visto, tampoco hay nada especial que ver. No salgo de las lindes del bosque porque aún sigue habiendo algunos hombres trabajando allí, y no quiero que nadie se percate de mi presencia. La alta chimenea de la estructura más grande vomita bocanadas de humo; me imagino que dentro debe de haber un horno y alguien introduciendo la plata, antes de verter el líquido burbujeante en moldes de lingotes. Me pregunto cómo la envían, y adónde, y si la carga alguien de la aldea o si suele venir alguna persona a recogerla. Puede que se lo pregunte a Oliver Redman; tengo el presentimiento de que no va por ahí aireando nuestras

conversaciones.

Cuando estoy a punto de marcharme, un hombre emerge de la puerta corredera del edificio principal. Jedadiah Gannel, descamisado y cubierto con polvo de carbón y sudor de haber estado alimentando la forja. Clava la mirada en el lugar donde me oculto en las sombras y tras las ramas bajas de los árboles, como si pudiera verme. Contengo el aliento y me quedo inmóvil hasta que él se encoge de hombros, sonríe y echa a andar hacia uno de los pequeños edificios anejos.

29

El día del festival amanece apacible, aunque algo más frío de lo habitual, como si el invierno enviara su aliento con antelación. «No os olvidéis de mí, pues yo no me he olvidado de vosotros.» Sin embargo, el sol no tarda en calentarlo todo y la advertencia cae en el olvido. Mi largo vestido verde, suelto y sujeto únicamente con una hermosa banda que me ha tejido Lucy Forsyte, es ideal para un día así.

El jardín delantero está hasta los topes de gente: mesas de caballete llenas de comida, otras dedicadas exclusivamente a la cerveza y el hidromiel, vinos de categoría y *whiskyes* más fuertes. Casi doscientos hombres, mujeres y niños repartidos por el manto de verde; todo el mundo ha contribuido de alguna forma a la celebración. Un grupo de asistentes ha formado un círculo alrededor de la fogata que acaban de excavar (y que estoy segura de que dejara lívido a mi tío Eduard), pero él y Nelly han decidido no participar de las festividades, y yo he dado permiso para que prepararan el fuego. Puede que pronto llegue el día en que mi tío y yo dejemos de administrar el día a día de la finca juntos, pero ese día aún no ha llegado… Y, a pesar de todo, sé que con cada decisión arriesgada que tomo, fuerzo un poco más ese momento. Un cerdo y un novillo penden ya de un espeto encima de las llamas, y los hombres, todos muchachos fornidos, se turnan con la manivela para que la carne no deje de girar. Se han enterrado entre los carbones

patatas y calabazas en botes de arcilla, y allí se están cocinando. La grasa silba por los costados de la carne, y el olor a asado llena el aire. Se me hace la boca agua al caminar entre la multitud, charlando, asegurándome de que todo el mundo esté feliz y relajado y se sienta recompensado por su trabajo en la finca, algo que parece haberles faltado desde que mis padres se marcharon.

—Señorita Miren —exclama Oliver.

Está de pie junto a una mesa de caballete y el montón de barriles que encontré en un almacén justo al lado de la cocina. Nadie podría haber preparado a tiempo la bebida necesaria para el evento de hoy, y no tiene sentido acumular suministros para las tres personas que viven en el caserón. Esa ha sido mi contribución.

—Hola, señor Redman. —Le llamo «señor» precisamente porque mi tío lo tutea—. ¿Va todo bien?

—Más que bien, señorita Miren, y todo gracias a usted.

Sonríe, y veo que tiene las mejillas sonrosadas por culpa de los contenidos del barril. Tiene a su lado a Abel Woodfox; el herrero es un tipo enorme, de más de dos metros y musculado como un toro. Incluso yo tengo que doblar el cuello para mirarle a los ojos.

—Le ha devuelto la vida a Aguasnegras, y a todos nosotros.

—Son demasiado amables, caballeros. Esto no es más de lo que merecen por el trabajo que hacen. Lo valoramos mucho.

Le toco el brazo a Abel y luego a Oliver, y sonrío. Ya no se estremecen cuando me acerco a ellos, conscientes de que yo no les haré lo que Isolde les hiciera, ni puedo. Saben que no les encantaré contra su voluntad.

—Es agradable que se nos demuestre, señorita, nada más —masculla Oliver.

Cuanto más tiempo llevo aquí, cuantas más horas paso en la aldea, más claro me queda lo mucho que detestan a Edward Elliott. Aun así, me siento obligada a defenderle.

—Sé que mi tío puede parecer algo despreocupado —respondo—. Me temo que no está acostumbrado a dirigir. Y

sé que está preocupado por la larga ausencia de mis padres. Temo que eso le haga… descuidar los sentimientos de los demás. No duden nunca de que valoramos sus esfuerzos.

—Que sepa que hemos estado hablando de irnos —dice Abel, mientras Oliver intenta callarlo. Abel sigue adelante y hace un gesto de cabeza al lugar en que sus hijos, Jago y Treeve, echan un pulso sobre el tocón de un enorme árbol —. Temíamos morirnos de hambre este invierno; la carretera a San Sinwin es intransitable cuando caen las primeras nieves, así que se acabó lo de los viajes a por suministros, y su tío no está dispuesto a comprar lo que necesitamos para salir del apuro. —Me esfuerzo por no apretar los labios, molesta—. Me preocupaba por mis muchachos. —Sonríe, más borracho de lo que parecía—. Pero usted se ha encargado de solucionarlo, ¿no? —Sonrío, pero no digo nada—. Ha sido cosa suya, señorita. En cuanto llegó, la tierra volvió a dar fruto. Jamás podremos agradecerle suficiente lo que ha hecho, aunque haremos todo lo que esté en nuestras manos. —Ante mi sorpresa, Abel se arrodilla y me coge la mano; Oliver hace lo propio y me agarra la otra—. Le prometemos, señorita Miren, que siempre estaremos a su lado, pase lo que pase.

—Oh. —Estoy perpleja, pero trato de conseguir que se levanten antes de que alguien los vea; antes de que mi tío o Nelly miren por las ventanas—. Mis queridísimos caballeros, son ustedes muy amables, pero ¡¿qué dirá la gente?! ¡Y no quiero que sus esposas echen a correr detrás de mí hacha en mano!

Los dos se ríen y se ruborizan, antes de ponerse en pie. Les doy unos golpecitos en los hombros y les reconforto para que no se avergüencen de un acto alimentado por el alcohol y el alivio.

—Gracias, señor Redman, señor Woodfox. Se lo agradezco mucho más de lo que se imaginan. Siempre haré todo lo que esté en mi mano por Aguasnegras. Espero que siempre sientan la libertad de presentarme sus problemas. Y haré todo lo posible por ayudarles.

Adoraba Edén del Trasgo, no me cabe la menor duda,

pero creo que aquel lugar estaba muerto, y esta es la primera vez que soy capaz de admitirlo. Si me hubiera quedado allí, habría acabado sepultada. Por la casa, por el matrimonio con Aidan, resistiendo en el capullo que Aoife había tejido para sí misma, ahogada por el suelo de llegar a resucitar las fortunas de los O'Malley. Jamás habría sido vida, sino más bien un embalsamamiento en riqueza, estatus social y expectativas. Algo que habría distado mucho de una verdadera existencia.

Pero aquí… aquí hay algo que crear, cuidar y nutrir. Aquí, siento que tengo un propósito que va más allá de una serie de actividades con el único objetivo de sobrevivir, de contener el polvo y la mugre y una inevitable muerte.

—Gracias a los dos —digo.

Levanto la vista para comprobar quién de los presentes ha sido testigo de esta ceremonia de lealtad, y me descubro observada por una mirada verde. Jedadiah Gannel me contempla con una ceja arqueada y la comisura de la boca alzada en actitud burlona. Siento una imperiosa necesidad de sacarle la lengua, pero me contengo, así que me limito a desviar la mirada, echar un vistazo alrededor y alejarme del herrero y el administrador de la finca.

Los niños juegan al pillapilla, a saltar a la comba, al aro, a la gallinita ciega, a dar volteretas y a hacer el pino; un grupo de niñas lanzan tabas talladas para leer el futuro de las demás, lo que provoca grandes alborotos; un grupo de niños están cosiendo coronas de flores, quizá para las niñas. No pierdo de vista a los que corren y saltan, igual que sus madres, para asegurarme de que no se acercan demasiado al borde del lago. Casi puedo imaginarme las aguas engulléndolo todo, aunque haya reflejos en la superficie, claros y fieles, de todo lo que ocurre en el exterior.

Hay mujeres sentadas en mantas, distribuyendo tentempiés, algo a lo que echarle el diente antes de que esté preparado el plato principal. Cuatro damas mayores se han instalado junto a una mesa de caballete llena de pasteles, pan y otros dulces. Por sus expresiones de orgullo, y por las

miradas de desdén que le dedican a las ofrendas de las mujeres jóvenes, es evidente que lo que hay sobre la mesa es obra suya. Matronas ancianas sin miedo a la muerte o la censura, que se han pasado la vida con la boca cerrada con tal de proteger las sensibilidades de los demás —nada que ver con Aoife—, pero ahora ya no les importa. Tienen unos ojos agudos, unas lenguas afiladas y unos comentarios que escuecen tanto como la sal que se echa en una herida abierta.

Una de ellas, Keziah Eddy, levanta una mano para que me acerque. Me arrodillo junto a su silla y la saludo a ella, a su cuñada Keren-happuch Lambourne y a sus primas Zara Stark y Elena Yarrow. Viudas todas, viven en la misma casa; si hubieran seguido viviendo con sus respectivas familias, se habrían pasado el día cuidando de los nietos. Este modo de vida les resulta más atractivo. La primera vez que me invitaron a tomar el té poco después de llegar a Aguasnegras, les pregunté, con discreción, por qué no habían intentado los humildes conjuros que yo realicé para revivir la tierra. Me respondieron que no querían interferir con lo que mi madre hubiera hecho; que el hechizo de una mujer podía no funcionar sumado al de otra, o que incluso podía tener consecuencias catastróficas, sobre todo cuando había una bruja como Isolde involucrada. Sus obras, me dijeron, eran magníficas y poderosas; ninguna de ellas de una bruja de sangre. «Tú eres su hija —me dijeron—, y en tu caso es diferente, aunque no seas más bruja que nosotras.» Pero Keziah me admitió, cuando la situación comenzaba a adquirir un cariz algo siniestro, que se habían planteado hacer algo desesperado, aunque no llegaron a confesarme qué era. Por el tono y las miradas de soslayo, deduje que habían valorado la posibilidad de llevar a cabo un sacrificio para humedecer el suelo con la sangre de un joven. Dudo que hubiera servido de algo, teniendo en cuenta que Isolde había marcado aquella tierra como algo propio.

—¿Cómo se encuentran hoy mis señoras? —les pregunto.

Esbozan una sonrisa perversa; están sentadas al sol, dejando en ridículo a sus hijas y nueras, quienes asumen bien la afrenta, pues un bollo dulce merece el precio de tu orgullo; todo el mundo vuelve a servirse dos y tres veces, y ellas tienen la oportunidad de reprobar y criticar. No hay malicia en ellas, o no más que la que cualquier mujer acumula a lo largo de una vida que no está diseñada para ella, y son más listas que el hambre; hemos intercambiado recetas de pociones más de una vez desde que estoy aquí.

—No estamos mal, cielo, ahí vamos. ¿Cómo estás tú?

—No estoy mal —respondo, y sonrío—. Ahí vamos.

—¿Has visto a tu tío? ¿No tiene pensado venir? —pregunta Zara con picardía.

—¿Y Nelly Daniels tampoco?

Elena me alarga un dulce relleno de albaricoque y nata densa. Le doy un mordisco y niego con la cabeza.

—Mi tío está liado con las cuentas. —Eso ha sido lo que me ha dicho él—. Nelly está cuidando a Ena.

Habría preferido que mi hermanita estuviera con los otros niños, pero Nelly ha insistido en que se quedara en casa, que estaba incubando algo; una letanía de razones por las que Ena no debería verse expuesta a los mocosos de la aldea.

—Se dedica en cuerpo y alma a la chiquilla —coincide Elena, mirando de reojo el caserón.

—Estoy segura de que la ayuda a superar su propia pérdida —añade Keren-happuch.

—¿Qué ocurrió? —pregunto, saboreando la mantequilla; le han echado muchísima canela, pero no demasiada; está perfectamente equilibrado.

—Estaba embarazada cuando ella y tu tío llegaron, y dio a luz poco después.

Me sorprendo; di por hecho que Nelly había venido de la aldea.

—¿Llegaron juntos?

Keziah sacude la cabeza.

—Creo que se encontraron en el camino. Tus padres contrataron a Nelly como nodriza de Ena, y le pidieron a tu

tío que viniera y vigilara la finca, o eso nos dijeron. Por aquel entonces aún nos dirigía la palabra. Dio a una luz una semana antes que tu madre. Aquellos dos angelitos, durmiendo en la misma cuna…

Sonríe con tristeza.

—¿Qué ocurrió? —repito, y parece entender que es más que una pregunta.

Mi tío Edward siempre se ha referido a Nelly como la «ama de llaves», y jamás ha mencionado que fuera la nodriza de mi hermana. Desde que estoy aquí, Ena solo ha tomado biberón, al menos por mi parte. ¿Qué hará Nelly en su habitación?

—El accidente —contesta Keziah.

—Es terrible que le suceda algo así a una mujer, sobre todo siendo madre soltera —masculla Keren-happuch, y las otras asienten.

—Pobre Meraud.

Pienso en la cuna quemada del ala cerrada de la casa. No era solo de Ena, entonces. No le he preguntado nada a Nelly sobre su vida porque he dado por supuesto que no me respondería. Pero, sobre todo, no le he preguntado nada porque no me cae bien; ha conseguido que no me interese lo más mínimo. Sin embargo, ha perdido un hijo y eso debe doler, y es algo que no le desearía a nadie. Me pregunto si mi tío no ha mencionado su tragedia por simpatía y tacto. Antes de que pueda preguntar nada más, me distrae un griterío infantil.

Un grupo de críos corre alborotadamente cerca del lago. Una chiquilla de pelo castaño huye de niños y niñas, entre gritos de alborozo. Pero pierden de vista sus alrededores, como es habitual con los niños, y sus padres han ido distrayéndose con el sol, la comida y la bebida. Se están acercando demasiado a la orilla.

Ocurre ante mis ojos; me resulta tan lento, como si el momento en que pudiera evitarse la tragedia fuera eterno, y no puedo creer que nadie haga nada al respecto. La chiquilla está ahí y, un instante más tarde, desaparece; sus perseguidores frenan en seco a una buena distancia del

agua, boquiabiertos.

La niña se ha esfumado por completo, engullida por el líquido negro. Su madre, Miriam Dymond, se percata del peligro demasiado tarde, y ahora corre de un lado a otro de la orilla; nadie acude al rescate. Hay personas tratando de detenerla y de impedir que siga corriendo como pollo sin cabeza. Son gente de montaña, gente del interior, y no hay ni un solo marino entre ellos. A nadie le han enseñado a nadar desde la cuna, y yo soy la única O'Malley aquí. Por mucho miedo que me produzca el lago, temo mucho más que pueda llegar a arrebatarnos a una niña.

Me quito las delicadas sandalias, me aflojo la banda y me quito el vestido, dejándolo caer junto a las viejas brujas, y echo a correr hacia el lago con mi fina combinación de algodón. Noto la campana golpeándome la garganta y la oigo tintinear a cada paso que doy.

Detrás de mí, alguien grita:

—¡Miren, no!

Pero lo ignoro. Toco con el pie derecho el punto en que la tierra se encuentra con el agua y me precipito hacia delante. Es un buen salto, tengo las piernas largas, y tengo la sensación de que no voy a romper jamás la superficie.

No obstante, al sumergirme, siento una conmoción, como si me hubiera golpeado un rayo y el corazón me fuera a explotar. Comienzo a caer a plomo.

30

Pensaría que me hundiría apenas unos pocos metros, que golpearía algún saliente rocoso o algo similar, pero no. Debo haberme sumergido más de dos metros y sigo cayendo y cayendo hacia el abismo. Y el líquido está frío como el hielo, mucho más que el del puerto de Breakwater.

Cuando el líquido me cubre la cabeza, pienso que bien podría ahogarme y no hacer ningún esfuerzo por evitarlo. Me pesan las extremidades, las noto torpes, y necesito toda mi fuerza de voluntad para recomponerme antes de morir en las profundidades. Pataleo en el agua y detengo mi descenso para orientarme, antes de contemplar el abismo bajo mis pies mientras la combinación se me agita como si la azotara un vendaval. Estoy buscando tanto a la niña como a las nereidas.

El agua parece de un extraño tono verdoso desde aquí, túrgida y casi inmóvil a pesar de mis manoteos, pero al fin veo algo debajo de mí, una tenue mancha, forcejeando débilmente, perdiendo las fuerzas. Me propulso entre pataleos y desciendo aún más hacia la gélida oscuridad.

La niña parece estar cayendo a plomo, con más peso del que debería, quizá arrastrada por algo, aunque no vea que la estén agarrando. Finalmente, consigo tocarle los dedos, la palma de la mano, la rechoncha muñeca. Me arden los pulmones. La chiquilla tiene los ojos vidriosos y se le están empezando a caer los párpados. Tiene el rostro ceniciento rodeado de unos cabellos que parecen humo

rojo. Tiro de ella con fuerza y me la apoyo en el pecho. Está demasiado debilitada como para agarrarse a mí, así que no me queda otra que nadar con una mano, pataleando como una rana. Quiero echar la vista atrás, quiero asegurarme de que no hay nada siguiéndonos, pero no puedo. «Concéntrate, Miren. Mira al frente.» Aún siento una suerte de estremecimiento en el agua, como si estuviera tiritando por su propia gelidez.

Poco después atravieso la superficie y noto el aire absurdamente cálido. Braceo hasta la orilla, que parece más lejos de lo que debería. No hay gradación ni zonas en las toque; mis pies resbalan contra la pared vertical del lago. Alguien me coge a la niña de los brazos y luego otra persona me ayuda a salir. Las piernas me tiemblan como gelatina mientras me arrastran lejos de la orilla, lo más lejos posible, detrás de la mujer que carga con su hija una cierta distancia antes de que las piernas también le flaqueen. Me deshago de quien ha tirado de mí hasta ponerme a salvo y voy detrás de Miriam Dymond. Se desploma, aullando, con la niña recostada en el regazo. La pequeña sigue sin respirar.

Levanto a la niña y la tumbo en el suelo. Le aprieto el pecho y luego le hago el boca a boca; repito estas acciones hasta que escupe tantísima agua que casi forma un pequeño estanque, antes de ponerse a toser y sollozar. Yo me desvanezco. Miriam vuelve a recoger a su hija y la acuna entre sus brazos.

Me ayuda otra vez a ponerme en pie, pero estoy tan exhausta que casi podría gritar y lo único que quiero es echarme a dormir, entregarme al letargo que me ha sobrevenido al entrar en contacto con el lago. Levanto la vista y me encuentro con el rostro de Jedadiah; su calor corporal me resulta extraño, pero estoy helada hasta los huesos. Estoy confusa, me cuesta entender su expresión, pero poco después comprendo que es de pavor. Algo que no esperaba ver en él, y, además, no me está mirando a mí, sino por encima de mí.

Hago ademán de girarme, pero él me aprieta la cabeza

contra su pecho. Le doy una patada en la espinilla en un arrebato y él me suelta, sorprendido. Echo la vista hacia el lago.

Tres cabezas enormes; piel pálida con un tono verdoso; branquias que veo en sus cuellos incluso desde la distancia; y colas que aletean, salpican y golpean.

Las nereidas, sonriéndome y siseando. Sin canción esta vez. Ni falta que les hace. Me miran fijamente unos instantes antes de desaparecer entre chapoteos. Jedadiah vuelve a rodearme con los brazos, aparentemente sin inmutarse por la patada. Está temblando tanto como yo, pero es imposible saber si por el frío de mi piel o por el miedo.

De lo que sí me doy cuenta, ahora que he conseguido relajar la mente y mi terror ha menguado un poco, es que el agua del lago era salada. No dulce. ¿Cómo es posible escapar de esas criaturas cuando todas las aguas del mundo están unidas? Me pregunto distraídamente cómo es posible que al kelpie le guste tanta sal.

—¿Las has visto? —me pregunta, con una ligera aspereza en la voz. Es evidente que ya conoce mi respuesta.

—Me han seguido desde Breakwater —confieso—. Solo me quieren a mí.

Me agarra por los hombros y masculla con urgencia:

—Tenemos que hablar, Miren Elliott, pero aquí no. Hay cosas que debes saber.

Cualquier respuesta que haya podido darle se pierde entre las voces que gritan mi nombre desde la casa. El tío Edward corre hacia nosotros. Nelly espera en la entrada, con una expresión algo decepcionada por ver que aún respiro. Cualquier simpatía que hubiera podido sentir hacia ella ha desaparecido.

—Esta noche en la mina. A medianoche —me susurra Jedadiah.

Ni asiento ni niego con la cabeza. Mi tío ha llegado y me ha arrancado de los brazos de Jedadiah como si él fuera la causa de mis males, y no la persona que me ha salvado.

—¡Miren, estás empapada! ¿Qué ha pasado?

Se ha girado hacia Jedadiah, como si yo no fuera lo bastante adulta como para hablar por mí misma.

—La niña de los Dymond se ha caído al lago, tío, nada más. Las dos estamos bien —respondo fríamente y señalo a la chiquilla que llora a moco tendido en el regazo de su madre. Él apenas la mira de reojo, y tomo conciencia de que el ambiente del encuentro ha cambiado.

Sí, ya era distinto cuando he salido del agua, pero flotaba una sensación de alivio en el aire; y, hasta donde sé, a las nereidas solo las hemos visto Jedadiah y yo. El miedo se ha disipado en un abrir y cerrar de ojos, reemplazado por esa especial y ligerísima efervescencia que surge cuando se evita una tragedia. Las celebraciones podrían haber continuado, la gente habría seguido bebiendo más y a mayor velocidad, riendo con escándalo y más predispuesta a llevarse bien con sus congéneres, y todo porque el destino ha fracasado al intentar arrebatarles algo de sus vidas.

Pero ahora, con mi tío aquí, el estado de ánimo se oscurece más rápido que la fruta madura en verano. Los presentes están recogiendo sus cestas, echando dentro la comida, doblando mantas, reuniendo a los niños y a los mayores. Todos pasan por delante de la fogata donde Woodfox y Oliver cortan porciones de los animales y las ponen en platos que luego se llevan los aldeanos. La deserción es un proceso ágil. Mi tío ha bajado el telón.

—Tío —digo—. Tío Edward, no te alteres.

—Ven dentro, Miren. No quiero que cojas una pulmonía. Nelly te cuidará.

Me agarra de ambas muñecas y yo solo puedo pensar en Aidan Fitzpatrick magullándome la piel. El aliento le apesta a alcohol; me aparto de él violentamente, sintiéndome como una niña malcriada.

Edward Elliott me mira fijamente con gesto severo. Es la primera vez que discutimos; la primera vez que no me he limitado a seguirle la corriente. Lo que él considerará, sin duda, la primera chispa de una rebelión.

En ese momento recula y levanta las manos.

—Lo siento, cielo, no debería haberte agarrado así.

Me… La preocupación lleva al miedo y el miedo hace que uno peque de temerario. Te pido disculpas.

Agacho la mirada y reprimo la ira, pero aún siento la furia que me permitió degollar al asesino con el cortapluma. No quiero que mi tío me vea, así que me giro hacia Jedadiah.

—Gracias por su ayuda, señor Gannel. No lo entretengo más.

No digo nada más, pero espero que haya sabido leer entre líneas. Cuando noto que me ha bajado la temperatura del rostro, me vuelvo hacia Edward Elliott.

—Gracias, tío. Tengo bastante frío, la verdad.

Le poso la mano sobre el brazo y dejo que me acompañe hasta la casa.

* * *

Me niego a cenar, arguyendo que estoy agotada por los dramas de la tarde. Me niego a que Nelly me ayude, y le digo que soy más que capaz de bañarme sola. Digo que necesito dormir, pero que por la mañana ya estaré mejor. Sé que es algo infantil y descortés, pero siento… muchísimas cosas.

Asustada. Las nereidas me han seguido. Pero cuanto más pienso en ello, más dudas me surgen. Podrían habérseme llevado, otra vez, pero no lo han hecho. No me han cantado ninguna amenaza. La niña se ha caído por accidente. El agua del lago, salada. Tan salada y tan lejos del mar. Pienso en un cuento que Maura me contó una vez, que explicaba de dónde había sacado el mar su sabor salado, del lugar en el que un molinillo de mano encantado cayó al mar antes de que a nadie se le ocurriera ordenarle que dejara de moler sal, pero eso no me sirve de nada.

Suspicaz. Mi tío y Nelly. La habitación de mis padres con todas sus posesiones (salvo la ropa que falta), incluso las maletas, incluso los cepillos. Mi tío negándome la entrada en el ala cerrada, la cuna quemada; impidiéndome que visite la mina y la fundición. Mintiéndome sobre las funciones de Nelly. Sin mencionar jamás al bebé muerto.

Robada. Y esto lo reconozco como el sentimiento más egoísta: que la celebración haya terminado antes de tiempo. Que las gentes de Aguasnegras estuvieran felices y disfrutando del día gracias a mis esfuerzos. Me han aceptado, me miran de una forma que no llegué a conocer jamás en Edén del Trasgo, en parte porque Aoife era la hacendada, y en parte por los poquísimos subordinados que teníamos al final. Sé que es infantil, pero no puedo evitar sentirme privada no por las nereidas, sino por mi tío Edward.

Espero hasta que oigo los pasos de Nelly alejarse de mi puerta, y luego, por suerte, espero un poco más. Se oye un ligerísimo golpe en la puerta que no espera recibir respuesta. Estoy bajo las sábanas con mi camisón. He dejado un frasquito de somnífero y una taza en la mesilla de noche para que quien lo vea piense que me lo he tomado para dormir. Creo que me drogaron la noche que llegué con lo que aparentemente era té, para calmarme. Tengo experiencia fingiendo estar dormida; lo practiqué muchísimos años cuando Aoife entraba en mi habitación a ver cómo estaba. Cuando se marchaba, me escabullía hasta la biblioteca y leía el libro de cuentos a la luz de una única vela. Respiro con regularidad y profundidad, y mantengo los párpados inmóviles a fuerza de pura voluntad. De nuevo, me pregunto si todo lo que me enseñó Aoife fue a engañar.

Siento el titileo de una vela mientras alguien se aproxima a mi cama. Los pasos no son de Nelly, ni tampoco la mano que me toca el pelo y me acaricia el rostro. Huele a alcohol y sé que es mi tío, aunque ¿quién va a ser si no? Apenas consigo quedarme inmóvil.

No parece querer irse, hasta que dejo escapar un largo suspiro y me doy la vuelta, lejos de su mano. No me gusta darle la espalda, pero consigo el efecto deseado. Entreabro los ojos y veo la luz de la vela danzando mientras se retira, sin duda de camino a la habitación de Nelly.

Espero un poco más antes de levantarme y vestirme con ropa de abrigo.

* * *

—Lo encontramos hace semanas, justo antes de que llegara —dice Jedadiah.

—Dos días antes de que llegara —añade Lazarus.

Padre e hijo van equipados con unas pesadas linternas, cargados con cuerdas y ganchos, y me pregunto hasta dónde tienen pensando que nos adentremos en la tierra. Llevo un cuchillo de plata en el cinturón, otros dos en cada bota y el cortaplumas en el bolsillo del abrigo. ¿Debería temerle más a estos hombres? Apenas los conozco, y, pese a todo, mis instintos me dicen que estoy más segura con ellos en mitad de la noche que en la casa con Edward Elliott.

Hace casi una hora que entramos en la oscura boca de la mina, siguiendo los raíles de metal por lo que se empujan las vagonetas que cargan con las menas. Gruesas vigas bastamente talladas sostienen el techo de roca, que parece evitar que los muros de basalto nos sepulten. Siento el peso de todo lo que nos rodea a medida que descendemos, y estoy sudando a mares. En algunos lugares, han cavado pequeños nichos donde han colocado velas. Lazarus las enciende a nuestro paso para ir iluminando el camino a medida que nos adentramos en la oscuridad. En otros lugares, han clavado ganchos en las vigas de los que cuelgan faroles para mantener a raya las tinieblas. Lazarus los enciende también.

—¿Quién lo encontró?

No quieren revelarme qué es; dicen que tengo que verlo con mis propios ojos.

—Vera Penhalligon. Estaba rebuscando entre los restos. ¿Sabe que su tío clausuró la mina?

Niego con la cabeza.

—Solo me dijo que no estaba produciendo lo que debía, pero que había ordenado que se buscaran vetas nuevas, y que el ingeniero jefe estaba valorando cuál era la forma óptima de acceder a otros túneles.

—¿El ingeniero jefe? ¿Y ese quién es? Lo más parecido era Timón Bleaker —resopla Lazarus. Sigue siendo una persona arisca, pero algo menos que cuando lo conocí.

—Timón murió en el derrumbamiento que hubo hace cinco años —añade Jedadiah.

—Y no lo sustituyeron. Tu padre no lo consideró necesario.

Lazarus aprieta los labios.

—Ya hemos llegado.

Jedadiah cuelga la linterna en el clavo que sobresale de una de las vigas y comienza a desenrollar la cuerda que lleva al hombro. La pasa por el interior del aro de metal de un poste de aspecto sólido que hay algo más abajo, y hace ademán de atármela a la cintura. Doy un paso atrás. Parece sorprendido, pero sonríe.

—¿Cree que voy a tirarla al hoyo y abandonarla a su suerte?

—Bueno, sería el momento ideal.

—¿Y de qué me habría servido entonces sacarla a rastras del lago? —De todas formas, asiente—. Bajo yo primero. Papá, envía a la señorita detrás de mí.

—¿Ya se fía de mí? —se mofa Lazarus, y suelta una carcajada—. ¿Mejor conmigo, señorita Miren?

—Sí, me vale.

Tengo los cuchillos y la voluntad de utilizarlos si fuera necesario. Pero estos hombres no tienen por qué saberlo. De hecho, lo mejor es que no lo sepan.

Jedadiah se ata la cuerda a la cintura y desaparece por el borde de la hendidura. Poco después se oyen sus botas golpeando el suelo. Grita para que subamos la soga.

El trayecto se me antoja más largo de lo que debería mientras intento no chocar contra las rugosas paredes. Veo una luz al fondo: Jedadiah ha encendido una antorcha. Me desata la soga cuando toco el suelo.

—¿Todo bien?

Asiento con un nudo de incertidumbre en la garganta.

—Por aquí. Y, por si le sirve de consuelo, lo siento mucho.

El túnel es corto y la luz de la antorcha danza frente a nosotros. Lo primero que veo es una bota, seguida de una pierna cubierta por unos pantalones azul intenso, el forro

de una chaqueta amatista y un lujoso chaleco de seda esmeralda. Los tonos de un pavo real; la misma ropa que mi tío ha llevado desde que llegué y, sin duda, días antes. Pero estás están manchadas y oscurecidas por la putrefacción. La luz baña el cuerpo y se refleja en la leontina de plata, hasta iluminar el cuello y el rostro, la piel descolorida y desprendiéndose de la carne podrida. Cuencas vacías, denso pelo negro unido a un cuero cabelludo que empieza a desplazarse hacia un lado. El olor es… No sabría describirlo. La muerte que me había rodeado hasta ahora era reciente.

—¿Qui-quién es?

—Este, señorita Miren, es Liam Elliott. El chaleco, la chaqueta, la leontina: todo suyo. Y ese pelo, era algo magnífico de ver en vida. —Suspira—. Me temo que es su padre.

Me arrodillo junto al cuerpo y tiro con cuidado de la leontina, que acaba deslizándose a regañadientes, arrastrando consigo el peso de un reloj redondo. Sostengo el círculo plateado en la palma de la mano, notando cómo el frío casi me quema la mano. En la parte superior hay un grabado, la sirena de dos colas y dos rostros, el desgastado sello de los O'Malley —un regalo de mi madre, claramente—, cuyos detalles parecen difuminados, como si el propietario tuviera por costumbre frotarlo con el pulgar, igual que el agua desgasta la piedra.

31

Estoy sentada a la mesa de pino blanco de la humilde cocina de Lazarus Gannel, acariciando una taza de *whiskey* con leche. Apenas he despegado los labios desde que hemos salido de la mina, salvo para responderle a Lazarus cuando me ha preguntado si quería que nos lleváramos a mi padre.

—No —he respondido—. Dejadlo aquí de momento. Ya lo enterraremos como se merece cuando todo esto termine.

No me han preguntado nada más y hemos caminado en silencio durante la hora que hemos tardado en llegar a la casa del guardés. Los últimos diez minutos han estado charlando a mis espaldas mientras Lazarus preparaba las bebidas. Jedadiah se ha sentado a mi lado y me ha cogido de la mano, y yo solo siento el calor de su cuerpo a pesar de lo helada que estoy. Helada como si hubiera vuelto a sumergirme en las oscuras aguas del lago y me hubiera dejado hundir sin pensar en regresar a la superficie. Cuando me han puesto delante la taza de plata, le he dado un buen sorbo, sin importarme que pudiera llegar a marearme, sin recordar hasta ahora que no he cenado. Les pido algo de comer y me dan un trozo de pan y queso. Finalmente, percibo un único pensamiento abriéndose paso hasta la parte frontal de mi mente, una única pregunta capaz de tomar el control en el maremágnum de mi cabeza.

—¿Por qué no me lo contasteis? Cuando llegué. Ya sabíais que estaba muerto, ¿por qué no me dijisteis nada? —Oigo mi propia voz, pero no puedo distinguir el tono; no

sabría decir cómo les estoy hablando. De nuevo, es como si me estuviera ahogando, pero solo con ese extraño sopor que el agua provoca en los oídos—. Me podrían haber matado nada más entrar en la casa.

Jedadiah tiene la decencia de aparentar vergüenza o algo por el estilo; Lazarus me mira fijamente y dice:

—Menuda bienvenida habría sido, ¿no le parece? Señorita Miren, no la conocía de nada. Se parece a su madre, sí, pero ¿cómo iba a imaginarme yo lo que sabía y lo que no? ¿Y si se hubiera ido a contárselo todo directamente a su tío? Y tenga en cuenta que estamos hablando de algo que no le deja bien parado. ¿Quién sabe lo que habría hecho usted? —Sacude la cabeza y sonríe como si me estuviera retando—. Además, si la hubieran matado con tanta facilidad, ¿qué clase de muchacha sería? Ciertamente no sería la persona que creo que es.

—Miren, este lugar ha sido nuestro hogar durante trece años. Todos cerramos acuerdos con tus padres… con tu madre. Ella nos trajo aquí y el caserón ya estaba construido, así como nuestras casas, tal como nos había prometido. Nos hemos tomado muy en serio los juramentos. Vivimos con la esperanza de que regrese. —Jedadiah sacude la cabeza—. Y luego llegaste tú, y nos has tratado más que bien, pero las primeras semanas solo veíamos cómo estrechabas lazos con tu tío, y cómo lo excusabas. Y cómo te mira…

—¿Qué? ¿Cómo me mira? —pregunto con sequedad.

Arquea una ceja como si estuviera valorando lo idiota que puedo llegar a ser.

—Como un tío, un padre o un hermano jamás deberían mirar a una sobrina, una hija o una hermana, Miren.

Y me doy cuenta de que pronuncia mi nombre sin el «señorita» delante, pero también pienso en el momento en que Edward Elliott ha entrado en mi habitación y me ha tocado el pelo. Pienso en el comportamiento de Nelly y en el sentido que tiene que albergue celos y miedo en su alma. Debe saberlo. Debe de estar al tanto de lo de mi padre. Y si mi padre está tirado en la mina de plata, en un foso inutilizado, una suerte de mazmorra, ¿dónde está mi

madre? ¿Dónde está Isolde?

—Mi tío y Nelly Daniels llevan aquí ocho meses —me digo a mí misma, aunque en voz alta para poder encontrarle el sentido; a veces la única forma de saber si una idea es una ridiculez es oírla—. Cinco meses desde que no están mis padres. Se conocieron en el camino, o eso les contó Nelly a las ancianas. Nelly estaba embarazada cuando llegó, se suponía que para ser la nodriza de Ena, no el ama de llaves… ¿Quién era el ama de llaves antes?

Cuestiones por las que no se me había ocurrido preguntar. ¿Cómo iba a pensar algo así? Una ve una estructura, un sistema, y da por hecho que lleva funcionando mucho tiempo… pero las apariencias engañan, y las suposiciones pueden ser peligrosas. Nelly mantiene el polvo a raya, lo mínimo, y solo en las zonas que usamos. No hay mozos en las cuadras, los muchachos Woodfox atienden los jardines una vez por semana y poco a poco se van descontrolando por la falta de atención.

—Miriam Dymond. —«Ah»—. Y las muchachas de los Toop solían ser las doncellas. Los hijos de Paley Jethan se encargaban de los establos. —Jedadiah se inclina hacia delante—. Pero tu tío les dijo que no volvieran al caserón. Al principio los envió a trabajar en los campos, la mina o la fundición… Luego la mina comenzó a secarse, los campos y los árboles frutales dejaron de producir… Tú eres la única que ha visto la casa por dentro en meses. Tu tío solo habla con Oliver Redmond, y siempre desde el porche.

Siento como si los fragmentos de información que tenía repartidos por la memoria encajaran en el sitio que les corresponde o gravitaran hacia otros fragmentos, como si al fin hubiera entrado en juego algún tipo de atracción magnética.

—¿Mi-mis padres avisaron a alguien de que vendría mi tío? ¿De que le habían pedido ayuda?

Sus miradas me dicen «no».

—¿Mis padres le dijeron a alguien que se marchaban? —pregunto, tratando de desenredar las madejas de mi mente.

Lazarus sacude la cabeza.

—No estamos aquí para cuestionar a nuestros superiores, señorita.

—¿Los visteis marcharse? ¿Se despidieron de alguien?

Lazarus parece avergonzado.

—Yo los oí irse. Poco antes del amanecer, oí cascos de caballos. Miré por la ventana y vi como se abría el seto y salían. Fue el día después del incendio.

¿Un día después de que Nelly Daniels perdiera a su hijo? Ya hay que ser desalmado para haberse ido justo después, pero a mí también me abandonaron, ¿no? A mí, sangre de su sangre, igual que Ena. ¿Cómo iban a preocuparse mis padres por nadie más?

—¿Les viste la cara? ¿Llevaban equipaje?

Niega con la cabeza.

—No. Llevo dándole vueltas desde que encontramos a su padre. No les vi la cara. Reconocí su ropa, la capa verde de su madre, el sobretodo de su padre con los animales plateados cosidos en los puños. Pero él llevaba sombrero y ella, la cabeza cubierta con la capucha de la capa, y yo… No, no llevaban equipaje.

—¿No te acercaste a preguntar?

Ahora lo noto abochornado.

—Verá… Desde que llegó su tío, su padre estuvo… aún menos atento que antes.

Jedadiah añade:

—Miren, tienes que entender que, por mucho que quisiéramos a tu madre, la única persona que quería a tu padre era ella. —Vacila y traga saliva—. Hace cinco años, ignoró las advertencias de que había partes de la mina que no eran seguras. Hubo un derrumbamiento y una inundación. Nunca encontramos los cuerpos, saben los dioses dónde acabaron… Mi mujer fue una de las víctimas.

Aparto la mano de la suya; no puedo asumir también su dolor cuando el mío sigue colmándome tanto. Luego recuerdo el momento en que el kelpie me habló de los cadáveres que arrastró una avenida hace años, degollados… Pero no ayudará a nadie saber de muertos tan lejos de casa,

fuera de su alcance y reducidos ya a las partes que los componen. Podría no ser más que una coincidencia; los cadáveres no tenían por qué provenir de Aguasnegras. No lo menciono.

Me vuelvo hacia Lazarus.

—Entonces, cuando aparentemente ya se hubieron marchado, ¿no te preocupaste de echar un vistazo o preguntar?

Sacude la cabeza y le da un sorbo a su bebida.

—Y es un error que me acompañará toda la vida.

—Tal vez tampoco hubieras sobrevivido —lo consuelo.

—Al día siguiente, tu tío vino a la aldea a hablar con Oliver, y le dijo que tus padres se habían ido a comprar suministros a Breakwater.

—A mí me dijo que se fueron a Caldera a hablar con los Lores Sanguijuela por los problemas de la mina de plata…

Me sorprende que Edward Elliott contara coartadas tan contradictorias… Aunque ahora recuerdo que, cuando llegué, le dije que venía de Breakwater; eso explicaría por qué no le hacía ni pizca de gracia que fuera a la aldea por mi cuenta, que solo lo tolerara cuando era evidente que mi presencia estaba consiguiendo que Aguasnegras volviera a ser productiva, que tal vez sofocara cualquier posible rebelión por parte de los aldeanos, al menos un tiempo, y evitara preguntas complicadas…

—¿Cuándo dejó de producir la mina?

—Un mes después de que tus padres se marcharan.

¿Afectaría también la magia de mi madre a la mina?

—Pero Isolde y Liam conocían a Edward Elliott, ¿no?

Jedadiah asiente.

—Él y tu padre parecían grandes amigos. Y además se parecían, así que cuando Nelly le contó a la gente que eran hermanos…

—Ni se os ocurrió cuestionarlo.

Mi padre no tenía ninguna necesidad de hablarles a sus trabajadores del «amigo» que acababa de llegar. Nelly era la única que charlaba con las mujeres de la aldea, y solo para

hacerles creer que era más importante de lo que era. Pero he aquí el verdadero problema: este hombre. Mi tío. ¿O no? Se me revuelve el estómago. Me tapo los ojos con las manos y apoyo la cabeza en la mesa, consciente de que llevo casi dos meses viviendo con un asesino sin saberlo. Y sintiéndome mal por los momentos en que había mentido o maquillado la verdad. Y me pregunto cómo he podido sobrevivir, aunque tengo mis sospechas: he conseguido que la finca vuelva a funcionar. Y Edward Elliott, sea quien sea, tiene un interés insano por mí.

—¿Hubo una tormenta? —pregunto cuando me asalta otro pensamiento. Por sus expresiones, sé que la pregunta les resulta extraña—. La noche antes de que mis padres supuestamente se marcharan. ¿Hubo una tormenta descontrolada?

Lazarus asiente.

—Tuve… tuve la impresión de que oía voces. Aquí estamos acostumbrados a los temporales, pero era… inusual. —Se enrojece—. Por eso tampoco salí de casa. Seguía lloviendo.

Isolde era una O'Malley, aunque estuviera lejos del mar, y tenía sal en las venas igual que yo. Por alguna razón, el mar llora cuando muere una mujer O'Malley. Tal vez porque somos las que engendramos, y ese es el pago con el que alimentamos a las aguas. Tal vez por eso seamos una pérdida. Y todas las aguas del mundo están unidas. El lago de Aguasnegras es de agua salada —¡salada!—, y seguro que se comunican entre ellas en los lugares donde el agua dulce se mezcla con la salada; son hermanas. Sea como sea, y sin importar dónde estemos, el mar lo sabe y envía una tormenta para llorarnos.

Y sé con certeza que mi madre está muerta, tal como me dijeron. No sé dónde descansa ni por qué la separaron de Liam. Pero ya no respira ni sobre la tierra ni bajo ella. Estaba muerta antes de que yo huyera de Edén del Trasgo. Si hubiera encontrado antes las cartas… Aunque, de nuevo, no está más muerta que lo que estuve creyendo toda la vida. Y, a pesar de eso, me duele como si me hubieran

clavado un puñal.

—¿Hay… hay algún otro acceso a Aguasnegras?

Lazarus tuerce el gesto, como si pensara que he perdido la chaveta con tanta pregunta extraña, pero hay un cierto método en mi locura. Asiente.

—Hay un sendero que sale de la fundición y atraviesa los bosques por la parte trasera de la finca, hasta unirse a la carretera del Puerto de San Sinwin. Es un trayecto de diez días, pero ahí es donde están los comerciantes y por donde transportamos la plata. Vivimos aquí en secreto, señorita Miren, era parte del acuerdo que firmamos con su madre. La mayoría de nosotros no atravesamos jamás el seto; Oliver Redman es el único que envía a los hermanos Cornish a hacer encargos.

—¿Y aquella mañana no fuiste a abrirles el seto?

—Tu padre lo tenía por la mano. No me fijé.

Y Liam se lo habría contado a su nuevo mejor amigo, ¿no? Todo lo que debía saber sobre este lugar, o casi. El hombre que había invitado a entrar en su vida.

—Por tanto, quienquiera que se hubiera vestido con la ropa de mis padres podría haberse limitado a seguir la carretera hasta encontrar ese cruce y volver a entrar por allí. Supongo que soltaron a los caballos para que se marcharan.

Jedadiah y Lazarus se recuestan en las sillas, pero no parecen sorprendidos. Saben, sabían, que si Liam Elliott está tirado en las entrañas de la tierra, no pudo haber cabalgado el caballo que atravesó la puerta cinco meses atrás. Lo sabían desde antes de que yo llegara, y no hicieron nada al respecto. ¿Qué opciones tenían? Ahora, me observan, conteniendo el aliento, y, ante mi silencio, Jedadiah casi estalla al preguntar:

—¿Qué hacemos ahora?

* * *

Deben ser las cuatro de la madrugada y Jedadiah me acompaña hasta el caserón. Apenas hablamos, pero caminamos muy cerca el uno del otro. Cuando estamos a

punto de llegar al jardín delantero, nos ocultamos entre los árboles por prevención (aunque nadie se despierta tan temprano en esta casa), rodeamos la casa y nos adentramos en las sombras del jardín de la cocina. Abro la puerta, le cojo la mano y tiro de él para que me siga. Todavía no puedo enfrentarme a mi tío. Quiero descubrir qué ha pasado. Quiero que Ena esté a salvo, lejos de las manos de Nelly. Quiero ser capaz de demostrar todas mis acusaciones. Quiero saber dónde está enterrada mi madre. Sigue habiendo muchas incógnitas, pero debo seguir la partida hasta el final.

Pero esto… esto es algo que está en mis manos, una forma de marcar el inicio de mi rebelión.

No se resiste, ni tampoco me formula preguntas absurdas, sino que simplemente se limita a seguirme, con cuidado de no pisar con fuerza mientras andamos. Echo el pestillo de la puerta de mi habitación, y es la primera vez que lo hago, la primera vez que siento que no estaré tranquila ni a salvo mientras duerma.

En mi habitación… en mi habitación vivo algo similar a lo que sucedió con el asesino de ojos verdes, pero dura más. También hay una cierta ternura esta noche, mientras que la última vez no había más que calor y hambre. Me acaricia la espalda, dibuja con los dedos las marcas que me dejó mi abuela, pero no dice nada al respecto. Jedadiah me pregunta qué es lo que quiero, y procede a concedérmelo.

También me pregunta, en un momento de calma, sobre las nereidas.

—No sé exactamente por qué, pero me han seguido desde Breakwater. Una vez intentaron ahogarme. —Aunque empiezo a tener mis dudas—. Mi familia hizo fortuna con el mar, pero apenas quedan O'Malley vivos. De la rama principal, soy la última. Hay muchos primos de sangre diluida, pero yo soy la última O'Malley. Pensaba que mi madre seguiría viva, pero… —Trago saliva—. No sé qué quieren.

No le hablo de la canción, ni de que, cuando yo desaparezca, serán libres, porque la confianza es algo que

hay que ganarse y no estoy dispuesta a entregarla así como así.

Se marcha con esa extraña luz grisácea que antecede al alba, y toco el lugar que ha ocupado en la cama hasta que ya no siento su calor. Me quedo inmóvil y trato de despejar la mente de sus anchos hombros y firme pecho, de las cicatrices que tiene en el torso y sobre las que tal vez algún día le pregunte, y tal vez él me explicará. Pienso en lo que debo hacer, y valoro cómo puedo hacerlo. En algún momento me he quedado dormida, pero me despierto pocas horas más tarde, sudando, después de soñar conmigo en el hoyo de la mina, junto a mi padre, que vuelve hacia mí las cuencas vacías y me susurra: «No te conozco».

32

—Buenos días, Nelly.

Entro a la cocina sin avisar y cojo por sorpresa a la mujer encorvada sobre una olla en la lumbre que huele a estofado. El vapor le ha enrojecido el rostro y le ha dejado lacios los rizos rubios. Se me ha pasado la hora del desayuno. Ena está sentada en una trona junto a la enorme mesa de madera, masticando un biscote, y tiene la boca y la parte delantera del babero llenas de migas y baba. La chiquilla me sonríe y golpea la bandeja de madera de la trona. A Nelly se le ensombrece el gesto.

Me dirijo hacia la niña, no sin antes coger un trapo húmedo de la pila de piedra tallada. Limpio a Ena para que esté más presentable mientras ella se ríe, y lleno una botella para alimentarla con un desayuno decente. Es obediente y tranquila, y se alegra de tener a alguien que la atienda. Nelly me lanza una mirada irritada. Ahora que sé que la contrataron solo como nodriza, dudo que le satisfaga soportar los deberes de un ama de llaves y todos los quehaceres domésticos, además de ser la cocinera. Es obvio que no fue decisión suya; la presencia de mi tío en su cama ha hecho de Nelly una mujer dócil, pero ¿hasta cuándo?

También me pregunto cuánto tiempo planean quedarse aquí. Me pregunto cuántas vueltas le dieron a esta estafa, cuánto hace que se conocen. ¿Era Edward el padre del pobre Meraud, que ardió hasta las cenizas aquella noche? Me pregunto si, cuando yo llegué aquí por casualidad, ya

estarían planeando seguir adelante. ¿Qué habrían hecho con Ena? Al haber perdido a su propio hijo, ¿se habrá encariñado de mi hermana? ¿Considerará ya a la niña sangre de su sangre? ¿La sustituta del bebé que perdió? ¿Se habrían llevado a Ena con ellos? ¿O la habrían abandonado con alguno de los aldeanos o sola en este caserón hasta que alguien, con suerte, la encontrara?

—¿Puedo ayudarte en algo, Nelly? —pregunto con amabilidad—. Tengo la impresión de que no he puesto de mi parte. Te pido disculpas. ¿Puedo hacer algo para facilitarte las cosas?

Se me queda mirando fijamente, desconcertada, con los ojos entrecerrados.

—Tal vez podríamos pedirles a algunas de las chicas de la aldea que vinieran una vez por semana a echarte una mano con la limpieza. Me parece ridículo la cantidad de trabajo que se espera que asuma una sola mujer. Tanta habitación, tanto polvo.

—Me basto y me sobro —replica, a la defensiva.

—No digo que no, querida Nelly, pero quiero asegurarme de que seas feliz y descanses. Sé que cuidar de mi hermana te consume casi toda la energía y que no podemos esperar que te encargues de la crianza y de tener la casa en orden. —Frunzo el ceño—. ¿Sigues teniendo interrupciones por la noche? ¿Te asaltan las pesadillas? ¿Alguna otra molestia?

—Duermo lo necesario —responde, antes de preguntar—. ¿Quién le ha dicho lo contrario?

Nelly no es la persona más espabilada de Aguasnegras. Mi tío es encantador y un mentiroso convincente, ligero de pies, siempre con una respuesta rápida en los labios; no me sorprende que domine a Nelly con tanta facilidad. Qué bien les vino encontrarse por casualidad de camino aquí.

—¿Dónde trabajabas antes, Nelly? —Me mira fijamente y yo me arriesgo, pensando que mi padre solo debía viajar regularmente a un lugar—. ¿En el Puerto de San Sinwin? He oído que es un sitio interesante. ¿Tenías un buen trabajo? Espero que mis padres te ofrecieran unas buenas

condiciones para venirte aquí. Aguasnegras está tan aislado, es tan tranquilo, que apenas hay nada con que distraerse.

—No suelo necesitar distracciones. —Casi me escupe las palabras—. ¿Tengo pinta de ser una ramera de puerto?

«Sí —pienso—, y no de las caras.»

—Ay, Nelly. No me refería a eso, ni mucho menos. Creo que… creo que hemos empezado con mal pie, y como no nos queda otra que vivir juntas, quizá deberíamos intentar llevarnos bien.

Ya es demasiado tarde para intentar que seamos amigas o incluso fingirlo —y tampoco creo que esa posibilidad llegara a existir jamás con Nelly; a saber lo que le pasa por la cabeza—, pero si ve que estoy haciendo el esfuerzo, estoy bastante segura de que podré empezar a desestabilizarla. ¿Acaso no me enseñó Aoife O'Malley a tratar con los enemigos? Pienso en los años que pasaron la tía Florrie y su marido volcando su inquina sobre Aoife, hasta que mi abuela utilizó sus encantos con el tío Silas y consiguió seducirle para que nos cediera una parte significativa de su fortuna (una simple gota en el océano de nuestras deudas). De un plumazo, humilló a Florrie y dejó a Silas en ridículo. Divide y vencerás, aprovéchate de las debilidades. Nelly es el eslabón débil, la que reacciona con ira; Edward Elliott se limita a sonreír y a pensar rápido. Nelly tiene las respuestas y se las puedo sonsacar, y en esas respuestas radica el secreto de la caída de mi supuesto tío.

Decididos a contratar a una nodriza, ¿sabría mi padre lo que tenía que buscar? En Edén del Trasgo, Maura era la que cuidaba de mí; aquí, Ena habría sido la primera hija de la que debía responsabilizarse. ¿Cómo se le presentó Nelly? ¿Y quién se la presentó? ¿Sería mi «tío» Edward el contacto? Quizá se topó con mi padre en una taberna. Edward es puro encanto, ¿opinaría lo mismo el frívolo de mi padre?

«¿Qué le trae por San Sinwin?»

«Negocios, querido amigo, y debo encontrarle una nodriza a mi bebé.»

«¡Que me aspen, mi buen hombre! ¡Tengo justo a la

mujer idónea, de carácter afable y virtud intachable!»

Les imagino riéndose al saber que compartían apellido (si es que no es más que otra de las mentiras de Edward —«¡Menuda coincidencia encontrarse con otro Elliott»—, creada para establecer un vínculo) y Liam sin amigos, solo con mi madre. ¿Se sentiría muy solo? ¿Estaría muy dispuesto a que lo engatusaran y a hacer amigos? Mi padre pagando las facturas, sin ocultar el peso de su monedero. Mi padre conociendo a Nelly Daniels, quien claramente debió apañárselas para ofrecer una mejor impresión que la que ofrece ahora. Aunque quizá en aquel momento no tuviera que soportar el mismo estrés. Quizá la oferta de Liam Elliott supusiera una nueva oportunidad, una forma de escapar de otra situación desagradable o, sencillamente, encontrar una vida más favorable.

Pero Nelly… Ay, Nelly. Le sonrío. No me pasa por alto que no ha negado lo de San Sinwin. Me pongo en pie, le quito el arnés a Ena y la levanto de la trona. Nelly me observa y hace ademán de coger a la niña.

—Hoy me encargo yo de Ena, Nelly. Gracias. Así tendrás tiempo de hacer más de lo que normalmente eres capaz en un día. Ah, y, por favor, valora mi propuesta. Seguro que puedo convencer al tío Edward; ve con muy buenos ojos todo lo que le pido.

No dice nada, aunque es evidente que se está conteniendo; tiene su mérito.

Me llevo a Ena a su habitación y la baño. Le pongo un vestidito precioso y una cofia y le ato los lazos de sus botines bordados antes de colocarla en el cochecito y salir a andar hacia la aldea (a una distancia prudencial del lago, aunque hoy no haya ni rastro de las nereidas). Saludo a todo el mundo por su nombre; el triste final del festival de la cosecha no parece haber hecho mella en la actitud del pueblo, y la gente se alegra de verme. Comentan lo mucho que ha crecido Ena, el buen aspecto que tiene, lo bien que se está criando para llevar tanto tiempo sin su madre a una edad tan temprana. No les digo que mucha gente sobrevive a esas circunstancias.

No me apresuro; mi objeto es que no resulte demasiado obvio cuál es mi objetivo. Procuro asegurarme de que la gente que me mira no piense que tengo un propósito en mente. Cuando veo la puerta que busco, me acerco a ritmo de paseo y llamo sin urgencia.

Miriam Dymond parece sorprendida al abrir la puerta, pero se echa a un lado sin mediar palabra y entro en la casa, empujando el cochecito.

—No le di las gracias por salvar a mi niña —me dice.

—Ayer fue todo bastante… caótico —respondo, y sonrío. Ena ya dormita a estas alturas, dejando escapar tenues quejidos y dando patadas como si estuviera persiguiendo conejos—. Agradécemelo respondiéndome a unas preguntas y estaremos en paz.

Miriam inclina la cabeza y me dirige una mirada franca, como si estuviera sopesando los problemas que podría darle mi aparentemente simple petición. Poco después, asiente enérgicamente.

—Vamos a aprovechar que esto está tranquilo; los míos están con la abuela.

La sigo a través de una cocina diminuta y luminosa, pintada de un amarillo brillante. Hay una bebida humeante en la mesa que apenas ha probado, y me pregunta si quiero otra. Respondo que «sí», porque Aoife me enseñó que las pequeñas muestras de hospitalidad son una forma de tranquilizar a las personas. Me siento en una de las sillas y sigo empujando el cochecito de Ena para que siga durmiendo, adelante y atrás, adelante y atrás.

—Bueno, ¿y qué es lo que quiere saber, señorita Miren?

—¿Tu hija está bien? ¿Le han quedado secuelas?

—Adie no está peor después del chapuzón. Y, de nuevo, gracias por salvarle la vida.

Me toca a mí encoger los hombros.

—Bah, habría flotado.

Pero las dos sabemos que eso es mentira. No en aquellas extrañas aguas.

—Por lo que sé, antes eras el ama de llaves del caserón, ¿verdad?

Aprieta los labios.

—Y la cocinera, con la ayuda de las hijas de los Toop.

Asiento.

—Y también he oído que fue Edward Elliott quien decidió cambiar esa situación.

Se gira y asiente.

—Entiendo que no me está preguntando esto por pura curiosidad ni por hacerme revivir experiencias dolorosas, ¿verdad?

—En absoluto. —Sonrío—. Háblame de Nelly Daniels. Keziah Eddy me dijo que antes solía charlar con la gente de la aldea, hace mucho tiempo.

Miriam desliza la taza por encima de la mesa, se sienta y le da un sorbo a la suya.

—No me caía bien antes de que me quitara el trabajo, pero no habría sabido decir por qué. Era una sensación. Se jactaba del espléndido trabajo que tenía en San Sinwin y de que ya tenía que ser especial para que la hubieran escogido para venir a Aguasnegras. Que si el señor Liam la había cautivado con un salario mayor y sin «deberes domésticos», más allá de actuar como nodriza de la señorita de la casa. —Hace un gesto de cabeza hacia Ena, que babea y ronca suavemente—. Ella ya tenía una hija, Meraud, Merry, de la misma edad; incluso se parecían. Aunque de carácter se parecían como un huevo a una castaña.

—¿Ah, sí? —pregunto, mirando a Ena.

—Esta —señala a mi hermana pequeña— era un diablillo. No paraba de llorar y gritar, tenía a su madre siempre al borde de un ataque de nervios. No había nadie en la aldea que quisiera cuidarla para que Nelly pudiera descansar un poco. He tenido cinco hijos y los míos pueden ser malos como una rata, pero nunca había visto nada igual a esta chiquilla. Su madre era la única que podía calmarla con esa mano que tenía, pero la señora Elliott no podía estar cuidando constantemente de la niña. —Miriam sacude la cabeza—. Pero mírela ahora, parece que se ha convertido en una criatura feliz.

—¿Cuánto hace que viste a Ena por última vez? —le

pregunto.

—Hará cinco meses, que es el tiempo que hace que su tío me echó. La había visto paseando con ella, claro, pero hasta hoy no la había tenido tan cerca.

Y pienso en que Isolde apenas había ejercido como madre —me abandonó muy pequeña, y Maura me cuidaba incluso antes de que mis padres se fueran— y no tenía experiencia cuando Ena llegó.

—¿Isolde no podía alimentar a Ena por sí misma?

Miriam niega con la cabeza.

—Su madre no tenía leche… y tenía poca paciencia con la niña. Ojo, que la quería, pero… Debe entender que mi madre ya trabajaba para sus padres, y cuando ya era demasiado mayor, yo asumí su puesto. Su madre es una persona generosa, todo el mundo la quiere, y cuando te toca la mano sientes una felicidad absoluta. —Sacude la cabeza—. Pero no diría que fuéramos amigas, no.

En ese momento, vacila.

—Miriam, digas lo que digas, no vas a ofenderme. No conocí a mis padres; me dejaron con mis abuelos cuando era una cría, con unos extraños para mí. —Trago saliva—. Pero estoy intentando descubrir qué les ha pasado.

Asiente.

—Su padre no se preocupa por nadie de la finca. Era apuesto, arrogante y arbitrario, y se creía mejor que nadie. Sentía una verdadera devoción por Isolde, pero eso era lo único que lo salvaba. Nunca pedía consejos, solo daba órdenes, nunca aceptaba sugerencias y no compartía nada a menos que no le quedara otra opción. Era un mal administrador, y lo único que mantenía a la gente aquí eran las manos de su madre.

A estas alturas, ya sé que mi tío Edward no es el administrador más brillante de la finca; por lo visto, mi padre tampoco lo era.

—Miriam, ¿quién te dijo que Edward Elliott era el hermano de mi padre?

—Nelly. Cuando todavía se molestaba en dirigirnos la palabra, decía que se habían encontrado en el camino, un

encuentro fortuito.

—¿Y estuvieron viviendo todos en la casa durante tres meses?

Miriam asiente.

—Luego, una noche, hubo un incendio y Meraud murió, y al día siguiente sus padres partieron para Rompeolas, y esa misma tarde, su tío informó al equipo de la casa que ya no se necesitaban sus servicios.

—¿Qué ocurrió cuando murió la hija de Nelly?

—Su tío le contó al señor Redman que había sido un accidente, que cerrarían el ala por el incendio.

Se lo contó. Pero no hay nadie que pueda contradecir o refutar los hechos, y las únicas que personas que podrían hacerlo son Nelly Daniels y Edward Elliott. Miro a Ena, que sigue durmiendo. Una idea me asalta. Dos bebés, lo bastante parecidas como para que pudieran pasar por hermanas; una feliz, la otra desdichada. Y esta hermanita que tengo a mis pies, que nadie ha visto durante meses salvo Nelly Daniels y cuya naturaleza se ha «arreglado» milagrosamente desde entonces.

Trago saliva sonoramente. Ena no fue el primer bebé de mi madre; no la habrían marcado igual que a mí, igual que a Isolde o a Aoife, o al resto de los primogénitos O'Malley.

Edward Elliott vació la casa de testigos. Mis padres están muertos. ¿Y si Edward mintió sobre lo del incendio? ¿Cuándo murió Meraud? ¿Y si todo estalló después de un minúsculo asesinato?

—¿Cómo trataba Nelly a mi hermana? Ena era una niña complicada.

La forma como Miriam aprieta los labios me dice todo lo que necesito saber.

33

Cuando vuelvo a la casa, le entrego a Ena a quien sospecho que es su verdadera madre, Nelly. Subo a mi habitación y atranco la puerta. Del fondo del arcón de las mantas extraigo el libro de relatos de los O'Malley que Isolde había comenzado a rehacer. Hasta ahora no había tenido oportunidad de echarle un buen vistazo.

Hay diez páginas en blanco al principio, por extraño que parezca. Pienso en la versión antigua de Edén del Trasgo, de las páginas que arrancaron del comienzo. Repaso con cuidado el tomo entero, examinando cada hoja, asegurándome de que no haya ninguna pegada. Reviso los folios vacíos: las salpico con agua, las observo a trasluz bajo el sol de la tarde que entra por la ventana, enciendo una vela para comprobar si el humo muestra el secreto que tal vez oculten; me pincho el dedo y hago lo propio con sangre, sin resultados. Y entonces, por fin, llego al final. Pegado a la cubierta trasera, sin intención de ocultarlo, hay un pergamino doblado hasta formar una pequeña bolsa. Y dentro de la bolsa, fajos cubiertos de letras menudas y temblorosas —en una caligrafía que no recuerdo haber visto antes— en el mismo tipo de papel del viejo libro de relatos, con los bordes cortados pulcramente con un cuchillo, quizá con el mango de madreperla.

Dejo el volumen en el suelo, junto a la silla, aliso las hojas en el regazo y empiezo a leer.

Érase una vez una mujer que cantaba.

No era hermosa, no especialmente, no como las mujeres sobre las que los bardos canturrean o escriben los poetas, pero era alta y de pelo y ojos negros, y se movía con una gracia que podía hacerla invisible a voluntad o, si así lo deseaba, convertirla en el centro de todas las miradas.

Pero cantaba.

Y tocaba un arpa que no era de madera, pero la habían tallado hasta darle la forma esperada. Las cuerdas estaban anudadas a partir de cabellos negros como el ébano y encantadas para que produjeran las notas adecuadas. El instrumento estaba hecho de hueso, algo que percibiría cualquiera que se acercara lo suficiente, aunque lo habían barnizado para que brillara con fuerza. Las cuerdas estaban sujetas por dedos huesudos, pero los sonidos que arrancaba de un instrumento hecho de muerte no eran ni mucho menos cautivadores Y nadie sabe de quién eran los huesos utilizados en la creación del instrumento, y jamás llegaría a saberse.

Y la mujer cantaba.

Cantaba con una voz que podría haber levantado las almas de los cuerpos, que los corazones les dieran la espalda a sus seres más queridos y que las cabezas perdieran cualquier tipo de raciocinio. Así cantaba, y así era como se abría camino por el mundo.

Podría haberse instalado en numerosas ciudades, convertirse en la favorita de algún príncipe o reyezuelo, la esposa de un hombre rico, la amante de una mujer rica o una criatura que solo dependiera de sí misma. Pero nada la satisfacía. Nada le bastaba. Ganaba fortunas que luego perdía, una y otra vez, no por descuido o estupidez, sino por aburrimiento. Las había ganado antes y quería comprobar si podía volver a conseguirlo. Y lo conseguía.

Así era ella.

Sin ancla que la retuviera, deambuló. De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de baldío en baldío. Se adentró incluso en las Tierras Sombrías y se marchó intacta, libre de la corrupción de los Lores Sanguijuela, pues su voz afectaba también a aquellos sin alma ni conciencia ni

respeto por la vida más allá de la que pudiera tomar como sustento. Y tal vez allí aprendiera también a vivir por su cuenta, aunque bien saben los dioses que ya estaba bien versada en tales cuestiones.

Y siguió vagando por ciudades grandes y pequeñas, ruinas y naufragios. Hasta que finalmente llegó a una aldea junto al mar donde las olas rompían contra un arrecife. Y vagó aun más lejos, hasta dar con un lugar todavía más pequeño, donde apenas encontró un puñado de chozas y cabañas. Se acercó al borde del acantilado y echó la vista al mar. Contempló formas que danzaban y se sumergían en las aguas y, después de observarlas durante un tiempo, tomó el sendero que serpenteaba hasta la playa de guijarros en la base del despeñadero.

Allí halló una roca y se sentó, se quitó las botas, metió los pies en el agua salada y suspiró. Los sonidos del mar, de las olas con sus cambios y lamentos, le evocaron una sensación de paz como no había conocido otra igual. Acto seguido, cogió el arpa de hueso que llevaba a la espalda y comenzó a tocar. Tocó y cantó, y pronto las olas danzaban con la melodía, como si a cambio de que las aguas la hubieran encantado, ella también las hubiera hechizado. Y en las olas había formas, las siluetas que había divisado desde el acantilado.

Gentes del mar, hombres y mujeres, acudieron a escucharla; no eran criaturitas delicadas, ni gemas frágiles, sino seres musculosos, orgullosos y arrogantes de pieles relucientes, cabellos como el oleaje y ojos negros como el fondo del océano. Al cabo de un rato, cuando estaba segura de haber captado su atención, dejó de tocar. Luego, cuando todos se hubieron marchado salvo uno, comenzó a tocar de nuevo, pues no necesitaba que la escuchara más que uno.

El hombre, pues era un varón, era pálido como si la luna viviera bajo su piel, con cabellos largos del color marrón verdoso de las algas y ojos verde oscuro como una tormenta. La mujer distinguía las rasgaduras de las branquias en su musculoso cuello, la ligera pátina de escamas que le recubría la piel, la armadura verde de su larga y gruesa cola, que era casi una entidad ajena a la criatura que se sacudía a sus espaldas. Finalmente, varó y se tendió en el bajío, sin importarle el viento

gélido, contemplándola con avidez.

Al cabo de algún tiempo, ella dejó el arpa y fue a sentarse a su lado. Y con ella sentada hablaron, y hablaron con ella sentada, hasta que al final él le habló de una cueva marina en uno de los extremos de la playa, a poca distancia, un lugar en el que podrían estar a solas, lejos de la mirada de sus congéneres. Y ella atravesó la hendidura en la roca, como si las manos de un dios hubieran levantado la piedra como una cortina; y él nadó hasta allí desde las profundidades, hacia la poza que ocupaba la mitad de la caverna, iluminada solo por algunas azules y verdes. Y allí se encontraron y allí se juntaron.

Y allí se reunían día tras día, y ella ya no necesitó cantarle más, no después de aquella primera vez. Él estaba embelesado y ella lo amaba a su manera.

No era ningún príncipe del mar, sino un plebeyo (y un plebeyo no podía abandonar sus deberes indefinidamente), pero conocía los secretos de su especie. Sabía cómo podían recolectarse las recompensas de los océanos. Compartió con ella todas esas cosas en la santidad confesional de los amantes; se lo contó porque los amantes creen que al compartir secretos, generan un vínculo con la persona amada. La falsedad de tal creencia no se demuestra hasta mucho más tarde, y es entonces cuando se rompen los acuerdos y poco después los corazones.

Él jamás pensó que ella llegaría a encontrarle un uso a aquellos conocimientos.

Pero no la conocía, y no podía saber hasta dónde llegaban sus ansias, no sabía del hambre que la había llevado a cruzar continentes. No podía saber de la vanidad de sus ambiciones ni de cómo lo devoraban todo. No podía saber que, a pesar de haber encontrado un lugar que amaba, el acantilado, el mar, eso tampoco era del todo suficiente.

Necesitaba un lugar donde instalarse y construir, pensó ella. Y ese desafío, creía ella, le bastaba, si es que llegaba a superarlo.

La aldea de Breakwater era tan diminuta y estaba tan lejos que nadie había reclamado las tierras del acantilado, y así fue como se apoderó de ellas. Empleó a hombres para que le levantaran la torre que sería su hogar, un edificio cuadrado sin

alardes, pero capaz de mantener los elementos a raya; un espacio donde recostar la cabeza en esos días y noches en los que decidía no descansar en una almohada de arena. Y ordenó que cavaran un pozo, una estructura extraña y profunda, en el centro de la bodega de la torre, tan profundo que descendía hasta las aguas que fluían bajo las rocas, donde todas las aguas del mundo se unen, e hizo que un maestro artesano diseñara una compuerta con bisagras cuyas barras estaban grabadas con hechizos de aprisionamiento, que podía ocultarse en los muros del pozo y cerrarse como unas fauces cuando llegara el momento adecuado. Y una firme red colgaba debajo, y también había un conducto, un mecanismo que atraparía todo lo que cayera desde arriba y lo transportaría hasta un canal al que podía accederse a través de un pequeño túnel vertical junto al pozo. Un método de recolección.

Su amante le había hablado de las criaturas que gobernaban los océanos, las reinas del mar; de las pocas que había, de lo poderosas que eran, de cómo los bancos de peces acudían ante su llamada, de cómo las aguas arrojaban sus tesoros, de la plata que recubría las escamas de sus colas, una plata más pura que la que se podía extraer de la tierra. Le explicó cómo podían convocarse y atraparse, de las palabras y canciones que podían invocarlas. Y ella escuchaba.

Y todos los días le pedía que le contara algo más, y ella anotaba todos los relatos en pergaminos; algunos los convirtió en canciones, otros los quemó como ofrendas. Y finalmente se quedó embarazada y se le hinchó la tripa; sentía una cierta preocupación por lo que pudiera ser su hijo, como el padre o como la madre, pero decidió esperar a que naciera. Y un día, al fin, la torre y el pozo estuvieron listos. Y un día, al fin, cogió el arpa y una vela, bajó a la bodega y se sentó.

Tocó y cantó, y los sonidos retumbaron en aquel vasto espacio, resonaron en los muros y el techo abovedado, golpearon el agua del pozo y viajaron a través de ella porque las palabras con que su amante la había obsequiado tenían ese poder. Y, al cabo de un rato, al fin, hubo un chapoteo y un barboteo más líquido de lo que la mujer estaba acostumbrada. Y dejó a un lado el arpa y se acercó al borde del pozo con la

vela en alto. Y en el fondo había una reina del mar. La mujer hizo un gesto de satisfacción y tiró de una palanca. La jaula que había bajo la criatura se cerró, con su sólida red de metal y todos los hechizos tallados y cantados en su misma sustancia; y la reina del mar, sabiéndose capturada, empezó a chillar.

La mujer recogió el arpa y comenzó a tocar de nuevo, hasta que la reina de las profundidades se calmó. Y la mujer le explicó a la criatura cómo sería su vida a partir de entonces: recolectarían sus escamas, los hijos de la mujer siempre estarían a salvo en los mares y, a cambio, alimentarían a la reina del mar. Y obligó a la reina a aceptar un trato: el pueblo del mar jamás haría daño a los primogénitos de los O'Malley.

La nereida respondió:

—A cambio, deberéis entregarme a un vástago de cada generación como alimento.

Porque así es como se cierran este tipo de pactos. Y la mujer, tras vacilar un instante, accedió: un tributo a cambio de la prosperidad que había traído con su engaño.

Y todas las noches sin excepción se acercaba a los acantilados, mientras la gravedad la encorvaba más y más. Se sentía vinculada a la tierra con su hijo en las entrañas, aunque fuera la descendencia de una criatura de las aguas, de sal y arena. Echaba la vista al horizonte, buscándole, por mucho que supiera que no regresaría; había visto el cadáver con sus propios ojos, había sido testigo de lo que le habían hecho sus congéneres al saber de su traición. Y ella lo buscaba igual.

Pero ¿quién puede ocultarle secretos a las aguas cuando están todas unidas?

Y el lugar llegó a conocerse como Edén del Trasgo, pues los que creen en esas historias estaban convencidos de que la mujer tenía tratos con criaturas oscuras, que había santificado sus tratos a costa de la vida de criaturas inocentes. Y aquellos que lo creían sabían que la santidad no es ni negra ni blanca, sino roja como la sangre.

34

Salgo cuando la tarde ya decae; pronto los cielos se oscurecerán, pero las paredes de la casa se me caen encima. Deambulo por los jardines en flor, dejó atrás los campos y los árboles frutales recién cosechados y caigo en la cuenta de que vuelven a estar cargados de fruta. Cojo una manzana, pero no soy capaz de comérmela, así que me la guardo en el bolsillo.

Pienso en Aoife leyéndome el cuento de Aislin y Connor, del muchacho que sacrificaron a la reina de los mares en la cueva tenebrosa. Recuerdo que le preguntaba a mi abuela si era cierto o no, y que ella se encogía de hombros como cuando no estaba mintiendo del todo y tampoco estaba siendo completamente honesta. Pienso en ella diciéndome que no fuera tan cría. La oigo decir: «Los cuentos forman parte de la historia, sean ciertos o no». Pienso en aquel libro de mentiras, verdades y cuentos mezclados para que nadie pudiera distinguirlos.

Pienso en que nunca fue un secreto lo que les hacíamos a los nuestros. O al menos nunca fue un secreto entre los O'Malley. Pienso en todas esas criaturas, enviadas al mar para pagar una deuda que se contrajo hace mucho tiempo, una deuda que ni siquiera tuvieron la oportunidad de aceptar o rechazar. Pienso en que no se ha registrado ni un solo nombre, en que incluso les despojaron de eso; pienso en que solo conocemos a Connor, el único grabado, escrito, por el error del corazón de una madre, la preferencia de un

hijo por encima de otro, por haber tomado una decisión arriesgada, impúdica y rebelde. Pienso en que no debieron ir a la cueva de la playa, porque la reina de los mares estaba encerrada en la bodega, así que allí es a donde llevó la hermana al pobre muchacho y donde selló su destino. ¿Y la doncella, la criada que siguió a los niños? ¿Qué le ocurrió? Jamás lo sabré, pero tengo mis sospechas: la descubrieron y sirvió de alimento a la cosa del pozo para que no aireara lo que había visto.

Pienso en Isolde abandonándome allí, la primogénita marcada, consciente de que era la única niña que podría estar a salvo en Edén del Trasgo porque era la última. Porque yo albergaba la única esperanza de un posible futuro; porque era lo único que impedía que Aoife le diera caza. ¿Huiría Isolde para salvar a los hijos que pudieran llegar después? Me sacrificó igual que las que vinieron antes que ella sacrificaron a sus propios retoños. Y no puedo decir que no lo entiendo, pero tampoco puedo negar el dolor agonizante que noto en el pecho (¿las entrañas, el corazón, el alma?) y que se me antoja como la suma total de la agonía de todas y cada una de las criaturas descartadas.

Pienso en la nereida cantando: «Cuando desaparezcas, seremos libres», esperando la muerte del último O'Malley puro para librarse del vetusto pacto. Pues mientras quede uno con vida, existe la posibilidad de que se cumpla con nuestra parte del trato y el pueblo del mar siga encadenado.

Y al fin echo a correr, viendo como los árboles pasan a toda velocidad a mi lado bajo la tenue luz del crepúsculo.

Corro para intentar escapar de la agonía.

Corro porque, si soy lo bastante rápida, quizá consiga dejarla atrás.

Corro hasta que llegó al riachuelo de camino a la aldea, y ahí es donde tropiezo y estoy a punto de caer dentro. Ahí es donde lloro y mis lágrimas se funden con el líquido del arroyo, y lloro hasta que creo que ya no me queda nada más que llorar. Cuando consigo despejar la vista, cuando decido que me quedaré ahí agachada sobre la corriente y

esperaré a que caiga la noche y me engulla para estar, así, tan perdida como me siento, en mitad de la penumbra distingo algo brillante bajo la superficie del agua. Me recuerda al primer día que cabalgué con Edward Elliott, cuando un destello plateado captó mi atención.

Introduzco el brazo en la fría corriente para extraer el objeto brillante y lo sostengo en la palma de la mano.

Es una escama.

Es plata pura, no una membrana cualquiera.

Debe medir como dos pulgares y pesa más de lo que jamás habría creído posible. Me llevo la mano al dije de la campana de abordo que tengo en el cuello y pienso que la escama tiene el tamaño perfecto para labrar algo así.

Pienso en la reina de los mares atrapada por la mujer del arpa de hueso, de la ingeniosa construcción que resultó ser la trampa de la bodega en las entrañas de Edén del Trasgo. Pienso en la bodega cerrada en las profundidades del caserón de Aguasnegras. Pienso que la mina de plata dejó de producir cuando mi madre se «fue». Pienso en el hombre que se topó con un próspero reino, que ansió convertirse en el nuevo rey cuando se le presentó la oportunidad, pero que no entendía cómo funcionaba ni qué era necesario para que aquel diminuto mundo siguiera girando y gozando de buena salud.

Y es ahí donde estoy sentada cuando Jedadiah Gannel pasa caminando a mi lado con sus largas piernas y un farol en una mano para iluminar el camino. Estoy tan inmóvil que casi me pasa por alto. De hecho, no me ve hasta que hablo, y mi voz provoca que dé un respingo. Y me río, a pesar de todo. Se sienta a mi lado y coloca el farol entre nosotros. El círculo de luz parece ganar calidez en mitad de la noche.

—¿Qué haces aquí, Miren? —Me acaricia la cara y yo me apoyo en su mano como un gato, sin responder—. ¿Estás bien? ¿Estás a salvo en esa casa?

—Creo que sí —respondo, pero no lo tengo claro. Levanto la escama para que brille a la luz del farol—. ¿Habías visto alguna vez algo así?

Coge la escama, la gira entre los dedos y asiente despacio.

—A veces nos las encontramos en la mina; no en las vetas ni engastadas en la roca, sino repartidas por los lugares donde ha estado goteando agua.

La recupero y la examino un rato, antes de guardármela en el bolsillo. Me pregunto qué podría hacerse con algo así, y si podría aprovecharse como alguna suerte de semilla.

—Mi tío no tiene ni pajolera idea de minería, se creería cualquier cosa. ¿Se están agotando las vetas? ¿De verdad?

Resopla.

—De verdad, Miren.

—Cuánto secretismo.

Jedadiah desvía la mirada.

—Era la condición de la vida que nos ofreció. No le hicimos preguntas, Miren. Aguasnegras… La mayoría de nosotros vivíamos en lugares terribles, subsistiendo a duras penas, y entonces tus padres, tu madre, llegaron y nos prometieron una vida mejor si trabajábamos para ellos. Dejando a un lado la inundación, hemos gozado de vidas mucho mejores. No hemos tenido razones para romper el juramento que le hicimos, ni para marcharnos.

Toco la escama que tengo en el bolsillo. Isolde descubrió la forma de ganar una fortuna. Pienso en la magia de fertilidad que usó con los cultivos y el ganado. No se me ocurre ninguna razón por la que mi madre no se entregara a esto. Recuerdo las palabras de Malachi sobre el talento de Isolde para agrandar o empequeñecer las cosas. Pienso en el precio carmesí que debió pagar para convertir una tierra baldía en una rica mina de plata. «Ah, madre, ¿qué hiciste?»

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto—. ¿Dando un paseo nocturno?

—Voy a ver a mi padre. Cree que hay algo que ha intentado atravesar el seto estas dos últimas noches. —Sacude la cabeza y sonríe—. A lo mejor son imaginaciones del viejo.

—¿Y quién no en un sitio así?

Y el ambiente que nos rodea ya no está sumido en el silencio. Se oyen chirridos, alaridos y aullidos, resoplidos, ronquidos y ladridos: los animales han vuelto a Aguasnegras a medida que la tierra ha recuperado la vida.

—No te coge de camino, pero ¿podrías acompañarme a casa?

—Por supuesto.

Sonríe y se pone en pie antes de ayudarme a levantarme y rodearme con los brazos. Nos besamos, pero lo aparto antes de que la cosa se nos vaya de las manos; necesito tener la cabeza despejada, por mucho que me gusten sus atenciones. Lo cojo de la mano mientras andamos para que el rechazo no le escueza demasiado. Es un tipo inteligente y no tienta a la suerte. Le doy un beso de despedida cuando llegamos a los últimos árboles antes del jardín de la casa, y le hago un gesto para que se funda con la oscuridad. Observo el punto ardiente del farol alejándose y reduciéndose hasta desaparecer. En ese momento, me planto frente al lugar que esperaba poder convertir en mi hogar.

* * *

Llego a la puerta de la habitación con la cuna quemada y sostengo en alto mi elaborada lámpara de plata, antes de coger aire y entrar en la estancia. La última vez que estuve aquí, me refugié en mi ignorancia. Aunque no tenga pruebas, solo sospechas, ahora siento como si me hubieran arrancado la piel y no me quedara protección alguna. El ventanal que hay junto a la camita del bebé, con los vidrios agrietados por el calor del fuego; fuera, una oscuridad impenetrable, y mi propio reflejo en el interior. Apenas me reconozco.

Ena, cuando no está echando los dientes, es un angelito. Nelly estaba frustrada, pero, hasta donde yo sé, no hasta el punto de perder los nervios y hacerle daño. Pero ¿y si Ena no es Ena? ¿Y si es la hija de Nelly, Meraud? ¿Y si Ena, la verdadera Ena, con sus pataletas y sus lloros, le hizo

perder la cabeza a Nelly? Nelly, que de paciencia tampoco va sobrada. Nelly, quien me atrevería a decir que no era una niñera de lujo en San Sinwin ni en ninguna otra parte, a pesar de jactarse ante Miriam.

Me cubro el rostro. ¿Mi hermana pequeña murió quemada? ¿Qué pudo haber hecho para merecer ese destino? ¿O fue algo distinto, más amable pero no menos letal, después de que Nelly perdiera los estribos? Una almohada presionada sobre una boca que no dejaba de abrirse y chillar, con la esperanza de tener unos segundos de respiro… y de repente esos segundos se convirtieron en minutos, y Ena, la verdadera Ena, yacía inmóvil, pálida y con los labios amoratados. ¿Sería el fuego una forma torpe de cubrirse las espaldas?

Pero mis padres…

¿Se lo habrían creído?

No pondría la mano en el fuego por mi padre, pero mi madre… era una bruja. Era la hija de Aoife y no era una necia. Cuando viera el cuerpecito de su hija… Dudo que hubiera creído que aquello había sido un accidente, ni por asomo. Y por eso no podían permitir que Liam y ella vivieran. Nelly y Edward, pergeñando y maquinando para encubrirlo, vaciando la casa de sirvientes, haciéndose pasar por mis padres marchándose en mitad de la noche, esparciendo mentiras hasta que parecieron verdad, e intercambiando a Ena por Meraud, una criatura feliz ajena a todo. Edward Elliott, protegiendo a Nelly porque la aprecia o porque le atraía demasiado la idea de convertirse en el señor de la mansión y simplemente creía que podría salirse con la suya.

Y entonces fue cuando la finca comenzó a fallar.

Y luego llegué yo y volvió a florecer de nuevo.

Me habrían matado nada más llegar de no haber resultado útil para la finca tan pronto; y por su lascivo interés en mí, por lo mucho que lo aburre Nelly (porque ¿qué tipo de hombre le diría a la mujer que ama que será la esclava de un caserón mientras él se entrega al *dolce far niente*?). No me sorprende que el ama de llaves no me

soporte. Creo que tampoco le soporta a él, pero no es lo suficientemente valiente o no está lo bastante enfadada como para demostrarlo por completo. ¿Cuánto tardará en exhibirlo en toda su gloria, en desatar un infierno como el que engulló a mi hermanita, y cómo se las apañará Edward Elliott para ocultarlo?

Me agacho para tocar la mantita chamuscada y la noto aceitosa. Grasa. Grasa quemada y el olor que no pude identificar la primera vez que estuve aquí: carne asada. Mi hermana.

—¡Miren!

Un grito a viva voz desde el umbral, dominado por el miedo y la ira. Con todo, no me sobresalto ni me doy la vuelta. Termino lo que estoy haciendo, acariciando la manta con los dedos, notando la sustancia que la empapa, la grasa fundida de lo que un día fue Ena, y aprieto el puño. A continuación, me enderezo y me giro a mi ritmo.

Edward Elliott me observa desde la puerta como uno de los fantasmas del cadalso, como si temiera entrar, y ese miedo pesa más que su furia. Tiene la cara enrojecida y creo que, si reuniera el valor para cruzar el umbral, me haría daño independientemente de lo que sienta por mí. Cerró la habitación con llave; ni siquiera se deshizo de la cuna, sino que se limitó a cerrar la habitación y dio por sentado que nadie husmearía por allí. Pecó de arrogancia. Edward Elliot no tenía forma de saber que yo llegaría poco después.

—Miren. Miren, sal ahora mismo. No es seguro —me advierte, tratando de mantener un falso control sobre el tono.

No respondo. Le miro fijamente, desafiándole. Sabe que debe entrar si no quiere perder toda autoridad (porque parece creer que aún conserva algo), y eso hace, dando unas extrañas zancadas, como un caballo alto e inseguro. Al acercarse a mí, me agarra de los hombros y me zarandea.

—¡Miren! —Grita mi nombre como si fuera una orden con la que esperara doblegarme—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te dije? ¿No te dije que no entraras aquí, que era peligroso?

—Cuentas muchas historias, «tío». Y sabes que me encantan. ¿Por qué no me cuentas otra? —Sonrío—. ¿Qué sucedió aquí? ¿Qué le pasó a mi hermana?

35

Edward Elliot aleja la mano para darme una bofetada.

—Puede que eso te funcione con Nelly, pero yo soy una criatura totalmente distinta —digo con voz queda.

Levanto la barbilla, clavo en él la mirada y poco a poco veo descender la mano. Se ha puesto a temblar y el sudor le baña el rostro, y me pregunto qué fue lo que vio aquí. Sin mediar palabra, se recompone y comienza a arrastrarme hacia la puerta de la estancia a tanta velocidad que casi no puedo mantener el equilibrio, como si sacarme de la habitación pudiera cambiarlo todo, como si pudiera volver atrás en el tiempo y borrar todo rastro sobre aquel lugar, que los pecados desaparecieran como el humo. Que pudiéramos revertir la situación a como estábamos antes.

Hundo los talones antes de llegar a la puerta y me deshago de él. Me fulmina con una mirada de estupefacción. Se ha olvidado de que soy casi tan alta como él, que no soy una cría…

—¿Empiezo yo, tío? No sueles mostrarte tan reticente a contar tus historias. —Hablo con un tono alentador—. ¿Quieres que te hable de los cambiados? Criaturas reemplazadas por otras a manos de las hadas o los trols, o robadas por las gentes del mar. Obligadas a servir bajo tierra, o engordadas como sabrosos tentempiés, o entregadas a las aguas con la esperanza de gozar de períodos de prosperidad. Siempre hay un trato, tío, siempre hay un trueque: mi madre me abandonó para ser libre, y

esa es mi historia. *Quid pro quo*: cambio, quiero oír la tuya.

Y Edward Elliott parece desinflarse como si alguien lo hubiera vaciado de aire. Es un tipo corpulento y, en un abrir y cerrar de ojos, se ha empequeñecido. Se sienta en el suelo, casi como si se desplomara, pero muy despacio, y yo me alejo lámpara en mano hasta llegar de nuevo a la mecedora. Dejo la luz en el suelo, me siento y le miro fijamente.

—Adelante, tío. Pero hazlo en condiciones. Érase una vez…

Parpadea y traga saliva.

—Érase una vez… —Carraspea—. Érase una vez una mujer que había dado a luz a una criatura alegre como un día de primavera, cuya risa ensanchaba el corazón. Y esta mujer aceptó un trabajo: cuidar de otro bebé. ¿Qué dificultad podía haber? Pero la nueva niña era una criatura infeliz que lloraba y gritaba, que era inconsolable, que siempre tenía hambre. Alimentaba a las dos criaturas, pero su propia bebé no parecía recibir jamás suficiente leche, y la otra, a pesar de llevarse la mejor parte, siempre reclamaba más. La mujer conocía todas las historias y supersticiones; no había recibido educación alguna, pero se decía a sí misma que no fuera tan ridícula, que no había motivo para pensar que a la verdadera bebé la hubieran secuestrado los que se ocultan en los bosques, bajo las montañas o entre las olas. Al fin y al cabo, la madre de esa criatura había conseguido quererla, y no percibía nada antinatural en su retoño, aunque sí era impaciente. Así que la nodriza intentó quererla también, igual que a la suya; quien quiere lo que puede, no está obligado más, pensaba.

Parece que cuando más se adentra en la historia, más cómodo se siente, pero no me lo está contando todo: mis oídos de buena oyente detectan la nota discordante, las partes en las que está ocultando algo y tratando de cubrir el hueco.

—Pero… —lo animo.

—Pero llegó a considerar a la criatura una cambiada. Y así la llamaba en su cabeza. Y al hacerlo, quizá fuera capaz

de distanciarse de ella. Cuando al fin perdió los nervios con las pataletas y los quejidos de la infante, apenas le costó hacer… lo que hizo.

—¿Y qué fue lo que hizo, tío?

—Le cubrió la insoportable boca con una almohada y allí la mantuvo hasta que aquello dejó de gritar —responde con saña.

Se ha referido a la bebé como «aquello», no como «la niña» o «la hija». Ni siquiera llama a las bebés por el nombre.

—¿Y luego?

—Luego provocó un incendio, creyendo que podría ocultar lo que había hecho.

Se pasa una mano por la frente.

—¿Y funcionó?

Nuestras miradas se cruzan; tiene los ojos de un azul oscuro intenso.

—Ni siquiera el fuego puede ocultar todos los pecados.

—¿Y la madre?

—¿Qué madre no llora a su propia hija, por muy monstruo que sea?

—¿Y el padre?

—Los padres, como sabrás, a menudo solo se preocupan de las miradas de sus esposas; y esta esposa tenía el corazón tan roto que él juró venganza.

Vuelvo a oír la nota discordante en sus palabras, y finalmente caigo en la cuenta de que la cuestión no es lo que vio en la habitación de las niñas, sino lo que hizo allí.

Por mucho que deteste a Nelly, ha cuidado bien de Ena, a pesar de que fuera un monstruito cuando echó los dientes. Nelly jamás perdió los papeles; conmigo sí, pero no con la cría. Sí, puedo estar equivocada; no hay nada que asegure que una mujer no pueda matar a una criatura. Y aunque Nelly sea el tipo de mujer que, como tantas otras, deposita su amor donde no debe y resiste con el hombre que no debería, no creo que matara a la verdadera Ena. No después de la versión de mi falso tío.

Y comprendo, si es que no lo sabía ya de antes, lo

peligroso que puede llegar a ser Edward Elliott. Asfixió a mi hermana pequeña porque lloraba demasiado y se repite a sí mismo que era un monstruo que sobraba en este mundo. Asesinó a mis padres, que habían sido sus amigos, para encubrir el crimen y apoderarse de su hogar. Ha culpado alegremente a Nelly, la madre de su hijo, por sus propios pecados. Erradicó a una familia entera solo por esto.

—¿Dónde está enterrada mi madre? —pregunto.

Y por cómo sonríe sé que jamás me lo revelará. ¿Qué necesidad tiene? No sabría decir si se ha dado cuenta de que no le pregunto por mi padre.

—¿Quién eres? —añado, antes de pensármelo dos veces; una mezcla de fascinación y desesperación me ha arrancado las palabras de la boca.

Veo como tuerce el gesto: se creía muy astuto y había meditado aquella coartada para cubrirse las espaldas, para librarse de toda culpa. Pero igual que yo he percibido las mentiras en su relato, él también percibe la incredulidad en mi voz. Me recuerda a los fantasmagóricos ladrones de novias que acaban viéndose colgados de una soga. Vive su vida igual que ellos, haciendo lo que le place sin pensar en las consecuencias, convencido de que siempre podrá rehuirlas o echarle la culpa a otra persona.

Esboza una sonrisa lupina.

—Pues tu queridísimo tío Edward, cariño. ¿Quién si no?

—Creo… creo que eres un hombre que se deja llevar y toma lo que desea.

—¿Eso crees? —Se pone en pie y da unos pasos hacia mí, ahora con más confianza—. ¿Y sabes lo que deseo?

—Me hago una idea.

Es lo bastante listo como para mantenerse a unos pasos de distancia.

—Miren, en Aguasnegras lo tenemos todo. Con tu presencia, lo que antes se había atrofiado vuelve a florecer. Podemos gobernar juntos. —Se arrodilla como si fuera a pedirme la mano—. Y dejaré que te vengues de Nelly por lo que le hizo a tu pobre hermana inocente.

Agachó la mirada. No tiene forma de saber que no me creo que la culpable fuera Nelly. Sabe que no me he creído lo de su identidad, pero no sabe que he adivinado la mentira de todo lo demás. Y solo pienso en la hermana que jamás conocí, monstruo o no, ardiendo en la cuna. Quiero creer que no estaba viva, que la asfixió antes de prenderle fuego, pero en mi cabeza aúlla. Está aullando y no tengo claro que vaya a parar jamás.

Me levanto, sonrío y lo miro a los ojos, y él comete un error: interpreta mi expresión como un gesto de derrota, de aceptación. Cuando se acerca a mí, recojo la lámpara y se la lanzo con todas mis fuerzas. El deposito de cristal estalla y la llama que devora la mecha desvía su atención hacia el hombre que afirma ser mi tío. Grita, y sus gritos se mezclan con las ensoñaciones de mi hermana, tan agudos y sonoros que me duele la cabeza, que temo que me sangren los oídos.

Edward Elliott, o quienquiera que sea, gira como un bailarín, tratando de sofocar las llamas de sus prendas robadas, pues no me cabe duda de que toda la ropa que lleva se la arrebató a mi padre tras su muerte. Edward da vueltas y se retuerce engullido por una veloz columna de fuego, hermosa y terrible, entre gritos y el hedor que genera la carne cuando empieza a cocinarse. Danza sin descanso, dando vueltas y más vueltas, hasta que se acerca al ventanal que hay junto a la cuna calcinada, la ventana de los cristales resquebrajados, y se precipita sin dejar de danzar. El cristal se rompe, él pierde el equilibrio y cae por encima del alféizar hacia el vacío de la noche.

Sus gritos cesan al instante, junto con los sonidos de mi hermana.

Al menos tengo algo que agradecerle.

Me tiemblan las rodillas y debo sentarme durante varios largos minutos antes de que puedan volver a sostener mi peso. Camino aún vacilante de regreso a la otra parte de la casa. Voy a buscar a Nelly; voy a hacerle preguntas y a conseguir las respuestas que Edward Elliott ya no podrá proporcionarme.

36

Pero Nelly tampoco volverá a responder ninguna pregunta.

Nelly está demasiado ocupada tumbada en el suelo del vestíbulo de Aguasnegras, salpicando de manchas carmesíes las baldosas de mármol blanco y negro. Corro hacia ella, me arrodillo y alargo el brazo, pero me doy cuenta de que hace tiempo que la sangre dejó de brotar del corte que tiene en la garganta. ¿Ha sido obra de Edward Elliott? ¿Así la recompensa por su lealtad? ¿O habrá decidido Nelly que ya tenía bastante? ¿Estaría harta de las miradas que me lanzaba él mientras fingía ser mi tío? Cuando la torturé al afirmar que mi tío veía con muy buenos ojos todo lo que le pedía, ¿sería la gota que colmó el vaso de la pobre Nelly? ¿Convertida en una mula de carga y apartada en pro de carne más joven? Nelly, con esos ojos azules clavados en el techo y esa expresión de sorpresa y terror: ¿qué fue lo último que vio?

—Nelly, lo siento mucho.

Le toco el rostro: aún tiene la piel cálida, debe haber muerto hace poco. Nelly se ha ido, junto con todos sus secretos. Mi falda lavanda se está empapando de sangre, que se coagula rápidamente. Pienso… Pienso que estaría más fría si Edward la hubiera matado antes de subir a enfrentarse a mí y que la sangre del suelo se habría extendido más. Me pongo en pie sin saber qué hacer; unas lágrimas inesperadas me recorren las mejillas y me caen a los labios con un regusto salado. «Hija de sal.» En ese

momento, oigo a Ena —no, a Meraud— llorando.

No viene del piso de arriba, sino de la biblioteca. La biblioteca de la que se apoderó Edward; creo recordar que jamás la llevó allí. Era su hija, o eso creo, pero nunca le vi con ella en brazos ni cuidándola; me hablaba de ella con cariño, pero no era más que otra forma de crear su camuflaje. Es evidente que no le interesaba lo más mínimo. Me pregunto cuánto más habría sobrevivido si hubiera comenzado a meter demasiado ruido o a perder su naturaleza alegre; si no le hubiera curado el dolor que le provocaba la dentición para que dejara de llorar y gemir. ¿Cuánto habría aguantado antes de perder los estribos y mandar a su propia hija con Ena?

Me dirijo a la biblioteca, impaciente por alejar a la niña de la casa donde su padre y su madre yacen muertos. No es mi hermana, pero yo también soy una chica que se ha visto en un lugar donde mi madre y mi padre yacen muertos. Pienso ahorrarle los detalles, aunque sé que es demasiado pequeña como para comprenderlo. Me detengo frente a la puerta de la biblioteca.

Me detengo porque oigo una voz que no esperaba volver a oír jamás.

—Adelante, Miren. Te estamos esperando.

Vacilo un instante, pero lo suficiente como para que levante la voz y diga:

—Miren, si no entras ahora mismo, le retorceré el pescuezo a la mocosa.

Cruzo el umbral.

Aidan Fitzpatrick se ha quedado en los huesos, probablemente por las vicisitudes del camino. Tiene un aspecto duro y una mirada hostil, como si yo fuera una chiquilla recalcitrante que le hubiera causado unas molestias considerables. Tiene los pantalones, la camisa y la chaqueta manchadas de polvo, y el sobretodo descansa sobre otro sillón, también salpicado de mugre y barro. Ena está sentada en su regazo, con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Hola, Aidan.

—Lánzame ese revoltoso cortaplumas que sé que llevas encima, y luego cógeme esto —agita a Ena como si fuera un desperdicio que hubiera que tirar— y siéntate.

Le obedezco y observo con tristeza cómo el cortaplumas con mango de madreperla vuela hasta las manos de Aidan. Acto seguido, sujeto a Ena… Meraud. No. Para mí siempre ha sido Ena, y Ena seguirá siendo. Se agarra a mí y le doy un beso en la coronilla, tranquilizándola con delicadeza. Me siento en el sillón que me ha indicado Aidan; está justo frente a él, ante la lumbre apagada. Apoya los dedos en la barbilla y me contempla como si estuviera ordenando sus pensamientos, reuniendo todos los argumentos de los que dispone para hacerme entender hasta qué punto le he decepcionado.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto, pensando cómo puedo distraerlo.

—Bueno, imagino que estás al tanto de que envíe un hombre a buscarte.

—Al que pagaste para que asesinara a Aoife —replico, y él da un respingo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El hombre que enviaste a buscarme, Aidan.

—¿Está aquí? ¿Qué clase de trato cerraste con él para que dejara de trabajar para mí?

Se ha sonrojado, y deduzco que se está imaginando todas las armas de mujer a las que he podido recurrir para apartar a un hombre de su lado.

—¿De verdad crees, Aidan, que querría tener cualquier tipo de trato con el hombre que mató a Aoife?

Sospecho que ignora el doble sentido de la frase. No tiene por qué saber lo que pasó con el hombre de ojos verdes antes de que matara a Aoife.

—Bueno, ¿y dónde está? Venía muy recomendado.

Aidan me exige que le responda con el tono que usaría un hombre para quejarse de que su perro ovejero no ha cumplido con su función.

—Está muerto, Aidan. Ah, y estaba decidido a llevarme de vuelta contigo, pero yo estaba igual de decidida a no ir a

ninguna parte, así que no quedaba otra opción que eliminar a uno de los dos de la ecuación.

—¿Tú? —Me mira como si no fuera capaz de creérselo—. Con lo calladita que has sido siempre. Obediente como la que más, me juró Aoife. Y, mira, has demostrado todo lo contrario.

—Querido primo, por algo soy la nieta de Aoife O'Malley, algo que los dos parecisteis haber olvidado, y Aoife accedió a muy poco en contra de su voluntad. —Me alegra que Ena se haya relajado en mis brazos, porque estos hombres que creen que puede callar a un niño con violencia me incomodan sobremanera—. Así que vuelvo a preguntártelo, Aidan: ¿cómo me has encontrado?

Se recuesta en el sillón y cruza los dedos encima de una barriga mucho más reducida que antes.

—Al ver que mi hombre no regresaba, decidí que no molestaría a nadie más. Me había enviado una carta desde Vega del Bell, en la que me informaba de que había encontrado tu rastro allí, así que para allá me fui.

El hombre de ojos verdes no le había contado quién me había ayudado, pero sí dónde había estado. Apenas le habría costado encontrar a la *troupe*.

—Me parece a mí que estás dedicando demasiados esfuerzos en atrapar a una novia a la fuga, Aidan. Seguro que las hay a montones en Breakwater.

—Pero ninguna con Edén del Trasgo a su nombre. Ninguna con la sangre de los O'Malley, Miren. Ninguna como tú. —Se inclina hacia delante con los codos apoyados en las rodillas—. Ninguna con el poder que tú tienes.

—Yo no tengo ningún poder, Aidan. Lo único que quiero es que me dejes en paz.

—¿Que no tienes poder? Y, aun así, has matado alegremente a un hombre, ¿me equivoco? Ahí hay poder, voluntad y determinación, Miren. Y cuento con tu sangre, tu barriga y los niños que plantaré ahí. Necesitamos que engendres descendencia, necesitamos consagrar de nuevo el pacto que hicimos con el mar. Y tú eres la única que puede conseguirlo, tú y yo.

—No permitiré que se retomen las viejas tradiciones. No existe un «nosotros», Aidan. No alimentaré a los mares con mis niños solo por tu codicia. —Hace ademán de coger a Ena y me aparto, tratando de pensar en algo rápido, pensando que tal vez no le haga daño si piensa que es uno de nosotros—. Esta es mi hermana, la hija de Isolde.

La sorpresa en su rostro es palpable. Se recuesta en el sillón.

—Ja. Isolde siempre resistiéndose a lo que se esperaba de ella. Bueno, pues quizá la mocosa me resulte útil al fin y al cabo. Quizá puedo sustituirte por ella.

—¿Y tendrás tiempo de esperar a que crezca? —pregunto con ligereza, recordando las palabras del asesino; Aidan había hecho un trato con alguien cuyas exigencias tal vez sobrepasaran lo que él podía ofrecerle—. ¿Accederá Bethany Lawrence a esperar otro par de décadas?

Entrecierra los ojos.

—Se te da bien recoger información, ¿eh? Tendré que vigilarte de cerca, Miren. Eres más espabilada de lo que aparentas.

—Que no lo soy, de verdad. Lo único que quiero es que me dejes en paz.

—Me temo que no puedo complacerte; hay personas cuyas necesidades son más importantes que las tuyas.

—Repito: ¿cómo me has encontrado?

—En Vega del Bell. Imagínate mi sorpresa al encontrar allí a mi buen amigo Ellingham. E imagínate una sorpresa aún mayor cuando una noche fui al teatro a verlos actuar y, sentado entre la audiencia, oí a la autómata hacer algo nuevo. Las hermosas canciones de siempre, sí, y luego un relato, ay, qué relato, de esos que solo conocen los O'Malley, y contado con la voz de una O'Malley.

—Soy una Elliott —le corrijo, pero me ignora.

—Y, por si fuera poco, identifiqué el pendiente que le dejaste a aquella mujer. Ellingham no estaba dispuesto a venderlo, así que ella lo convirtió en un colgante espléndido. No tardé en sonsacarle la información que necesitaba.

—¿Qué le has hecho a Ellingham? —dijo, levantando la voz.

Él arquea una ceja.

—Nada. No a él, al menos, se preocupa más de los demás que de sí mismo, así que amenacé a la mujer, la pelirroja. Y me habló de este lugar, de Aguasnegras, y me dibujó un mapa utilísimo.

No menciona a Brigid, así que espero que no se haya enterado de su relación con Ellingham. Aidan se tira de la ropa, y le pregunto:

—¿Dónde están tus hombres? ¿Dónde está el carruaje? ¿Dónde están todas las personas a las que pagas para que te hagan el trabajo sucio?

No responde, así que lo presiono un poco más.

—¿Dónde está tu magnífico carruaje?

Recuerdo que Jedadiah me dijo que su padre creía que algo había estado intentando cruzar el seto. Vuelvo a fijarme en las rasgaduras de los pantalones y la chaqueta, en los puntos donde la sangre ha empapado la tela.

—¿Dónde están tus hombres y tu ropa limpia? Has estado durmiendo al raso, viajando sin comodidades. ¿Qué ha pasado, Aidan Fitzpatrick, con la arrogancia, con los lujos?

Me fulmina con la mirada.

—Debes comprender, Miren, que tu huida tuvo graves consecuencias en mi vida. Nuestro matrimonio formaba parte de un acuerdo, y que, sin ti, el trato es nulo, así que pienso llevarte de vuelta por las buenas o por las malas. —Vuelve a inclinarse hacia delante—. No creerás que me he molestado en venir hasta aquí solo por ti, ¿verdad?

Recuerdo las palabras del hombre de ojos verdes sobre los arriesgados tratos y pactos que sobrepasan a otros acuerdos, sobre el pez grande que se come al pequeño.

—Valgo lo bastante para ti como para que hayas atravesado el continente sin ayuda para llevarme de vuelta. ¿Qué podría querer Bethany Lawrence de nuestra unión? —pregunto con serenidad.

—Le prometí plata —responde, dejándose caer en el

sillón—. Plata como la que los O'Malley producían en el pasado, la plata que venía del mar. Un suministro interminable. Y para eso te necesitamos a ti, a la última O'Malley, la de la sangre más pura, a ti, a tu útero y a los hijos que engendrarás. —Resopla con sorna—. Pero tu aventurilla ha hecho que la Reina de los Ladrones crea que no puedo cumplir con mi parte del trato, que la engañé al prometerle que lo tenía todo bajo control. Ha requisado mis propiedades hasta que regrese contigo. Me dijo que esta misión me iría bien, que volvería a usar mis propias manos y recordaría lo importante que es supervisarlo todo personalmente.

—¿Sabe lo de Aguasnegras? —le pregunto con la máxima naturalidad posible. No puedo permitir que Aidan sepa lo de la mina, ni cómo conseguía Isolde que fuera productiva.

Él me responde con una carcajada.

—No soy ni un necio ni su subordinado, por mucho que lo piense; no le proporciono informes sobre mis progresos. No sabe dónde estoy, solo que si quiero recuperar mi vida, volveré contigo. —Esboza una sonrisa repulsiva—. Y tú me darás hijos, Miren, y yo le entregaré como mínimo uno al mar y resucitaremos el pacto. O, más bien, a la reina de las profundidades.

Contengo el aliento. ¿Qué le contaría Aoife? ¿Cuánta información compartió con él que ni siquiera yo conocía solo por conseguir que accediera a sus maquinaciones? Antes de darse cuenta, ya demasiado tarde, de que Aidan tenía sus propios planes, grandes y pequeños; el pez grande se come al pequeño. ¿Se habrá dado cuenta de mis vagas sospechas? Ve la duda en mi rostro.

—Ah, Aoife me habló de Isolde y lo larga de manos que era, lo que robó. —Sonríe—. Al final ha resultado bastante útil que huyeras y me condujeras hasta aquí.

Y pienso en el tamaño de las nereidas que he visto, y pienso que las reinas de los mares son aún más grandes. ¿Cómo fue capaz Isolde de llevarse algo así? Recuerdo que Malachi me dijo que Isolde tenía el talento de agrandar o

empequeñecer las cosas, y pienso en la escama de plata del arroyo. Pienso en las historias que me contaba Maura sobre la bruja que deseaba alcanzar la inmortalidad pero se olvidó de pedir también la juventud eterna, y así, con el paso de los años, se fue encogiendo y encogiendo hasta que cupo en una botella, y allí permaneció, emitiendo ruiditos que todo el mundo relacionaba con los insectos del verano. Pienso en las cajas de cristal que he visto en el taller de Isolde, y en que serían perfectas para algo del tamaño de una lubina o un bacalao sanos.

—Y ahora, Miren, creo que va siendo hora de que me llevé lo que robó.

—No tienes ningún derecho —replico—. No eres un O'Malley, sino un bastardo que se cree mejor de lo que es. ¿Crees que si Aoife hubiera tenido otra opción habría acordado nada contigo?

Se sonroja; no está lo bastante enfadado como para atacarme, pero sí lo suficiente, espero, como para cometer errores.

—Independientemente de la opinión que te merezca, Miren, seré tu amo. Y disfruto quebrando espíritus. Cuanto más te resistas, más feliz me harás. —Se pone en pie—. Insisto en que ha llegado el momento de que recupere lo que me pertenece.

—¿Y cómo esperas llevarla de vuelta a Edén del Trasgo? ¿Has aprendido brujería, Aidan? ¿Tienes los poderes de Isolde para encogerla y que te la puedas guardar en el bolsillo?

Dejo escapar una risotada.

—Ya me las apañaré. ¿Hay alguna bodega?

Asiento.

—Pero no he sido capaz de encontrar la llave de las cerraduras, tres, para ser exactos.

Aidan resopla.

—¿Crees que Isolde habría perdido el tiempo con llaves ordinarias?

Pienso en la puerta de la bodega de Edén del Trasgo sin ningún tipo de mecanismo porque había arrancado los

cerrojos; lo único que me alejaba de allí eran las advertencias de mis abuelos y de Maura.

—Tengo todo lo que necesito. Llévate a la cría, que así tendrás esas traicioneras manos ocupadas. Ya se me ocurrirá qué hacer con ella.

Y me preocupa no haberle ganado a Ena ni un solo segundo.

37

Ena se ha quedado dormida en mis brazos y pesa tanto como un saco de arena mojada. Noto su respiración en el cuello y no puedo pensar en nada más que en formas de conseguir que sobreviva. He matado a dos hombres sin vacilar, pero merecían la muerte. Esta niña, aunque no seamos familia, no ha hecho nada malo. Camino despacio cuando salimos de la biblioteca, y Aidan hace constar su impaciencia.

—Si aprieto el paso, despertaré a la niña. Y si se despierta, llorará. ¿Quieres volver a soportarlo?

Me responde con un gruñido.

—¿Por dónde es?

—Sígueme, la entrada está en la cocina.

El pasillo se me antoja de repente mucho más corto de lo que jamás me había parecido en este caserón vacío.

—¿Quién era el tipo? —pregunta Aidan, y por un instante pienso que se refiere a Jedadiah, y no me satisface la idea de que conozca a mi amante, pero prosigue—: El que ha entrado en la otra ala de la casa y no ha salido. Estaba discutiendo con la pazpuerca. Y, lo que es más importante, ¿dónde está?

Nelly probablemente fuera una pazpuerca, pero me enervo al oírla llamarla así.

—Muerto. Se ha caído por una ventana. Afirmaba ser el hermano de mi padre, decía que se llamaba Edward Elliott. Tengo la teoría de que se aprovechó de la buena voluntad

de mi padre para luego asesinarlo a él y a Isolde. Lleva meses haciéndose pasar por el señor de la mansión.

Aidan se ríe.

—Liam Elliott no tenía familia. No era más que un chaval apuesto de los muelles de Breakwater del que tu madre se encaprichó.

—Sabías que mis padres no estaban muertos —le espeto.

No espero sacarle demasiada información. Se encoge de hombros.

—Estaban fuera del alcance de Aoife, así que para ella era como si lo estuvieran. Ojo, creo que, de haberlos encontrado, habría alimentado a los mares con Isolde.

Y no puedo negar que Aoife habría sido capaz de algo así.

—Pero no sabía adónde había ido Isolde.

—Eso formaba parte del trato que cerré con ella; usaría todos mis recursos para encontrarla, o al menos para recuperar lo que había robado.

Río a mandíbula batiente, con pesadumbre, y Ena se remueve. A pesar de todo, mató a Aoife, convencido de que podría quedarse con todo.

—¿Cómo hallaste este lugar, Miren?

—Encontré unas cartas que Isolde le envió a Óisín; solo había tres, pero decía que Aguasnegras estaba al norte de Vega del Bell, y al final acabé llegando, más o menos. —No tiene sentido mencionarle al viejo orfebre y sus vagos recuerdos—. Creo que quizá se sintiera sola, pero no lo bastante como para revelarle su ubicación exacta.

—Pobre Miren —se mofa—. Tan cerca de la salvación tantas veces, tantos fracasos.

No respondo. Hemos llegado a la cocina, así que me limito a decir:

—Necesitarás un farol antes de que bajemos.

Como tengo las manos ocupadas, Aidan se encarga de levantar uno de la pared y admirar la plata labrada, el cristal iridiscente; pienso en el momento en que le he lanzado uno a Edward Elliott, y en cómo ha ardido y

danzado. Aidan prende una cerilla en las llamas del gran fogón de la cocina y luego el farol.

Hago un gesto de cabeza y le guío hasta la parte trasera del cavernoso espacio, a la puerta del taller de Isolde; pienso en que no estaba cerrada, como si no hubiera tomado precauciones. Pienso en los cristales rotos y la mancha marrón que bien podría haber sido sangre seca. Pienso que tal vez Edward Elliott la matara allí. En la parte trasera de la cámara con sus bancos de trabajo y estanterías, cucharillas medidoras, frascos y tubos de vidrio y morteros, está la trampilla. Abierta, de nuevo, pero supongo que poco importa si tenemos en cuenta que conduce a la puerta más grande de las cerraduras de plata.

Aidan me hace un gesto para que me adelante; levanto el farol para que pueda ver por dónde piso, pero es lo bastante astuto como para no fiarse de tenerme a sus espaldas. Me agarro las faldas para no tropezar y las noto pegajosas y frías, antes de recordar que se me han manchado con la sangre de Nelly. Me subo al hombro a Ena, que sigue durmiendo, y comienzo el descenso.

—¿Por qué has asesinado a Nelly?

—¿A quién?

Apenas recuerda haberla matado.

—A la mujer. La mujer que has dejado en el vestíbulo.

«La madre de esta niña.»

—Ha empezado a chillar cuando he entrado en la casa. No sabía que habría tan pocas personas. —Hace una pausa—. Pero la habría matado de todas formas. Y a él, aunque por lo visto ya te has encargado tú de eso por mí, ¿me equivoco, señorita Miren? No hay forma de huir de las pulsiones de la sangre O'Malley.

—¿Cómo está Brigid?

No puedo evitar preguntarle por ella.

—Bastante bien —responde tajante—. Cuando regresemos a Breakwater, la casaré con alguien de mi confianza.

Definitivamente no sabe nada de su relación con Ellingham, porque, de lo contrario, su amigo ni seguiría

vivo.

Las escaleras parecen no acabarse nunca, hasta que al fin llegamos al portón de las cerraduras de plata. Solo lo había visto una vez, el día que probé con todas las llaves del llavero y descubrí que ninguna encajaba.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Cuelga el farol de un gancho de la pared y contesta:

—Dame la mano.

Y no quiero. Es lo último que querría en estos momentos. Pero alargo el brazo con la palma hacia arriba. Él me agarra de la muñeca con la misma fuerza de siempre, y me aprieta hasta que los huesos crujen víctimas de su fuerza, como para recordarme lo que me espera. Acto seguido, extrae mi cortapluma con mango de madreperla y me hunde la punta en el dedo. Y grito, aunque no quiera, no tanto por el dolor como por el resentimiento.

—*Vena amoris* —dice, y deja escapar una risita. La vena del corazón. En ese momento, recuerda que en ese mismo dedo descansaba una vez la enorme alianza de rubíes y perlas que él mismo puso allí—. ¿Dónde está el anillo?

—En mi habitación. A salvo, junto con la mayor parte de las joyas que compró Aoife.

—Dioses, cómo gastaba la arpía. Habría acabado en el hospicio antes de que terminara el año —masculla, y no puedo decir que se equivoque—. Me alegra que haya cosas que se escapen del control de Bethany Lawrence.

Me empuja hacia la puerta y sostiene mi dedo ensangrentado por encima de la hendidura de la primera cerradura de plata, antes de apretármelo. Me duele, y una, dos, tres gotas de líquido carmesí se cuelan por el ojo. En un primer momento, no ocurre nada.

Poco después, un sutil zumbido y un clic; las runas grabadas en el metal de la cerradura se iluminan, como si una breve llama hubiera recorrido el mecanismo, y se abre. Aidan parece satisfecho consigo mismo. Me lleva el dedo hacia la segunda cerradura y repite el proceso.

—¿Qué piensas hacer con ella? —le pregunto.

—¿Cómo es posible que la conozcas? Aoife te lo ocultó

para que no reaccionaras como tu padre y te negaras a pagar el tributo, a respetar el pacto.

—Encontré… el relato. La primera historia de los O'Malley, nuestro origen.

Parece sorprendido.

—A mí nunca me permitieron leer el libro. Estaba vedado para quienes no tuvieran el apellido O'Malley. —Su tono es amargo como el agave—. Aoife me habló de algunos fragmentos, pero no lo suficiente.

—Tengo las páginas, Aidan. Puedes leerlas.

Y, por extraña que sea la situación, no puedo evitar recordar que somos familia. Tenemos partes distintas del relato, huecos y lagunas diferentes en nuestras historias; pienso en cómo me han afectado a mí las mías. ¿No pueden haberlo pervertido también a él? No hay riqueza en el mundo que pueda hacerte sentir aceptado si te falta lo que la gente más valora: un nombre.

—Permíteme que la deje aquí, Aidan. —Inclino la cabeza hacia Ena, que babea sobre mi hombro—. Dame tu abrigo para que le haga una camita.

—No —replica, y me tira del dedo hacia la última cerradura. Me lo aprieta: la sangre cae con dificultad, con parsimonia, así que me hace todavía más daño.

—Aidan, podemos quedarnos aquí —insisto—. Este lugar es fecundo; en la finca hay personas que confían en mí, en que siga haciendo que la tierra sea fértil. Estamos muy lejos de Bethany Lawrence y de lo que sea que te exija. No tienes por qué volver como un sabueso enviado por su amo. Quédate aquí. Sálvate.

Lo odio tantísimo que no sé cómo soy capaz de mantener un tono cordial. Él me mira como si se lo estuviera planteando. Como si estuviera valorando la idea y si puede fiarse de mí o no. Si eso es realmente lo que quiere. A pesar de todo, creo que en última instancia no le basta. Lleva toda la vida hambriento, y lo que le ofrezco no lo satisfaría.

—Quiero Edén del Trasgo. Eso es lo que quiero.

—Todo tuyo. ¡Déjame aquí y quédatelo! Por los dioses,

Aidan, haz lo que quieras con la torre. Yo había desaparecido y tú te lo apropiaste.

—Ah, el problema es que la señora Lawrence me arrebató eso y mucho más, a mí y solo a mí, y ahora tú eres la única forma de recuperarlo. —Un zumbido y un clic finales, y la última cerradura se abre sin rechistar. Aidan empuja la puerta y recoge el farol—. Sígueme, Miren. Depende de ti que esto sea más o menos desagradable.

38

Aidan me agarra del brazo y juntos nos adentramos en la oscuridad, acompañados por el eco de nuestras pisadas sobre la piedra. La luz apenas nos ilumina el camino. Levanta el farol más y más, hasta que me suelta y me ordena:

—Espera aquí.

Sin el apoyo de su mano me siento extrañamente desubicada. Me doy la vuelta y trato de localizar la puerta, pero no me rodean más que sombras, como si la salida hubiera desaparecido en el momento en que la hemos atravesado; tengo demasiado miedo como para moverme. La negrura parece melaza, algo en lo que podría llegar a ahogarme, y huele a humedad, a muerte o algo que debería estar muerto. Observo cómo Aidan se aleja, convirtiéndose en poco más que un punto naranja en la oscuridad; pienso en Jedadiah y deseo que estuviera aquí ahora.

Pero estoy sola.

Ena ni se inmuta. La noto húmeda y caliente contra mi pecho, rodeada por el frío aire de la bodega que huele a muerte. Compruebo que siga respirando; está viva, pero profundamente dormida. Siento un picor insoportable en la marca de la cadera, como si me hubiera rozado con una ortiga. Aguzo el oído: los pasos de Aidan; las gotas de agua que caen de alguna parte y van hacia algún lado; el sonido de una salpicadura furtiva, como si no quisiera atraer la atención de nadie.

De repente, algo cambia: la oscuridad retrocede. Aidan está cruzando la amplia caverna y prendiendo una serie de lámparas de pared, hasta que el espacio se convierte en una combinación de sombras danzantes y brillantes como diminutas llamas. El techo es abovedado, como el de Edén del Trasgo, y en el centro de la estancia hay un pozo, cuyo muro de piedra debe medir casi un metro de alto, si no más. Echo un vistazo por encima del hombro: sigo sin ver la puerta. Debe ser el miedo; estoy convencida de que debe estar en alguna parte y que, si pudiera mirar sin este escalofrío gélido que me atenaza la mente, la vería.

Pienso en los hombres que Isolde contrató para que levantaran Aguasnegras y esta cámara. Pienso en la historia, en las páginas que trajo con ella: ¿a quién debió de contratar para diseñar algo así, esta trampa, este mecanismo? Al menos aquí, a diferencia de Edén del Trasgo, podría haber lanzado a la reina de los mares desde arriba y luego haber conjurado el hechizo necesario para devolverla a su tamaño normal… pero ¿cómo recogería las escamas a medida que se fueran desprendiendo? Tendría que haber confiado en alguien para que lo diseñara, lo construyera y conociera su propósito. Aquellos hombres, no los hombres de Aguasnegras, pues Jedadiah me dijo que la casa ya estaba construida cuando Isolde comenzó a atraer gente… Aquellos hombres… no podía dejarles vivir. No podía —y, como hija de Aoife, no estaría dispuesta— a dejar que vivieran y arriesgarse así a que airearan la existencia de este extraño lugar. Miro alrededor de los muros, intentando distinguir algún hueso, una prueba de los posibles actos de mi madre.

Nada. Me pregunto si los utilizaría en la mina. La primera sangre para hidratar las semillas, cadáveres arrojados a algún pozo profundo. Los que les sucedieron —la esposa de Jedadiah y los demás— fueron la consolidación, una forma de incrementar lo que la tierra les proporcionaba. Tal vez la inundación no fuera más que un error, o quizá fuera algo premeditado. Toda esa agua salada… La alquimia de la sangre, la sal, el barro y las

escamas de plata de la reina de las profundidades. Isolde y su talento para agrandar o empequeñecer las cosas.

Una mano me agarra del brazo otra vez y doy un respingo. Es Aidan.

Claro que es Aidan; ¿quién va a ser?

Levanta la barbilla hacia el pozo del centro de la estancia.

—¿La has visto? —le pregunto, y me doy cuenta de que apenas me queda aliento—. ¿La viste alguna vez en Edén del Trasgo?

Niega con la cabeza.

—Jamás me hablaron de ella; la mayoría de las ramas secundarias de la familia no sabe de su existencia. No es algo de lo que se haga gala, Miren; ¡dos pedazos de oro por ver a la criatura! —Suena como un reproche. Luego traga saliva y veo que está tan nervioso y asustado como yo—. Vamos, Miren. Ha llegado el momento de que conozcas a tu gran madre.

Y creo que jamás han salido de sus labios unas palabras más ciertas, pero lo corrijo de todas formas:

—Nuestra gran madre, Aidan.

No muestra ninguna señal de que mis palabras le hayan parecido un gesto de generosidad largamente pospuesto, sino que se limita a empujarme hacia la ancha boca del pozo. De todos modos, hay demasiada sangre derramada y bilis entre nosotros. Tardo más de lo previsto en cruzar la distancia que nos separa del pozo, como si el tiempo se prolongara, como si el camino que nos ha traído hasta aquí no hubiera sido lo bastante largo, pero llegamos al fin. Nos asomamos, procurando mantener el equilibrio sosteniendo a Ena contra mi pecho con un brazo y la otra mano apoyada en el borde del muro del pozo.

Aidan sigue con el farol en la mano, y lo eleva para que la luz descienda en picado e ilumine lo que aguarda a unos seis metros de profundidad.

Hay agua, negra y profunda, y bajo ella reluce la plata de las escamas que no han ido a parar a la mina porque mi madre estaba muerta y Edward Elliott no tenía ni idea

sobre el verdadero propósito de aquel lugar. Y dentro de aquel amplio círculo de agua, la reina de los mares, enroscada en un espacio a todas luces demasiado pequeño para ella; y la marca de la cadera me arde como si me acabaran de hundir en la piel el hierro candente. Pienso que, en el pasado, la descamación habría bastado, una o dos veces al año, para llenar un cofre con la plata que había afamado a los O'Malley. Pero Isolde… mi madre encontró otra forma de «recolectarla».

No tiene buen aspecto. Parece mayor. Me pregunto cómo la alimentaban mis padres, y con qué; no con las gentes de Aguasnegras, pero sí quizá con vagabundos o caldereros que encontraran por los caminos, tentados por San Sinwin o algún otro puerto lejano. Pero tal vez lleve meses sin tales sustentos, al menos por parte de Isolde. Luego pienso en la falta de peces del lago negro que tenemos encima (¿o debajo?, ¿a nuestro alrededor?); tal vez los convocara, pero las aguas están desiertas. Quizá mis padres no fueran unos asesinos redomados, tal vez llenaran las aguas de peces a intervalos regulares; solo Edward sabía que no había peces allí, pero solo llevaba seis meses aquí cuando yo llegué. Quizá tenga un motivo para pensar bien de ellos por fin. En Edén del Trasgo habría convocado sin dificultades a los peces del océano, pero aquí… ¿Cuánto tiempo habría pasado entre la llamada y su llegada? ¿Cuántos llegarían después de que el lago se vaciara? ¿Cómo de potentes podrían ser sus poderes a tanta distancia, a una edad tan avanzada y una alimentación tan pobre?

Por enferma y agotada que parezca, por anciana que sea, la reina de las profundidades es la criatura más aterradora que he visto en mi vida. Es el doble de grande que las nereidas que me arrastraron en el puerto de Breakwater; sus cabellos recuerdan a una maraña de algas verdes y plateadas que se mueven a voluntad; tiene los ojos negros como una tormenta o como la más abisal de las profundidades marinas; las branquias forman tajos profundos, y las veo temblar con cada inspiración y

exhalación que hace por encima del nivel del agua; unos labios anchos, carnosos y negros dejan al descubierto unos dientes blancos y terriblemente afilados, y esa cola.

Por los dioses, la cola.

Enroscada alrededor de la criatura como una espiral plateada en la que casi puedo perderme. Comienza a fallarme el equilibrio; Aidan me suelta el brazo y se apoya en el borde del pozo. Tengo la sensación de que no puedo contenerme, hasta que él vuelve a asirme con tanta fuerza que me hace daño.

—No —masculla—. Aún no.

Coloca el farol en el borde del pozo y los dos damos un paso atrás. Desde el fondo nos llega un siseo decepcionado. Pienso en la historia de Aislin y Connor, de la canción que la nereida cantó para atraer al muchacho. Pero luego la observo con detenimiento, evitando su mirada: tiene la boca completamente abierta y el terrible sonido que emite va dirigido a nosotros. Me doy cuenta de que no tiene lengua. Desde este ángulo, creo ver una masa de tejido muerto donde debería estar el órgano. Supongo que algún O'Malley se la debió de cortar tiempo atrás, algo que tiene sentido: no la habrían retenido demasiado tiempo si hubiera podido hechizar a sus captores con la voz. Me imagino a la mujer del arpa amputándosela, aunque no sé cómo. Tal vez fuera incluso más bruja que Isolde. Pienso en el libro de cuentos que son mentiras, verdades e historias mezcladas sin concierto.

—¡Eh, tú! —La voz de Aidan retumba por la bodega y resuena en los muros y el techo como un trueno—. ¡Oye!

No hay respuesta desde el fondo del pozo, pero la criatura lo mira fijamente. Aprovecho la oportunidad para estudiarle el rostro mientras dirige la mirada a otra parte. ¿Cuánto tiempo lleva confinada así? Es eterna, o casi, como toda esta clase de criaturas. Hay odio en su gesto, y no poca locura; aunque, encerrada como está, ¿cómo culparla? Alimentada con bebés sin nombre para mantener con vida a otros retoños a cambio de que protegiera los barcos y se asegurará de que los O'Malley recibieran los tesoros del

mar, despojada de sus escamas contra su voluntad, y todo en pro de nuestra prosperidad.

—Somos los hijos de los O'Malley que te encadenaron. Venimos a renovar el pacto de sangre. Estamos aquí para pagar el tributo carmesí. Cumpliremos con nuestras obligaciones y tú retomarás las tuyas: mares seguros, que nuestros barcos regresen a puerto, riquezas en abundancia, a cambio de un hijo de cada generación.

Aidan sigue aferrado al borde del pozo, ahora con ambas manos. La está mirando fijamente a los ojos, el muy idiota, pensando sin duda que la convencerá de su sinceridad.

Y justo cuando estoy pensando en lo idiota que es, da media vuelta y me arranca a Ena de los brazos antes de que pueda impedírselo. Todo por mi culpa. Estaba demasiado cerca. No estaba planificando mis próximos pasos. La idiota soy yo y una cría va a morir por mi culpa.

Pero Aidan no la arroja de inmediato pozo abajo, como pensaba yo; sostiene a Ena para que la reina de las profundidades pueda verla, pero cerca de su pecho, y la niña comienza a aullar. Tiene el rostro encendido, igual que ella, acentuado por sus expresiones de irritación e indignación: ella por haberse despertado, y él por la falta de respuesta a su propuesta. Le conozco lo suficientemente bien como para saber que no lanzara a la niña —su moneda de la suerte— a menos que reciba una respuesta afirmativa. Cuánto tiempo pasará antes de que se dé cuenta de que no tiene lengua? ¿Que no puede hablar? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que llegue a su cerebro animal, a la conciencia que todavía está ahí, la que le ha ayudado a sobrevivir? Porque cualquier función habrá desaparecido, cualquier cordura después de todos estos años; la locura ha sido lo único que la ha mantenido con vida.

Me muevo despacio para que no perciba el movimiento con el rabillo del ojo. Me pongo detrás de él y pronuncio su nombre con la delicadeza de la amante, de la confidente, como si estuviera dispuesta a acceder a todos sus deseos. Y a pesar de las veces que lo he engañado, se gira con un

gesto de esperanza; ¿correrá la sangre de la nereida por mis venas o será simplemente el poder de la primera O'Malley? «Hija de la sal». ¿Tendré parte del poder de la sirena en la voz? Sea lo que sea, Aidan se gira y le doy un golpe en la garganta con todas mis fuerzas.

Se lleva las manos al cuello y deja caer a Ena, pero la atrapo en el aire con ambas manos antes de preparar el hombro y cargar contra él. Está demasiado cerca del murete de piedra y ya ha perdido el equilibrio, no puede respirar y está paralizado por el pánico. Cae por el borde como una marioneta y, por muda que pueda estar, la reina de los mares emite un sonido que solo puede ser triunfal, antes de Aidan toque el agua con un chapoteo y los ruidos de la criatura alimentándose de él ahoguen sus últimos gritos.

39

Cuando la reina termina al fin —cuando cesan los ruidos de su festín—, me obligo a levantarme del lugar del suelo en el que me he hecho un ovillo sobre Ena, acunándola hasta que ha cedido al hipo y a un sueño intranquilo. En ese momento, dejo con cuidado a la bebé en el suelo y me aproximo al borde del pozo.

Contemplo las aguas rojas y cómo salpican por encima de la cola plateada y oscurecen el lecho de escamas caídas que hay bajo la reina de los mares; ¿cuántos meses llevarán acumulándose? Como mínimo cinco. ¿Con qué frecuencia llevaría a cabo mi madre esta… cosecha? No lo sabré nunca. Rodeo el pozo a lo largo de una enorme circunferencia hasta dar con una palanca de metal. Con una ligera vacilación, tiro de ella, y tengo que reunir toda la fuerza de la que dispongo, pero finalmente oigo un chirrido (nadie la ha engrasado desde que Isolde se fue) seguido del borboteo del agua. La palanca vuelve sola a su posición y yo vuelvo a asomarme al pozo. El agua se está rellenando, pero el lecho de escamas ha desaparecido, empujado hacia los conductos que las llevarán a las minas para una última cosecha. Sé que la criatura me observa, pero sigo evitándole la mirada; con una vez he tenido suficiente.

—Él tenía sangre O'Malley. No sé si me entiendes o no, pero te prometo que te liberaré. No obstante, ese será el último de nosotros del que te alimentarás, y, a cambio, terminaré con tu cautiverio. —Trago saliva—. Siento lo que

te han estado haciendo. Jamás seré capaz de compensártelo, pero sí puedo ofrecerte la libertad. No volveré a pisar Edén del Trasgo. No volveré al mar, ni yo ni mi descendencia. Te liberaré, y tú te marcharás del lago y nadarás hasta tu hogar, pues todas las aguas del mundo están unidas.

Digo esta última frase como si de una oración se tratara. Me arriesgo a mirarla, y veo que lo está considerando.

—Prométeme que te marcharás y que no le harás daño a los habitantes de este lugar.

Un instante seguido de una larga pausa, y la criatura asiente en un único movimiento breve.

—Necesitaré ayuda para liberarte, pero volveré. Te lo prometo. Tardaré un tiempo. —Arquea una ceja ligera como una aleta. No me cree, claramente. Me llevo la mano al colgante con forma de campana que tengo en la garganta; labrada, sin duda, a partir de una de sus escamas —. Solo puedo ofrecerte mi promesa. No soy… como mi familia.

«No del todo, pero hay tres hombres muertos que podrían decir lo contrario.»

Me doy media vuelta y veo la puerta con claridad, y abierta de par en par. ¿Cómo me ha podido pasar por alto? El miedo. El miedo ciega a cualquiera. Recojo a Ena y me la aprieto contra el pecho, y ella deja escapar un sonido alegre, pero no se despierta; recupero el farol de Aidan para iluminar el camino y subir a un lugar donde el aire no huela tanto a las cosas muertas de las profundidades.

* * *

Saco mi petate del fondo del arcón de las mantas y, de dentro, extraigo la brida maltrecha con sus herrajes de plata. He arrastrado la cuna de Ena desde su habitación hasta la mía, al menos de momento, y allí la he dejado durmiendo como una bendita. También saco el libro de cuentos que empezó a escribir Isolde, y examino con detenimiento el escudo de armas de la parte delantera.

Recorro el bajorrelieve del grabado, de la lámina de plata, del ingenioso método con que las líneas se unen y fluyen; lo aprecio de una forma que me habría resultado imposible con la versión antigua y sus detalles desgastados.

Me lleva un rato, pero finalmente lo veo: aparece una nueva imagen, como si la obra tuviera dos capas.

La superior, la más obvia, es la sirena con dos rostros y dos colas de mi infancia. La otra, sin embargo, es algo totalmente distinto: dos figuras, de espaldas. La de la izquierda, una mujer de perfil con cabellos como olas que caen por encima del hombro de un arpa, y la curva superior de la caja armónica parece la sección de una cola dividida en dos. La de la derecha, la reina de los mares, tiene la cabeza cerca de la de la mujer y también está de perfil, así que podría parecer una criatura con dos rostros; la cola dibuja el mismo ángulo que la caja armónica, pero las dos están unidas por la columna, incapaces de separarse de la otra.

Me siento en el suelo con la mirada clavada en el grabado. Lo observo un largo rato, tanto que quizá me he quedado dormida, y cuando por fin me desvelo, el cielo brilla con una luz grisácea. Dejo a Ena durmiendo y salgo al exterior con la brida colgando entre los dedos. Corro hacia el borde del lago, me detengo con cuidado y, con una ligerísima vacilación, me arrodillo.

Sostengo la brida sobre la superficie, contemplando como su reflejo adquiere claridad a medida que la acerco al agua. Me tiembla la mano —jamás dejaré de sentir este miedo mientras viva— y luego, después de tomar aire con brusquedad, hundo las bridas en las aguas. Están heladas. Vuelvo a sentir el mismo escalofrío, la descarga del líquido sobre la piel, y pienso en lo salado que está, y me pregunto de nuevo cómo consiguió Isolde algo así. Pienso que debe de haber alguna suerte de molinillo diminuto en el fondo del lago que jamás deja de moler. Me centro, agito las bridas y exclamo:

—Kelpie, la hija de sal te llama, y reclama su favor.

Me siento y me acomodo con la esperanza de que con

eso baste. No sé cuánto tardará en aparecer. O si respetará siquiera su palabra. Tal vez pensó que traerme hasta aquí fue recompensa suficiente.

Quizá debería entrar a ver cómo está Ena y darle de comer; quizá el kelpie llame educadamente a la puerta de la cocina y pregunte si hay té. Dejo escapar una carcajada sonora y argéntea, algo perturbada; estoy agotada.

Espero un poco más y, justo cuando estoy empezando a dudar, el lago comienza a hervir y a producir una furiosa espuma blanca, y el kelpie emerge hacia la hierba que tengo al lado. Consigo esbozar una sonrisa, me pongo en pie y le hago una reverencia. Él me la devuelve y me pregunta sin rodeos qué necesito, por si me diera por pensar que aquello es un encuentro social. Le explico lo que necesito y parece disgustado, pero insisto.

—Limítate a nadar rápido —le digo.

Observo cómo se lanza de nuevo al lago sin apenas salpicar, me dirige una última mirada de reproche y desaparece bajo la superficie hasta que esta vuelve adquirir la suavidad del vidrio. Corro hacia la casa a por Ena, que se ha portado bien y espera en silencio en la cuna. En la cocina, lleno una botella a partir de un cántaro de leche y me llevo a la niña conmigo fuera. Me siento a una distancia prudencial del lago y la alimento con una mano, mientras yo hago lo propio con la manzana recién cogida que llevaba en el bolsillo.

En la bodega no vi mecanismo alguno para abrir la jaula de la reina de las profundidades. Sospecho que Isolde no pensó en añadirle nada parecido; a fin de cuentas, no tenía que atraer a la criatura hacia la trampa (a diferencia de nuestra antepasada O'Malley), sino lanzarla al agua y conjurar el hechizo necesario para volver a agrandarla. No tenía intención de liberar jamás a la reina de los mares. Después de que desaparecieran las escamas de plata, me pareció ver marcas en los barrotes de la reja del agua destellando como llamas, porque allí se había vertido sangre. Esta magia de Isolde, de los O'Malley, se utilizó para retener a la reina de los mares. Atada a ella y a su

estirpe. Pero ¿qué sería capaz de hacer otra criatura mágica? Algo no tan terrible como ella, aunque no se quede corto. Algo fuerte y extraño como el kelpie. Un monstruo que debía un favor a otro ser, con el poder que eso conlleva.

No sé si funcionará. Si no, tendré que buscar la forma de cumplir con mi palabra. Aunque preferiría que tanto la reina de los mares como el kelpie hubieran desaparecido antes de que a alguien de la aldea le diera por venir a visitarme. Preferiría reservarme casi todo lo que ha ocurrido aquí, porque la hija de una bruja, aunque fuera una bruja querida, acabaría incomodando a alguien; y existe una gran diferencia entre la muchacha que puede hacer que los árboles den fruta a la que retiene a una reina de las profundidades y controla a un caballo acuático.

Estoy a punto de terminarme la manzana cuando el lago hierve y espuma una vez más, un punto en un lugar cercano a la orilla; otro algo más alejado. La hermosa cabeza del kelpie emerge del primero: me mira fijamente y asiente. El mensaje es claro: ha pagado su deuda. Le devuelvo el gesto y le lanzo la brida. La criatura la atrapa al vuelo y se sumerge. Dudo que vuelva a verlo jamás.

Del otro borboteo brota la reina de los mares. Me observa y siento la atracción de su voluntad. Le gustaría que me adentrara en las aguas; le gustaría arrancarme los miembros uno a uno, engullirme y cagarme, borrar a la última de los O'Malley de la faz de la tierra. Pero también sé que no lo está intentando, porque, de lo contrario, sospecho que ya estaría caminando hacia el lago. Tal vez incluso me llevara a Ena conmigo para que le sirviera de tentempié. Pero estoy ante una criatura que entiende de tratos, y lo respetará.

Le hago un gesto de cabeza y ella me lo devuelve. Y desaparece, y sé, aunque no tenga forma de saberlo, que no volveré a verla jamás. Pero en ese momento se produce otra turbulencia en las aguas y algo vuela hacia mí. Entre destellos plateados y blancos iridiscentes, aterriza justo delante de nosotras. Ena se ríe. Yo lo recojo.

Es el cortaplumas de Óisín, con su mango de madreperla. Aidan fue el último en sostenerlo, cuando me ha cortado el dedo, cuando se ha caído al pozo.

40

Al final encontramos a mi madre enterrada en el jardín de la cocina. Jamás sabré por qué Edward y Nelly la dejaron allí y no en la mina, con mi padre; puede que, tras la muerte de la verdadera Ena, se llevaran a Liam a dar un paseo con el pretexto de mantener con él una charla amistosa y alejarlo de Isolde. Luego, Edward regresó a la casa y se encargó de mi madre. Espero que ignorara lo que estaba ocurriendo; me convenzo de que es la única posibilidad, pues de lo contrario lo habría tocado y habría conseguido que se preocupara lo bastante por ella como para no hacerle daño. Con todo, Malachi me dijo que mi madre podía encantar a *casi* todo el mundo, así que tal vez Edward Elliott fuera, por alguna razón, una de las raras excepciones. Recuerdo que solo en los lugares más cercanos a la casa era donde las plantas seguían floreciendo cuando todo lo demás se marchitaba. La magia que había en Isolde la bruja hizo que todo siguiera creciendo en aquel diminuto rincón de Aguasnegras. También me pregunto si, incluso en la muerte, fue capaz de retener a los aldeanos a pesar de que lo más sensato fuera marcharse cuando la tierra dejó de servir como sustento. Se lo plantearon, sí, pero nunca fueron capaces de seguir adelante.

En sus brazos descansa una figurita negruzca, mi hermana, la verdadera Ena, cuyo crimen no fue más que llorar demasiado; colocada allí, creo, por Nelly. Y pienso en la tormenta que arreció la noche que mi madre murió, y

pienso que tal vez fuera aún más virulenta porque mi hermana también había muerto en el caldero ardiente en que se convirtió su cuna. Los tres reposan hoy en el cementerio de la aldea. Tardé un tiempo en darme cuenta de que en Aguasnegras no había iglesia, y que en el caserón ni siquiera contaba con una capilla. Solo se me ocurre que, ocultos como estaban, Isolde no viera necesidad en presentarle sus respetos a un dios que no era el suyo ni el de su gente. Cuanto más oigo hablar de ella, más convencida estoy de que era lo más parecido a una deidad que tenían por aquí. Pero hay mucho que siempre desconoceré.

Solo quedan relatos de las cosas que tal vez sucedieron, y que escribo en el libro de historias que Isolde comenzó. Escribo las viejas de memoria y las nuevas cuando me veo capaz de soportar el dolor que me producen.

Estoy bastante más oronda y lenta que hace cinco meses, así que es todo un alivio que no haya habido ni rastro de que alguien más haya venido a buscarme. Todos los días le recuerdo a Lazarus que no pierda de vista la puerta del seto, y están construyendo otra casa del guardés en la otra entrada, ahora cuidadosamente oculta. Uno de los hermanos Cornish residirá allí.

Bethany Lawrence se ha quedado con la fortuna de Aidan y con Edén del Trasgo; no tiene necesidad de buscarme. Dudo que se moleste siquiera en dar caza a Aidan. En unos meses, enviaré a alguien a Breakwater para ver cómo están las cosas y cómo le va a Brigid. Le haré llegar también una carta en la que le sugeriré que venga a visitarnos o pase aquí el resto de sus días.

Los muchachos Woodfox han vuelto de Vega del Bell esta mañana. Jago y Treeve cargaron con mercancías para venderlas mientras husmeaban con discreción sobre Ellingham y su *troupe*. Por lo visto, están bastante bien, aunque Viviane tiene una cicatriz en la mejilla derecha, cortesía de Aidan Fitzpatrick; no hay ni rastro de Ben, el chico lobo, aunque Ellingham afirma que el muchacho tiene tendencia a vagar. Espero que simplemente estuviera por

ahí deambulando, recorriendo los caminos a cuatro patas. Pero Ellingham ha decidido renunciar a la vida del nómada, y ahora tienen un espectáculo fijo en un humilde teatro.

Los muchachos llevaron una carta en la que les informaba de que estaba bien, acompañada de un saquito de escamas de plata, que Ellingham aceptó sin vacilar, aunque no me respondió. Un día, quizá, los visitaré. Y tal vez Brigid también. O vendrán todos aquí. Quizá el día que el bebé haya nacido y pueda viajar, pues nunca dejaré a los míos atrás, bajo ningún concepto. Sé que es una niña, una hija a la que espero tratar mejor de lo que me trataron a mí.

Un día le pediré al herrero que fabrique piezas delicadas: campanas de a bordo a partir de las escamas que he guardado, campanas que protejan a todos mis hijos por si un día deciden echarse a la mar; aunque le haya prometido a la reina de los mares que no, ¿qué madre puede garantizar las acciones de sus hijos? Una para Ena también; pasé mucho tiempo creyendo que era mi hermana pequeña como para dejarla ahora de lado. No debe cargar con los pecados de sus padres, y jamás le confesaré a ella ni a nadie que no es una Elliott. Pero tampoco le diré nunca que es una O'Malley, porque creo que han sido muchas las generaciones a las que les ha hecho más mal que bien. Lo mejor es dejar que el viejo apellido muera, que solo viva entre las páginas de libros polvorientos, susurrado en leyendas y rumores. Ahora soy Miren Elliott, pues es lo único que puedo tolerar; reclamas lo que puedes soportar de tu vida pasada y quemas el resto.

Echo de menos a Maura y Malachi, y pienso a menudo en ellos. Echo de menos a Óisín y a veces incluso añoro a Aoife. No puedo decir que eche de menos a mis padres, porque no llegué a conocerlos, pero sí la oportunidad de haber sabido quiénes eran; hay días que pienso que no me habrían caído demasiado bien. Pero no puedo saberlo. No obstante, en quien más pienso es en la reina de los mares. Me pregunto a diario cómo estará y me toco el collar de la campana de a bordo, labrado a partir de sus escamas; por eso las nereidas no pudieron hacerme daño. Hay noches en

las que sueño que estoy en el mar, nadando a su lado, que ha recuperado las fuerzas y la energía, que se ha reunido con su pueblo y reclamado su lugar. Por lo visto no me abandonará jamás, y siempre será una sombra en mi vida.

No pienso en los hombres que he matado.

No vivimos en el caserón. Se cae a trozos por falta de mantenimiento, los aldeanos se han llevado algunos de los mejores muebles, otros los hemos aprovechado para la cabaña de Jedadiah, que ahora compartimos, y también para la casa de Lazarus. No echo de menos la mansión: para mí no fue más que un lugar de paso. ¿Qué sentido tendría que Ena y yo deambuláramos solas por aquel caserón? Aquí somos felices y ella trata a Jed como si fuera su padre, y él se comporta como tal. Un día le hablaré de sus padres, de nuestros padres, cuando sea lo bastante mayor como para comprenderlo. Me imagino que Jedadiah actuará igual con la siguiente.

Dice que me ama.

Pero yo le tengo miedo al amor.

Dice que me necesita.

Pero yo le tengo miedo a la necesidad.

Le duele que no le corresponda; me estoy dando cuenta de que es fácil hacerle daño. Pero es una buena persona, así que le digo algo que espero que algún día entienda.

—No te necesito —le digo—, pero te quiero. Y eso debería bastar. De hecho, debería ser mejor, porque significa que he tomado una decisión.

Quizá algún día lo comprenda.

Nota de la autora y agradecimientos

Es posible que reconozcas algunos de los relatos que Miren cuenta en esta novela. Algunos son versiones de historias recogidas en mis novelas mosaico/antologías *Masa madre y otros relatos* y *The Bitterwood Bible and Other Recountings*. Quería crear un mundo en el que las historias que les había contado a mis lectores en el pasado fueran las mismas con las que habían crecido estos personajes.

Gracias a Mike Mignola por dejarme modificar su versión del cuento «Tres deseos» de los Hermanos Grimm, recogido en su novela gráfica de Hellboy *Strange Places*.

Un sentido agradecimiento al Australia Council for The Arts por su apoyo y por hacer *El rumor de los huesos* posible.

Gracias a Meg Davis, una agente extraordinaria y Reina de las Ideas de Plata.

Gracias a Cath Trechman por sus fantásticas e intuitivas correcciones, y a Hayley Shepherd por su soberbia revisión.

Gracias a Ron y a Stephen por el santuario.

Gracias a J. S. Breukelaar, Angie Rega y Suzanne Willis, Neil Snowdon, Maria Haskins y Lisa L. Hannett por sus sugerencias y apoyo.

Nota: Delphine la autómata es un guiño tanto a la Rupetta de Nike Sulway como a las muñecas fabricadas con fragmentos de alma que aparecen en «A Porcelain Soul» (Un alma de porcelana), uno de los cuentos de *Masa madre y otros relatos*.

El título en inglés *All the Murmuring Bones* es una adaptación de una de las frases de *El ruido y la furia* de

Faulkner.

El rumor de los huesos

Copyright © 2021 A.G. Slatter. All Rights Reserved.
Todos los derechos reservados.
Publicado por primera vez en 2021 bajo el título *All the Murmuring Bones*

Publicado por acuerdo con Titan Publishing Group Ltd.

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Víctor Ruiz Aldana

ISBN: 978-84-450-1573-5 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del CódigoPenal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!